

Un mundo devastado
por una catástrofe.

Siete supervivientes en un tren.

Legiones de cadáveres
que vagan por las calles.

VÍCTOR CONDE

NATURALEZA MUERTA



Lectulandia

«Naturaleza muerta» nos presenta un mundo devastado por una catástrofe de proporciones bíblicas. Siete supervivientes en un tren hacia ninguna parte. Siete personas heterogéneas, distintas, asustadas, cada una con su propio secreto inconfesable.

Por las calles de todas las ciudades del mundo caminan legiones de muertos vivientes, devorando cada ápice de carne viva que cae en sus manos. Y todos ellos buscan algo. ¿Pero qué? ¿Qué ha causado tal catástrofe? ¿Por qué sólo han sobrevivido siete personas, y a dónde las lleva ese tren? La respuesta a estas preguntas podría ser algo extremo y aterrador, algo para lo que ninguno de ellos está preparado.

Una historia macabra de supervivencia, amor y odio en un mundo donde la especie humana encara su extinción. Donde las últimas personas vivas tendrán que enfrentarse no sólo a su futuro, sino a su propio secreto inconfesable, a su propio pasado oscuro.

Lectulandia

Víctor Conde

Naturaleza muerta

ePub r1.0
WAIF 03.12.14

Título original: *Naturaleza muerta*
Víctor Conde, 2009

Editor digital: WAIF
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

NATURALEZA MUERTA

Víctor Conde

BASADA EN HECHOS REALES

(MÁS O MENOS)

Las tumbas a mis órdenes han despertado a sus durmientes. Se han abierto
y los envían por mi tan poderoso arte.

W. Shakespeare, La Tempestad.

*Para Óscar, buen amigo,
fan (casi) incondicional de John Carpenter
y futuro director de grandes películas.*

Dejad que os hable del hambre.

El hombre que miraba por la ventana de aquella celda acolchada no creía que estuviera loco. De ningún modo.

Él mismo había llegado a establecer diferentes conceptos y definiciones para la locura a lo largo de aquellos años de encarcelamiento, a través de todas las horas perdidas y las noches sin dormir y los días sin esperanza. Nociones que apenas raspaban la superficie de lo que se escondía en ese cajón oscuro lleno de pesadillas que los Hombres de Batas Blancas llamaban «el subconsciente». Ellos decían que José Marinero era diferente de los demás hombres porque había perdido los candados del cajón oscuro y, por no encontrar las malditas llaves, había dejado que las pesadillas escapasen y pudriesen su cerebro con las más insólitas aberraciones. Con imágenes valientes y obscenas y terribles y benditas que lo habían acompañado cada día (desde que el sol salía por su Este particular hasta que caía derribado al fin por los antiaéreos en alguno de los otros puntos cardinales) desde la pubertad. Eso era todo, un problema de mala organización, de no saber guardar unos candados en su sitio.

¿Pero qué sabían ellos, al fin y al cabo? Los de las Batas Blancas no estaban locos, o eso les aseguraban a sus lindas esposas cada noche. ¿Cómo puede alguien que nada sabe de la locura pretender estudiarla a distancia y, aun peor, decidir qué hacer con ella? La estúpida psicología no es más que un engaño, una cuestión de estadística y observaciones (todas desde el exterior lejano y aséptico, ninguna desde dentro) y predicciones matemáticas que nada se adecuan a la realidad, eso opinaba José Marinero. Ninguno de los Batas sabía en realidad cómo funcionaba el cerebro. Ellos decían «vale, si tiene cuatro patas y se lame el culo, es que es un perro», pero el perro podía ser un hipopótamo disfrazado, o un gato con anginas. No tenían ni la más remota idea de por qué un chispazo eléctrico sobre la neurona adecuada podía equivaler a la Quinta Sinfonía o al asco por verse el pene goteando semen tras la paja regular de por la mañana. Todo lo veían como pura estadística, y mediante los estúpidos tests y los dolorosos electros mantenían a todo el mundo en aquel edificio con las manos clavadas en sus putos candados, no fueran a perderlos y les pasara como al pobre José, cuya cabeza se le había podrido por dentro.

Por eso se sorprendió tanto cuando miró a través de la ventana de la celda, aquella mañana, y examinó horrorizado el mundo exterior.

Algo le ocurría al mundo exterior.

Todavía no había el menor rastro de humedad. Faltaba poco para que septiembre se retirara a una vida mejor, más contemplativa, y en el aire todavía flotaba un colchón de smog que, una vez troceado y diluido por la lluvia, empaparía los ánimos de todos aquéllos que salieran a regañadientes a las seis de la mañana de sus confortables hogares para ir a trabajar. Pero eso sería más adelante; por el momento estaban en ese mes y en Madrid dejaban que septiembre durase todo el tiempo que quisiera.

Se suponía que desde aquella prisión de suelos de goma José no podría acceder, ni con la vista ni con la imaginación, a lo que fuese que estuviera esperándolo fuera. Sólo habría podido mirar al cielo y preguntarse por qué no llegaba de una santa vez el mal tiempo, para hacerse ilusiones de que él también era uno de esos desgraciados con más pertenencias en la oficina que en casa. Pero alguien se había relajado con la vigilancia y había permitido que una rendija en el muro que rodeaba el hospital se hiciera más grande con cada invierno; una metedura de pata de algún albañil despistado, que había puesto demasiado cemento en aquella mezcla o demasiado poco, y que con el tiempo había agrietado el muro trasero. La administración no se había preocupado por arreglarlo porque aquel ala abierta del hospital no daba a una zona que albergara enfermos (¡otra vez esa palabra!), sino a un par de grupos electrógenos oxidados llenos de cables y tuberías que se hundían como estiletes en los edificios, rasgándoles la piel de yeso. Aquella fisura, separada dos escasos metros de la ventana de José, aparte de para permitir la ocasional entrada de algún gato, también servía para que su mirada escapase. No se podía ver mucho a su través: una esquina iluminada de noche por un cartel rojo; un pedacito minúsculo de calle que era cegado durante décimas de segundo por algún coche que pasaba; lo que podía ser la sombra de una farola que, todos los días a la hora exacta de tomar las pastillas, se derramaba sobre la esquina adoptando la forma de un cisne monstruoso.

También se veía pasar gente, claro. Eso era lo que más le gustaba a José. Hombres, mujeres, niños si eran suficientemente altos, ancianos si no estaban demasiado encorvados. Algunos incluso se detenían a charlar unos instantes ante la grieta, y permitían que José, que los observaba sin ser visto al otro lado de la ventana con rejas, disfrutase de cada segundo, imaginando posibilidades. Lo que haría con ellos cuando saliese de aquella habitación. Las cosas que les enseñaría sobre lo que había descubierto de la locura durante sus años de encierro.

Pero claro, él no estaba loco. Eso por descontado. Lo observaba todo desde fuera, como los Batas, sólo que con un ojo más clínico.

Lo que había asustado a José Marinero aquella mañana, cuando al fin se le había pasado el efecto de las malditas pastillas, era que había algo distinto en la grieta. Y en lo que se veía a través de ella. En lugar del amortiguado ronroneo de los coches y de las intuidas conversaciones entre madres e hijos, había un silencio atronador. Y ya no pasaban vehículos cegando la grieta. La calle estuvo extrañamente desierta durante buena parte de la mañana. Se oían gritos lejanos, y sirenas, y había un ligero pero

constante temblor en el suelo, como si todas las piernas de la ciudad lo golpearan con fuerza a la vez.

Aquella puertecita a la que le faltaban los candados y un par de goznes en la cabeza de José empezó a chirriar. Imágenes de su pasado se colaron a través de la madera, correteando por los salones vacíos como espías sin licencia. Imágenes de la adolescencia, enterradas bajo cientos y cientos de pastillas, alzaron una mano como los muertos de aquellas películas tan malas que exhibían en el cine Strassa, en la esquina con Olmos y Santa Marta, cuando llegaba para ellos la hora de alzarse de las tumbas y agarrarse al cielo como los fieles de una iglesia el día después de una catástrofe. Las imágenes de sí mismo degollando gatos junto con su primo Pedro, antes de darse mutuamente por el culo en el patio trasero de la tía Begonia mientras la sangre de los animales les manchaba los genitales, dejaron de tener ese saborcillo a química hospitalaria, a alcanfor rancio de botica, y aumentaron de volumen, con la inmediatez de lo ocurrido recientemente en lugar de hacía treinta años. José se llevó un dedo al ano y se lo rascó distraídamente, mientras la mitad de su cerebro estaba tratando de dilucidar qué era lo que le mostraba hoy la grieta, por qué no había coches ni personas, y a la otra mitad le llegaba nítido el perfume del sudor de Pedro, las gotitas de excitación que le bañaban los testículos mientras la sangre de los gatos hacía de lubricante. Él había nacido con un labio leporino, defecto que le habían corregido quirúrgicamente al nacer. Sin embargo, tenía otro pliegue irregular en el miembro que nadie se había atrevido a tocarle.

Pedro había muerto unos años atrás, atropellado por un camión. Si existiera en realidad aquello que los chalados del Ala Siete (los que tenían permiso de los Batas para volcar sus chifladuras en versos sobre papel) llamaban «justicia poética», Pedro habría sido degollado por un león furioso, escapado de algún circo o del dúplex de algún rico excéntrico, en justa retribución por sus crímenes contra el mundo felino. Pero no, había sido un conductor borracho (¿o el borracho era Pedro, que cruzó la autopista sin mirar creyendo que era una comarcal de cinco carriles?) que le pasó una madrugada por encima con todas y cada una de las doce ruedas de su tráiler, el eje, los amortiguadores, el tubo de escape y la madre que lo parió. El cuerpo de Pedro fue exprimido como una naranja, extrayendo de él hasta la última gota de alcohol, de sangre, y del semen que aún pudiera quedar en sus entrañas de cuando él y José eran artistas. Poco después, a él lo encerraron en el hospital. Nunca supo lo que fue de tía Begonia.

El día de hoy parecía una efeméride de aquel desastre, de aquel camión conducido por el Diablo que había salido rugiendo de la niebla, como en la película de Spielberg. Las calles desiertas anticipaban un desastre inminente, la salida de los pistoleros para ejecutar una matanza sincronizada, a ritmo de reloj de campanario, de revólveres nacarados. Era como si el mundo exterior hubiese perdido también los candados y estuviese pidiendo a gritos un electro bien potente (y con los cables asidos a los huevos con sus pincitas, como a veces se lo hacían a él) para volver a la

normalidad.

Entonces, José Marinero descubrió por qué las imágenes de Pedro habían vuelto a escaparse de la caja.

No le habían suministrado las pastillas. La hora de la química había pasado, y se habían olvidado de él. La sacrosanta fiesta de las anfetaminas tendría un concelebrante menos aquella mañana.

Eso le asustó más que nada. Más incluso que el súbito cambio de biorritmos del mundo exterior. No era posible que los enfermeros se hubiesen olvidado de darle la medicación. En años y años de prisión y tortura allí dentro jamás había sucedido. Y ahora que lo notaba...

Se despegó de la ventana, por la que entraba un oblicuo y enfermizo rayo de luz, tamizado en rombos por la reja, y se aproximó a la puerta. Silencio. Algún grito ocasional que rebotaba con eco en los pasillos. Nada que se saliera de lo normal. Pero el pasillo albo, impoluto, estaba desierto. Nadie derrapaba por la milla blanca. No había Batas llevando carritos de aquí para allá ni inspecciones rutinarias con portafolios. Nada de nada. El edificio, salvo por los gemidos que a veces sorteaban las puertas de las otras celdas, atestiguando que los demás pacientes seguían allí, parecía desierto.

¿Se habrían marchado los médicos, dejándolos allí dentro? ¿Habrían descubierto esos apuestos Batas la verdad (que la psicología era un fraude freudiano) y se habrían ido en masa a engrosar las listas del paro o a fumarse el título universitario? ¿Y qué pasaría con los enfermos?

Tras tantos años metiéndose química en el cuerpo, no le daba apuro admitir que, aunque aquello era un error y en el fondo no la necesitaba, se había vuelto adicto a todos esos fármacos llenos de nombres en latín y barrocas cadenas de aminoácidos. Le daba más miedo pensar en que no le darían su dosis durante una semana que saber que la puerta estaba cerrada con llave y que, llegado el momento, alguien tendría que venir a darle de comer.

Entonces oyó un ruido.

Se había abierto una puerta. Por el sonido, que José podía situar con precisión milimétrica, era la puerta doble que llevaba al Ala Norte, a las consultas de los Batas. La que no tenía picaporte, sino una placa de cobre para empujar con la mano o con el trasero. A través de ella sólo salían los tipos de los portafolios y los carritos llenos de tickets to ride. José pegó todo lo que pudo la cara al cristal del ventanuco. La nariz se le dobló hacia un lado, roma y chepuda como la de un boxeador veterano. Sus ojillos nerviosos casi sobresalían de las cuencas, el globo ocular al completo, para pegarse aún más al cristal y ver quién se acercaba.

Antes de verle la cara, lo reconoció por la vestimenta. Aquel traje negro sin una mota de polvo, la corbata siempre recta, como si estuviese almidonada, y los gemelos de oro en las mangas a la usanza de los antiguos caballeros, que devolvían el apagado resplandor de los neones con una fuerza inusitada.

José retrocedió, pegando la espalda húmeda al otro extremo de la celda. Sí, sabía quién era: el único Bata que nunca llevaba uniforme, el único que vestía un traje de Armani cuando venía a trabajar. Damián Zurek. No un doctor, sino el Doctor.

José notó cómo se le revolvían las tripas de miedo cuando los pasos se detuvieron frente a su celda y una mano pasó una tarjeta de control por la cerradura electrónica. La mayoría de los enfermeros y los Batas habían automatizado aquel gesto, elevando la mano y pasando la tarjeta con tanta velocidad que a veces al mecanismo ni le daba tiempo de despertarse y preguntar «¿qué coño ha sido eso? ¿Alguien lo ha visto?». El doctor Zurek no. Él deslizaba la tarjeta con precisión, como si fuera un escalpelo, tomándose su tiempo. Ninguna puerta podría haberse negado a abrirse ante él. Ninguna se habría atrevido.

098

—Ven conmigo —dijo el doctor, con aquella voz de contralto que vibraba detrás de sus orejas, como si siempre hablase desde el interior de una catedral.

José Marinero soltó un aliento que no sabía que estuviera conteniendo, y asintió con la cabeza. Claro que iría. Lo seguía como un perrito faldero a donde él quisiese, tal era el grado de respeto y de temor que le inspiraba aquel hombre. Otros Batas necesitaban escolta de los celadores para entrar en las celdas, pues había pacientes que los odiaban a muerte, y como no tenían nada que perder se les echaban encima a la menor ocasión. Tal era el caso de Chikán el Gordo. Chikán (ése no era su verdadero nombre, sino un mote que le habían puesto en su barrio por su aspecto de chicano sin papeles ni ganas de trabajar por conseguirlos) dormía en la celda de al lado. Eso era casi lo único que hacía durante el día, dormir, aplastado por prensas de alquimia salvaje que podrían haber tumbado a un rinoceronte. La primera vez que un Bata, uno de esos niños recién salidos de la facultad con ganas de demostrar que iban a cambiar para siempre la faz de la medicina, había entrado sin escolta en su celda, Chikán lo había mirado con distanciamiento, había escuchado todos los paternales consejos sobre cómo sobrellevar su enfermedad para librar de sufrimientos a sí mismo y a su familia, y luego le agarró la cabeza con aquellas manos de inmigrante ilegal, enormes y rellenas de carne. Y le retorció el cuello hasta que la sonriente faz del Bata giró como la de los gatos de tía Begonia. Desde entonces Chikán no hacía más que dormir y hacérselo en el pañal, reducido a algo poco más evolucionado que un escarabajo, mientras los Batas se lo pasaban en grande abriéndole la frente y hurgando dentro con los escalpelos. Ni la Policía ni la asociación de derechos de los enfermos tenían nada que objetar, después de lo que le había hecho al niño de brillante futuro.

El Doctor, por el contrario, no necesitaba escolta. Ni celadores ni guardas de

seguridad, ni siquiera una cartulina enrollada con la que pegarles en la cabeza a los pacientes traviosos. Él estaba más allá del castigo físico. Si el Doctor decía «ven», José lo seguiría hasta el mismísimo infierno, más que nada porque la alternativa podría ser peor. Ni siquiera el chalado de Chikán se habría atrevido a ponerle una mano encima. Demonios, tal vez ni siquiera hubiera aguantado mirarlo directamente a los ojos sin tener que cambiar el pañal.

Así pues, José abandonó la celda y avanzó por el pasillo impoluto, pasito a pasito, detrás del hombre con el traje de Arman. Traspasó la puerta doble y entró en el Ala Norte, los ojillos moviéndose de un lado para otro. ¿Fue eso lo que sintió Pedro al cruzar aquella carretera, o ni siquiera supo que tenía delante su Gólgota particular hasta que la sirena del camión le previno del desastre, cuando era demasiado tarde, como las trompetas del Abismo?

El Doctor se detuvo frente a una puerta corrediza. José tardó en comprender que se trataba de un ascensor. La puerta se abrió. El Doctor hizo girar una llave en el panel de mandos y el ascensor comenzó a descender pisos, bajo tierra, lejos de la luz y de las alas conocidas por los pacientes. José no sentía la lengua dentro de la boca. La tenía contraída por el pánico, enrollada como una alfombra persa en la garganta, tan ancha que le impedía el paso del oxígeno. Pero aun así no dijo nada. Permaneció inmóvil como un nuevo elemento decorativo del ascensor, apoyado contra una esquina, hasta que éste se detuvo con una sacudida y se abrieron las puertas.

Un paisaje de tuberías y aristas metálicas se abrió ante sus ojos. Pasillos largos y estrechos, flanqueados por arterias de metal que palpitaban con el aliento y los residuos de los pisos superiores. Por aquellos sótanos lúgubres, inhumanos, circulaban los gases y los chorros de energía eléctrica que alimentaban el sistema nervioso del hospital; allí se deglutían los excrementos y se procesaban los residuos enlatados de mil tratamientos quirúrgicos y farmacéuticos. El aterrizado José andó detrás del Doctor mientras lo guiaba por aquel laberinto, mirando las tuberías e imaginándose lo que contenían: por ésta caerían las cápsulas vacías de las pastillas rojas, las que tomaban los esquiz y los mans para dotar a su mundo de un asomo, aunque fuese una pequeña pizca, de vínculos. Por la de más allá se oían gotear las heces casi etéreas de los anorex, los que no podían tragar nada porque la comida se convertía en su garganta en un ácido que les corroía el estómago. Por la que vibraba al fondo, llena más de sonidos que de elementos sólidos o líquidos, se peleaban las fieras enjauladas de los deps, los llantos seguidos de risas histéricas que habían arruinado sus vidas tiempo atrás.

Por fin, cuando el goteo y la sinfonía de residuos se le antojaba insoportable, llegaron al final del paseo. El Doctor se detuvo delante de un manojito de tuberías para nada distinto de los anteriores, pero al que estaba encadenada una mujer. Llevaba puesto un guardapolvo blanco, aunque José no supo discernir si se trataba de una Bata o de una paciente. Debía de ser esto último, ya que la infeliz estaba encadenada como un perro a una tubería, la cabeza gacha y el rostro oculto tras la melena.

Huellas de moratones desvaídos moteaban su piel aquí y allá, trazando un mapa de cardenales que, por algún motivo, parecía estático, yermo, sin la actividad natural del cuerpo que tenía que estarlos curando por debajo. La mujer estaba tan inmóvil que parecía un cadáver, sin la chispa subyacente de la vida que se trasluce en cada poro de la piel, en cada nervio, por relajado y exánime que esté.

José Marinero observó a aquella mujer, a aquel resto humano, y se preguntó qué era lo que el Doctor pretendía que hiciese con ella. Incluso se atrevió a levantar unos centímetros la vista y a mirarle, las pupilas escondidas al límite de los párpados, como si buscara una respuesta pero no quisiera forzar su suerte cruzando su mirada con la de un hombre tan insigne.

La puertecita de la caja que había en su subconsciente se agitó, avivada. La medicina ya no tenía efecto sobre ella, y sólo la falta de costumbre mantenía la podredumbre allí dentro. Las imágenes de los gatos.

El Doctor Zurek elevó una mano. Fue un gesto simple, una señal casi carente de significado, pero que al mismo tiempo lo invitaba (¡a él, al bueno de José!) a aproximarse a la joven. A hacer (esto ya lo añadió su imaginación) lo que quisiera con ella.

—Adelante —dijo Zurek, y—, adelante —fue todo lo que dijo.

José estaba que no cabía en sí de gozo. ¿Era acaso un nuevo tipo de terapia revolucionaria? ¿Pretendía ejercer algún efecto terapéutico sobre él, aparte de inflarle los huevos con la presión de cien eyaculaciones no consumadas?

—¿O es que... —aquí su imaginación ya corría desatada... acaso él era la terapia, la pastilla, el caramelo, que aquella mujer necesitaba para curarse? ¿Lo habían ascendido en el escalafón: de enfermo terminal a cura para otros?

Temblando de excitación, José se inclinó sobre ella. Ardía en deseos de arrancarle la bata a mordiscos y dejarla expuesta bajo el racimo de tuberías, los marchitos senos colgando como sacos de leche podrida, las caderas llenas de arañazos por haberla arrastrado alguien hasta allí, inmisericorde, por el pavimento del sótano; la boca abierta esperando su semen como si de un maná celestial se tratara.

Las imágenes de los gatos volvieron, abrieron la boca, desnudaron los colmillos. Pedro estaba allí en alma, pero no en cuerpo. Aun así, lo acompañaría en cada segundo del ritual, mientras cogía a la mujer, la penetraba por detrás y luego le abría la garganta, como en los viejos buenos tiempos.

En ese momento, cuando estaba a punto de tirar de los cierres de su bata, la mujer alzó violentamente la cabeza, apartando con el movimiento el velo de cabello que le ocultaba las facciones. Y José Marinero chilló, no de éxtasis, sino de terror. Porque aquella hembra estaba muerta, muerta de verdad, más que los animales de su recuerdo. Aun así, un ansia imposible de dominar mantenía su cuerpo en movimiento, buscando, suplicando, anhelando la calidez de la sangre, la tibieza de la piel viva. Aquellas fauces se abrieron, repletas de dientes astillados y amarillos, envueltos en cascadas de sangre coagulada que manaba de las encías, y José notó cómo se

cerraban en torno a su garganta, arrancando un pedazo tan grande de piel y de músculos como le cupo bajo el paladar.

Lo último que oyó José, mientras la mujer se lo comía vivo, fue al Doctor Zurek diciendo con aire de diagnóstico:

—Entonces yo tenía razón. Tenía razón.

097

Hasta hacía sólo dos semanas Madrid había sido una ciudad normal. Grande, como muchas otras; limpia por un costado y sucia por el otro, como muchas otras. Gael García la catalogó sin conocerla a fondo nada más bajar del avión por los olores. No los inmediatos, como el olor del keroseno de las bombas de pista o el del tenue enfriamiento de las ruedas de los aparatos que acababan de aterrizar en Barajas, tras calentarse en medio segundo a cien grados con el rebote del avión contra el suelo. No, esos olores no, sino los sutiles, los que hablaban de una ciudad nueva y enorme, llena de posibilidades, de trampas encubiertas e ilusiones prefabricadas. De proscenios oscuros y rutilantes candilejas.

Su mujer no había recibido a Madrid con los sentidos de igual manera. Ella mantenía la boca cerrada, como siempre, pero lo decía todo con los ojos. Como si acabase de salir de una caja de sombreros. La única gran ciudad que había visitado antes, y por cortos periodos de tiempo, era San Miguel de Tucumán, a poca distancia de la frontera con su Chile natal, dentro de la inmensa Argentina. Y la odiaba profundamente. Gael pensaba que Natalia odiaría cualquier acumulación de personas que superase la media docena, y que toleraba los pueblos pequeños porque de alguna forma había que asegurarse una provisión de alimentos. Por eso sabía desde el principio que iba a odiar Madrid. Era una mujer demasiado frágil, demasiado asustada por las circunstancias del mundo. Y sobre todas las demás cosas, sobre todos los peligros que una gran urbe pudiera generar, tenía miedo de la delincuencia.

Como cualquier ciudad, Madrid también tenía sus crímenes, su dosis diaria de muerte, que compensaba de alguna tétrica manera los nacimientos en los hospitales o en el asiento de atrás de los taxis. Eso Gael nunca se lo había negado. Había visto a Madrid despertarse por la mañana como una mujerzuela y sacarse mujeres violadas de entre las uñas y hombres acuchillados del sarro de los dientes. Había escuchado sinfonías de coches patrulla entonar un crescendo mientras las ambulancias suplicaban por tener alas para pasar volando por encima de los atascos. Era un verdadero río de cadáveres que a comienzos del año (y sólo porque a la gente le daba por empezar a contar desde allí, como si las doce campanadas hubiesen apretado el botón de «reset» del ordenador urbano) sumaban sólo cuatro o cinco casos, daños colaterales de alguna fiesta salvaje, pero que en noviembre podría haber inundado las

calles con la sangre vertida.

Eso, en una ciudad normal.

Desde hacía ocho semanas, Madrid no era para nada normal.

096

Allá en el piso de Usera que habían alquilado, compartiéndolo con otras dos familias de inmigrantes, Gael y su mujer habían sido testigos del cambio. Al principio había sido una clave oculta en las páginas de sucesos, con aquellos titulares tremendistas sobre el anciano que se había comido a su perro o el fontanero que se había cortado a sí mismo un brazo, lo había calentado en el microondas y lo había degustado como cena, mientras se le aflojaba lentamente el torniquete. No había llegado vivo a los postres, pero los atónitos agentes que lo encontraron vieron restos del brazo decorados con nata y rodajas de melón sobre el plato, y una pulcra servilleta, empapada en sangre, cogida del cuello de su camisa.

Destellos, pistas sobre lo que iba a ocurrir. Pero más adelante, la clave oculta pasó a ser algo obvio, a la vista de todos. Los periódicos, durante los escasos días en que continuaron sacando tiradas, se fueron poco a poco tiñendo de rojo. Casos de locura colectiva, vandalismo extremo, canibalismo de masas, suicidios casi surrealistas de los pacientes psiquiátricos... Nadie sabía qué había ocasionado aquella ola de terror que sacudía no sólo Madrid, sino todas las ciudades del mundo. Incluso San Miguel de Tucumán. Y lo más terrible de todo era que no se podían buscar culpables; la gente no se volvía loca ni asesinaba a los suyos por propia voluntad, ni en respuesta al malvado plan del científico chalado de turno. No había acción dolosa, como habría dicho un detective.

Y como de costumbre, Natalia no abrió la boca. No se molestó en denunciarlo ni en quejarse por ello, sino en adoptar esa mirada tan patibularia del «si ya lo decía yo».

Pronto tuvieron que abandonar el piso de Usera. La convivencia con el resto de los inquilinos se había vuelto insoportable, pero no porque ninguno de ellos se hubiera convertido en un asesino, sino porque la desconfianza había hecho inaguantables las noches. Gael recordaba haberse pasado horas y horas despierto en la madrugada, oyendo (o creyendo oír) sonidos al otro lado de la puerta. Pasos que se arrastraban por los pasillos y llantos ahogados que provenían de las demás habitaciones. Una noche alguien gritó, poniéndoles a todos los pelos de punta. Nadie salió de su habitación para ver lo que había ocurrido. Gael, que tenía unas ganas horribles de ir al baño, orinó en una lata de coca cola vacía con tal de no tener que cruzar el pasillo. Se había hecho un pequeño corte en el glande con el orificio de la lata, pero ni siquiera ese dolor lo había convencido de abandonar la habitación e ir a

la cocina en busca del botiquín.

Al día siguiente nadie hizo preguntas. Lo que sí hicieron fue las maletas.

Madrid había dejado de ser un paraíso de candilejas para convertirse en una antesala del infierno, una favela de ventanas condenadas con clavos y ladrillo. Y sólo había un lugar donde los ríos de sangre, por paradójico que fuese, no parecían verterse. Donde no se cometían asesinatos ni se oían espeluznantes historias sobre canibalismo, como si su cercanía al Tártaro lo blindase contra el horror en que se había convertido la vida en la superficie.

Los túneles del Metro.

095

Frente al puesto de golosinas con la cancela medio cerrada había un acondicionador de aire. Era un aparato viejo, aban donado a su suerte por los antiguos dueños del puesto, que no parecía poder recuperarse del ataque del óxido. La lluvia, que se filtraba por un agujero del techo, caía sobre la caja llenando el túnel de un rítmico sonido de palmadas.

Las gotitas rebotadas mojaban los paquetes de caramelos, chicles, gominolas, y un nuevo invento que alguna empresa había lanzado al mercado antes de la crisis, llamado Turbochup. Era una especie de chupachups gigante que tardaba mucho en consumirse, y más a la escala a la que trabajaba la lengua de un niño pequeño. Sobre la etiqueta, en la parte plana del caramelo, un émulo de Godzilla luchaba contra invasores del espacio que venían en platillos de frambuesa. El aliento que disparaba el monstruo no era radiactivo, sino imbuido de una especie de aroma de toronja.

Gael descendió las escaleras que había frente al puesto, seguido a corta distancia por su mujer. Pisaba con extremo cuidado en las losetas del suelo, esquivando los charcos, como si una mano putrefacta pudiera salir de repente de ellos y agarrarle el tobillo. Fuera del túnel, en la calle, el viento daba una larga nota de trombón bajo las ramas de los árboles.

Natalia cargaba con la única maleta que les quedaba, una Dremekis decorada con pegatinas de diversos monumentos nacionales, como si su dueño hubiera viajado mucho. Las otras dos maletas las habían perdido en una trifulca con unos pellejos en un autobús, en el cruce entre San Julián y Sagasta, antes de que el vehículo derrapase y acabase incrustado en la marquesina de una parada. Gael le había confiado a Natalia aquellas dos maletas, y cuando salieron por las ventanillas y corrieron en dirección a la boca de Metro más cercana, ella las había dejado caer.

A Natalia aún le dolían la mandíbula y el costado de los golpes que le había propinado su marido, en justa retribución por su torpeza. Por eso, con la cara amoratada y la maleta fuertemente agarrada con ambas manos, lo seguía a corta

distancia como un perrito faldero, plenamente consciente de su lugar en el esquema de mando. Él mandaba y ella obedecía. Punto. Y si no controlaba la torpeza que era natural en su género, se arriesgaría a otra lluvia de golpes a modo de penitencia.

Gael se aproximó al puesto de golosinas. La cancela estaba medio cerrada, pero aún había sitio para que un ser humano adulto se colase por debajo y accediese a los tesoros ocultos en el interior. Gael, antes que nada, dio un golpe con la linterna (un recuerdo sin apenas pilas que se había traído de la caja de recambios del autobús) sobre el mostrador.

Nada, ni un movimiento. Por experiencia, sabía que a veces podía haber un pellejo escondido al otro lado, inmóvil como una estatua, esperando que alguien se acercara. Uno de los padres de familia que habían huido con ellos de Usera se inclinó por dentro de una barra de bar, en O'Donnell, con la intención de secuestrar una botella de *whisky* Don Pío. No había mirado primero si había algún pellejo al otro lado y, dada la espantosa inmovilidad de éstos, no supo que le estaba mordiendo hasta que vio el pedazo de carne, tan roja como la de una vaca, separarse de su antebrazo.

Gael y Natalia los habían dejado allí, al desgraciado y a su familia, y habían salido corriendo como si una jauría de perros de presa les pisara los talones. Ni siquiera escucharon los chillidos agónicos de la familia mientras suplicaban ayuda, antes de ser rodeados por pellejos. A estas alturas, Gael ya ni se acordaba de cómo se llamaba el niño.

En el puesto de golosinas no se movía nada, ni vivo ni muerto. Gael hizo una segunda comprobación, pasando velozmente la mano a modo de cebo, pero nada se alzó para arrancársela. Buena noticia.

—Espérame aquí, y no te alejes —ordenó a su mujer. Natalia asintió, aferrando con más fuerza aun la maleta. Le gustó el suspiro que exhaló Gael cuando se separó de ella; la viva estampa de la melancolía. Sólo un hombre que está en realidad enamorado es capaz de un suspiro tan hondo.

Gael se introdujo por la abertura, notando cómo la cancela se le enganchaba en los pantalones. Restregó el culo contra el metal para liberarse y por un momento quedó con medio cuerpo colgando por dentro del puestito. Habría sido una imagen graciosa de no ser por el peligro tan real que corría. Si se había equivocado y, en efecto, había un pellejo oculto allí dentro (la dueña del puesto, quizás, o alguno de sus clientes habituales que se hubiera arrastrado hasta allí para morir), estaría a su merced sin remedio.

Pero no había nadie.

El argentino terminó de caer por el otro lado, agarró una de las bolsas que la propia dueña del puesto tenía reservadas para las golosinas, y la llenó con todo lo que pudo encontrar. Metió un buen puñado de Turbochups, unas latas de refrescos e incluso unas hogazas de pan viejo, duro como una piedra, que encontró en un estante. Seguramente habría una panadería cerca. Aquellas doñas no compraban pan para cargarle un impuesto si no era del día.

—¡Viene alguien! —se estremeció Natalia. Sus ojillos no estaban fijos en las lóbregas profundidades del túnel, que conducía a los andenes inferiores, sino en las escaleras que ascendían hasta la calle. Al lugar que iluminaba el sol.

Gael lanzó fuera la bolsa, que cayó sobre uno de los charcos, y se arrastró como una culebra para salir. Esta vez no se le trabó el pantalón. Cogió el botín y, seguido a corta distancia por su mujer, se internó en el túnel. El tímido haz de la linterna desapareció tras un recodo, resbalando por un cartel verde que prometía ocho paradas antes de alcanzar el final de la línea y por el anuncio de un perfume en el que varias famosillas les lanzaban miradas lascivas.

Sobre la escalera de acceso al mundo exterior se proyectaron unas sombras que se movían borrachas, siluetas recortadas de papel rizado. Ninguna bajó a los subterráneos, pero se quedaron allí, esperando.

Todos los que bajaban, en algún momento tendrían que subir.

094

Corrieron por los túneles lo más rápido que les permitió la linterna. Las luces del techo estaban la mayoría rotas, como si un tsunami subterráneo hubiese sacudido las arterias del Metro. La respiración regurgitada por miles de viajeros que un día los había llenado había sido sustituida por un hedor almizcleño, a heces petrificadas de animales o personas. Como ya no se deslizaban trenes por aquel inmenso sistema circulatorio, las entrañas de Madrid, el eco sordo de las salidas y las llegadas de los vagones (con el correspondiente contrapunto de las piernas que corrían veloces por no tener que esperar unos minutos más) se había diluido en una pavorosa quietud, como la que se supone que debía existir en los fondos oceánicos, sólo que sin las orlas de burbujas.

Natalia jadeaba. Había estado a punto de torcerse el tobillo en más de una escalera mecánica, pero Gael, que iba delante (y cargado con una bolsa, no con una pesada maleta de viaje), se movía a más velocidad y no se dignaba a iluminar hacia atrás con la linterna para que ella pudiese ver por dónde iba.

—¡Vamos, muévete, estúpida! —la urgió su marido—. ¡Nos van a coger! —Ella asintió, exhausta. Lo intentaba, lo intentaba.

De repente la luz dejó de tocar pared. Se perdió en un vacío lleno de polvo en suspensión, con un aire más frío que el del túnel. Gael supo que habían llegado a una estación de enlace, un enorme espacio abierto donde convergían los carriles de diferentes líneas y que en un día normal debería de haber estado abarrotado de gente, de luces, de anuncios y de apresuradas conversaciones por el móvil. De gente que corría hacia los puestos finales de sus vidas como trotones del hipódromo en la recta de contrameta. Miles de viajeros que subían en fila de a dos las escaleras mecánicas

(una para los lentos, otra para los que tenían prisa) y bajaban por las normales para no tener que hacer cola. Pero ahora estaba desierto. Muerto.

Muerto.

Cómo odiaba esa palabra.

Gael experimentó un acceso de miedo al saberse tan desprotegido. Ese tipo de miedo que uno siente cuando se sabe al borde de un lugar muy amplio y despejado pero que no puede ver. Su mujer casi chocó contra él cuando frenó en seco.

—¿Qué hay —preguntó—, una puerta cerrada?

—No digas tonterías. ¿Cómo va a haber puertas cerradas en el Metro?

Pero sí las había. Nadie había tenido tiempo de preocuparse por echar candados cuando se desató la catástrofe, pero aun así algunas puertas habían quedado cerradas para siempre. Como las de los bancos, las cajas fuertes, los arsenales militares o las puertas de las mansiones de los millonarios. Había zonas de la ciudad donde todavía quedaba electricidad, por lo que ciertos mecanismos automáticos aún podrían seguir funcionando. No era el caso de aquella estación, donde sólo el pálido haz de la linterna hería al monstruo opaco en la barriga, sin posibilidad real de matarlo.

—Espera... —Alzó la mano como pidiendo silencio, cosa inútil pues los únicos sonidos eran los que emitía su propia respiración. El rostro de Gael permaneció inmóvil unos instantes, oyendo u olfateando algo.

Natalia depositó suavemente la maleta en el suelo.

—¿Qué ocurre?

—¿No lo oyes? Esa especie de... de eso...

En la taquigrafía verbal de Gael, la palabra «eso» podía tener mil significados diferentes, e incluso opuestos. Pero cuando se lo dijo, Natalia también creyó oírlo. Había algo allí, una pulsación al límite de lo audible, como cuando uno está en estado de semivigilia y le parece captar el eco de su propio corazón.

Era un rumor acompasado, la caricia del aire contra los tímpanos al ritmo de la respiración de otro. Un latido que llegaba de abajo, de las vías, como si algo muy grande y aún lejano se estuviese aproximando.

—Apágala —aconsejó Natalia. Le daba miedo la oscuridad, pero tenía mejor vista que Gael, y le parecía haber notado un cierto resplandor en el ambiente, tan débil que hasta la agonizante linterna tenía potestad para vencerlo.

Su marido la miró y al cabo de unos segundos apretó el botón de la linterna. La bombilla siseó con el calor residual y todo quedó sumergido en la negrura.

093

Los segundos pasaron, tic, tac. El silencio seguía siendo estruendoso.

Natalia contó hasta diez mientras los ojos se le adaptaban a la oscuridad. No sólo

tenía mejor vista que Gael, sino también mejor oído, y notó que además de aquel sonido distante, que aumentaba de volumen de manera casi imperceptible, había otro. Una especie de chasquido superpuesto, que tampoco logró identificar. ¿El sonido del viento agitando un cartel anunciador, quizás?

Por fin, la fovea de sus ojos se adaptó a la débil presión de la luz entrante, y la oscuridad dejó de ser absoluta. Por allá empezaron a aparecer esquinas y pasamanos de escalera. Por aquí, siluetas de puestos de venta de billetes y grandes tuberías a nivel del techo. Como sospechaba, había una débil fosforescencia que provenía de alguna parte. Era como cuando uno pasea por el bosque, de noche, y la única fuente de luz proviene de las estrellas. Te permite ver si hay troncos que puedan hacerte tropezar, pero no distinguir los detalles.

El recinto era más grande de lo que ella pensaba, con varios pisos conectados por escaleras que se unían en un hemiciclo hueco. Sintió el mismo miedo a los espacios enormes que había experimentado Gael un minuto antes.

—¿De dónde viene esa luz? —preguntó su marido. Ella se limitó a recoger la maleta del suelo. Lo importante no era su origen, sino que estaba allí.

Descendieron hasta el primer nivel del hemiciclo. Hileras de ventanillas de cristal perforaban las paredes, frente a desfiles de máquinas controladoras de tiques que se alineaban como perfectos soldaditos de juguete, con los brazos cromados abiertos en triángulo. Había más máquinas expendedoras de refrescos, chocolatinas y tabaco, así como kioscos cuyo revistero no había sido actualizado desde el desastre. Último gran estreno en el Cine Realía antes de su clausura, proclamaba una portada; ¡curra Menéndez vista haciendo *topless* en un hotel de Copacabana!, se indignaba otra.

Gael ignoró por el momento las máquinas y se dirigió a uno de estos kioscos abandonados. Su mujer se aproximó a una de las expendedoras de chocolatinas. Gael miró dentro de la cabina, por si había pellejos, y manoseó en los cajones y los estantes en busca de pilas alcalinas. Allí dentro no alcanzaba la débil luminiscencia externa, por lo que tuvo que hacerlo a tientas. Sólo encendió la linterna durante medio segundo para hacerse una idea de la distribución del garito (la bombilla tuvo que hacer un soberano esfuerzo por parir la luz, como las madres primerizas), y enseguida la volvió a apagar.

De fondo se escuchó un sonido de cristales rotos. Era Natalia, que había roto la puerta de la máquina con un cenicero de pie, usándolo como maza. Apartó con mucho cuidado los cristales y metió la mano. Las chocolatinas esperaban en los huecos de las espirales de alambre, ansiando lanzarse al vacío en inútil sacrificio con la llegada de la siguiente moneda.

Tuvo mucho cuidado de separar todos los fragmentos cortantes antes de tender siquiera la mano hacia la primera espiral. Aún recordaba el corte que Gael se había hecho en el pene con aquella lata de coca cola, y lo que le dolió durante los siguientes días. Al menos, se consoló, eso la había dispensado de chupárselo mientras hacían el amor, cosa que a ella le provocaba un profundo asco. El sexo oral era algo que

complacía sobremanera a su marido, pero que a ella le provocaba arcadas, sobre todo en el momento en el que él emitía un ridículo «agh», que en otro hombre habría sonado afeminado, y aquel tubo de carne reventaba en su garganta con líquidos calientes y blancuzcos. Era un juego de dominación masculina que a él le encantaba (y a ella en el fondo también, por qué no admitirlo), pero a veces lo había llevado demasiado lejos. Una vez la sentó en la taza del inodoro y le ordenó que mantuviera abierta la boca, sin hacer ni decir nada. Que se mantuviera inmóvil como una estatua. Lo que había ocurrido entonces...

Prefería no recordarlo. Lloró tanto durante las siguientes semanas que Gael prometió no volver a hacerlo nunca más, pero en el fondo se veía que lo echaba de menos. A él lo que le gustaba era mostrar en todo momento su dominio absoluto sobre ella, dejarla anonadada, en su extensión de reducirla a la nada, no de sorprenderla. Por eso se había casado con Natalia, una chica feúcha a la que nadie quería en el pueblo, para mantenerla como su eterna servidora en esa tergiversación de contrato divino llamada «matrimonio».

Y ella había aceptado, de buena gana. Le encantaba saberse dominada. Sólo se arrepentía cuando las palizas le dolían más de lo necesario.

Gael ya había salido del kiosco. Por la expresión de su cara, había encontrado lo que buscaba: unas pilas alcalinas grandes con las que alimentar de nuevo la linterna.

Estaba cambiándolas cuando vio algo al fondo del hemiciclo. Algo que se acercaba en línea recta hacia ellos.

092

Gael dejó en paz la linterna y corrió hacia donde estaba su mujer. Ésta, asustada, se metió dentro de la blusa las chokolatinas y preguntó en susurros:

—¿Qué? ¿Qué ocurre ahora?

La obligó a agacharse, enterrando sus dedos en los cabellos de la joven y empujando con fuerza hacia abajo. Estaban escondidos detrás de la línea de máquinas expendedoras cuando el destello apareció por un pasillo lateral.

Era una luz muy tenue, rojiza, como de mechero, que se iba encendiendo y apagando a intervalos regulares, y se reflejaba en un espejo que colgaba de la pared con un gran reloj analógico en su centro. Mientras estuvo dentro del pasillo que daba al hemiciclo, su portador la encendía en ráfagas, sólo para no tropezar con nada. Pero cuando arribó al gran espacio abierto, la mantuvo encendida durante un rato largo, mirando estupefacto a su alrededor.

Era un hombre de corta estatura, con gafas redondas, sin montura, y tanto exceso de grasa en las carnes como déficit capilar en la cabeza. Vestía como la típica persona que ignora a propósito las modas, como si las despreciara tanto a ellas como a las

fashion-victims, y hubiese comprado una buena provisión de camisas y pantalones hacía veinte años que ir combinando desde entonces. Sudaba como el campeón local del infarto coronario (uno de esos galardones que sólo se conceden una vez), pese al frío que reinaba en los subterráneos. A Gael le dio la impresión de que era zurdo, porque portaba el mechero en la mano izquierda, pero luego vio que en la derecha llevaba un hacha pequeña, de ésas de cortar madera que venden en la sección de barbacoas de los supermercados y que parecen de juguete.

Lo seguía a corta distancia una joven que no podía tener más de quince o dieciséis años, con el aspecto inocuo reforzado con maquillaje que las adolescentes vulgares exhibían en los institutos. Era casi una cabeza más alta que el hombre al que seguía y estaba tremendamente flaca. Sus piernas eran dos palos enfundados en mallas de color chillón, del todo inverosímiles, como si en lugar de vestida para ir al colegio pareciera salida de una fiesta de disfraces. ¿Acaso la moda payaso había llegado a los institutos?, se preguntó Gael.

Una tercera persona cerraba la comitiva. A ésta Gael la marcó nada más verla como potencialmente peligrosa. Era un hombre de unos treinta o treinta y cinco años, alto y más o menos fornido, el típico chulo de gimnasio que no se depila porque el vello hace más masculinos los abdominales y los bíceps. Se movía con extremo cuidado, no con el andar cansado de los otros, como si desease ver surgir un peligro de cada esquina. Casi parecía un doble de secuencias peligrosas de la industria del cine que se hubiera extraviado en una de sus propias películas. Vestía ropas militares y cargaba con un subfusil ametrallador pequeño, de ésos que usa el ejército (y que Gael, con su parco conocimiento en armas, no supo identificar). Pero el mero hecho de ver cómo lo sostenía delataba que sabía usarlo.

Los recién llegados se apretaron unos contra otros cuando se supieron desprotegidos, privados de la cercanía de las paredes. Luego el militar se adelantó, con el arma siempre preparada, y tomó el mechero de las manos del gordo para examinar el terreno.

Gael tenía que tomar una decisión. Lo último que les convenía era toparse con uno de esos chiflados por la parafernalia militar con un mono infantil por apretar el gatillo. Pero si permanecían ocultos tras la máquina de chocolatinas y él los sorprendía, agazapados como pellejos, probablemente vaciaría el cargador y se daría el maldito gustazo antes de preguntar. Por eso tomó la iniciativa.

Se puso en pie, lentamente, sin abandonar del todo la cobertura. Natalia se agarró a su pantalón.

—¿Hola? —llamó.

La reacción fue inmediata. El militar apagó el mechero y les apuntó con el arma. La muchacha flaca y el gordo se abrazaron y retrocedieron unos pasos, ofreciendo un alto contraste en sus fisonomías como en aquellas antiguas películas mudas. El chasquido del arma al cargarse le recordó el de una de esas neveras con cerradura, blindadas contra niños obesos, al echar el pestillo.

—¡No disparen! —exclamó Gael. «Vamos, vamos, Rambo de mierda», imploró; «los pellejos no saben hablar. ¿Podrá tu cerebro hormonado darse cuenta de eso?»—. ¡Por favor, estamos vivos!

El cerebro del militar debió de hacer las conexiones adecuadas, porque se aproximó a ellos (aunque sin bajar el arma), y preguntó:

—¿Cuántos sois?

—¡Dos! ¡Hombre y mujer!

—Salid de ahí, quiero veros bien. —Y encendió de nuevo el mechero. A Gael no se le escapó que el hombre hablaba de manera ominosa, usando frases hechas, como se supone que los superhéroes hacen cuando se saben los reyes de la función.

Gael y Natalia salieron del escondite. Llevaban las manos en alto, aunque el desconocido que les apuntaba con el arma no se lo había pedido.

—Tengo una linterna que funciona —dijo el argentino.

El militar, una vez comprobó que ninguno de los dos parecía físicamente un pellejo (como si la prueba del lenguaje no fuese suficiente), bajó el arma y les hizo una señal en código a las otras dos personas para que se acercaran.

—Pueden bajar las manos —concedió—. ¿Cómo han llegado aquí?

Gael encendió la linterna. Las nuevas pilas funcionaban muy bien.

—Nos metimos por la boca de metro de Santa Clara. Lo que no sé es qué estación es ésta. No logro ubicarme con el plano del subterráneo.

—¿Han visto pellejos errantes por aquí debajo?

—No... —Gael notó cómo la mano de su esposa se le clavaba en el antebrazo. Parecía tener casi tanto miedo de aquellos recién llegados como de los pellejos en sí. Sobre todo, no apartaba la vista del pequeño subfusil—. Teníamos pensado bajar lo suficiente como para asegurarnos de no estar en su territorio.

—Eso es una utopía. Los pellejos no tienen un límite de profundidad. —Se colgó el subfusil del hombro—. Odian los lugares profundos, es cierto, pero si alguno se transformó mientras curraba aquí debajo y no pudo encontrar la ruta de salida, ten por seguro que estará vagando por los anexos.

Vaya, pensó Gael, eso nunca se le había ocurrido. Era cierto que los pellejos no se metían por voluntad propia (si es que poseían algo parecido a eso) bajo tierra, ni en ningún lugar oscuro. Era como si le tuvieran miedo a la frialdad del subsuelo; como si les recordara algo horrible. Pero nunca se le ocurrió que en aquellos túneles podría haber docenas de ellos que, sencillamente, no recordaban el camino hacia su añorada superficie.

—Me llamo Gael García —se presentó, tendiéndole la mano. El militar la apretó con fuerza, haciéndole crujir los nudillos.

—Pere Sandoil —respondió—. Éstos son Blanca Gómez y Fulgencio Herrera. —La joven de las mallas graciosas y el campeón del infarto les tendieron a su vez las manos. La de ella estaba fría y seca, como las escamas de un lagarto; la de él parecía untada en grasa de automóvil—. Somos refugiados.

—Mi mujer, Natalia Cerván —presentó el argentino. De repente habían sido pulsados los botones de la cortesía, como si el miedo anterior no fuese sino el ensayo de una obra barata y ante el primer «buenos días» los actores dejaran aparcados sus papeles. El mundo podía haberse ido a la mierda, pero entre personas civilizadas los modales eran lo último en perderse.

—¿Venezolanos? —preguntó la jovencita, rascándose el labio. En la comisura tenía un afta.

—Argentinos. Bueno, ella es chilena.

—Lo siento... —se ruborizó—. Soy pésima para los acentos. Ni siquiera soy capaz de distinguir a un catalán de un valenciano. O a un canario de un argentino.

—Suele pasarnos a menudo —mintió Gael, para disculparla. Pensó que, a pesar de los hoyuelos en las mejillas y su aspecto general de niña buena de San Ildefonso, la tal Blanca llevaba escrito un cartel luminoso en la frente que rezaba PUTA DE CATEGORÍA—. ¿Llevan mucho tiempo aquí debajo?

El militar fue quien respondió.

—Un par de horas. Entramos por Sol y quisimos tomar rumbo oeste, pero con tantos vericuetos y cambios de nivel ya no sé dónde coño estamos.

—¿Tienen algún sitio donde ir? —preguntó Gael, esperanzado. La primera cosa que le había pasado por la cabeza en cuanto vio aquel arma fue que si el tipo que la empuñaba no había podido soportar el horror de las últimas semanas, podría utilizarla contra él, golpeándolo con la culata para no gastar la preciosa munición y así quedarse con Natalia y con la Dremekis. La segunda cosa, más fantasiosa aun que la anterior, era que los militares realmente tenían un Plan Maestro para sacar a los civiles de la zona infectada, escrito a siete manos cuando el asunto aquel de Fraga y la bomba perdida de los americanos, y que en algún lado les estaría esperando un helicóptero.

—Pensábamos cruzar la ciudad por debajo y salir en las afueras, cerca de alguna estación de tren. Si el AVE tuviese manual de instrucciones, maldita sea...

—¿Y cómo pensaban avanzar? ¿Caminando por las galerías?

El militar abrió los brazos, subrayando lo obvio. Una sonrisa fina como los cuernos de la luna iluminaba sus labios.

—Yo no he visto desde hace semanas un metro que funcione. ¿Y usted?

Gael asintió, y luego negó con la cabeza, y volvió a asentir. Maldita sea, aquel tipo le ponía muy nervioso. Hablaba con voz lo suficientemente alta y con la suficiente autoridad como para que nadie se atreviera a discutirle. Durante días de vagar solos por Madrid, asaltando las tiendas de comestibles y dando esquinazo a los pellejos mientras cuidaba de Natalia, Gael se había sentido como el único hombre en el planeta. Un Charlton Heston hispano frente a las ruinas de la Cibeles encallada en la playa. Ahora que los esquemas del mundo organizado habían saltado por los aires, ya no había contables ni empleados de gasolineras ni vendedores a domicilio. Nadie tenía un presente del que avergonzarse, sino un pasado a olvidar. Gael, que en el

mundo de Antes no era nadie, en el de Ahora podía convertirse en todo un líder.

Pero la llegada de tipos como aquél lo cambiaba todo. No hacía falta ser un cerebritito examinando el mundo a través de unas gafas trifocales para darse cuenta. El tal Pere era el genuino macho alfa, con esa ametralladora al hombro y esos musculitos de gimnasio y la pose prepotente. Sólo le faltaba teñirse de blanco los pelos de la espalda para ser la viva imagen del jefe de la manada. Se lo llegó a imaginar tumbado en un nido de paja, en una especie de sabana, con Natalia y Blanca desnudas y abanicándolo con un paipay gigante, mientras los gusanos de menor categoría como Gael y Fulgencio recorrían las ciudades vacías en busca de comida para la tribu.

Mientras estos pensamientos circulaban por carreteras de sentido inverso en la cabeza de Gael, su mujer había vuelto a escuchar aquel sonido. No era el rumor pulsante que provenía de abajo, de los andenes; ése nunca había cesado. Era el otro, el que sonaba a cosas mordiendo cosas, a tableteo de dentelladas y telas rasgándose.

—Gael... —musitó. Su marido no le prestó la menor atención. Si ella hubiese observado su propia imagen en el espejo del reloj, habría visto una mujer que parecía estar gritando, pero no miró.

—Tal vez podríamos viajar juntos —decía él, adoptando el tono suave de su lengua natal para resultar más convincente. Desde que puso el pie en Barajas se había esforzado en hablar como un madrileño, y ahora incluso potenciaba las ces—. Dicen que la unión hace la fuerza...

—Estoy de acuerdo —convino Pere. Hizo un gesto de disgusto bienhumorado con la cabeza y le dio una palmada en la espalda—. Mientras más seamos, más iremos. Si los demás, claro, no tienen inconveniente.

—Por mí perfecto —opinó Fulgencio, secándose la frente con un pañuelo de tela, de ésos que llevan las iniciales de uno bordadas en una esquina, donde en teoría no llega la suciedad—. La vaina, como dicen ustedes, no está como para ir eligiendo las compañías. Todos los que seguimos vivos debemos apoyarnos.

—A mí me da igual. —Blanca se encogió de hombros—. Con tal de que nos diga dónde consiguió la linterna...

—Gael —insistió Natalia, tirándole de la manga. El argentino movió la cabeza y se dispuso a regañarla, pero ella estiró uno de sus dedos y se lo puso sobre los labios. El gesto sobresaltó tanto a Gael que enmudeció.

Natalia se limitó a señalar a la oscuridad. El sonido se había hecho suficientemente potente como para que todos lo oyeran, si cerraban por un momento la boca. Provenía de un lugar muy cercano, una zona oscura delimitada por las siluetas de dos máquinas expendedoras de billetes.

Gael apuntó hacia allí la linterna, y se le congeló la sangre en las venas.

El haz descubrió en primer lugar un cadáver desmembrado, tumbado en el suelo y con las tripas al aire. Tenía el vientre abierto como una fuente de frutas, y varias manos hurgaban en su interior sacando manjares que luego se llevaban con fruición a

la boca: los intestinos aún rellenos de heces, el riñón chorreando un líquido amarillo, lo que quedaba del páncreas, los globos desinflados de los pulmones...

Había tres pellejos reclinados sobre aquel cadáver, que en su día pudo haber sido uno de los trajeados azafatos de la RENFE. Los tres tenían el rostro bañado en sangre y, mientras uno apuraba los dedos de una mano amputada, los otros arrancaban grandes pedazos del intestino, desenrollándolo como un calamar.

Los vivos retrocedieron, sin dejar de apuntarles con la linterna. Pere descolgó el subfusil y lanzó una ráfaga contra ellos. Natalia se tapó los oídos con las manos, aterrada; las armas de verdad sonaban distintas a las de las películas, mucho más secas y detonantes, más agresivas.

Las balas impactaron sobre el trío de pellejos, sin que éstos se inmutasen. Siguieron comiendo con aquellos ademanes lentos, como si no hubiese pasado nada, hasta que uno levantó la vista y miró directamente a Natalia. La mujer lanzó un gritito ahogado.

Los pellejos se pusieron en pie, atraídos por el perfume de la nueva presa, el estigma inconfundible del miedo. La carne viva era un manjar mucho más succulento que la que ya había reclamado el polvo.

091

El planeta era una esfera con más tierra continental que océano, salpicado de ciudades y árboles de aproximación holográfica sobre tapices de nubes argentinas. El espacio, un tul de estrellas cabalgando órbitas tan próximas que podría decirse que había más casualidad que física en su danza.

La ISS flotaba en su particular esfera de negrura, de ingravidez programada y silencio catedralicio, con los brazos abiertos como un Cristo de alta tecnología pidiendo redención para el mundo cuyo horizonte remontaba. Un mundo que hacía semanas que no contestaba a sus llamadas, a sus rezos y súplicas encriptadas y sus barridos de piadosas microondas. Las antenas estaban desplegadas como cirios de una tumba sin nombre, y por ellas no circulaba el menor mensaje, la menor promesa de que habría alguien escuchando.

La ISS era un relicario perdido en un océano de distancias.

A través de una de las portillas de observación, una herida de plástico transparente en la piel del módulo ZARIÁ, el capitán Piotr Botvinnik observaba aquel distante piélagos de nubes, y se preguntaba si habría alguien allá abajo que todavía supiera interpretar sus súplicas. Los hombres ya no clamaban a los cielos; ahora eran los cielos quienes clamaban a los hombres. Y no obtenían respuesta.

—¿Algo nuevo?

La voz era femenina, y arrastraba las consonantes con el soniquete cansado de los

que habían aprendido ruso en una academia, no en la cuna. Eve Lambrosky entró flotando en el módulo y se apoyó con las manos en los garros para estabilizarse. Así era como llamaban a los pequeños salientes que surgían aquí y allá de las paredes, y que eran a los tripulantes que evolucionaban en microgravedad lo que las aguas y las corrientes a los peces de los ríos.

Piotr separó la nariz del ventanuco. La marca de vaho tardó más de lo habitual en evaporarse, y durante unos minutos colgó como el fantasmal hálito de un incendio sobre Corea.

—No. Todo sigue igual que hace unos minutos, unas horas, unos días y unos meses. Se han olvidado de nosotros.

—Nadie invierte treinta mil millones de euros en una estación espacial para olvidarla en el espacio —sonrió la norteamericana—. ¡Eh!, ¿alguien ha visto la estación? Ah, sí, creo que la olvidé allá por Kwangju. Si esperas un poco aparecerá sobre el Tunguska...

—Como decís vosotros, no me hace maldita la gracia.

—Qué raras suenan esas expresiones en tu lengua.

Eve se aproximó también al ventanuco. Su aliento borró el incendio sobre Corea y lo reemplazó con una titánica mancha de aceite en la corriente de Kuro-Shivo. En pocas horas aparecería el perfil de Canadá, al otro lado del Pacífico, y entrarían en el cono de emisiones de Puerto Losange. La última vez que lo habían sobrevolado habían creído detectar una chispa electromagnética, un pico de radiación en la antena. Pero por ahora lo único que se veía era Asia entera deshaciéndose en una bruma apelmazada y el Ártico brillando como un arrecife asimétrico de diamantes.

—¿Has terminado con el recuento de provisiones? —preguntó Piotr.

Eve giró sobre su eje y ancló los pies en las esquinas de dos mamparas. Su pelo corto ondulaba como las llamas de un incendio lento, sin posibilidades de consumirse.

Expulsó un suspiro de desasosiego que lo dijo todo.

—Nos queda comida aproximadamente para nueve semanas. Agua, un poco menos. Aun con el racionamiento extremo de alimentos, si no viene alguien a recogernos en menos de tres meses...

Piotr se frotó los ojos con los pulgares. Se preguntó por enésima vez qué combinación imposible de acontecimientos, qué extrema cadena de sucesos y desastres podía haber ocurrido en la Tierra para que los controles de Houston y del cosmódromo de Baikonur hubieran cesado de repente. Desde aquel puesto elevado, aquella atalaya celeste, dominaban todo el espectro de emisiones de radio del planeta; habían escuchado con inquietud los informes sobre los disturbios que estaban afectando a las grandes ciudades, los desesperados comunicados de los distintos países diciendo que algo grave y extremadamente insólito ocurría en los campos y las aldeas... y luego el silencio. El aterrador barniz de estática que charolaba todo el espectro de frecuencias. Ni siquiera los canales de impulsos láser lograban traer

noticias. Era como si no hubiese nadie escuchando allá abajo, por más que los instrumentos funcionasen.

—Aguantaremos hasta que lancen un transbordador o una Progress —murmuró—. No nos queda más remedio. Por ahora, reduciremos las horas en el gimnasio a una al día. Eso hará que nuestros cuerpos requieran menos aporte de agua.

Eve lo miró con un deje de preocupación en el rostro, pero no dijo nada. El capitán tenía razón. En esos momentos el principal tesoro del que disponían en la estación era el agua potable. La falta de ejercicio podría atrofiarles a la larga los músculos, pero no sería antes de que muriesen de deshidratación o de hambre.

Piotr miró de nuevo por la ventanilla. Bajo sus botas de goma, bajo la cáscara de polímeros y los abanicos de paneles solares, había un mundo turquesa que giraba una vez más, como había hecho durante millones de años. Y nada hacía presagiar que dejaría de hacerlo por más que los seres humanos estuviesen acusando la mayor crisis de su historia. Canadá aparecería pronto, y con él la esperanza de que esta vez, en este día no muy distinto de los anteriores, las antenas de tierra estuviesen funcionando.

—Resistiremos...

090

Gael y los demás retrocedieron a toda prisa hacia las escaleras que conducían a los andenes inferiores. Las mecánicas estaban paradas y eran estrechas como cuellos de botella, pero en aquel momento suponían su única vía de escape.

—¡Vamos, vamos, no os paréis! —urgió Pere, lanzando otra ráfaga contra los pellejos. La munición volvió a hacer blanco en sus mórbidas carnes (avispa a reacción suicidándose contra panales de piel cetrina) y de nuevo volvió a ser ignorada por el sistema nervioso de aquellas criaturas. Gael había visto telefilmes donde los muertos sucumbían ante un disparo en la cabeza, como si el cerebro fuese también la planta de potencia que abasteciera sus cuerpos, pero en la realidad no sucedía así. Él había visto a otras personas decapitar con sierras mecánicas a varios de aquellos seres, y lo único que habían conseguido era que cada parte siguiera moviéndose por su cuenta, como si fueran dos organismos independientes. Y hambrientos.

Natalia, con la maleta aún a cuestas, descendió la escalera a trompicones. Los pies le tropezaban en cada reborde como los de un grumete novato en su primer sprint por los flechastes. Su marido, que iba delante con la linterna, fue el primero en alcanzar el andén inferior. ¿Seguían estando en la red del Metro o aquélla era ya una genuina estación de trenes? No había modo de saberlo, y menos para un visitante como él. Lo único cierto era que en todo el tiempo que llevaba viviendo en la capital, nunca antes había visitado aquellos subterráneos, aquella misteriosa estación que

parecía llevar a todas partes y a ninguna.

Blanca y Fulgencio llegaron detrás, ella sin transpirar todavía, como si su cuerpo hubiese sido diseñado sin glándulas sudoríparas para evitar roces con la moda, él con los brazos envueltos en una funda de gotitas. Pere bajó deslizándose como un gibón por la baranda lateral. Aunque seguía aferrado al arma como si ésta fuera su seguro de vida, Gael notó que su confianza desaparecía y que, en el vacío que ésta dejaba, empezaba a instalarse un huésped no deseado.

La inseguridad.

Como telón de fondo, frente a las salidas y reptando por simas de negrura, se acercaban más pellejos. Parecían crecer como las setas, engendrados en el vientre de la misma oscuridad, generación espontánea escupida al rostro de un Pasteur con cara de pismo.

—¡Corred hacia las vías!

La orden alcanzó el cerebro de Gael como una señal retardada, sin fuerza suficiente como para que su antena receptora la procesara y le concediera crédito. ¿Quién la había gritado, Pere, Fulgencio, su mujer...? Se le antojó una idea estúpida: correr hacia las vías, claro, para que en cualquier momento llegase un tren con prisa por cumplir el horario y los arrollara...

Un tren. «Ya no hay trenes por aquí. ¿Quién demonios te iba a arrollar, idiota, una manifestación de ratas?».

Se estaba debatiendo entre la risa y la desesperación cuando la milagrosa luz apareció al final del túnel.

Los cinco humanos vivos volvieron hacia ella las cabezas, en cámara lenta, los ojos desorbitados. Un metro, uno de verdad, un gusano de metal chirriando sobre hilos de electricidad; un apócope tergiversado de la esperanza, que se acercaba hacia ellos como el juramento de un Dios que no mintió, como un juego de porcelana y acero descantillado y bañado en arcos voltaicos que perforaba sus propios pasadizos secretos bajo la urbe.

Gael lo vio aparecer como todo eso y mucho más, pero sobre todo como la única posibilidad de salir vivos de aquel cementerio.

Por un instante, una duda le carcomió las entrañas. Sí, era un metro que funcionaba, pero... ¿y si no se detenía? ¿Y si pasaba de largo en su eterno deambular por el inframundo, dejándolos allí abandonados? Corrió paralelo a una de las puertas automáticas, machacando sin cesar el botón de apertura, hasta que se dio cuenta de que el conductor del ingenio estaba clavando frenos. El metro gimió un poco y se detuvo con un suspiro de alivio en las ruedas. A continuación, la puerta que había estado atosigando Gael se abrió de par en par.

—¡Entrad, venga! —Esta vez fue él quien gritó la consigna. Los demás se lanzaron dentro como plancton deseoso de limpiar sus impurezas contra las barbas de la ballena—. ¡Natalia, deja eso! —Su mujer, agotada, estaba a punto de caer al suelo, arrastrada por la maleta. Gael se separó momentáneamente de la puerta, que podía

volver a cerrarse en cualquier momento (fue la decisión más ardua de su vida), corrió hasta ella y la ayudó a levantarse. Lanzó la Dremekis al interior del vagón y luego se colaron ellos, cuando la puerta ya se deslizaba con un chirrido sobre las guías.

La vibración de las jambas, el sellado de aquel vano iluminado por una enfermiza luz de neón, supuso un respiro para la ansiedad. Fue como si alguien corriese una cortina y dejase al otro lado el peligro. Todos respiraron profundamente, renovando hasta el último milímetro cúbico el aire de los pulmones.

El familiar traqueteo de las ruedas, el bamboleo imaginario de los ejes, fue el bálsamo que necesitaban para recuperar la sensación de seguridad.

089

Gael se dejó caer en una de las sillas de plástico. Luego miró a su alrededor, a las ventanas, al techo, a las paredes, para atestiguar que realmente aquello era lo que parecía ser: un transporte urbano, no un sueño inducido por su mente para paliar la cruda realidad, que uno de los pellejos se lo estaba comiendo en aquel mismo instante mientras él lo negaba todo ante el juez celestial.

El vagón, salvo por ellos mismos, estaba desierto. Era la típica caja rectangular de quince metros de largo por tres de ancho y dos de alto, con hileras de asientos pintadas de un aséptico azul celeste y barras verticales para los viajeros de pie. Dos puertas lo flanqueaban, una en cada extremo, aislándolo de los demás coches, y en lugar de tener ventanucos por los que mirar a su través, estaban cegadas, de modo que ninguno de los ocupantes de aquel coche podía ver ni siquiera si había pasajeros en los adyacentes.

Gael cruzó la mirada con los demás supervivientes. Natalia seguía abrazada a la maleta. Pere revisaba el cargador del subfusil, pero no quitaba ojo a las puertas laterales, como si pudieran abrirse de improviso para dejar entrar una horda de pellejos. Fulgencio hizo repetidas veces una señal de la cruz y, por el movimiento de los labios, estaba entonando algún tipo de plegaria. La única que miró a Gael en ese momento fue Blanca, tumbada medio de costado sobre otro de los asientos. Jadeaba por la carrera, y lucía unos cuantos cabellos rebeldes que habían osado salirse de su sitio e invadir la frente.

Gael no supo interpretar aquella mirada, pero se le antojó muy adulta, más de lo que una muchacha de la edad de Blanca solía mostrar a nadie. Aun así, el cartel luminoso de su frente seguía expresándole el mismo mensaje de antes, ahora con más cinismo, como una contumelia lanzada en silencio a la cara de quien quisiera recibirla: PUTA DE CATEGORÍA, Y ADEMÁS CON SECRETOS.

—Esto ha sido un milagro —lloró Fulgencio. Se paseaba una mano por el cuello como si quisiera encontrar la medallita de un santo que hacía tiempo se le había

perdido, pero que aun así seguía focalizando desde donde quiera que estuviese toda su fe—. Un milagro de Cristo...

—Y que lo digas —barruntó el militar, volviendo a incrustar el cargador en la ranura de alimentación—. Pero no cantes victoria todavía. No sabemos a dónde va este tren.

—¿Acaso importa? —intervino Natalia, de repente—. Nos está alejando de ellos, es lo único que sabemos.

—Sí, lo único. Ése es el problema.

—¡Por el amor de Dios, Pere, mantén quieta tu paranoia un ratito, ¿quieres?! — increpó Fulgencio. Aquella frase había calado en los demás igual que la de Natalia, como una imprecación demasiado explosiva para los labios que la habían pronunciado.

El militar se volvió hacia él. Gael volvió a ver al macho alfa, con la espalda pintada de blanco y enarbolando la única lanza de la tribu. Cualquiera jefe estaría dispuesto a clavar esa lanza en el corazón de un súbdito rebelde si cuestionaba abiertamente su liderazgo.

Para su sorpresa, Pere no dijo nada. Aceptó la reprimenda como si no fuera la primera, y se levantó de la silla de plástico.

—Hay que averiguar si quedan más supervivientes en el tren —dijo, escupiendo a lo Clint Eastwood y secándose la baba que le quedó colgando del labio. Natalia miró con asco aquel esputo, que había quedado pegado al borde de una silla y se estiraba lentamente en dirección al suelo, haciéndose tan fino como el sueldo de Gael en las cercanías del fin de mes.

Pere la sobrepasó y llegó hasta una de las puertas laterales. El vagón seguía moviéndose, surcando aquel túnel ignoto cada vez con mayor velocidad.

Gael se unió al militar en el examen de la puerta. Estaba cerrada a cal y canto.

—¿Tiene pestillo? —preguntó el argentino. Pere se inclinó para observar la cerradura.

—Nunca había visto un tren con puertas de este tipo. —Giró el pomo, sin resultado—. Puede que por el otro lado tenga un pasador, no lo sé. Espera.

Elevó el arma. Gael retrocedió; por un momento pensó que iba a disparar a la cerradura, pero lo que hizo fue golpear un par de veces en la puerta con la culata extensible. Era una de esas que se plegaba sobre la propia longitud del arma.

—¿Hola? —llamó Pere, pegando la oreja al metal—. ¿Hay alguien ahí?

Los segundos pasaron. Nada.

Volvió a golpear más veces, probando claves de tres puntos y tres espacios, pero sólo le contestó el silencio. Al final se apartó un poco de la puerta y, aprestando el hombro como un ariete, le propinó dos buenas embestidas.

Fue inútil. El silencio prosiguió, y la cerradura continuó tan bloqueada como al principio.

—No me hagáis mucho caso —comentó, rascándose la barbilla—, pero me da en

la nariz que estamos atrapados.

088

Llevaban más de una hora recorriendo los túneles. El tren no mostraba signos de que fuera a detenerse otra vez, y se movía como una lanza horadando una oscuridad espesa, sebosa; como una bala penetrando lenta o rápidamente (no había referencia exterior para precisarlo) en el cuerpo de un gigante dormido, cuyos gritos de dolor eran el traqueteo de las ruedas, la violenta ruptura de la virginidad galvánica de los raíles.

Gael se sentó junto al militar. Éste había desmontado y vuelto a montar unas cinco veces el subfusil, comprobando que no había ni un gramo de suciedad en sus entrañas. Gael adivinó que era una maniobra destinada a mantener las manos y la cabeza ocupadas, más que a revisar el mecanismo en sí.

—Seguimos corriendo —comentó, como si no fuera con él. Pere extendió y volvió a contraer la culata. Un sonido muy débil en aquel gozne no acababa de gustarle, pero la única grasa de la que disponían en aquel momento era su propia saliva, y no iba a durar mucho.

—Eso no es lo que me preocupa —dijo Pere. En el centro de la frente le latía visiblemente una vena—. Hemos cambiado unas seis veces de carril. Las he contado. Pero todavía no hemos visto ni una sola estación.

—Puede que no hayamos cruzado por delante de ninguna —argumentó Gael, pero mientras lo decía se dio cuenta de que era hartamente improbable. Dada su condición de recién llegado a la ciudad, no conocía en profundidad el trazado del Metro como para decir si había alguna línea tan larga como para que los pasajeros estuvieran una hora entera bajo tierra sin llegar a la siguiente parada. Pero no, no era lógico.

Pere tenía razón en que aquella situación era muy rara; aunque no había luces externas, ni en las estaciones ni las de emergencia que estaban situadas en las propias paredes del túnel, el propio tren emitía luz. Si hubieran pasado por delante de un andén, lo habrían visto.

Una mueca le pellizcó la comisura del labio.

—Estamos dando vueltas en círculo, por las mismas vías —fue lo único que se le ocurrió—. De ahí los cambios de carril.

—Podría ser... pero aun así es muy extraño. ¿Qué clase de puerta es ésa, y qué hace en un vagón de metro? ¿A quién se le ocurre instalar puertas blindadas en un servicio público?

Señaló con la cabeza la que conectaba con el siguiente coche. Había marcas de balas en la zona de la cerradura, disparadas desde el subfusil de Pere, y ni siquiera eso había conseguido abrirla. Parecía como si en realidad fuese un muro disfrazado

de puerta, una ilusión que jamás iba a dejarlos pasar, por mucho que ellos se esforzaran.

—No quiero malgastar más munición en eso, me quedan pocas balas —decidió—. Pero hay que llegar como sea a la cabina del conductor.

—Estoy de acuerdo. Como este chisme avance sin control y encuentre el final de una vía...

—Un momento... —Pere extrajo de su funda un enorme cuchillo de esos que venden en las tiendas de deporte, especial para supervivencia. Gael se sorprendió de su longitud. Era una verdadera espada, un machete más que un cuchillo, y mostraba unos aguzados dientes con forma de anzuelo a todo lo largo del filo superior de la hoja.

—¿De dónde has sacado eso?

Pere lo movió en el aire; la hoja, bien engrasada, cuarteaba en destellos la luz líquida de los neones, como si la estuviese cortando en tiras.

—Nunca salgas de casa sin uno de éstos. En determinadas circunstancias, es más útil que una tarjeta oro.

Sonriendo, Pere consultó la pequeña brújula que el artefacto (por llamarlo de algún modo) llevaba adosada al mango. La aguja pintada de rojo señalaba en dirección opuesta a donde se movía el tren.

—Estamos yendo hacia el sur.

—Pues me alegro. Mientras más nos alejemos de la ciudad, mejor. —Gael se reclinó sobre el respaldo de la silla—. A mí lo que me choca es cómo se está moviendo el tren. Si no hay electricidad en la vía, ¿de qué se está alimentando?

—De la gravedad no, desde luego. Estos túneles son planos.

«Puede que delante del tren estén corriendo cincuenta caballos sujetos con arreos», pensó Gael, y por unos momentos la solución no se le antojó demasiado estúpida. Surrealista sí, onírica quizás, pero no estúpida. Visualizó la imagen del metro siendo tirado por caballos, como las antiguas diligencias, surcando túneles ignotos bajo una ciudad que era una cáscara vacía. Arriba, en el exterior, a miles de kilómetros, el suelo retumbaría con el chacoloteo de los animales, pero sería un rumor lejano, como de espíritus perturbados. Si quedaba alguien vivo no pegaría la oreja al suelo al estilo indio para saber de qué se trataba; pensaría más bien que era un terremoto.

—Estos trenes dependen de un suministro de energía externo —apuntó el militar—. Si se mueve, es porque hay algún generador solitario en alguna parte que lo alimenta.

—Pero entonces... —dudó Gael—, ¿por qué no están encendidas las luces de emergencia del túnel? ¿Ese generador no debería abastecer a toda la línea, no sólo al tren?

Pere volvió a extender la culata, sin responder. Algo en su interior produjo un sonido polvoriento, resbaladizo, que a Gael le resultó desagradable.

El argentino decidió dejarlo en paz un rato. Mejor que pensara en esos problemas en solitario. Que se ganase por méritos el puesto de macho alfa, si es que era capaz.

Desde hacía muchos años, casi desde que Gael era un adolescente, había tenido que escuchar una vocecita interior que lo amonestaba cada vez que se enfrentaba a un problema irresoluble. Era una consecuencia de los discursos que uno de sus maestros de tercer curso, cuando era niño, había ensayado una y otra vez con él y con sus compañeros de correrías, cuando eran jóvenes y locos y no le tenían ningún miedo al mundo. Aquel maestro, un ferviente defensor del axioma de que con sangre cualquier cosa entra, no sólo la letra, contaba con el beneplácito de los padres de Gael para que intentara por todos los medios disponibles meterlo en vereda. Y los había usado, desde luego que sí.

Otra vez a las andadas, ¿eh, Gaelcito?, decía la Voz con el inconfundible rasgo de cruel y despiadada cantinela del profesor. Mira adónde te han llevado tus pasos por la vida, a una ciudad extraña en un país extraño huyendo de gente extraña. ¿Por qué no te quedaste con nosotros, aquí en la city? Crees que interponiendo un océano entre tú y tus pecados de juventud podrás amortiguar las voces, pero tengo una excelente garganta, de tenor de ópera, y soy capaz de gritar a continentes enteros de distancia. Te gritaré para recordarte que eres un inútil, y que todo lo que haces en la vida está cagado de mierda. Te las das de machito y de protector con tu mujer cita, pero en cuanto miras a Pere, un hombre de verdad, te das cuenta de lo que hay.

—Cállate, maldito tirano —susurró, en una voz casi inaudible. Se masajeó las sienes, pero eso no hizo sino aclarar la recepción de la señal, la caja de resonancia de su complejo de inferioridad.

Quieres dártelas de hombre, pero yo sé que no eres más que un niño asustado, que usa la violencia con las mujeres para tener a alguien débil a quien avasallar. No quieres admitirlo, pero para eso estoy yo aquí, y te lo recordaré una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez, una y ot...

Se dio un golpe en la frente. Eso solía estropear por un tiempo el dial de sintonización de la culpa, aunque a veces sólo le bajaba el volumen.

Una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez, una y ot...

Miró a su mujer. Natalia estaba conversando en voz baja con la jovencita, Blanca, apartadas de los demás en una esquina del vagón. Entre las dos daban buena cuenta de unos Turbochups de los que él había rescatado del kiosco. Cerca de ellas, Fulgencio reptaba a cuatro patas, buscando cualquier objeto perdido que pudiese haber entre las líneas de asientos y las barras. Hasta el papel de platina sucio de un chicle resultaría útil en un mundo donde ya no quedaban industrias que fabricasen cosas nuevas.

Al ver a Natalia en aquella posición, con las piernas recogidas como una niña sobre el asiento, Gael recordó lo guapa que estaba la primera vez que la había visto. Fue en San Miguel de Tucumán, en una oficina que el periódico Testigo tenía en la calle Corrientes esquina Muñecas. El Testigo era más un tabloide que una publicación

seria, y se alimentaba de las noticias más estrafalarias que cayeran en sus rotativas. Había una selección, un criterio, o eso se le afirmaba al comprador desde la editorial de la página uno, pero si alguien hubiese tenido la oportunidad de asistir a uno de esos procesos de selección de noticias, se habría marchado de allí corriendo. Gael, que en aquella época trabajaba como reportero freelance y paparazzi ocasional (es decir, que cuando veía algún famoso tomándose unas copas en los bares de moda aprovechaba y le sacaba una foto, pero no iba activamente a su casa a buscarlo), sabía cómo funcionaban internamente esos tabloides, y solía ofrecerles cosas.

Recordó una mañana de hacía cuatro años, cuando

087

pulsó el botón del portero automático y le respondió una mujer. Gael pensó que se había equivocado de piso, pero no, estaba iluminada la bombillita del primero izquierda. Desde que había vendido sus primeras fotos al Testigo, siempre era Bernardo, el editor jefe, quien respondía al interfono, con esa voz de borracho al que nunca termina de dar sombra la nube ética, y que en cuanto siente la caricia del sol corre a ponerse a salvo bajo la siguiente nube. Pero aquella nueva voz sonaba distinta, sugerente y tímida. La típica voz de un empleado que sabe perfectamente cuál es su condición, y que no desea aspirar a más.

La puerta se abrió y Gael subió por las escaleras. Se sentía de muy buen humor. De un humor capaz no sólo de afrontar el día, sino de placarlo, tirarlo sobre el césped y obligarlo a soltar el balón.

La editorial estaba en un primer piso, y solía ser una pérdida de tiempo estar esperando por el único ascensor que tenía el edificio. Cuando cruzó la puerta, vio que efectivamente había una cara nueva tras la mesa del recepcionista, encajada en un espacio muy justo entre la vieja fotocopiadora Lurker 1800 y la torre del PC. Y, aunque tardó un poco en decidirlo, pensó que aquella cara le resultaba atractiva. Era una chica de unos veinticinco años, empequeñecida tanto por su estatura, que no debía superar el metro sesenta, como por lo encogida que estaba tras la mesa. Parecía como si tuviese miedo de lo que pudiera cruzar aquella puerta, por más que fuera su trabajo lidiar con ello.

—Hola. ¿Está el señor Bernardo Saria? —preguntó, ciñéndose al hombro la correa de la cámara de fotos.

La mujer encogida desenrolló uno de sus brazos del ovillo del cuerpo y apuntó hacia un despacho. La «L» de su hola sonó ligeramente arrastrada.

—Creo que está dentro...

Gael captó el matiz. No «está dentro», ni «espere que lo aviso», sino un indeterminado «creo que está...», como invitándole a él a ir en persona a

comprobarlo. Aquella mujer no duraría mucho como secretaria en ninguna oficina, al menos hasta que no se tomara un buen par de pastillas de Autoconfianxol comprimido. Bernardo, obviamente, tenía el mismo criterio para elegir ayudantes que para seleccionar noticias.

—¡Gael, pasa!

La voz llegó amortiguada por la puerta. Gael permaneció unos segundos más de lo razonable mirando a la chica nueva. A ésta le vaciló la sonrisa, y enrolló de nuevo la mano junto al resto del cuerpo, lo suficientemente cerca del teclado del ordenador como para alcanzarlo con los dedos, pero no más. A su derecha tenía un cuaderno abierto por las primeras páginas. Estaba escrito con la caligrafía redondeada y menuda, típica del método Jhonston, de una escolar.

—Voy —respondió, y se separó lentamente de la mesa, como el depredador que deja marchar a una presa con la única condición de que se deje cazar otro día.

«Y tiene un buen par de melones, además», admitió.

Entró en el despacho del editor. Bernardo tenía siempre dos montones de papel encima de la mesa, uno para los trabajos pendientes y otro para los que estaban en ese mismo momento en proceso. Los primeros crecían como una riada de refugiados desbordándose por la frontera de un país en guerra. No había personal suficiente en la empresa como para hacer que los segundos decrecieran en igual medida.

Bernardo era un hombre pegado a una agenda electrónica. La usaba para todo, desde apuntar las citas con la gente de la imprenta hasta la lista de la compra que su mujer le dictaba cada mañana para que se pasase por el economato en cuanto saliera de trabajar. Para cualquier observador no inercial de su vida (es decir, los que la miraban a distancia sin dejarse arrastrar por ella), Bernardo podía parecer un hombre meticulado, de éstos a los que les gusta conservar un orden inmutable en todo lo que hacen y no dejarse nada atrás. Pero en realidad, el uso de aquella agenda hasta para las cosas más nimias lo que suplía era su vergonzosa falta de memoria. Bernardo tenía una mente olvidadiza, encerada, de la que parecían resbalar enseguida los detalles.

—¿No teníamos previsto vernos el jueves? —preguntó, recorriendo con ademán nervioso la agenda. Tenía un ojo cubierto de cataratas, pero el otro parecía estar bien, y era el que usaba para las inspecciones a corta distancia.

Gael se sentó sin pedir permiso, desplazando un montón de carpetas que había sobre la única silla para clientes, y se descolgó la cámara.

—En realidad era el viernes, como tu «frankenagenda» está a punto de recordarte —puntualizó—, pero he venido antes por... —sacó de un bolsillo un paquete con fotos—... esto.

—¿Y qué se supone que es... «esto»? —Bernardo las cogió de mala gana, pero las cogió. Solía fiarse del material que le traía Gael, porque era exactamente la clase de mierda del tipo que hacía engrosar la segunda pila, la de los trabajos en curso, no la del «ya lo revisaré».

—Tú mismo —invitó Gael, cruzando las manos detrás de la cabeza. Como conocía el orden en el que estaban colocadas las fotos, las fue describiendo a medida que Bernardo iba pasando de una a la siguiente—. En ésa se ve la entrada de la nueva sede del Dial de Oraciones, ya sabes, la secta que hasta hace poco estaba de okupas en la calle Santa Helena, hasta que la policía los puso de patitas en la calle. Ahora parece que tienen un patrocinador que hasta les alquila un local para que puedan hacer sus reuniones. Ya no son unos ilegales —bufó—, pero siguen convocando al virrey Sobremonte para que vuelva de la tumba y presida sus liturgias.

»El círculo de chalados que aparece en ésa es nada más y nada menos que el SAAOV, la sociedad de amigos de los ovnis. Los pillé en plena ceremonia de ascensión noótica, como la llaman ellos. Se supone que entran en una especie de trance que alinea las ondas alfa de sus cerebros con la frecuencia a la que funcionan las computadoras de los platillos volantes. Desde el momento en que alguno de ellos lo consigue, establece el contacto y es abducido. Que empleen bolas de peyote para afinar mejor la sintonía no tiene intenciones ocultas, o eso dicen ellos.

»En esa otra, si te fijas, verás a una tía con el pelo marrón, color diarrea. —Esto hizo reír un poco al editor—. Y te aseguro que olía igual. Se trata de una sacerdotisa de los esperantos, otra secta. Hablan en esperanto y se abonan la cabeza con sus propias heces para que les crezcan las ideas, o algo así. Las orgías de iniciación que montan cuando alguien quiere engrosar sus filas son de escándalo. Es sexo del más salvaje y desinhibido que te puedas imaginar, quizá por eso tienen tantos miembros. Lo que aún no he averiguado es por qué todos pintan sus casas de amarillo, qué tendrá eso que ver con el rollo del sexo y el abono.

»En ésa... bueno, se trata otra vez de nuestra buena amiga, la esposa del concejal, sacando a pasear al perro de dos cabezas que dice que compró en Guatemala. Yo me pregunto si comparten estómago, porque hay que ver cómo devoran las malditas gachas las dos cabezas, cada una a su ritmo. —Suspiró—. ¿Y bien, qué te parece?

—Sabes que no podemos publicar más fotos de la mujer del concejal, o me veré metido en un marrón de puta madre. Lo demás me sirve.

—De ella no, pero... ¿y de cuando su perro mutante atacó a aquel funcionario? El pobre dice que en sus heridas se ven las tres cruces del Gólgota.

—Uhm... no, tampoco podemos sacar al perro. Creo que han registrado su imagen. Pero lo del tipo de las cruces me interesa. ¿Ya se las han curado en el hospital?

—Sí, pero según él le han dejado cicatrices. Habrá que fotografiarlas desde distintos ángulos hasta que demos con uno donde se vea alguna cruz. También podríamos dibujársela nosotros con el Photoshop —se le ocurrió, y compuso una expresión beatífica—. Una pequeña ayudita a la realidad nunca viene mal.

Bernardo dejó las fotos en el montón de «pendientes». Luego sacó un fajo de dinero de un sobre (que guardaba en el segundo cajón de la mesa, el único que tenía cerradura) y separó unos billetes.

Gael los aceptó con gusto.

—Me encanta trabajar para ti —comentó, satisfecho—. Ahí fuera hay un gran país lleno de extravagancia y de guarradas escatológicas para alimentar tu tabloide. Y a mí me encanta rastrearlas como un perrito detrás del culo de otro.

—No le tomes demasiado gusto al tequila —advirtió el editor—, o acabarás ahogándote. ¿Sabes? Estaba pensando en contratarte también como redactor, además de reportero.

—Vamos, jefe, sabes que cometo muchas faltas de ortografía.

—Tú límitate a escribir, y deja las faltas para la correctora de estilo. Estoy harto de periodistas que se creen Lucio Mansilla y no han escrito en su vida otra cosa más que recibos y pagarés. Quiero a alguien que sepa decir las cosas como son.

—Tú mismo. Mientras haya plata... —Se frotó las aletas de la nariz—. ¿Quién es la nueva?

—¿La de la recepción? Una prima de mi sobrino. Se llama Natalia. —Le guiñó un ojo, el bueno—. Está buena, ¿verdad?

Gael se reclinó en la silla, haciendo equilibrios sobre las patas de atrás.

—¿Qué hace una chica en tu oficina, pervertido?

Bernardo regresó a la agenda. Deslizó el lápiz por las últimas páginas, buscando algún otro trabajo que encargarle a Gael o una excusa para echarlo de allí, lo que apareciera antes.

—Necesitaba un trabajo en la ciudad —contestó con aire distraído—. Me la envió su antiguo jefe con una carta de presentación, o algo así. La verdad es que nunca la leí.

—Ya, le viste las tetas y con eso se ganó la plaza.

—¿No tienes nada mejor que hacer que gastarme el tapizado de la silla, Gael? ¿No hay un mundo lleno de extravagancia ahí fuera que te está esperando?

Gael se levantó, metió los billetes en su cartera y cogió la funda de la cámara.

—La extravagancia está en todas partes, amigo mío. Sólo hay que saber mirar —decretó, y se fue, no sin antes echarle otro largo e irreverente vistazo a la nueva empleada, que ella acogió con un acceso de rubor en las

086

mejillas.

—Está en todas partes... —susurró, despertando de su ensimismamiento. Fulgencio estaba delante de él, mirándolo fijamente, mientras le preguntaba:

—¿Has visto alguna vez nacer a un niño pegado al cuerpo de otro?

El argentino lo miró, legñoso.

—Perdón, ¿cómo dice?

—Yo sí —afirmó. Se quitó las gafas redondas y sin montura, las limpió y se las volvió a colocar, ocultando dos pequeñas marcas rojas en el puente de la nariz. Luego prosiguió con la búsqueda de objetos perdidos en el vagón. Gael apartó las piernas y se levantó, dejándolo que registrase debajo de aquel grupo de asientos. Hasta el momento no parecía haber encontrado nada útil.

Gael se acercó de nuevo a Pere, que llevaba un rato con la cara pegada a uno de los ventanales del vagón, mirando hacia fuera. Tenía una expresión calculadora, como el general que examina con detenimiento el campo de batalla antes de ordenar a sus tropas que avancen.

—Creo que he dado con una manera de llegar al vagón de delante —anunció, dándose unos golpecitos en los incisivos con gesto pensativo.

—¿Una manera? ¿Cuál?

—Apártate —le sugirió. Gael obedeció, y Pere hizo algo que arrancó gritos de las dos mujeres e hizo que Fulgencio levantara de sopetón la cabeza, golpeándose con una de las sillas. El militar agarró el arma y golpeó con la culata el cristal, sacándolo del marco. El cristal no se rompió, como si estuviese preparado para eso. En una esquina aún podían leerse las palabras SALIDA DE EMERGENCIA, grabadas con tinta roja y medio descascarilladas, como si algún pasajero se hubiese entretenido en arrancarlas con una uña.

El cristal cayó por fuera del tren, y se perdió en la oscuridad del túnel. El ruido de la máquina en su loca carrera sobre los raíles entró con fuerza por el agujero, así como el olor, un perfume nauseabundo que les revolvió las tripas, a descomposición mezclada con residuos industriales.

Pere asomó la cabeza por el hueco, mirando hacia delante, en la dirección de la marcha.

—¡Cuento dos vagones más hasta el de cabeza! —informó. Instintivamente, Gael lo agarró del pantalón, no fuera a absorberlo algún tipo de descompresión explosiva, como en los aviones.

—¿Qué piensas hacer?

Pere se descolgó todo lo que pudo por fuera de la ventana. El tren iba realmente a gran velocidad, con las paredes deslizándose y temblando a corta distancia como la piel de un único e indistinto organismo de piedra. Nichos horadados para facilitar el trabajo de los operarios cruzaban fugazmente como islas de una oscuridad más profunda.

Alargó un brazo hasta que su mano rozó la unión con el vagón delantero. De sus ventanas también brotaba luz, pero era una luz rojiza, como tamizada por un cristal coloreado. Colocó una pierna en la esquina del marco y sacó casi todo el cuerpo por fuera del tren. Los demás lo miraban con una mezcla de horror y fascinación.

—¿Qué está haciendo? —exclamó Natalia—. ¡Virgen santa, se va a matar! ¡Bájenlo de ahí!

—Espera, aún no —dijo Gael. Seguía sosteniendo a Pere por el cinturón. Las

botas del militar estaban bien encajadas, pero un solo error y se precipitaría fuera del tren. El impacto probablemente no lo mataría, pero se quedaría abandonado en mitad de una oscuridad cerrada, con una severa contusión, a saber a cuántos kilómetros de ninguna parte.

Por un momento, Gael deseó que perdiera pie y cayera (de ese modo, él volvería a ser el único hombre joven del grupo), pero con él también se irían las únicas armas que poseían. Y eso sí que plantearía problemas a la larga. Enfundó su contrariedad y se limitó a esperar acontecimientos.

—Está loco —dijo Blanca, con ese aire de estar de vuelta de todo y a la vez no haber experimentado nada de los adolescentes. Fulgencio se sumó a los esfuerzos de Gael por mantener al militar bien sujeto, pero fue éste quien, tras afianzar sus manos en los salientes metálicos del vagón, se soltó y penduló peligrosamente sobre el coche delantero.

Gael, Natalia y Fulgencio asomaron las cabezas por el hueco. Contemplaron con el corazón en un puño cómo Pere estaba colgando como un alpinista sin cuerdas del techo del otro vagón. Sobre su cuerpo resbalaba la luz rojiza, proyectando sombras extrañas sobre su piel, como si la ventana que tenía delante estuviera manchada con algo viscoso.

—¡Se va a matar! —insistió Natalia. Gael chasqueó la lengua con hastío, la empujó hacia atrás y gritó:

—¡Rompe la luna con la metralleta!

Pere estaba mirando al interior del otro vagón, la frente adosada a la ventana y el rostro desencajado de terror. Fuera lo que fuese lo que veía a través de los cristales, lo mantuvo paralizado unos segundos. Incluso trató de volver atrás, pero ya era demasiado tarde.

—¿Qué ocurre? —preguntó Fulgencio—. ¿Qué ves?

El militar no respondió. Pareció darse cuenta de que era un viaje sin retorno, porque se echó a un lado, colgando de una sola mano, cogió con la otra el subfusil y gastó las últimas balas del cargador en hacer añicos la ventana. Algunos fragmentos cayeron como granizo sobre los espectadores y sembraron un pequeño corte en la cara de Gael.

Pere, una vez rota la luna, se descolgó dentro del coche, perdiéndose de vista. Los demás se aproximaron corriendo a la puerta.

—¡Pere, ¿me oyes?! —gritó Fulgencio, dando palmadas en el metal. Durante unos angustiosos segundos no se oyó nada al otro lado. Nada ni nadie le envió una respuesta.

—Le ha pasado algo, seguro —murmuró Natalia, negando lentamente con la cabeza—. ¿Y si hay pellejos?

Todos se miraron. El temor de que los demás coches estuviesen llenos de muertos vivientes hambrientos, hacinados como carne congelada en un matadero, resurgió con fuerza.

—No puede ser —opinó Blanca, igual de pálida que su nombre—. Los habríamos oído moverse.

Pam, pam, pam. Otros tres golpes de Fulgencio en la puerta. Gael se dejó examinar la cara por su mujer, que le secó los cortes, mientras se apartaban un poco de los demás.

—¡Vamos, Pere, responde! ¿Qué te ocurre? —¡Pam, pam, pam, p...!

Bom.

Un sonido de respuesta. Un golpe que llegó desde el otro lado, seco, propinado por algo distinto a un puño. Algo más pesado.

—¡Apartaos, voy a abrir la puerta! —advirtió Pere. Los demás habrían aplaudido de no ser por el tono de angustia en la voz del militar.

Se escuchó un correr de cerrojos, unos chasquidos, y la puerta por fin se abrió. Pere apareció en el umbral; tenía un profundo corte en el brazo, del que surgían algunos pedacitos de cristal de la ventana.

Lo que había al otro lado hizo vomitar los restos medio digeridos del Turbochup a Blanca.

085

Gael y Natalia ayudaron al militar a regresar al primer coche. Pere se sentó en una silla y arrancó unas tiras de su camisa; se había cortado al descolgarse por la ventana y sangraba copiosamente.

El propio Pere comenzó a hacerse una cura con las tiras de ropa y unos hilos que extrajo del mango de su cuchillo, con los que trató burdamente de coser la herida, pero no era suficiente. Incluso Gael, que las únicas técnicas de enfermería que dominaba eran las que había aprendido viendo episodios de Urgencias, se dio cuenta de ello.

—Necesito un botiquín —constató Pere, con un deje de preocupación en la mirada. Era como si su mente hiciera verdaderos esfuerzos por olvidar el horrendo cuadro del otro vagón, para concentrarse (bendita anestesia psicológica, apoyada en el dolor de las heridas) en problemas más inmediatos—. O un maldito hospital, si tenéis alguno a mano. —El dolor le mantenía crispado el rostro y sostenía un temblor incontrolado en la mano izquierda. La tirantez de uno de los hilos colaboró en la salida de una lágrima involuntaria.

Los demás apenas le prestaban atención. Tenían la vista clavada en el coche anexo.

Parecía un matadero.

La luz surgía roja de las ventanas porque éstas estaban bañadas en sangre, con huellas de manos suplicantes e impactos de mejillas que habían tatuado la forma de

mandíbulas desencajadas en el cristal. Por todo el interior del coche había miembros humanos amputados y restos de vísceras que colgaban como rollos de cuerda de los asientos, decorando como espantosas guirnaldas unos árboles de navidad hechos de huesos. De las barras de apoyo para los pasajeros que viajaban de pie, hasta los brazos de metal que sujetaban los monitores de pantalla plana que colgaban del techo, todo estaba lleno de torsos cercenados de personas. Colgaban boca abajo en un espantoso muestrario de sexos y complejiones físicas, sin extremidades; tajadas de humanidad abiertas como moluscos en una olla y prestas a ser devoradas por las cabezas que rodaban por el suelo.

Pero lo más horrible de todo, lo que hacía realmente insoportable aquella escena, era que ni siquiera la muerte había logrado aliviar el sufrimiento de las víctimas. Poseídos por el indefinido vudú que animaba los cuerpos, la magia o el yuyu ancestral que se encontrara detrás de la rebelión de los muertos (en opinión de Gael, que nunca había creído en una hipótesis científica para explicar aquella locura), los pedazos sueltos y aún definibles de aquellas personas temblaban, abriendo y cerrando los dedos de manos arrancadas a mordiscos, moviendo los ojos en las órbitas de unas cabezas que rodaban por el suelo (mientras se preguntaban a cuál de aquellos torsos desangrados habrían estado cosidas horas antes), o sufriendo espasmos musculares en tendones de ingles desolladas.

Los restos humanos aún seguían vivos, a su preternatural y agónica manera.

084

Gael lo contempló hecho una bola de congoja, consciente de repente de cuán cargadas tenía las tripas. Estuvo a punto de sonreírse ante la perfección de aquel horror, la pureza del miedo que comunicaba la presencia de la sangre. Sintió un arrebato de locura en la base del cráneo, tentándolo al olvido, prometiéndole una cómoda asepsia ante la realidad. Pero no llegó a disfrutarlo.

Como de costumbre, fue su mujer la que le ancló los pies a la tierra.

—¡Gael! —gritó Natalia. Sobresaltado por el aviso, el argentino se irguió como una liebre en un llano.

—¿Qué ocurre?

—¡Allí! —señaló, y volvió a señalar—: ¡Allí, allí, allí!

Un torso más o menos completo se arrastraba por el suelo, sobre los charcos carmesíes, apartando a codazos las cabezas cercenadas. Era una mujer de arrebatadora belleza, vestida con lo que parecía un traje de noche rajado por varias partes. A medida que se iba arrastrando en dirección a los vivos (tenía las piernas destrozadas, por lo que le resultaba imposible ponerse de pie, como si fuera una superviviente de un devastador accidente de tráfico), el vestido se le iba corriendo

hacia abajo, dejando entrever sus pechos operados y las cicatrices que ocultaban la silicona. En vida debió de haber sido una modelo publicitaria o la hija mimada de algún millonario; en la muerte, era la estatua que buscaba indignada el cadáver burlado de su cenotafio.

Fulgencio se colocó por instinto delante de Blanca, cubriéndola con su orondo cuerpo, mientras la joven se arrugaba como una nube en el desierto. Esperó fríamente a que el cadáver se hubiese aproximado lo suficiente, y levantó como una espada de Damocles su hacha de barbacoa, la que parecía de mentira cuando uno la descubría colgada del estante del supermercado. Él la descargó con tesón, con rabia contenida, una y otra vez, sobre la cabeza de la modelo, mientras gritaba:

—¡Dios, te devuelvo otro, cierra las puertas! ¡Dios, te devuelvo otro, cierra las puertas!

Las mismísimas trompetas celestiales (o la sección de metal del coro y orquesta del Cielo, lo que arrancara antes) parecieron entrar en acción con un sobreagudo sincopado, mientras el hacha caía una y otra vez y convertía la parte posterior del cráneo en astillas. La cara de la modelo seguía intacta, grotesca y hermosa. Los torsos colgados de las barras comenzaron a agitarse al son de un fantasmal viento, sin posibilidades de gritar pero vibrando como el público de un concierto en el momento en que se apagan las luces. Pere miraba el cuadro con desidia; Blanca y Natalia con horror apenas contenido; Gael... Gael estaba a punto de desmayarse, pero su orgullo masculino no le permitiría ser el primero. No mientras hubiese mujeres en el grupo que aguantasen el miedo, impertérritas.

Pero seguía habiendo problemas. La exagerada matanza del cerdo que el hacha de Fulgencio estaba haciendo con aquel cadáver había logrado frenarlo, pero aun con la nuca destrozada, las extremidades seguían avanzando.

—¡Ayúdame a cerrar! —pidió Fulgencio. Blanca reaccionó y tiró de la puerta con todas sus fuerzas, moviéndola sobre el raíl. Entre ella y su compañero sellaron de nuevo el acceso al otro coche, que tanto esfuerzo les había costado despejar. Los dedos de la modelo tamborileaban con una crisis nerviosa en el dintel. El hacha de Fulgencio estaba manchada de restos de sangre seca, fina como polvo, y una especie de materia gris que recordaba los grumos de suciedad apelmazada entre las cerdas de una escoba.

Fulgencio apoyó la espalda contra la puerta y bajó resbalando hasta el suelo. Blanca jadeaba. Natalia aún no había concluido el gritito que llevaba exhalando, agudo como el silbido del aire que escapa de un globo, desde hacía un buen rato.

—No podemos pasar por ahí —dijo Gael, constatando lo que los demás ya sabían—. Maldición. ¡Maldita sea!

—Carajo... —rezongó el militar—. Todo este esfuerzo... —se sujetó la herida con la mano—... para nada.

—¿Qué está pasando aquí? —sollozó Natalia, apoyando la frente en el regazo de su marido—. ¿Qué es este tren? ¿Por qué está lleno de muertos?

—Parece un vagón del infierno... —susurró Gael, recordando la represión de los leponistas en el distrito de San Rafael y sus vagones de la muerte, llenos a rebosar con los restos de sus enemigos políticos camino de una fosa común.

La mirada que le lanzó Fulgencio lo dijo todo.

—Alguien tiene que parar este cacharro —suplicó Natalia—. ¡Pere va a desangrarse!

—¿Y qué coño quieres que haga, tirar cuerpos a las vías? —explotó su marido.

—No le grite así a esa mujer —advirtió Fulgencio, colérico. Todavía llevaba el hacha bien asida en la diestra.

—¿Y a usted qué le importa?

—¡Somos los últimos supervivientes, tenemos que tratarnos con respeto!

Gael se levantó, plantándole cara.

—¡Cállese, viejo, al cuerno con el puto respeto! No tiene ningún derecho a decirme cómo debo tratar a mi esposa.

—Por lo que más quieras, Gael... —suplicó Natalia, pero su marido la obligó a callar clavándole los dedos en el hombro, hasta que le hizo daño.

—Y tú, zorra, si sabes lo que te conviene, mantén la boquita cerrada, ¿me oyes?

Fulgencio se puso en pie, enarbolando el hacha.

—Se lo advierto, no me obligue a...

—¡Silencio, por el amor de Dios! —estalló Blanca, llevándose las manos a la cabeza—. ¡No soporto más gritos! ¡No quiero que nadie más grite!

—¿No lo oís? ¡¿No lo oís?! —se interpuso Pere, levantando una mano perentoria. Los demás callaron por unos instantes, y sí, pudieron oírlo. Algo parecido a un chirriar de frenos, al bamboleo cinético de la máquina al combatir un cambio de velocidad, al crepitar de chispas bañando con abanicos de pavesas los raíles.

Pocos segundos después, el tren comenzó a frenar.

083

Tuvieron que sujetarse a algo para no trastabillar. La máquina no frenó suavemente, sino en pequeñas sacudidas, perdiendo velocidad hasta que se quedó completamente inmóvil. Pudieron escuchar también cómo en el otro vagón los torsos colgantes eran sacudidos por el último frenazo, chocando unos contra otros, y algo resbalaba por el suelo. El cuerpo de la modelo que arrastraba como una porcelana rota lo que le quedaba de cráneo, pensó Fulgencio, pero no lo dijo en voz alta.

Los cinco supervivientes aguardaron en silencio unos minutos, como esperando a que sucediera algo, lo que sea que estuviese previsto a continuación en el guión de aquella pesadilla. O a que el responsable del metro infernal les diese instrucciones por los altavoces, aportando datos sobre dónde estaban y qué hacer ahora.

Pero no ocurrió. El tren, simplemente, se detuvo. Y esperó como un caballo cansado a que sus ocupantes hicieran el siguiente movimiento.

Gael se aproximó a la ventana que Pere había dejado sin cristal. Se sacó la linterna del bolsillo e hizo un barrido.

Estaban en un andén, sin luces pero con las salidas despejadas y un kiosco en cada extremo. Había dos bancos para que los viajeros se sentasen (en uno, los oficinantes de alguna fiesta o de un botellón nocturno habían abandonado un par de garrafas de vino), grandes carteles publicitarios tapizando las paredes («abónese a la plataforma digital plus, sólo 13,40 euros durante los tres primeros meses*»), y bajo el asterisco, en letritas no aptas para miopes, «59,90 euros a partir de entonces, con contrato de permanencia»), y un indicador de posición que había sido borrado. Tanto el nombre de la estación como el plano de la red que debía de indicarles dónde estaban, habían sucumbido a un incendio y eran ilegibles.

—¿A alguien le suena esta parada? —preguntó Gael. Nadie respondió.

Dirigió el haz de la linterna a las salidas. Las dos tenían escaleras que subían. En una de ellas se veían los restos de una cámara de vigilancia... y algo más. Una señal con una cruz roja y una flecha que apuntaba hacia arriba.

Pere la contempló, esperanzado. Su herida mal cosida había vuelto a abrirse.

—No puede ser una casualidad —dijo Fulgencio.

—¿Qué más da? —rezongó el militar, pulsando el botón de apertura de las puertas. El mecanismo respondió con un siseo—. Primero voy a buscar un botiquín, y luego las explicaciones.

Los cinco abandonaron el tren. Natalia miró hacia el vagón de cabeza, que se había detenido túnel adentro, lejos del andén. Fulgencio tuvo la misma idea, pero ninguno quería arriesgarse a pasar por delante del vagón matadero y sus ventanas llenas de manos rojas, y mucho menos tirarse a las vías y sumergirse en la tiniebla del túnel.

—No me suena de nada esta estación, y eso que yo solía ser una usuaria frecuente del Metro —comentó Blanca. Sus compañeros ya subían por la escalera de la cámara de vigilancia, menos Gael, que permaneció fiel a su costumbre de revisar los kioscos. Se dio prisa en coger más pilas, un par de encendedores y en saquear la caja registradora (esto era algo que no le confesó ni siquiera a su mujer, pero en el fondo esperaba que el dinero volvería a tener valor en cuanto se restableciera el orden) y alcanzó a los demás en el piso de arriba, en una encrucijada de caminos.

—La cruz roja apunta hacia allá —dijo Pere, siguiendo con el dedo otra de las flechas. Ya entraba algo de luz del día por el hueco de una escalera. De una máquina expendedora de billetes colgaba una larga serpiente de tiques; la máquina había impreso bonos de veinte viajes hasta que se le agotó el papel.

—Ellos están arriba —dijo Blanca—. Les encanta la luz.

—Las medicinas también.

Pere abrió la marcha. Se aproximó a la escalera y miró hacia arriba, a la salida,

haciendo visera para los ojos con el dorso de la mano.

—Despejado —informó, y empuñó el subfusil con la mano sana. Si no le quedaban balas, Gael se preguntó cómo pensaba usarlo, pero tenía que admitir que la mera presencia del arma era tranquilizadora.

Los cinco subieron los escalones, con cuidado para no hacer demasiado ruido. La luz del sol les cegó con una cortina casi sólida de fulgor, pero les permitió distinguir un edificio blanco, industrial, con entrada para ambulancias y la caseta vacía de un guardia escoltando la entrada principal. Sin embargo, no se veía la sempiterna cruz roja por ninguna parte. Junto a la puerta había un carrito abandonado con una muñeca dentro. Llevaba un vestido de princesa medio quemado y le faltaban los brazos. La muñeca les contempló al pasar con un ojo marrón cubierto de moho.

—¡Hospitales no! —exclamó Natalia—. ¡Por favor, están llenos de... de Ellos!

—Esto no es un hospital —dijo Pere, señalando las ventanas de los pisos inferiores. Todas tenían rejas—. Es un psiquiátrico.

—¿Un manicomio? —preguntó Fulgencio.

—Bingo. Uno más y se lleva la tostadora.

Pere se acercó a la entrada. La calle parecía un muestrario de accidentes de coche, un museo de la irracionalidad humana. Justo a la salida del aparcamiento había seis turismos amontonados en una especie de escultura *post-moderna*, el producto de una colisión que había dejado varios brazos colgando por fuera de las ventanillas, abrazados a superficies plásticas deformes. A través de los parabrisas escarchados de grietas podían verse cráneos aplastados, tumescentes, con ojos que, aun colgando de los nervios oculares, seguían mirando en silencio a la autopista, preguntándose qué pasó; qué extraña cadena de circunstancias les había privado de su último viaje, de poder seguir las balizas que horneaban las pistas hasta una tierra prometida. Balizas y ríos de luces y señales de tráfico que pulsaban en campos eléctricos como linternas suspendidas en el horizonte.

Pere dejó atrás aquella siniestra escultura biomecánica y cruzó el recibidor. Apartó los cristales rotos de una ventanilla, más propia de un banco que de la antesala de un hospital, y miró dentro. Un calendario de mesa afincado en marzo era mecido por el viento. Varias revistas de enfermería y una de hogar-mueble yacían tiradas por el suelo, junto a la silla de la recepcionista. Había una salpicadura de sangre en la pared, a la altura de una cabeza. Los fragmentos de cristales rotos reflejaban el sol en destellos de luz cálida que hacían lagrimear.

—Vamos, mientras antes acabemos, mejor —urgió Pere, y entró en el recinto. Los demás lo seguían en fila india, mirando con desconfianza a cada puerta entreabierta, y a cada pasillo que se abría junto a ellas. Curiosamente, lo que más contribuía al estado de abandono del lugar no era el silencio, extremo para lo habitual en una ciudad grande, ni las ocasionales manchas de sangre que salpicaban los muebles, sino la presencia de objetos útiles tirados por todas partes, objetos que nadie habría abandonado en su sano juicio, en el transcurso de una jornada normal de trabajo: aquí

había una cartera bastante inflada de billetes cogiendo polvo en una silla, allá una PDA tirada junto a un rollo de papel higiénico, y en el otro lado, un paquete de jeringuillas que aún seguían metidas en sus precintos, abandonado junto a dos teléfonos móviles.

«Un manicomio», pensó Gael. En un sitio así fue donde él y Natalia comenzaron a conocerse bien, allá en San Miguel. Bernardo, el editor del tabloide, les había encargado un reportaje sobre uno de los grupos esotéricos que había estado investigando Gael, y quería que Natalia lo acompañase. Sus motivos no los reveló, pero Gael sospechaba que prefería tenerla trabajando como reportera antes que como secretaria; dado su natural talento para despertar compasión en la gente, como si fuera una niña pequeña o un gatito de largos bigotes, sacaría más información en un día que los clásicos reporteros agresivos (a los que todo el mundo odiaba) en una semana.

Reporteros como Gael, sin ir más lejos.

El grupo de chiflados que tenían la misión de investigar se hacían llamar el Dial de Oraciones, y solían ir a visitar a uno de sus padres fundadores al

082

centro de bienestar mental y cuidados especiales Guayana de Mocán, sito en la intersección de Carros con San Ildefrán. Ésa era una forma como otra cualquiera de llamar a los manicomios, pero en tiempos políticamente correctos como los que ahora vivían, en los que ni siquiera se podían usar palabras malsonantes en los periódicos, Gael entendió que un nombre suave fuera vital para reclamar subvenciones. Y para atraer a las apesadumbradas familias de los pacientes. Él mismo tenía un primo que sufría de esquizofrenia, o algo muy esdrújulo y terminado en «frena», y sabía la carga que estas personas suponían para sus allegados, tanto económica como psicológicamente. La gente de la calle, cuando oía hablar de sanatorios mentales, se imaginaba tristes edificios llenos de pacientes desquiciados y tratamientos brutales, de grilletes e inyecciones venenosas, pero lo cierto es que, aunque así fuera y los sanatorios del siglo veintiuno fuesen como los del dieciocho, las familias seguirían llevando a sus enfermos para que los cuidasen los médicos. No hay nada más nocivo para la cordura de los demás que tener un esquino o un manidep en casa.

—He pasado muchas veces por delante de este edificio, yendo en autobús —comentó Natalia, sentada en el asiento del acompañante. Gael conducía un cuatro por cuatro Defender, muy verde y poligonal, estupendo para salir de la ciudad y perderse por las carreteras de montaña—. Pero nunca imaginé que fuera un sanatorio.

—Sólo es sanatorio en los tres últimos pisos —dijo Gael, enseñándole el dedo a un conductor que se le había cerrado mucho por la izquierda—. Los de abajo son

viviendas normales. También hay un optometrista y una agencia de trabajo temporal, Faraón.

—Jesús, qué agobio. Yo no podría vivir sabiendo que tengo locos encima de mi casa.

—¿Eres supersticiosa, Natalia? —preguntó sin miramientos, al tiempo que se cerraba un semáforo y hasta cinco listillos, procedentes de otros carriles, se le metían delante. Gael posó ambas manos en el claxon y lo hizo sonar en un largo lamento de frustración. A su derecha desembocaba una calle con palmeras, donde una indefinida jerarquía de prostitutas frecuentaba los bares de los hoteles, sin consumir nada salvo su propio tiempo y el dinero de los clientes.

Natalia se ruborizó ante la pregunta de Gael.

—No mucho. Bueno, un poquito. —Hablaba con cuidado, pasando de una palabra a la siguiente como si saltara de piedra en piedra para vadear un riachuelo—. Lo justo como para sobrevivir al mal de ojo. Hay mucha gente que hace cursos especializados en males de ojo para protegerse y echárselos a los vecinos, ¿lo sabías? Los imparten en las tiendas esotéricas, y algunos salen por un montón de dinero.

—¿Tú has hecho alguno?

—¡No, claro que no! Pero conozco a gente que sí tiene el diploma, y les va muy bien.

«Claro, y seguro que tú tienes una estatua de la Virgen del Remedio a tamaño natural en tu salón, junto a la tele», sonrió Gael para sus adentros. No le extrañaría que esa supuesta estatua tuviese leds amarillos en los ojos, que se iluminaran cada vez que alguien soltara un taco en la tele o Natalia sintonizara un canal para adultos.

Inopinadamente, unas imágenes obscenas asaltaron su mente. Gael tuvo entonces su primera fantasía sexual protagonizada por Natalia; la primera de muchas en las que la tímida joven lo invitaba a pasar a su casa, charlaba un rato con él de temas religiosos y morales y luego acababa follándoselo de la manera más pringosa posible sobre el poyo de la cocina. Eso fue lo que más le atrajo de ella, su aspecto de fingida inocencia (fingida en opinión de Gael, claro), de niña bien de provincias que salía envuelta en siete toallas de la ducha, y procedía a sacar del cajón su recatada ropa interior esparciéndola a puñados, y dejando brevemente al descubierto un objeto que escondía allí dentro, entre las braguitas de encaje, y cuyo áspero tacto había probado en distintas ocasiones contra su vulva.

El pantalón de Gael se hinchó un poco mientras Natalia seguía distraída, mirando por la ventanilla. La joven no era ni remotamente consciente de que, en ese mismo instante, una imagen distorsionada de ella misma estaba apareciendo en la mente del hombre que tenía al lado, descubriéndose las tetas en un baño público y suplicándole: «Vamos, muérdelas, pellizcalas, castígalas sin piedad. Retuércelas como tornillos y átalas con los cordones de tus zapatos. Que todos puedan ver los moratones cuando salga ahí fuera y sepan que tú eres mi amo».

Seguro que Natalia había cultivado en su interior un ansia feroz por dar rienda

suelta a toda su sexualidad, que no había liberado porque sus anteriores novios habrían sido tan recatados como ella, tan incapaces de Consumar el Acto como si tuvieran un candado en el prepucio. Miraba el mundo desde una atalaya de humilde superioridad, con la exquisita complacencia que sólo sienten las mujeres cristianas y bonitas. Muchos habrían bebido los vientos por ella, pero se sentía intocable, protegida por la coraza de santidad de las buenas personas que iban a ingresar de cabeza en el Reino de los Cielos.

A Gael le pareció aun más apetecible después de ese pensamiento. Más deseosa de que llegara un hombre de verdad que estuviera dispuesto a Hacerlo sin pensar en purgatorios ni en encíclicas de parvulario.

Entraron en el aparcamiento del hospital, en una zona reservada a los médicos, y Gael estacionó en el primer sitio que encontró libre.

—No tenemos permiso para aparcar aquí. ¿Y si nos dicen algo? —se preocupó Natalia.

Gael salió del *jeep*, echó los seguros y estampó un papel naranja en el parabrisas que proclamaba: SERVICIO DE PRENSA. Si alguien se fijaba lo suficiente, podría ver cómo destacaban los puntos de la impresora de chorro de tinta. Gael se fabricaba toneladas de papelitos de éstos en su propia casa, y luego los timbraba con un cuño que había robado años atrás de la universidad.

—Truquitos del oficio, ya los irás aprendiendo.

Natalia lo siguió hasta los ascensores, no muy segura de querer que él fuese su maestro. Acompañaron a uno de los vecinos en el ascensor hasta el segundo piso (una anciana a la que Natalia no quitó los ojos de encima, como si se preguntara qué clase de personas podían vivir constantemente con el peligro de encontrar a un Norman Bates vestido de mujer en el rellano de la escalera). Luego siguieron subiendo, hasta la primera planta del hospital.

Más que un sanatorio parecía el típico piso reconvertido en hostel, con alfombra de lino en el recibidor y láminas paisajísticas del TODO-A-100 cada dos puertas. Tampoco se escuchaban gritos agónicos provenientes de las habitaciones, cosa que sorprendió a Natalia. En lugar de ello, una hipnótica y relajante música reiki brotaba de altavoces anclados al techo. Natalia se imaginó a los enfermos tirando de rastrillos en un jardín de arena de tamaño natural, dibujando bellos patrones de surcos en torno a los accidentes del terreno.

Gael le mostró su carné de prensa al recepcionista, un culturista de dos metros que no encajaba ni con cola en un ambiente amortiguado con aquella música.

—¿Tenían cita? —preguntó el gigante, repasando sus libros. Gael se apresuró a negar con la cabeza.

—No, se trata un examen sorpresa... ¡A ver esos libros de cuentas! Ejem, es broma —añadió en cuanto el gigante elevó los ojos. Gael echó mano de su expresión graciosa de urgencia número trece, ideal para aquellas ocasiones, y enganchó los pulgares en el cinturón—. Je, je. Olvídelo. Oye, cariño, dile a este señor quiénes

somos, anda.

Natalia sonrió con su aire de gatito de lindos bigotes, y (como Bernardo había previsto, el muy buitre) el semblante del cachas se relajó. Ella trató de explicarle que habían venido a hacer un reportaje, a entrevistar a unas afligidas personas sobre lo terrible que es tener a un familiar cercano en una situación así, etc. Era la manera como Bernardo se lo había explicado, sin duda. Gael sabía la verdad: lo que les interesaba era el hecho de que uno de los patriarcas de aquella secta de chalados era un loco encerrado en este manicomio, y que sus fieles venían a adorarlo a su celda porque no les quedaba más remedio. Bien enfocado, daría para grandes titulares con cuerpo de letra Verdana y tamaño ochenta o noventa. Y las consabidas fotos de apoyo, claro. Un mayor sangrado para el sobre de los billetes de Bernardo, y unos centímetros más para la pila de «trabajos en curso». ¿Que alguien se molestaría si la credibilidad de la secta se venía abajo después de aquello? Bueno, los directores de tabloides tenían buen olfato para lo turbador y lo patético. Y las sectas como el Dial daban mucho que olfatear en esos aspectos.

Natalia todavía estaba demostrándole a aquel hombretón que sus dotes persuasivas pasaban por el filtro de la candidez, cuando Gael los vio. Eran cuatro, todos vestidos iguales, como si comprasen la ropa en la misma tienda de saldo. Eran escuálidos, cabizbajos, peinados de la misma manera; estaban esperando en completo silencio en el pasillo y despedían ese aura de santidad y de necesitar desesperadamente ser perdonados por alguien que tenían todos los miembros de sectas que Gael conocía.

El Dial de Oraciones. Tenían que ser ellos. Y en esa puerta frente a la que montaban guardia tenía que estar, era obvio, su mesías demente, repartiendo sermones a diestro y siniestro mientras aprovechaba las pocas horas de lucidez que le permitían los sedantes.

Gael miró por encima del hombro. Natalia y el cachas estaban hablando distendidamente sobre algún tema trivial, de ésos que tanto le gustaban a ella. Sin duda su aire de niña desvalida había hecho mella en la coraza del gigante, ya que éste no hacía más que sonreír y contarle su experiencia personal en el tema del que estuvieran hablando.

Gael se escabulló hacia el pasillo con esmerada lentitud, y desapareció de la vista de ambos. Era cuestión de segundos que el recepcionista se diera cuenta de que le faltaba alguien y viniese a llamarle la atención. Gael prefería no recordar la última vez que intentó burlar la vigilancia de un tío de ésos, lo que le habían dolido las contusiones al día siguiente... aunque claro, aquella vez se trataba de una discoteca y de algún famosillo incauto que no sabía que las gafas de sol no protegen un carajo contra la entrenada mirada de los paparazzi.

Se aproximó a los sectarios. Rozó el botón de grabar de su MP3 y apuntó el diminuto micro hacia ellos.

—¿Hola? —carraspeó—. Disculpe, me llamo Alberto. Soy un admirador de su

religión, un estudioso de los credos del nuevo milenio, y me gustaría hacerles unas preguntas muy breves sobre...

—Kagnapak no responde a preguntas —le cortó en seco uno de ellos. Gael sonrió. Al menos ya tenía un nombre.

—¿Carg... napark?

—Kagnapak —corrigió la mujer—. Es el sobrenombre y a la vez el título de nuestro pastor. Su rango espiritual.

—Vaya... suena importante.

—En verdad lo es. Kagnapak es un hombre venido al mundo para ser importante.

—Déjale, no insistas —añadió un tercero, un hombre al que la dieta pobre en vitaminas aún no había conseguido borrar una chispa de inteligencia en su mirada—. Es un periodista. —Escupió la palabra de tal manera que a Gael le dieron ganas de pasarse una mano por la cara para desincrustarse la «P» y la «T».

—No, no lo soy, se equivocan —se defendió. Ésa era la mentira que mejor le salía, la que tenía más entrenada—. Puede que lo piensen, tras efectuar un razonamiento por otra parte lógico. Y lo piensan porque hago preguntas, pero, si se paran a meditarlo... ¿para qué estamos aquí, en este valle de lágrimas, si no es para hacer preguntas? ¿Qué sería del hombre y de la mujer si no formularan las cuestiones trascendentales adecuadas, y sólo las adecuadas, sobre su efímera existencia?

La mujer asintió. Comulgaba con ese pensamiento, o con uno muy parecido al que Gael había acertado tangencialmente.

—Quiero entender al Kagnapak —continuó—, saber cómo es ser como él, cómo llegar a tal rango de espiritualidad...

—El Kagnapak, como experiencia interior, sólo puede ser alcanzado por una persona a la vez en el mundo —explicó la mujer—. Y no puede ser entendido más que por esta persona. El Kagnapak, como ente consciente, es un humano trascendido que ha alcanzado el quinto nivel, igual que Jesucristo o el Buda.

—¿Quinto... nivel? ¿Y en qué nivel estamos nosotros?

—Nosotros aún estamos en el primero —sonrió ella con el aire benevolente del profesor que habla con un alumno especialmente torpe—, y en él seguiremos mientras vivamos en este planeta. Sólo el Kagnapak está preparado para vivir en la colonia de espíritus avanzados que hay en Ganímedes, junto con Jesucristo y sus apóstoles.

—¿Ganímedes! ¡Claro! —Gael se golpeó la frente—. Ya decía yo que no podía evitar soñar con ese planeta una y otra vez. Cada vez que lo veo en un almanaque me entra un cosquilleo en la punta de los dedos que hasta ahora no podía explicar. —Movié una mano nerviosa—. ¿Se dan cuenta? Por eso mismo estoy interesado en ustedes, en la organización a la que representan, ya que...

—Usted es el lobo que viene con piel de cordero —lo volvió a interrumpir el de la chispa en los ojos. Se le notaba más agresivo que los demás, a pesar de su aspecto de oveja mansa incapaz de comerse una brizna de hierba que su pastor no le hubiese

ofrecido—. La gloria de los Ascendidos no está hecha para ser ninguneada por los agentes del Maligno, como ustedes, los periodistas. Dios se sacrificó por tus pecados igual que por los míos, sufrió torturas sin límite y llegó a entregar Su carne para que algunos, sólo algunos, comprendieran cuál era el verdadero camino y se lo mostraran a los demás. Me avergüenza ver cómo los ciegos siguen empeñados en no querer ver, aun cuando el verdadero sucesor del Cristo Redentor está ante vosotros, ofreciéndooos sin pedir nada a cambio un mensaje de salvación.

A Gael le dieron ganas de juntar las manos y gritar «¡Aleluya!», pero contuvo la lengua. Compuso su propia expresión de oveja descarriada y murmuró:

—Pero si eso es verdad... ¿qué hace su Kagnapak metido en una celda?

El sectario apretó los puños, tentado de olvidar el asunto ese de la otra mejilla y hacerle tragar su micrófono. Fue un grito proveniente de la propia habitación del «Kagnapak» lo que lo disuadió de rendirse ante tales pensamientos.

—¿Qué ocurre ahí? —preguntó el recepcionista, alarmado. Dejó atrás a Natalia y comenzó a avanzar por el pasillo, una sombra con más músculos que una película de bárbaros, en dirección a Gael. Éste se santiguó, aunque no fuera creyente. Si de verdad había fuerzas místicas operando en aquel lugar, era mejor ponerse de su parte.

La puerta de la habitación se abrió, y otros sectarios salieron a trompicones. En el interior, Gael pudo ver a un hombre de larga barba gris, vestido como un paciente de hospital, que se desgañitaba tirándose de la cabellera hasta arrancarse mechones enteros de raíz.

—¡Condenación! —gritaba el Kagnapak, fuera de sí—. ¡La perdición de la humanidad ha llegado! ¡Hemos roto los últimos sellos, profanado las últimas tumbas! ¡Ya no hay salvación posible para los humanos de nivel uno!

El cachas apartó sin demasiados miramientos a los seguidores de la secta y se metió en la habitación. Gael estaba seguro de que al verlo entrar, con esa pinta de toro furioso, de coloso de Rodas sobrado de esteroides, el Kagnapak se lo haría en el pañal.

Pero en lugar de amilanarse, le apuntó con un dedo y dijo, con los ojos saliéndose de sus órbitas:

—El mundo está a punto de devorarse a sí mismo. Sólo los bosques y las bestias prevalecerán.

Y cayó al suelo, sin sentido. Sus devotos estallaron en súplicas y amargos llantos y clamaron a los jovianos para que bajaran de una maldita vez a rescatarlos. Gael retrocedió hasta situarse junto a Natalia, guardando el micrófono. Ya había obtenido lo que quería de aquel loco. Los titulares de la edición del día siguiente serían espectaculares.

En ese momento no podía imaginarlo, pero en los años posteriores recordaría muy a menudo

las palabras de aquel anciano que no llegó a sobrevivir para ver el holocausto. Y se preguntaría en innumerables ocasiones si el pobre viejo habría tenido en verdad alguna clase de visión sobre lo que estaba a punto de ocurrir, y si se habría llevado el secreto de la salvación a la tumba...

Gael aún se lo estaba preguntando cuando Pere descubrió la enfermería. Era un cuarto cerrado con llave, al que los internos no podían acceder salvo estando acompañados por un enfermero o un celador. La puerta estaba protegida con una cerradura electrónica, y era muy improbable que el dueño de la tarjeta estuviese cerca.

—¿Alguien tiene alguna idea para abrir esta puerta? —preguntó el militar, agotado. Blanca y Natalia lo ayudaron a sostenerse en pie. «Cuánto teatro por una simple herida en un brazo», se burló Gael. «Ya me gustaría ver a este tipo en la selva colombiana, con una herida de guerra y las tripas colgando llenas de mosquitos».

—Podríamos usar algo como ariete —sugirió Fulgencio—. O buscar una palanca y romper la cerradura.

—Mirad. ¿Qué creéis que están haciendo? —preguntó Blanca, con la cara pegada a una ventana. Los demás se acercaron y miraron al exterior sin asomarse demasiado. Sus alientos dibujaron mariposas en el cristal.

Estaban en el segundo piso del edificio. Desde allí se dominaba toda la calle, con sus comercios desvalijados, sus coches atascados en mitad de la calzada, acumulando tierra y brotes de mala hierba bajo las ruedas, los incendios lejanos que brillaban como rubíes y que no quedaba nadie para apagar... y una muchedumbre de Ellos, que caminaba ociosa en una misma dirección, despacio, cada individuo tirando de su propia sombra, como si fueran partículas de hierro orientadas magnéticamente por un imán. Había pellejos por todas partes, arrastrando los pies, los brazos y las cabezas colgando como badajos inertes, desplazándose en lenta procesión como un río de almas que jamás alcanzaría la desembocadura en el Paraíso. En completo silencio, ocupaban las calles colindantes al edificio cual ejército invasor despojado de banderas. Aquéllos que aún tenían globos oculares los mantenían orientados al cielo, al mismo sol que ya les habría quemado las pupilas de no haberse convertido éstas en burbujas de materia tumefacta.

—Quién sabe nada de los rituales de los muertos... —dijo Fulgencio—. Siempre les atrajo el cielo, no sé por qué. Es como si vieran algo allá arriba que a nosotros se nos escapa.

—¿El puente arco iris que comunica con Asgard? —aventuró Gael. Nadie le hizo el menor caso.

—Yo creo que un virus ha sido el causante de esto —apuntó Blanca—. Ha convertido a las personas en plantas que necesitan fotosíntesis. Una especie de seres

vegetales que en realidad no están muertos, pero lo parecen.

—¿Ah, sí, listilla? ¿Y por qué no nos ha afectado a nosotros? —se burló el argentino.

—Yo nunca he tenido plantas en casa —argumentó la joven, como si fuera un razonamiento obvio.

—¿Queréis dejar de decir tonterías y ayudarme con esta maldita puerta? —protestó Pere. Natalia llegó corriendo por el pasillo; había encontrado algo.

—¿Esto te sirve?

Le entregó una tenaza de cortar cables, tan larga y pesada que tenía que sostenerla con ambas manos. Cuando Pere le preguntó de dónde la había sacado, ella se limitó a encoger los hombros y señalar al pasillo. El militar supuso que se habría topado con los restos de una reforma que se estaría haciendo en esa misma planta cuando estalló la crisis. Si se trataba de eso, significaba que podría haber más herramientas útiles cerca.

Pere cogió la tenaza y descargó un fuerte martillazo contra la puerta. Los demás se volvieron, alarmados.

080

—¡Cuidado con el ruido! —advirtió Fulgencio, chirriando los dientes. En la calle, algunos pellejos se habían detenido en su eterno deambular y miraban hacia los edificios, como si hubiesen escuchado un sonido lejano que, por el momento, no podían ubicar.

—Nos han oído —dijo Blanca, apartándose de la ventana.

—En esta calle debe de haber mucho eco; las aceras están muy separadas. Pero voy a entrar ahí dentro sea como sea —se obstinó Pere, y golpeó otra vez la puerta, con más fuerza y más ruido. Los mazazos resultaban avasalladores en medio de aquel silencio. A Natalia le dio la impresión de que veía temblar el cristal de la ventana, como si las vibraciones se transmitiesen por el suelo como ondas sísmicas.

Al final pudo más la terquedad del militar que la resistencia de la cerradura. Ésta se partió, tratando de activar una alarma que ya nunca más sonaría. La puerta pivotó sobre las bisagras, con la inercia del último golpe, y Pere pudo contemplar el fruto de su esfuerzo: una habitación redonda, con camillas de ruedas insuladas y un carro de parada cardiaca tumbado de costado. Las paredes estaban cubiertas por estantes llenos de botes de plástico etiquetados. Sólo podían ser medicinas. Pere se sentó sobre una de las camillas y procedió a limpiarse la herida; el hilo que había usado para coserla colgaba flácido de algunos puntos de sutura, friccionando la piel y quemándola más que sujetándola.

—Au —gimió cuando Natalia procedió a limpiársela con una gasa—. Ojalá en el

mundo real también bastase con hacer una tirada por sanar...

Natalia no entendió este último y críptico comentario, pero ayudó al militar a extraer el hilo sucio (más aus intercalados en medio de unos cuantos ouchs) y a ponerle un vendaje limpio.

Fuera, en el pasillo, Gael paseaba intranquilo. Odiaba los hospitales, sobre todo desde que eran feudo de Ellos; una especie de enormes supermercados en los que los podridos hacían su agosto devorando a los pacientes que no podían levantarse por sí mismos de las camillas o salir de las habitaciones. Que aquél fuera un centro psiquiátrico no cambiaba en exceso las cosas; es más, se sintió turbado al pensar en cómo sería para los pacientes despertar una mañana y darse cuenta de que el mundo exterior, ése que siempre habían usado como punto de referencia para darse cuenta de cómo de mal estaban ellos, se convertía en una pesadilla surrealista. En un grandguignol extraído de sus propios subtextos de interpretación caótica de la realidad.

Sólo había un lugar en el mundo que fuera más aterrador que un hospital, pensó, y eran los cementerios. En ellos, la tierra murmuraba con los gemidos de cientos de cadáveres que se retorcían en sus ataúdes, sin fuerzas para romper las tapas o las paredes de los nichos y salir al exterior. Si un humano vivo se arriesgaba a cruzar la verja de un camposanto y pegaba el oído al suelo, podía oírlos raspar la madera de las cajas, escarbar en la tierra con las uñas o tragarse los gusanos. Los cementerios eran avisperos con los insectos atrapados en las celdillas, zumbando en el interior de sus agujeros en un baile de San Vito agonizante.

La Voz de su profesor de tercer curso encontró una manera de arreglar el dial estropeado de su cabeza y retomó la eterna diatriba. Casi siempre limitaba su intervención al complejo de inferioridad de Gael y a su necesidad de descargarlo con las mujeres, pero esta vez reflexionó sobre su propio futuro:

¡Ah, estás ahí! ¡Eh, Gaelcito, pensé que te había perdido! Pero siempre vuelves a por más, ¿verdad? Sí, sabes perfectamente que la única opción que tienes de salvarte es darte cuenta de la verdad y asumirla. Algún día tú y tus amiguitos estaréis tan muertos como esos pellejos que vagan por las calles, huérfanos irredentos de la Gracia Divina. Estaréis tan desgastados como ellos, ¿y qué será de vosotros a partir de ese momento? ¿Te consolaba pensar que la muerte era el final? Hay un nicho para ti, Gael, esperando por tus huesos en alguna parte. Estará cerrado, y tú te retorcerás en su interior hasta que no seas más que polvo, bailando en una prisión oscura de uno por dos metros durante años y años y años y años y años. Y lo mejor de todo es que yo estaré allí para recordarte lo malo que has sido, una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez, una y otr...

—Cállate, joder... —Otro golpe en la frente. Sonó hueco, como si detrás del hueso no hubiese nada. A este paso se iba a tatuar los dedos encima de los ojos, pero era mejor que soportar los sermones una y otra vez.

Gael se sintió como lo que realmente era. No un emigrante con miedo de

convertirse en un don nadie, sino un hombre atrapado en el presente, sin valor para extrapolar el futuro (el nicho te espera, Gael. ¿Lo quieres tapizado en oro o con una máquina del millón en una esquina?) ni ganas de mirar hacia el pasado. Allí había demasiadas puertas cerradas con demasiados recuerdos acechando tras ellas.

Entonces se dio cuenta de algo tremendamente obvio: se le ocurrió («céntrate en el Ahora, venga, por tu bien») que todavía tenía que haber pacientes en aquel edificio, encerrados en las celdas. Claro, cuando todo se fue al carajo el mundo se convirtió en una montaña rusa de terror, un juego del escondite en el que no había tiempo para pensar, sino sólo para reaccionar y largarse. La frágil entelequia que llamaban «civilización» se derrumbó asombrosamente rápido, sin dar tiempo a los que administraban los recursos para dejar todos los cabos bien atados. Ningún médico se preocupó por la suerte de los psicópatas metidos en las celdas; estaban demasiado ocupados corriendo a sus casas para ver si los panteones familiares se habían convertido en discotecas.

Así que si ningún pariente cercano los había venido a buscar... significaba que los psicópatas que pudiera haber en el sótano aún seguían allí. O se habrían muerto de hambre y serían pellejos atrapados para siempre en una enferma pantomima de amos y esclavos.

Se estaba estremeciendo de miedo cuando lo escuchó. Era un llanto, pero no de un adulto, sino de un bebé. Y provenía de algún lugar al fondo del pasillo.

079

—¿Lo habéis oído? —preguntó a los demás.

Fulgencio asintió, pálido.

—Esperaba que hubiese sido una alucinación —rezongó—. Pero si tú también lo has oído...

—Lo he oído.

Gael se aproximó a la esquina del pasillo, donde se abrían las puertas de los ascensores. Con extremo cuidado se pegó a la pared y asomó, milímetro a milímetro, la cabeza, para echar una ojeada. El sonido retumbaba y jugueteaba con los ecos, como si en lugar de un edificio construido para ser útil y feo, tan al estilo de los noventa, el hospital fuese una insigne catedral tallada en piedra.

Los milímetros se acumularon y se convirtieron en una panorámica del nuevo pasillo. Había puertas cerradas y más ascensores al fondo, pero algo se movía en dirección a la esquina tras la que se ocultaba Gael. Una mujer de vientre abultado, vestida como un paciente (con una bata estampada con rosas azules y rayas horizontales), se tambaleaba con el andar inseguro propio de los pellejos, ese continuo caer hacia delante en equilibrio. Era alta, delgada, y exhibía una mata de

pelo muy sucio, al estilo rasta, que le ocultaba las facciones como un raído telón de teatro. Su inmensa barriga de embarazada sobresalía de la bata, partiéndola en dos y dejando ver unos muslos desnudos y un triángulo de pelo rizado que abrazaba el vientre desde abajo. La piel de ese vientre estaba rajada por algunos sitios, como si lo hubiesen atacado con un cuchillo de cocina, formando pequeñas saeteras desde las que se podía ver el interior del útero.

Y de ese turbio y gelatinoso interior surgían los llantos de un niño.

Gael se ocultó tras la esquina, respirando con dificultad. El corazón le tocaba la sinfonía de la taquicardia en do mayor en el pecho. Lo que había visto no era una alucinación: era real, un espanto más a sumar a la lista de horrores insoportables con los que se había topado hasta entonces (y los que le quedaban por ver, temió).

Y ese espanto, por desgracia, en lugar de alejarse hacia el ala opuesta del edificio, se acercaba directamente hacia ellos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Fulgencio, al ver que el argentino volvía a toda prisa—. ¿Qué has visto?

—Mejor no preguntes. Tenemos que volver al piso de abajo, ¡rápido!

Natalia y Pere aún no habían terminado de hacer la cura de emergencia. Blanca había sacado un móvil de su bolso fashion, un Nokia enfundado en un protector rosa con forma de osito, y lo estaba moviendo por encima de la cabeza, como una banderola, a ver si ganaba una mínima cobertura.

—¡Mierda! —protestó cuando el aparato consumió sus últimos latidos de energía—. ¡Mierda, mierda, mierda! ¡Cuando lo compré me dijeron que ésta batería aguantaría meses sin tener que recargarla! ¿Dónde voy a encontrar ahora un enchufe que funcione?

Gael la empujó a un lado, sin miramientos, y le dijo al militar:

—¡Viene un pellejo!

Pere se incorporó en la camilla.

—¿Qué estás diciendo? ¿Dónde?

—¡Por el pasillo! ¡Es una mujer!

Natalia lo miró con ojos desorbitados. Su atención no estaba puesta en la vista, sin embargo, sino en su sentido del oído.

—¿Qué es eso que se oye, un llanto de niño? —preguntó.

Gael agarró a Pere por el hombro.

—¡Vamos, tío, tienes que hacer algo!

El militar se apeó de la camilla, se bajó la manga de la camisa, cubriendo el vendaje, y agarró con ambas manos la tenaza de cortar cables. Parecía un guerrero de la antigüedad con una maza o un martillo de guerra, ansioso por descargarlo sobre la cabeza de quien fuese... estuviera ya muerto o no.

Pere salió al pasillo. Gael y Natalia iban detrás, como pollitos tras la sombra de la madre. Fulgencio y la adolescente esperaron junto a la ventana.

La mujer embarazada dobló la esquina. Todos contuvieron el aliento al verla. Los

llantos desesperados de aquel niño eran más fuertes que nunca. Ahora se veía algo más, una manita que surgía por una de las saeteras del vientre de la mujer, cinco deditos cubiertos de sangre que suplicaban ayuda.

El terror paralizó a cuatro de los cinco humanos que contemplaban aquel grotesco cuadro. El quinto era Natalia, que lanzó un terrible grito de venganza, le arrebató la tenaza a Pere y salió corriendo hacia el zombi como poseída por una furia irracional.

—¡Natalia! —exclamó Gael, sin poder creer lo que estaba viendo—. ¡Estate quieta, estúpida!

Pero su mujer no le escuchaba. Arremetió contra la embarazada como un rinoceronte ciego y le clavó los dos mangos acabados en punta de la tenaza en el pecho, bien separados del abdomen. La pellejuda ni siquiera se quejó (ninguno de Ellos podía sentir dolor), pero reuló hasta quedar atrapada entre la tenaza y la pared. Natalia estaba a punto de hacer brotar espuma de su boca, y volcaba todo su peso en la herramienta para mantener a la mujer lejos de ella. Los brazos de la pellejuda trataron de alcanzarla, de clavarle las uñas podridas, mientras su boca rugía algo parecido a un desafío caníbal. El bebé atrapado en su vientre no paraba de chillar.

—¡Muere, maldita seas! —gritó Natalia. Pere llegó hasta ella y clavó su cuchillo de supervivencia en el cuello de la pellejuda, pero aparte de hacer caer su cabeza hacia un lado en un ángulo imposible, no consiguió nada más.

—¡Ayudadme a llevarla hasta la ventana! —ordenó, y agarró la tenaza, sumando su fuerza a la de Natalia. Gael y Fulgencio orbitaban alrededor de ellos, sin saber realmente qué hacer. Los brazos de la pellejuda eran látigos que fustigaban salvajemente, alargándose un milímetro con cada sacudida, como si fueran a separarse de los hombros que los sostenían. Ninguno se atrevía a internarse en ese letal perímetro.

Natalia seguía empeñada en sacar de sus casillas a Gael: primero se había lanzado de cabeza al peligro, poniéndose al alcance de las fauces de aquel engendro famélico, y ahora se puso de rodillas, agarró el cuchillo de Pere (que había caído al suelo) y acabó de rajar la barriga de la pellejuda. La sangre vieja embalsada entre las paredes del útero había adquirido la consistencia de un esmalte.

—¡Acorraladla contra la ventana! —dijo Fulgencio, y tanto Pere como Gael empujaron la tenaza para obligarla a moverse. La pellejuda exhalaba mudos gritos de furia de su garganta destrozada, sin enterarse de lo que pasaba a unos pocos centímetros de distancia, por debajo de su esternón.

Como si estuviese poseída por una fuerza externa, extraterrestre, la frágil y asustadiza Natalia metió sus manos en el vientre de la pellejuda y sacó del calabozo de carne al niño, que seguía llorando.

Estaba vivo.

En cuanto tuvo a la pellejuda contra el cristal, Pere hizo un último esfuerzo y la empujó hacia fuera. La ventana se rompió. Tanto el cuerpo de la mujer como los pedacitos de vidrio cayeron sobre el jardín que rodeaba el edificio.

Pere se asomó. La pellejuda todavía estaba moviéndose, pero al tener la cabeza colgando por un lado del cuerpo, sus ojos le enviaban información contradictoria y no hacía más que arrastrarse en círculos. Pero tanta actividad tuvo un efecto negativo: llamó la atención del resto de los pellejos que deambulaban por la calle. Como si fuesen las piezas de un único y descomunal mecanismo, todos y cada uno de ellos volvieron la cabeza hacia el hospital, y en concreto hacia la ventana donde estaban Pere y Gael.

Los habían visto.

—Tenemos que salir de aquí —urgió el militar. Dejó la tenaza en el suelo y recuperó el cuchillo de combate. Blanca también enfundó su herramienta, el móvil rosa, con el ademán típico de los soldados de las fuerzas especiales.

Gael ayudó a Natalia a levantarse. El niño no era un recién nacido, eso estaba claro: parecía tener por lo menos dos o tres meses, tenía los ojitos muy abiertos y muy azules. Seguía llorando, pero supo reconocer una cierta calidez en los brazos de Natalia que no existía en el útero de aquel cadáver; un familiar hálito de vida que lo tranquilizó un poquito.

—¿Qué has hecho? —preguntó Gael, exasperado—. ¿Es que te has vuelto loca? ¿Cómo se te ocurre sacar de la barriga del maldito pellejo a ese crío?

Natalia se retiró un poco, el niño bien sujeto en los brazos como si fuese su mayor tesoro, lo más valioso que hubiera encontrado nunca. Una parte de su yo interno sabía que lo que había hecho era una locura, y que la Natalia que había existido hasta ahora dentro de ese cuerpo jamás lo habría hecho. Pero esta Natalia era distinta. Sus pensamientos se hicieron extraordinariamente nítidos y adquirieron la brillantez de unos cromados recién bruñidos.

Gael, que sabía que un niño pequeño iba a suponer una carga pesadísima para ellos, insistió:

—Tienes que dejarlo aquí, no nos queda más remedio. Es una putada, lo sé, pero no podemos llevárnoslo con nosotros.

—Sí podemos —dijo Natalia. Su voz era fría, distante, con un temple que Gael no había escuchado nunca.

—¡Te he dicho que lo dejes aquí! ¡Si otro quiere hacerse cargo de él que lo haga, pero tú no te vas a quedar con él!

—No —dijo su mujer, y esta vez lo miró a los ojos. Y Gael enmudeció. Había

algo nuevo en la mirada de Natalia: el resplandor de una furia, de un incendio interior, que ni siquiera él podría apagar. Un halo devastador.

Asustado, Gael se apartó de ella.

—¿Qué estás diciendo...?

—Te he dicho que no. Voy a llevarme a este niño, te guste o no. Y si pretendes obligarme a soltarlo... —Hizo un gesto con la cabeza al cuchillo de Pere. El militar hizo un gesto afirmativo con la cabeza, como si le diera permiso para contar con él cuando lo necesitara. Su expresión seguía impávida, desafiante, pero sus ojos se reían.

La comitiva se puso de nuevo en marcha. Recogieron todo el material sanitario que podían cargar y descendieron al piso inferior, con Pere encabezando la marcha. Fulgencio iba en segundo lugar, y tras él las dos mujeres, con Natalia en el centro, bien protegida.

Gael se quedó inmóvil, viendo cómo se marchaban. La Voz estaba allí otra vez, tan atónita como él, pero no le soltó ningún discurso amargo ni ninguna diatriba humillante. Ningún «ya te lo dije» o «esto te pasa por desviarte del buen camino».

Lo único que hizo fue descojonarse, como si su lovecraftiano profesor de tercer curso se estuviese partiendo el culo de la risa en su púlpito de moralidad.

077

Descendieron a toda prisa las escaleras hasta el primer piso. Pere se dirigía hacia el vestíbulo, rogando porque la calle todavía estuviese un poco despejada, pero se equivocó. Docenas de pellejos se agolpaban contra las puertas de cristal del sanatorio. Dentro de poco alguno descubriría cómo hacerlas girar e invadirían el recibidor.

—No podemos salir por ahí —constató. Los demás se apretaron contra él, buscando seguridad.

—¿Y qué hacemos? —se desesperó Fulgencio.

Pere miró a las escaleras. Éstas ascendían, comunicando con los pisos superiores, pero también bajaban a los sótanos. Los mismos en los que Gael había imaginado celdas llenas de psicópatas muertos de hambre, deseosos de que algún incauto cayera en sus redes para hacerle cosas innombrables, sólo explicables bajo el prisma de la demencia extrema.

—Bajemos —decidió Pere. Si subían, no harían más que meterse en una trampa. Aquel edificio estaba separado de los colindantes por el espacio del jardín y además el de una calle. Jamás podrían alcanzar los otros bloques saltando de azotea en azotea. Pero tal vez hubiese una conexión con el alcantarillado allá abajo, en la oscuridad.

Todos estuvieron de acuerdo. Bajaron respetando el orden de marcha, e incluso

Gael se sumó a la comitiva. Anduvo en último lugar, separado unos metros de los demás, mirando a Natalia y al bebé con odio contenido.

La Voz seguía partiéndose de risa en su cabeza.

Encontraron un par de puertas abiertas. Se suponía que eran de seguridad, pero alguien se las había dejado entornadas en la prisa por huir de allí. Pere cogió la linterna y barrió los pasillos.

—Esto es un laberinto —murmuró.

Llegaron a un sótano industrial, lleno de tuberías, máquinas durmientes y charcos de agua filtrada a través de grietas. La red de tuberías surgía del techo y se enmarañaba y retorció y alambicaba sin sentido alguno, manchándose de óxido y de excrementos de rata a medida que extendía sus tentáculos por el subsuelo. Seguir sus vericuetos era como sumergirse en una pesadilla firmada por Terry Gilliam, en uno de sus futuros distópicos llenos de cañerías corrugadas.

«Al menos no hay celdas acolchadas», se alegró Gael.

—¿Qué estarían fabricando aquí? —quiso saber Blanca, alejándose de las manchas de óxido para que no le estropearan el vestido.

—No tengo ni idea —dijo Pere, igual de asombrado que ella.

—Siempre que vemos máquinas pensamos que sirven para fabricar algo —terció Fulgencio—. Pero no tiene por qué ser así. Pueden ser máquinas pensadas para destruir, no para crear.

—Ya, ¿pues sabes lo que te digo? Que me importa un carajo —decidió el militar—. Lo único que me interesa es saber si tienen alguna conexión con la calle, o con otro túnel, no para qué sirven.

Fulgencio colocó una mano en una de las tuberías. Las raíces de los árboles que había en el nivel superior habían taladrado un paso a través del cemento y se habían abrazado a ellas.

Frunció el ceño, mirando aquellas raíces. Por un momento le había parecido que...

—Vamos, sigamos caminando —suplicó Natalia—. El niño tiene mucho frío.

El bebé temblaba bajo la manta sanitaria que le había procurado su nueva nodriza. Ahora estaba callado, mirándolo todo con curiosidad, con sus manitas asidas al cabello de Natalia.

Gael seguía mirándolo con aprensión, pero no dijo nada. Ya habría tiempo para poner los puntos sobre las íes.

—¿De dónde habrá salido este crío? —preguntó el militar, mientras seguían avanzando túnel adentro—. No me creo que su madre haya muerto y él haya seguido creciendo como si nada en su vientre. En todo caso se habría convertido en un feto zombi, ¿no?

—No tengo ni idea —dijo Natalia—. Pero a estas alturas ya nada me sorprende. Tal vez la madre muriera y él no.

—¿Y de qué se ha estado alimentando durante dos meses?

—Puede que alguien lo escondiera allí —intervino Blanca, encogiéndose de hombros. Los demás la miraron—. No estoy diciendo ninguna tontería —se sonrojó—. Si yo fuera una madre desesperada por salvar a mi hijo, y estuviese rodeada por pellejos, lo metería en el único sitio donde ellos nunca buscarían.

A Pere le costó un poco, pero acabó coincidiendo.

—Tiene sentido. Pero es una decisión tan radical...

—Radical es que se coman a tu hijo sin que puedas hacer nada por evitarlo.

—Pero si esa hipótesis fuera cierta... —intervino Fulgencio—, significa que la madre de esta criatura tuvo que estar viva y alimentándola hasta hace muy poco tiempo. Menos de un día, por fuerza; los bebés no aguantan mucho cuando los abandonan.

«Más supervivientes», comprendió Gael; «puede que haya más gente viva ahí fuera. Escondidos como cucarachas, igual que nosotros, y viviendo de las comidas en conserva que puedan saquear antes de que el calor las estropee».

—A lo mejor deberíamos intentar encontrar a su familia —propuso.

Natalia le lanzó una mirada capaz de cortar el acero.

—Si vemos a alguien más que esté vivo y respirando, le preguntaré si conoce a la familia de este bebé. Hasta entonces se quedará conmigo.

Siguieron avanzando por el laberinto de tuberías. Estar rodeados de toda aquella tecnología gigeriana resultaba chocante, pues ninguno podía imaginar cuál era su función, ni por qué retorcido motivo un hospital psiquiátrico podía necesitar tantos tubos o tantas válvulas. Pero estaba claro que, si seguían moviéndose en la misma dirección, acabarían por sortear por debajo la muchedumbre de pellejos y salir a una calle paralela.

Por desgracia, la única salida que encontraron llevaba a un lugar muy diferente.

076

Era una puerta metálica con los bordes redondeados, como las esclusas de un buque de guerra. Estaba encajada en una pared frente a un árbol de levas, los folículos oxidados de un anciano barbado, y con la piel llena de erupciones y pústulas con forma de válvulas de presión.

Aquella puerta parecía ser la única salida del complejo, pero ninguno se acercó para comprobarlo. Delante de las tuberías, desplomados sobre el suelo de cemento, había dos cuerpos. O lo que quedaba de ellos. Uno era el de una mujer desnuda, encadenada a la pared con una cadena y con hilachas de sangre seca colgando de sus labios. El otro era el de un hombre desmembrado, con la garganta desgarrada y la mitad de las tripas esparcidas por el suelo, a su alrededor. Vestía un pijama de color crema, con números y un código de barras en el cuello.

Por la posición de ambos cuerpos, la escena sugería que la mujer encadenada se había comido al paciente.

—Por Dios bendito... —sollozó Natalia, ocultando al bebé para que no viera nada de aquello.

—No tenemos tiempo para esto —dijo Pere. Clavó la punta del cuchillo en el pie del desgraciado y tiró de él, apartándolo unos metros. La mujer, estando tan bien sujeta a la pared, iba a ser más difícil.

—No se mueven —señaló Blanca—. Están muertos, pero no se mueven —dijo como si fuera una paradoja.

—Es verdad. Aun así, prefiero no fiarme. —Pere levantó el cuchillo—. Mejor que no miréis.

Todos volvieron las cabezas. Pere lanzó tajos con el cuchillo, directos a las muñecas de la chica, como si estuviera cortando un árbol. Cuando llegó al hueso, sin embargo, no tuvo más remedio que serrar; dio media vuelta a la hoja y usó la parte dentada del metal, moviendo el cuchillo hacia delante y hacia atrás como una sierra.

—¿Cuánto puede durar esto? —preguntó Gael.

—No sé a qué te refieres —dijo Fulgencio, tratando de tapar con su voz la rapsodia de metal contra hueso que se oía de fondo.

Por el mismo motivo, Gael siguió hablando:

—A la invasión de los pellejos.

Fulgencio resopló. Se había hecho esa pregunta muchas veces.

—Por definición, durará mientras haya humanos que mueran. Sea lo que sea lo que los levanta después de fallecer, no afecta ni a los animales ni a las plantas. Hasta ahora yo no he visto ningún perro o gato que sea un muerto viviente, ¿y tú?

—Yo tampoco. Esta maldita plaga sólo nos afecta a nosotros.

—¿Sabes qué? Poco después de que empezara el holocausto, me escondí en un zoológico. Me di cuenta de que esta plaga, si se le puede llamar así, tampoco afectaba a los monos, por mucho que se nos parezcan genéticamente.

—Pues qué suerte... Ojalá fuera un chimpancé o un bonobo comedor de nueces en lugar de un ex periodista.

—Los pellejos no tardan mucho en descomponerse. Se degradan y se convierten en polvo a la misma velocidad que un cadáver normal, no importa las ganas de marcha que tengan. Esto implica que, si no muriese absolutamente nadie más a partir de hoy... —Fulgencio hizo cálculos en silencio, y resolvió—: No quedarían pellejos sobre la faz de la tierra en menos de dos años.

—Sólo quedarían restos.

—Sólo restos. Sin redes tróficas ni de putrefacción que se hicieran cargo de ellos.

—¿Y cómo se supone que vencen el rigor mortis, si continúan descomponiéndose a la misma velocidad de siempre?

Fulgencio hizo una mueca. Ése era un cabo que él ya había atado.

—Te has fijado en cómo se mueven, ¿no? Como si fueran marionetas torpes.

Quizás sea ésa la explicación. Están luchando contra el rigor mortis que les paraliza los músculos.

Gael miró por encima del hombro. Pere había terminado de separar una de las manos de la chica de su antebrazo (que ahora colgaba como un muñón negro y descosido), y se disponía a hacer lo mismo con la siguiente. Las mujeres se habían hecho fuertes en torno al bebé, acunándolo en sus brazos y cantándole una nana sudamericana muy famosa, que tenía que ver con pájaros y cascadas de plata.

—Hombre, supongo que se puede mirar de manera optimista. —Sonrió de medio lado—. Hay que dar gracias de que sean los muertos los que regresan, y no la gente viva la que se va. Eso sí que sería terrible, ¿no?

—Algo está ocurriendo con la Naturaleza, estoy seguro —dijo Fulgencio, sin venir a cuento. O ésa fue la impresión que tuvo Gael, que no logró enlazar eso con el discurso de ciencia infusa preliminar.

—¿A qué te refieres?

El hombre gordo y bajito señaló con respeto (y una chispa de recelo) a las raíces que surgían del techo y se abrazaban a las tuberías.

—Yo antes sabía de plantas. No es que fuera un botánico ni nada por el estilo... —se rascó la calva—, pero algunos libros he leído. Y te digo que esa vegetación no es la misma que existía antes en nuestro mundo. Ha cambiado, igual que los muertos.

Gael se sintió cansado. Cansado de tener otro motivo para estar intranquilo y temer a lo desconocido. ¿Ahora también las plantas? ¿Qué se pensaba aquel tipo achaparrado, que las semillas de los nuevos bosques habían venido del espacio y eran las responsables de animar a los clientes de los cementerios?

Le vino a la mente una antigua portada de novela de ciencia ficción que había visto una vez (hacía muchos años, antes de meterse en el negocio de los tabloides y saturar con fantasía su propia vida), durante la fiesta de aniversario de una revista argentina. Era un libro de ésos que los norteamericanos llamaban pulps, y que mostraba a una chica con escote generoso mirando con alarma a los cielos, mientras las nubes se abrían y una especie de platillo volante esparcía esporas alienígenas por los campos. El relato se llamaba Esquejes del espacio, o algo así de ridículo. No se lo compró, aunque se lo ofrecieron a buen precio.

En aquellos años quedaban todavía muchos aficionados a ese tipo de fantasía, tan inocente como herética con respecto a la ciencia; Gael suponía que les hacía sentirse nostálgicos, pues poca gente era capaz de creerse que unas plantas alienígenas podían sobrevivir a la reentrada en la atmósfera, aterrizar en nuestro mundo y germinar como si las condiciones aquí fuesen iguales a las de su planeta. Y la idea de que enterrasen las raíces en la tierra buscando tumbas e inyectasen algo en los muertos para hacerlos caminar, ya era de película hispano-italiana cutre, de ésas que se hacían en los años setenta con cuatro chavos.

Aunque claro, pensándolo bien... había quienes creían que una colonia de humanos avanzados habitaba en Ganímedes como si tal cosa, y que su alcalde o presidente electo era Jesucristo. Visto eso, visto todo.

Pero Fulgencio no parecía uno de esos zumbados esotéricos. Él no era de los que veían a un actor famoso dando un discurso por la tele y en seguida iban a comprar las acciones de la secta a la que tal actor pertenecía. No, parecía un hombre más centrado, con los pies sobre la tierra... pero que seguía mirando las raíces de aquellos

árboles como si las criase el mismísimo Diablo.

«Bonsáis del infierno. Tiene gracia».

—Esto ya está, moveos —anunció Pere.

Sus compañeros procuraron no mirar la carnicería que había hecho con los brazos de la mujer. Pasaron por encima del cadáver con rapidez (no fuera a levantarse y darles un susto de muerte) y cruzaron a toda velocidad la puerta.

Fulgencio se detuvo unos instantes, mirando a la mujer muerta. Era imposible, completa y rematadamente imposible, pero había algo en ella, en aquel rostro cárdeno y monstruoso, que...

—¡Fulgencio! —urgió Pere—. ¡Date prisa, vamos!

Descartó la idea con una sacudida de cabeza y siguió a sus compañeros a través del túnel. Lo primero que hallaron al otro lado fue oscuridad. El haz de la linterna se saturó de partículas flotantes. Pere lideró la marcha hasta que el angosto túnel desembocó en uno mucho mayor, junto a un puesto de venta de tiques. Y fue en ese momento cuando supieron con toda certeza que habían regresado.

—Estamos otra vez en el metro... —se asombró Blanca.

—¿Es la misma estación de la que partimos? —preguntó Natalia.

La joven hizo un gesto en dirección al andén. En efecto, allí seguía el misterioso tren que los había hecho dar vueltas y vueltas por el subsuelo como lombrices, sin rumbo fijo. El tren matadero, que llevaba vagones llenos de cuerpos descuartizados igual que las antiguas máquinas de vapor llevaban leña.

Pero no todo seguía igual que cuando ellos abandonaron la estación. Un detalle muy pequeño, sutil y casi sin importancia, sí que había cambiado.

En el mismo vagón en donde ellos habían viajado había alguien.

074

La ISS ya había dejado atrás por quincuagésima vez el espacio de Canadá, y junto a él el cono de ondas de Puerto Losange. El capitán de la estación, Piotr Botvínnik, añadió una nueva pestaña a su diario electrónico personal y la tituló Cosas de las que nunca hablaremos al Planeta Madre.

Pese al carácter poético o filosófico del título, en realidad no iba a guardar reflexiones ni adendas personales en aquel archivo. No lo había creado para especular por enésima vez sobre los acontecimientos de los últimos meses, sino para guardar los interminables gigas de datos que poseían sobre sus investigaciones en baja gravedad. En un día normal de un año normal en la estación, los científicos habrían realizado sus experimentos, habrían recopilado datos sobre nanoingeniería de tubos, análisis por activación de neutrones o pruebas de superconductores, y los habrían enviado a casa mediante haz de láser o comunicación encriptada. Pero ese día no era

normal. Las computadoras de la estación estaban a reventar con toneladas de datos muy valiosos para la investigación en nuevas tecnologías, ¿y todo para qué? Para que no pudieran sacarlos nunca de allí. En aquellos archivos podría estar la esperadísima cura contra el cáncer o el material diamagnético que revolucionaría los aceleradores de partículas y los aparatos de resonancia de los hospitales, pero nadie se aprovecharía de ellos.

Estaban solos. Ya era hora de que se fuese haciendo a la idea. Robinsones abandonados en una isla en el espacio, como en aquella vieja teleserie en blanco y negro.

Piotr cargó una nueva remesa de datos en el diario y lo cerró, haciendo una copia de seguridad. El rótulo: Avances en mecánica de materiales compuestos. Luego apoyó los pies en un garro, flexionó ligeramente las rodillas y se impulsó a través de la escotilla hacia el módulo anexo. La ISS se componía de diversos módulos anclados unos a otros como un inmenso collage, formando una espina dorsal de cilindros de la que partían alas de gaviota con los paneles solares. Había un anillo externo que giraba proporcionando gravedad, pero sólo en los últimos módulos añadidos al complejo. Piotr cruzó del ZARIÁ al UNITY, pasó por delante de la recientemente instalada cámara de descompresión (que permitía a los astronautas salidas al espacio sin la mediación de una lanzadera) y llegó al QUEST. Por fuera de éste, en el silencio extremo del vacío, el brazo robótico Canadarm efectuaba una de las comprobaciones rutinarias del casco, buscando impactos de meteoritos del tamaño de una uña.

Ése era otro problema colateral del abandono, aparte de la falta de suministros; si tenían la desgracia de toparse con algún fragmento de roca o de basura espacial que vagase a velocidades normales de mil o dos mil kilómetros por hora, y sufrían daños en los paneles o en alguno de los módulos, tendrían serias dificultades. A Piotr le gustaría saber cómo se las iban a arreglar para reparar un panel dañado o una fisura en el casco. O incluso (cruzó los dedos para alejar la mala suerte) un impacto directo en los propulsores que ayudaban a estabilizar el complejo. Si por efecto de una colisión se precipitaban hacia la atmósfera en una reentrada sin control...

«Arderíamos como una antorcha untada en aceite y caeríamos en algún lugar del Pacífico», pensó. «Como aquellos fuegos artificiales que estallaban y quedaban colgando de diminutos paracaídas, en las fiestas de mi pueblo».

Vale, era inútil preocuparse. Tenía que procurar mantener la cabeza centrada en pensamientos constructivos, no en malos augurios, o se volvería loco. Al fin y al cabo, eran tres seres humanos metidos en un tubo de cuarenta metros, del ancho de un hueco de ascensor, durante casi diez meses. Eran condiciones más que suficientes para lograr que cualquier persona normal perdiera la cordura.

«Pero nosotros no somos normales. Se supone que fuimos entrenados para soportar cosas peores».

Reflexionó un instante sobre este pensamiento.

«¿Cosas como que la Tierra haya sucumbido a una plaga mortal y seamos los

únicos supervivientes, a pocas semanas de nuestra propia muerte, por ejemplo?».

Llegó al siguiente módulo. Eve estaba sentada en la rueda de ejercicios, pedaleando con furia con la resistencia de los piñones al máximo. De su pecho y frente salían cables conectados a una máquina que los astronautas, por su parecido remoto con un hombre barbudo (si se la miraba de frente), habían bautizado Santa. A su lado tiraba de unos cables el tercer tripulante, el italiano Claudio Demerotti. Dadas las características de la microgravedad, el levantamiento de pesas no tenía ningún sentido, pero sí el tirar de cuerdas asidas a unos resortes cuya resistencia costaba un triunfo vencer. La elasticidad era el enemigo a batir, no la gravedad.

Piotr miró a sus compañeros y consultó el reloj digital de la pared. Les quedaban dos minutos de gimnasio. Se metió en el inodoro especial y se enchufó un tubo al pene. Para ello tuvo que retirar primero el adaptador para vagina que usaba Eve, guardándolo en el armario. Si al menos lograsen transformar algunos de los aparatos del laboratorio en una destiladora para la orina, tendrían suministro de agua para unos cuantos días más, hasta que incluso eso se volviera imbebible.

Por si acaso, había cancelado los protocolos de expulsión de residuos líquidos al espacio (la constelación de Orinón, como la llamaba Claudio).

Salió del inodoro. Eve ya había terminado y se estaba despegando los electrodos del pecho. Claudio dejó la silla de los cables y se secó el sudor con una toalla, atrapando las gotitas que escapaban de su pelo y quedaban flotando en el ambiente.

—Tenéis que ver una cosa —dijo el capitán a modo de saludo. Los otros le miraron.

—¿Has captado algo con el receptor de onda ultracorta? —preguntó Eve.

—No, pero... Es otra cosa. No sé muy bien cómo interpretarlo. —Piotr se apartó unos bucles de cabello de la frente. Estaba próxima otra sesión de peluquería a bordo del crucero espacial de placer, *the love astroboat*. Claudio, aparte de químico y experto en nuevos materiales, había demostrado tener unas manos privilegiadas en el uso de las tijeras Steinson—. Ayer, sólo por ocupar un rato el tiempo, estuve observando la masa continental con el telescopio óptico. Y descubrí... —La frase murió. El capitán parecía extrañamente absorto.

Eve y el italiano cruzaron una mirada.

Piotr parpadeó, como volviendo a situarse en el presente.

—Será mejor que lo veáis por vosotros mismos. Venid.

Los dos astronautas lo siguieron, intrigados, hasta el módulo de observación. Era un verdadero observatorio en miniatura, con pantallas que conectaban los nueve instrumentos de óptica (visual y electrónica) que erizaban como ganglios nerviosos el casco de la nave. Incluso tenían un enlace remoto y privilegiado con el Hubble, siempre que no estuviese usándolo en ese momento algún laboratorio terrestre para un experimento.

Piotr se sentó delante del ordenador y pulsó una combinación de teclas. Las pantallas se iluminaron, mostrando una imagen en tiempo real de la superficie de la

Tierra. Gran parte de África y, en concreto, el perfil de la costa mediterránea, apareció nítido en colores amarillos, ocre y turquesas. Era de día en esa parte del mundo, y aunque el terminator del anochecer estaba cerca, tendiendo su lóbrego cendal por encima de Egipto, todavía podían verse escudos de plata del sol sobre las aguas.

Ninguno de ellos podía evitar emocionarse un poquito cuando contemplaba aquellas vistas. No importaba cuánto tiempo llevaran allá arriba ni cuántas veces hubieran apuntado los telescopios hacia el planeta; había un resorte en sus cabezas que siempre acababa saltando. Esta vez había detalles preocupantes, cierto, como la ausencia de luces en zonas del hemisferio que deberían de haber sido un enorme rosario de bombillitas. La Riviera, del color y la calidad del oro a vista de pájaro, se hallaba apagada, inerte, como si la electricidad (o las ciudades mismas) hubiera sido suprimida de la ecuación de Europa. Lo mismo sucedía en América y Oceanía.

Pero aunque sus cerebros les impelían a contemplar las grandes ciudades desde lo alto buscando alguna explicación, lo que Piotr quería mostrarles era otra cosa, casi igual de alarmante. Algo que estaba sucediendo en la costa norte de África.

—Lo vi de pasada, buscando fuentes de luz en las ciudades más grandes —explicó—. El Cairo sigue muerta, así como Damanhur y Suez, pero... —acercó un poco más el *zoom*—, mirad los alrededores del Nilo.

Los dos astronautas acercaron instintivamente las cabezas a la pantalla. Al principio no supieron a qué se refería, pues sus ojos estaban habituados a buscar tecnología, rastros de luz o de energía en los enclaves habitados. Pero si miraban un poco más lejos...

Entonces lo vieron, ocupando casi toda la costa norte del continente, extendiéndose como una gangrena teñida de verde, tenaz y agresiva. Y sintieron un escalofrío que nada tenía que ver con las bajas temperaturas de la estación.

073

Había alguien sentado en el interior del vagón. Era una sombra que parecía la de un hombre de cierta edad, con el pelo corto y vestido con alguna clase de traje y chaqueta hechos a medida. Aguardaba sentado tranquilamente en uno de los asientos a que el tren se pusiera en marcha, o esa impresión tuvo Gael. Las luces del techo emborronaban su silueta en conjunción con los cristales para hacerla más etérea, más irreal, como si en lugar de un pasajero fuese un boceto al carboncillo que luciera cuernos luciferinos en la cabeza.

La comitiva se detuvo a prudente distancia. La máquina principal del metro seguía hundida en la oscuridad del túnel, pero el militar la contempló con interés.

—Es nuestra oportunidad de saber quién conduce este trasto —dijo Pere,

comenzando a andar hacia ella.

Fulgencio lo detuvo.

—¡Espera! ¡El tercer vagón!

Pere miró al coche lleno de cadáveres. Después de él todavía quedaba otro antes del de cabeza, y también tenía los cristales manchados de sangre.

—Yo no quiero volver a subir —imploró Blanca.

Pere le sonrió.

—Tranquila, sólo quería saber si había alguien más vivo.

—Es él. —Natalia señaló al hombre que esperaba en el vagón—. Es el maquinista.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Quién más podría ser? —concedió Fulgencio—. Las calles de arriba están atestadas de pellejos. Si queda alguien vivo, es razonable pensar que vino con nosotros.

—Pues vamos a salir de dudas —decidió Pere, hinchando el pecho. Esta vez no hubo quien lo detuviera mientras se acercaba al coche y pulsaba el botón.

Al abrirse las puertas con su siseo característico, el hombre lo miró.

Su silueta no los había engañado. Era un varón de unos cincuenta años, muy estirado, con aspecto de aristócrata tranquilo y de mirada inteligente. Tenía las sienes perladas, unas cejas espesas y también salpicadas de blanco, y unos ojos hundidos en las cuencas como depósitos de brea sepultados por siglos de sedimentación y viento. En los dedos anulares de cada mano lucía anillos de oro, con dibujos simétricos y a simple vista complementarios. Lo de los cuernos, por fortuna, no era más que un efecto óptico, una hábil pintura trompe l'oeil sobre la superficie esmerilada del cristal de la puerta.

Cuando vio a Pere giró la cabeza hacia él, pero permaneció sentado, con las manos sobre las rodillas.

—Buenas tardes —saludó, con una impecable pronunciación de las consonantes.

—¿Quién es usted? —preguntó Pere, sin rodeos. Aquel hombre estaba tan vivo como él, no había duda, pero había algo en sus ojos que le inspiraba una profunda inquietud. Por primera vez, el militar experimentó una sensación ante una persona viva muy similar a la que sentía al tener cerca a las masas descontroladas de pellejos.

—Me llamo Zurek —se presentó—, Damián Zurek. Soy médico psiquiatra. Trabajo... o mejor dicho, trabajaba, en el hospital que hay sobre nuestras cabezas.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Bajando por la boca de metro de Santa Inés. A sabiendas de que los muertos odian el subsuelo, la opción más lógica era buscar refugio en esta estación. Luego vi este tren con luces encendidas, y decidí esperar en su interior a que viniera alguien. Por incómodas que sean las sillas de plástico, siempre será mejor que sentarse en el suelo. —Su exposición de los hechos era tan fría, organizada y aséptica como la disección de un cadáver en una autopsia. Pere notó que aunque aquel hombre no

elevaba en ningún momento la voz, tenía la sorprendente cualidad de imponerse a cualquier otro ruido que hubiese de fondo.

Pere levantó una mano e hizo señas a los demás para que se acercasen. No dejó de vigilar en ningún momento al tal Zurek, que seguía en la misma posición de examinador de tribunal, con las manos sobre las rodillas y la espalda tan recta como si hubiese nacido sin lordosis.

Los cinco adultos observaron al recién llegado desde fuera del vagón, sin atreverse a poner un pie en él. Zurek los recorrió a todos con la mirada. El bebé comenzó a llorar, y Natalia tuvo que mecerlo en un lento vaivén de delante hacia atrás para que se tranquilizara.

—¿No ha venido más gente con usted? —preguntó el militar. Zurek negó con la cabeza.

—Me temo que soy el último que queda. De hecho, hasta que aparecieron ustedes, me estaba planteando en serio si sería el único superviviente en toda la ciudad.

—Pues ya ve que no... pero salga de ahí, se lo aconsejo. No sabemos qué es ese tren, ni a dónde lleva.

—¿Se sienten más seguros fuera que aquí abajo?

La sonrisa de Pere vaciló.

—Me siento más seguro sabiendo a qué atenerme.

Un ruido llegó desde el túnel que habían empleado para pasar del hospital a la estación unos minutos antes. Eran muchos pasos, pies que se arrastraban y tropezaban de manera caótica y manos cuyos dedos se clavaban en las paredes.

—Deberían entrar —aconsejó el doctor—. Están viniendo hacia aquí. Y tienen hambre.

—No pienso volver a poner un pie en ese tren del infierno —aseguró Natalia. Empezó a mudársele el rostro—. Y muchísimo menos con un niño.

—Yo tampoco —coreó Blanca. Fulgencio permaneció sumido en el silencio, a la espera de acontecimientos.

Éstos no tardaron en producirse. El cacareo indistinto y lejano de los pellejos se convirtió en un zumbido de avispas cercano y molesto. Unas manos surgieron de la boca del pasadizo, arañando la negrura. «¿De dónde han salido?», se preguntó Gael. «¡Nos siguieron a los sótanos del hospital, seguro! ¡Nosotros mismos les hemos mostrado el camino!».

En ese momento, el tren arrancó. Comenzó a avanzar muy lentamente, pero ganando velocidad a medida que se iba internando en el túnel. Las puertas aún no se habían cerrado.

Pere no salió fuera del vagón, pese a que lo deseaba con todas sus fuerzas. No quería verse atrapado en aquel sótano con los pellejos. Los demás, salvo Natalia, entraron también.

—Natalia, métete en el vagón —ordenó Gael desde dentro.

—Ni hablar. —Ella se encogió un poco, como solía hacer cuando su marido se le acercaba con esa expresión de «obedéceme o te enseñaré quién es el macho de la especie», pero no se amilanó. No del todo.

Gael vio en aquélla rebeldía algo más que una mujer infiel y contestataria; vio la confirmación de sus temores: que él ya no era el que mandaba, ni en el grupo ni en su círculo privado, el que circunscribía a su familia. Eso le irritó hasta lo indecible. Pensaba que la reacción de Natalia a la hora de proteger a aquel maldito infante sería algo pasajero, y que con el tiempo volvería a su habitual y consabido borreguismo, pero podía estarse equivocando también en eso.

—¡Natalia, entra ahora mismo en el tren! —le gritó, pero ella no se movía del sitio. El vagón pronto desaparecería en las profundidades de la tierra con los que estuviesen dentro, y los que no, los que permanecieran en aquel andén solitario, se las tendrían que ver con una horda de pellejos famélicos, ávidos de carne humana.

Natalia era consciente del peligro, por supuesto. Era como si de una docena de lugares distintos estuviesen tirando de cuerdas amarradas a su cuerpo, unas para que se quedara, otras para que huyera lo más lejos posible de allí... pero no podía decidirse por ninguna de las dos opciones. Si se quedaba, sabía que sus posibilidades de sobrevivir eran escasas, pero la visión de aquel coche lleno de carne despiezada era demasiado para lo que sus castigados sentidos podían tolerar. No quería ser el cristiano que se introdujera *motu proprio* en la jaula de los sacrificios, ni el cerdo que se acercara de buena gana a la mesa del carnicero para ver qué aspecto tenía por encima.

Los muertos se desbordaron por la salida del pasadizo igual que el agua se fuga esculpiendo caballos de espuma de una presa agrietada. El bebé comenzó a chillar de nuevo. Natalia hinchó el pecho pero sus pulmones no parecieron encontrar aire; el espantoso cuadro de la carnicería del vagón anexo volvió a su mente, se desdobló y estalló en prismas de luz. Los pellejos se aproximaban con escalofriante rapidez, y cuando se dio cuenta de la situación, Gael ya estaba dentro del tren.

El argentino no apartó ni un instante la mirada de la lucha feroz que se estaba desatando a menos de dos metros: una minúscula guerra entre Natalia y Natalia.

—¡Está bien, zorra estúpida! ¡Si quieres quedarte, allá tú! —le gritó, y pulsó el botón de cerrar las puertas, ante la mirada horrorizada del resto de los compañeros.

072

El circuito correcto se cerró a tiempo en la mente de Natalia. Recibió las palabras de su marido como si una mano enguantada le acabara de cruzar la cara de un bofetón.

«¿Zorra estúpida? ¿Intento proteger a este niño, y tú me llamas zorra estúpida?».

Parpadeó para aclarar la visión y vio alejarse cada vez más rápido la entrada al

vagón; oyó gritar a los muertos, inflando y desinflando pulmones perforados o llenos de líquido, articulando asonancias que sonaron muy parecidas a una frase coherente en su cabeza (Naaaatttaaaalllliiiiiaaaa... vveennn cccooonn nnoooosoottrroossss...) y ordenó a su cuerpo que corriera como no había corrido antes. No por ella, sino por el bebé. En los músculos largos de las piernas y el vientre notó como si le estallaran rígidos haces de alambre.

Faltaban menos de dos segundos para que el tren desapareciera por el hueco del túnel cuando una mano se aferró a su muñeca y tiró con fuerza, metiéndolos dentro a ambos, a Natalia y al bebé.

No fue la mano de Gael.

Entre Pere y Fulgencio la ayudaron a entrar. Blanca cogió al bebé, que seguía llorando, ahora más histéricamente, y lo acunó en su regazo para intentar tranquilizarlo. La oscuridad del túnel se abatió sobre ellos, cegando las ventanas y dejándoles inmersos en un islote de luz fluorescente.

Natalia hizo el gesto de hinchar los pulmones, sólo (y sólo si) alguna potencia divina tenía a bien rellenárselos con oxígeno. Tampoco era mucho pedir, pero la taquicardia y la sopa de adrenalina que hervía en su sangre volvía doloroso cualquier esfuerzo, incluso el de respirar. Se tuvo que convencer a sí misma de que estaba allí, y además viva, para que los demás también se dieran cuenta.

Su esposo estaba mirándola, agarrado al mástil de hierro que en otro tiempo había servido para los pasajeros que viajaban de pie. Descorrió los labios en una parodia de sonrisa y avanzó unos pasos hacia ella, con la expresión del «ya hablaremos luego» que solía desembocar en una tremenda bronca.

—Has tenido suerte —dijo Gael, como si no hubiese sido él quien apretó el botón para cerrar las puertas—. ¿Estás bi...?

El mundo explotó en un millón de alfilerazos de luz. Gael se contorsionó y su cabeza chocó contra algo: el mástil de hierro. Luego cayó al suelo y rodó un par de metros, mientras su cerebro iba recibiendo el dolor en fuertes dosis. Primero de su ojo derecho, a continuación de su cráneo. Se hizo un silencio total, e incluso el bebé dejó de llorar súbitamente.

Pere bajó el puño. Le había golpeado con todas sus fuerzas, y aunque sentía unas ganas inmensas de volver a hacerlo (se le veía en la cara, desencajada de rabia, que si fuera por él sus pies también se sumarían a la juerga, pateándolo allí mismo), se contuvo.

—Me importa una mierda que sea tu mujer. La próxima vez que hagas algo como esto te reventaré la puta cabeza contra esa barra, ¿me has entendido?

Gael se incorporó como pudo (plic, plic, gotitas de sangre le manaban de algún punto de la cabeza, no sabía si por delante o por detrás) y echó una mirada rápida a los presentes. El único que se dignó a devolvérsela fue el recién llegado, el doctor, pero no fue una mirada de odio, ni de complicidad o de connivencia de ningún tipo. Era de conmiseración, lo cual la hacía aun más dolorosa.

—¿Saben hacia dónde va este tren? —preguntó el doctor. Pere rió por lo bajo.

—Ésa es la pregunta del millón, amigo. La última vez tardó más de una hora en detenerse.

—¿Han intentado ponerse en contacto con el conductor?

Pere le invitó a cruzar al vagón anexo.

—Si lo consigue, avísame y robaré para usted una caja de habanos.

Zurek miró al acceso que comunicaba con el otro coche. Una raya de luz muy intensa escapaba a través de la puerta, como un trazo de lápiz, como si las lámparas del otro vagón fueran mucho más potentes. Gael no había logrado cerrar del todo la puerta, o bien ésta había vuelto a abrirse con el traqueteo de la marcha.

Natalia sintió el impulso instintivo de socorrer a su marido, pero no se atrevió a acercarse a él. Ambos acabaron sentados en partes opuestas del coche, lanzándose miradas furtivas de vez en cuando. Ella se echó a llorar con gemidos entrecortados, como si se estuviera asfixiando. Fulgencio se sentó a su lado, pero Gael no se movió de su silla, el rostro encadenado a una mueca de rencor.

El argentino no tenía arrestos como para enfrentarse con el militar, pero lo miraba con odio contenido, como si desde ya fuese preparando inauditas venganzas y nuevas formas de tortura (todas indirectas, claro) en su fuero interno. Lo veía dependiendo de él en algún momento crítico, y siendo traicionado por Gael en el último segundo. Imágenes de una jauría de pellejos tendiendo sus manos hacia ellos mientras trepaban por un pozo adquirieron una sorprendente nitidez en su cabeza, que aún le dolía como el infierno. El fondo del pozo estaba lleno de esos engendros caníbales, y Pere trepaba por debajo de Gael. En un momento determinado, perdía asidero y le suplicaba al argentino que lo ayudase. Gael le daba un buen puntapié en plena frente, adornado por un chascarrillo gracioso, y el insufrible soldado caía a plomo sobre el colchón de uñas afiladas y bocas abiertas. Incluso pudo imaginar los gritos que lanzaba Pere al ser desmembrado por las bestias, al sentir cómo le abrían la carne para extraer el hueso que había debajo y sorber el tuétano. Luego Natalia o Blanca le preguntarían a Gael qué ocurrió, por qué su ídolo había caído al pozo, y Gael las miraría con lástima (la misma conmiseración que había recibido él de los ojos del doctor Zurek) y les diría que a partir de ahora se proclamaba nuevo líder.

Alguien se sentó a su lado. Gael dio un respingo, pues se imaginó que sería Pere, que venía para seguir atormentándolo. Pero no se trataba de él. Era el doctor.

—No se preocupe —dijo con calma—. La herida no es profunda. Le duele, pero no le quedarán secuelas.

Gael lo iba a espantar con un colérico «¿y usted qué coño sabe de esto?», pero claro: era médico. Le convenía tenerlo cerca.

—No sabe cómo me alegro...

—Con toda seguridad, no querrá que nadie le dé consejos sobre cómo manejarse con su familia, pero permítame que me tome la libertad de inmiscuirme.

—Inmiscúyase todo lo que quiera, me da igual.

—Pues entonces, empecemos como Dios manda.

El doctor le tendió la mano, en un gesto cordial con el que seguramente abriría sus sesiones de terapia. Gael le tendió la suya, y los largos dedos de Zurek la engulleron.

071

Damián hablaba en voz alta, para que los demás pudieran escucharle, aunque el tono era de confidencialidad, del típico hermanamiento paciente-terapeuta. Gael dedujo que el doctor quería que los demás supieran que no se estaba poniendo de su parte, cerrando filas en torno al débil, sino ayudándolo como era su deber. No era un aliado.

—Llevo media vida trabajando junto a pacientes muy enfermos, con patologías de las que no se curan de la noche a la mañana. Algunos ni siquiera tenían posibilidad real de mejora, sino sólo de aguantar hasta que sus cerebros terminasen de atrofiarse. Sé, por lo tanto, lo frágil que es la mente humana, lo cerca que se encuentra del punto de ruptura y lo dolorosa que es ésta cuando al fin se produce.

—¿Qué insinúa, que estoy loco por haber tratado de sobrevivir? ¿Por haberme puesto a salvo cuando salvarse era una cuestión de segundos? —Gael también elevó la voz al exponer sus argumentos. Quería que Natalia, y sobre todo Pere, los escucharan.

—Sé con certeza que no está loco, señor. No necesito hacerle ningún test para garantizarlo. Pero en estas últimas semanas he encontrado a muchas personas que no necesitaban estar enfermos para comportarse como tales. Las situaciones límite fuerzan demasiado el aguante de las personas, y cuando esas situaciones alcanzan un pico, un momento en el que el terror o la incertidumbre se hacen insoportables, la conducta de un hombre sano no se diferencia mucho de la de un psicópata.

Gael tenía la sensación de estar flotando en los ojos de Damián Zurek, en una especie de espuma roja. Sabía de lo que hablaba, aunque traducido a un lenguaje más coloquial: el miedo sazónaba el odio para convertirlo en un pozo de brocal resbaladizo, un cepo de dientes ocultos que podía volverse en situaciones de gran peligro contra la persona menos adecuada.

Incluso contra la esposa de uno.

—Tomé una decisión —esgrimió como único argumento—. Le advertí que entrase, que el tren se iba a esfumar dentro del túnel y ella se quedaría fuera...

—Pero cerró la puerta, y de una manera bastante iracunda, debo añadir.

—¡Sí, maldita sea, pero fue culpa suya! ¡Tenía que haberme obedecido cuando le ordené que entrara!

Natalia lo miró desde el fondo del vagón y se echó a llorar de nuevo. Fulgencio le pasó una mano por los hombros.

Gael enterró la cara entre las manos.

—Mierda puta...

—Es curioso que usted interprete el cariño hacia su esposa desde una perspectiva egocéntrica. Amor centrípeto, lo llamaría yo —sonrió el doctor—. Lo cual, por definición, contradice el sentido mismo de la palabra «amor».

—¿Qué cojones quiere decir eso?

—Que en ningún momento se planteó salir fuera a ayudarla. Usted se conforma con haberle ordenado que entrase, pero nunca estuvo dispuesto a quedarse con ella en ese andén para protegerla, en caso de que no pudiese entrar.

Gael no respondió a eso. Zurek se metió una mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un puro enano, con una etiqueta roja. Los demás lo miraron con curiosidad. El doctor sacó un mechero de oro y se lo ofreció a Gael.

—Calvino tenía razón al proclamar que algo que le hiciese sentir a uno tan bien no podía ser bueno, y lo decía... porque sabía de sobras que el mundo estaba lleno de cosas mucho más dulces y relajantes que una pausada lectura del catecismo. —Su sonrisa se ensanchó aun más. Los dientes sobresalieron de ella como la dentadura de una calavera—. ¿Acaso podría haber previsto que la nicotina crearía más adicción que las enseñanzas de la Biblia?

Gael aceptó el puro. La espuma de aquellos ojos se volvía más densa por momentos. Era como una pleamar hipnótica que dependiera de las cadencias de una luna freudiana.

—Yo habría salido a buscarla —aseguró el argentino, pero ni él mismo se lo creyó.

070

Natalia no escuchó esta última frase. Había estado atenta a las palabras tanto de su marido como del doctor, y ninguna le había gustado. Ni las insinuaciones de aquel «exprimesesos» de que Gael podía estar volviéndose loco (si lo estaba, no era más de lo que había estado siempre), ni las respuestas de él, echándole la culpa por tener miedo. Por sentirse tan agarrotada por el pánico que ni siquiera podía respirar sin que le doliera.

Amor centrípeto. Era un concepto audaz. El de Natalia siempre había sido un amor más bien centrífugo, hacia su familia, hacia Gael... o hacia aquel bebé que de repente sonreía como si todo marchase bien, pese a que tenía que estar muerto de hambre. La felicidad de los demás era el campo de batalla donde ella plantaba sus banderas, no en su propio pasto interior.

Gael la había ido educando con el tiempo para acostumbrarla a su carácter, a sus salidas de tono, pero nunca se había atrevido a llegar tan lejos. Una vocecilla que no

era la suya le dijo: «Ha estado a punto de matarte, o de permitir que otros te mataran, anteponiendo siempre su seguridad». Natalia estaba acostumbrada al vaivén de cariño y recelo de su matrimonio, con las peleas seguidas de besos, las amenazas orladas de te quiero, los armisticios coléricos en lugares vacíos... pero Gael había traspasado aquel día una línea. Sí, señor; una línea brillante que existía en el cerebro de Natalia, ancha como el canal de Panamá, y que no había forma de cruzar a la inversa.

Alzó el pecho bruscamente; un resuello de desánimo, siseante, se coló garganta abajo.

Fulgencio lo interpretó bien.

—No te culpes por lo que ha pasado —dijo en voz baja. Él sí buscaba la confidencialidad con Natalia—. Salvaste al niño, en el hospital y aquí abajo. Eso es un acto de grandeza.

—¿Usted cree que lo he salvado? Si no me llegan a sujetar...

—Pero la sujetamos, y no fue para nada un acto de heroísmo. Lamento confesarlo, pero ninguno de nosotros salió del tren para ayudarla. Gael no fue el único que eligió quedarse dentro, a salvo, en aquellos fatídicos instantes. —Suspiró—. Si usted no llega a reaccionar y a correr como una liebre, nunca habríamos podido agarrarla, ni tampoco al bebé.

—El bebé... tenemos que darle de comer.

Al pensar en la criatura, Natalia respiró hondo, se ajustó su chaleco a prueba de balas emocional y dejó para luego el trabajo de sentirse menos que nada. Era fácil, cuando se tenía a alguien tan frágil y dependiente en los brazos, más poquita cosa aun que ella.

—No se preocupe. Cogí uno de éstos del hospital, pero creo que es leche para adultos, no para niños. —Fulgencio le mostró un bote precintado, tan pequeño que apenas daría para una ración de desayuno. Era uno de éstos que se ponen en las bandejas de comida de los hospitales y que encajan en una muesca hecha a su medida.

Natalia lo abrazó.

—Gracias, de verdad. ¿Por qué lo hizo?

—Buscaba esto para mí mientras Pere registraba la enfermería. Soy hipocalcémico.

Natalia destapó el bote y cogió al bebé. Éste pegó sus diminutos labios a la boquilla como si fuera a mamar de una tetina, por lo que la mitad de la leche cayó por fuera. Entre Fulgencio y Blanca tuvieron que arreglárselas para que el niño abriera del todo la boca, mientras Natalia le suministraba el líquido con el dedo.

—Espero que no le haga daño. Esta leche es muy fuerte para su estómago.

—Claro que no —dijo Natalia, suavemente—. Aguantarás hasta que encontremos una farmacia, ¿verdad, pequeñín?

El bebé le rechupeteó los dedos, todo ojos y pestañas.

Entonces, Fulgencio hizo algo que les sorprendió: se mojó los dedos en leche,

recitó unas palabras en latín y trazó un signo de la cruz sobre la frente del niño.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Natalia.

—Simple precaución. Por si acaso no estuviera bautizado.

—¿Es usted supersticioso?

Fulgencio se masajeó el cuello.

—No exactamente.

—¿De qué le va a servir estar bautizado o no al niño? —preguntó Pere—. La mayoría de los pellejos que nos hemos encontrado seguro que lo estaban, y mire para lo que les sirvió. Si Dios ha decidido mandarnos al carajo a todos, lo ha hecho a conciencia.

—Lo que vemos son cuerpos podridos —precisó Fulgencio—. Sólo cáscaras. El alma sigue su camino natural, estoy convencido. Es otra cosa lo que los posee y los hace caminar.

—Pues yo no creo que el alma logre encontrar el túnel ese de la luz. En estos tiempos, haría falta una estación tipo Chamartín con carteles luminosos para recibirla y que no se pierda.

—¿Es usted católico, Pere?

—Lo fui hace mucho, cuando tenía trece o catorce años. Luego me hice mayor.

Fulgencio acarició la frente del bebé, extendiendo la mancha de leche.

—Todo buen vino se echa a perder si no se lo cuida. Rezo porque a este muchachito no le ocurra.

—Aunque no estuviese bautizado... —intervino Blanca—, este tipo de cosas sólo las puede hacer un sacerdote, ¿verdad? Aunque usted lo haga, no tiene validez... Para Él, me refiero. Para la administración del Cielo.

Fulgencio la miró en silencio, unos segundos, y luego sacó un pequeño objeto del bolsillo de su pantalón. Una tira endurecida gris marengo y blanca, preparada para ajustarse a una camisa o a una sotana.

Era un alzacuello.

069

—¡Padre Fulgen, padre Fulgen!

El monaguillo era un poco torpe, pero Fulgencio esperaba que no lo suficiente como para subir un corto tramo de escaleras sin tropezar. Se equivocó; al tratar de ganar de dos en dos los escalones de la sacristía, el muchacho enredó los pies de tal manera que la gravedad, la inercia y su escaso equilibrio no tuvieron que luchar demasiado, y se vino de bruces contra el suelo.

Fulgencio lo ayudó a levantarse, sacudiendo la cabeza con un gesto de infinita paciencia.

—Esto te pasa por atolondrado. Y te he dicho muchas veces que no me llames «padre Fulgen».

—Lo siento, padre, es que...

—Ya sé que con los teléfonos móviles esos tenéis la manía de abreviarlo todo, pero si te acostumbras a hablar así, imagínate lo que pasará cuando me ayudes en misa. «Pad Fulg —puso voz de falsete—, pued ya llev x fav las flors al Inri?»

El chico pareció turbado.

—Yo... yo nunca llamaría a Jesús «el Inri», padre, como si fuera un colega del barrio...

—Más te vale que no lo hagas, si no quieres ver a un cura como los de antes, los de la vara de madera. —Le limpió de un par de sacudidas los pantalones. Había que barrer y fregar otra vez aquel suelo, y despedir de una santa vez (nunca mejor dicho) a la empresa de limpiezas que había contratado el anterior párroco—. ¿Qué diantre te ocurre ahora?

—Hay otra pintada en el muro de la iglesia.

Fulgencio apretó las mandíbulas. Para estar situada en un pueblo tan pequeño como Alcarria de la Sierra, era sorprendente la cantidad de problemas que tenía aquella parroquia con los gamberros y los niños que venían a hacer cross a las montañas. No era la primera vez que los ruidosos moteros dejaban pintadas sobre la fachada de la iglesia, la mayoría con carácter obsceno. El padre Fulgencio tenía algo parecido a un trato con el pintor del pueblo, José Lamarra, propietario además de la única ferretería, a cuenta de estos desagradables sucesos: cada vez que algún mozalbete con ganas de divertirse en la tierra a costa de perder unos cuantos días de paraíso volcara sus pajas mentales en el muro, José iría al día siguiente y las tataría con una mano de pintura fresca. Al ferretero no le importaba esperar a que el obispado le mandase el cheque, aunque tardara meses, con tal de estar a bien con la parroquia. Su hija se había beneficiado de esta relación de amistad (favoritismo era una palabra demasiado injusta; al fin y al cabo, José estaba haciendo más por la iglesia que la iglesia por él), cuando Fulgencio había decorado con flores y alfombras el día de su boda, sin cobrarle ningún extra. El rojo de las alfombras combinaba muy bien con el blanco cremoso de su vestido, que parecía un merengue, y le había hecho sentirse la mujer más importante del pueblo.

Cuando Fulgencio salió al patio de la iglesia y vio la pintada, el pintor-ferretero aún no había llegado. Pudo comprobar con un fruncimiento de ceño que el ingenio de los vándalos se iba refinando con el paso de los años. Esta vez habían dejado un simple mensaje, con falta de ortografía incluida, que decía:

SE TRASPASA POR CRUSIFIXION DEL DUEÑO

«Muy gracias», pensó. Cómo se notaba que eran la generación de la MTV ésa. Al menos no habían acompañado el anuncio con los consabidos penes y testículos llenos de pelos que solían adornar los grafitis.

Esa mañana, al levantarse, había oído unas sirenas en la lejanía. Dejándose tentar

por el diablo —sólo un poquito, lo que curaba un avemaría—, deseó que fuesen de la policía y que hubiesen pillado a esos chavales haciendo alguna diablura (preferentemente ilegal) que les costase un par de noches a la sombra.

—Malditos bromistas... —masculló con los brazos en jarras. Ahí se iban otros cien euros en pintura, aunque ni de broma pensaba volver a encalar. ¿Sería pecado instalar un sistema de videovigilancia colgado del capitel de la columna y gravar con ese gasto a las arcas del Obispado?

El sonido del viejo SEAT Fura 127 de José era inconfundible. No sonaba como un ronroneo, a menos que los gatos supieran ronronear con la nariz sumergida en melaza, y desde luego no tenía un silenciador de ésos que tanto se prodigaban en los coches modernos. Con una especie de tosido y un latigazo del tubo de escape, el veterano de la 26 (como lo llamaba el dueño original que se lo había vendido a José, el frutero Isidoro Dorta) escaló la rampa que enlazaba la carretera con el patio de la iglesia y aparcó debajo del abedul. El ferretero salió sin quitar las llaves del contacto y saludó con un ademán afligido al padre Fulgencio. Llevaba puesta su chaqueta preferida, la que traía siempre a la misa del viernes por la tarde, una guerrera color cervato con parches en los hombros. Su intención, por tanto, no era esgrimir la brocha.

—Buenos días —barruntó.

—Buenos los tenga. —El abultado centro de la ceja única del cura se arrugó—. ¿Qué le pasa, don José? Parece como si los ratones se le hubieran comido al gato.

El hombre se las arregló para soltar un suspiro que llevaba dentro una queja, una afirmación y la explicación de por qué parecía tan abatido, todo ello batido en un lento fffffffssshhhhhppprrrrrr. Una vez desgranadas las palabras y separadas por categorías, la frase podría haber sonado tal que así:

—Es el hijo pequeño de María, la de las flores. Ha tenido un accidente mortal con el coche de su hermano.

Fulgencio olvidó al instante la pintada y se encaró con él. Sintió como si hubiera tropezado con una valla por la que corriera una moderada carga eléctrica.

—¿El pequeño Bastián? ¿Ha cogido el Pedromóvil sin permiso?

La familia de María había tenido muchos problemas con ese engendro que sus hijos llamaban «tragamillas» o «espada del infierno». Como este último epíteto no le agradaba nada a su madre, y ante su incapacidad para recordar la marca o modelo del coche (siempre decía que era un mancia, un trancia o algo así), ella lo llamaba Pedromóvil, ya que había sido su hijo mayor, Pedro Serafín, el que había ahorrado durante tres años del poco sueldo que le pagaba su madre por tenerlo de ayudante y se lo había comprado. Tanto Pedro como su hermano encajaban como un guante en el perfil del típico adolescente de un pueblo pequeño y aislado: estaban mortalmente aburridos, y ansiaban tanto parecerse a los chicos de una gran ciudad, estaban tan obsesionados con imitar sus modos de vida y su lenguaje soez, que asimilaban todo lo malo en lugar de lo bueno. No era sólo que la policía los hubiera trincado en varias

ocasiones fumando petardos y esnifando coca (un material de fabulosa calidad, según le había dicho el inspector una vez; una coca tan fina que se podía ver cómo relucían sus limpias escamas bajo los focos), sino que eran incapaces de concebir la diversión sin una tranca del carajo, que normalmente desembocaba en disturbios y cajas vacías de Tranquimazín en la cómoda de su madre. No necesitaban el ambiente deprimente de los bajos fondos de Madrid, con todas esas callejas retorcidas que morían en patios sucios y en solares llenos de desperdicios, pero seguro que lo echaban de menos. Fulgencio, que los conocía a ambos desde la puesta de largo de la piedra bautismal, no descartaba que estuviesen detrás de algunas de las pintadas más hirientes en la fachada de la iglesia.

La llegada del nuevo bólido había sido más una maldición que una ayuda para la familia. Pedro lo conducía de manera habitual, al fin y al cabo el coche había salido de sus ahorros, y el hecho de que no se lo dejara a su hermano no tenía tanto que ver con su minoría de edad (Bastián sabía conducir desde los trece), sino más bien con el temor de que se lo rayara o lo estampara contra un árbol en sus locas correrías de domingo. Era como un taxista con un flamante coche nuevo, con los cromados brillantes y el odómetro marcando cero coma cero kilómetros.

Una vez, Bastián había aparecido por la escuela con varios círculos morados bajo los ojos. Él alegó que se había tratado de una trifulca entre adolescentes que, por supuesto, había ganado. Pero el padre Fulgencio se imaginó al jovencito entrando medio colocado en el garaje de su hermano y robándole el bólido para llevar a alguna incauta del pueblo al huerto. Y Pedro Serafín no era de los que reaccionaban bien a esas provocaciones.

—Lo único que se sabe es que encontraron el coche siniestro total, volcado en una cuneta —explicó el ferretero, afligido. Para él, siniestro total no era un estado, sino un lugar, una especie de antesala del purgatorio que se llevaba las almas de los conductores imprudentes—. El pequeño Bastián estaba dentro. Tuv... —le falló la voz—, tuvieron... que cortar los hierros con una tenaza para sacarlo.

«Así que ésas eran las sirenas que oí esta mañana». El cura tragó saliva. «Voy a necesitar más de un avemaría para expiar esta culpa. Una caja de ellos, más bien».

—¿Dónde está la familia ahora?

—En el centro de salud. Creo que tienen allí el cuerpo...

—Llévame.

Tanto el cura como el ferretero eran personas de generosa circunferencia, pero se apretaron dentro del minúsculo Fura y se trasladaron a la máxima velocidad posible (es decir, la que no permitía coger los desvíos hacia «siniestro total») rumbo al centro de salud del pueblo. El pequeño edificio era una adusta construcción de ladrillo rojo, superviviente de los tiempos en que los alcaldes de los partidos políticos abogaban por tener edificios municipales nada ostentosos, que disimularan un poco el boato de sus haciendas personales. La familia del accidentado ya estaba allí, sembrando de pañuelos negros y humo de cigarrillos el patio de atrás.

José aparcó en la puerta y Fulgencio se apeó. Al verlo llegar, las matronas y las viejas de pañoleta negra se deshicieron en gimoteos y se santiguaron, todas a la vez. El cura sabía que muchas de aquellas venerables damas eran lo que se conocía como «plañideras», es decir, viudas curtidas en funerales que se personaban en cada velatorio que tenía lugar en el pueblo, comandos depresivoreligiosos con una única función: soltar gemidos de dolor, perfectamente entrenados, cada cierto tiempo, para que no decayera en ningún momento la sensación de tragedia. Los niños las odiaban a muerte. Los adultos no tenían más remedio que soportarlas porque era tradición tenerlas allí, y las mujeres jóvenes sabían que, a la larga, ellas también acabarían siendo plañideras.

—¡Padre Fulgencio! —exclamó una voz cargada de pena. Era María, la madre del fallecido, que se le arrojó a los brazos nada más verlo, como si él fuera una especie de doble colchón, físico y emocional.

—Calma, calma, hija mía —dijo el cura, dándole palmaditas en la espalda—. Siento muchísimo lo que ha pasado. ¿Cómo ha podido suceder?

—Ay, padre, yo no sé de estas cosas. ¡Sólo sé que cuando ese maldito coche llegó a esta familia, trajo al diablo con él! —estalló, mirándolo con ojos empañados, de parabrisas sucio y húmedo de lluvia.

«El coche, sí, pero también las drogas y el alcohol y todo lo demás», se lamentó Fulgencio. Aquel accidente no era sino el eslabón final de una cadena que no había comenzado ni mucho menos con el bólido, sino muchísimo antes, con el primer porro que se fumaron Pedro Serafín y Bastián cuando sólo eran unos críos sin nada que hacer, ni ningún futuro al que dirigirse.

—¿Cómo ha podido quitármelo Dios? ¿Cómo pudo decidir que Bastián ya había vivido suficiente? —sollozó la madre.

Fulgencio asintió, como si esa frase no fuera un simple lugar común.

Sólo tuvo que levantar un poco la vista para localizar al propietario del vehículo. Pedro Serafín era de media unos centímetros más alto que el resto del pueblo, así que destacaba no sólo por la cazadora de cuero y las botas militares, sino también por la cresta estilo Beckham que sobresalía como una quilla de barco del mar de cabezas.

Fulgencio dejó a María a buen recaudo con las viejas y se aproximó al joven. Se le hizo raro verlo fuera de su cascarón habitual, su bólido con motor rugiente de noventa y seis octanos con más cicatrices de *tunning* que el monstruo de Frankenstein, dos escapes y el culo levantado de tal manera que el morro apuntase siempre hacia el asfalto, al que se agarraba como un ave prehistórica. Incluso tenía un insólito tercer faro mirando desde encima de la parrilla, colocado a la altura exacta para deslumbrar a los que vieran surgir a la bestia por el espejo retrovisor. Todo un símbolo de poderío masculino con el que seguro que Pedro había desvirgado a la mitad de las jovencitas de la comarca. Fulgencio se preguntó cuántos sosias de Meteoro se estarían incubando en aquellas estriadas barrigas de quinceañera.

—Mis condolencias, muchacho —dijo a modo de saludo. El joven lo miró sin

decir nada, pero se le notaban el odio y el desprecio batallando y echando chispas detrás de las pupilas.

—Piérdase. Vaya a darle la brasa a mi madre. A mí no me vale su cháchara sectaria de comecocos.

—Cháchara sectaria de comecocos —repitió Fulgencio, metiéndose las manos en los bolsillos—. Apuntaré esa expresión para el responso. Me gusta.

—Que le jodan. A ver si ésta le gusta más.

De fondo se oyó un suspiro ahogado, coreado al instante por otros similares. Las plañideras empezaban a calentar motores.

—El cuerpo de tu hermano descansa dentro de ese edificio —señaló el cura, con un súbito endurecimiento de la voz—. Aún no lo he visto, pero seguro que está hecho trizas. Dicen que los curas somos unos tíos entrenados en echar la culpa de todo a la gente, a todo el mundo menos al Altísimo, pero esta vez te puedo asegurar que tú has tenido mucho que ver en esta tragedia, Pedro. Tú y nadie más que tú. —Le clavó un dedo en la coraza de cuero de su chaqueta—. Te acabas de quedar sin hermano pequeño, así que no me vengas con gilipolleces y ve a consolar a tu madre, antes de que la echés de menos en el cuartelillo.

El joven lo miró con una mezcla de rabia y miedo, a partes iguales. Nunca le habían hablado así, pues su pinta de macarra lo hacía parecer mayor y más peligroso de lo que era. Sostener la pose de ser más duro que nadie era una buena herramienta de disuasión, pero Fulgencio estaba acostumbrado a lidiar con ovejas descarriadas que más que la vara del pastor, lo que necesitaban era un buen latigazo en sus cuartos traseros para que volvieran al redil.

—No tengo motivos para hablar con la policía —se defendió. Sus ojos saltaban de un punto a otro con un aire de furiosa y malsana suspicacia—. Mi hermano se llevó el coche para mojar la marrana y tuvo mala suerte. Le dije que no lo cogiera, que era mucha máquina para él, pero pasó de mí.

—Por lo poco que sé, estaba solo cuando tuvo el accidente. No iba acompañado de ninguna chiquilla para «mojar la marrana», como tú dices. Pero no es a mí a quien tendrás que explicárselo, sino al inspector Rodrigo, esta tarde o mañana. —La amenaza le golpeó, tan brusca y horripilante como la estocada de un punzón para el hielo. Pedro Serafín retrocedió un paso, pero el cura se pegó a él para no darle cancha—. Seguro que tu hermano estaba haciendo un trabajito para ti, y que le prestaste tu coche para que fuera y viniera más deprisa.

—Viejo loco —escupió el joven—. Me encargaré de ti y de tu iglesia en cuanto esto se calme. —Lo dijo en voz muy baja, pero Fulgencio se lo leyó en los labios, aunque no estaba seguro de si estaba oyendo a Pedro Serafín o a alguno de los estimulantes que hubiera tomado nada más conocer la noticia.

—Nos veremos por la sacristía, entonces —accedió el cura, sorprendido del tono defensivo que notó acechando en su propia voz.

José Lamarra se unió a ellos, huyendo de los corrillos en donde había viejas de

negro. Pedro sacó sus gafas de sol de un estuche, abrió las patillas con un gesto seco y se las puso.

—Allí nos veremos —prometió, y se fue dándole un empujón con el hombro a José. No se acercó a consolar a su madre. Más bien, se subió en la motito que usaban para los repartos de la floristería (su motor despertó con un rugido tan feroz como él se sentía) y se marchó, rumbo a algún pozo de desolación y de sustancias estimulantes del que no saldría en varios días.

Bajo el bigote de morsa del ferretero asomó una sonrisa antipática.

—¿Se te ha puesto gallito?

—Creo que él tiene la culpa de lo de su hermano. Pero no voy a insistirle más sobre el tema. Que se encargue la policía, que para eso está.

En ese momento, el doctor salió del centro médico para informar a la familia de las novedades. Fulgencio no escuchó las subsiguientes quejas, demandas y súplicas. Se perdió en sus pensamientos, aislándose como una ostra en un mar de perlas desnudas, sin protección contra las mareas caprichosas. El motivo por el que había atacado directamente a aquel chico se volvió indeterminado, elusivo. Esa noche llegaría a parecerle incluso desproporcionado que le dejase marchar sin la buena suerte y el amparo divino. Pedro Serafín no era un ejemplo para la comunidad, y viéndolo recorrer la senda de la vida en compañía de aquella furia, estaba convencido de que necesitaría ambas cosas. Pero si había venido a ver el cuerpo de su hermano era porque debía de seguir sintiendo algo por él, aunque fuese una chispa de amor filial, de ése que se traduce en esperanza.

Una cosa empezaba a tener clara desde ya, y era que

068

cada vez le resultaba más difícil controlar aquellos accesos de furia, tan indignos de un hombre de su condición. El episodio con Pedro y todo lo que aconteció después, los problemas con la familia y el increíble suceso con el cadáver de Bastián, no fueron más que ejemplos palpables de ese cambio. Un clavo más en el ataúd que encerraba su carácter.

Fulgencio tenía demasiada rabia acumulada en su interior, demasiado odio hacia todo lo que no encajaba con sus esquemas mentales de lo que estaba bien y lo que era correcto. Demasiado incluso para un cura de pueblo, de ésos que aún se podían permitir el lujo de ser «como los de antes» y mostrar de vez en cuando un poco de mano dura. No como los seminaristas domesticados de hoy en día, a los que la opinión pública y la falta de garra de la Iglesia —o más bien su falta de credibilidad, en un mundo cada vez más laico— había convertido en llorones políticamente correctos. El mensaje fundamental del clero había dejado de ser «pon la otra mejilla y

ama a tu prójimo», para centrarse en un repetitivo y tedioso «rellene la casilla de ayuda a la Iglesia en su próxima declaración de la renta, por favor».

«¿Lo ves? Demasiada rabia».

El bebé de Natalia había acabado con toda la reserva de leche de aquel bote. Eructó contento y permaneció con la mirada fija en el infinito, como si el sistema operativo básico que traía su mente al nacer le estuviese diciendo que le faltaba algo (dormir, probablemente), pero que no sabía cómo llegar hasta ello. Si su cabecita no salía por sí sola de aquella encrucijada, se echaría a llorar en breve, reclamando ayuda del exterior.

—Acúvalo —aconsejó Fulgencio, y dejó a Natalia a solas con el niño. Ella lo apretó contra sus pechos y ronroneó una canción de cuna.

—¿Alguien ha intentado acceder al vagón trasero? —preguntó el psiquiatra, con esa voz tan tranquila que parecía sintetizada por un ordenador.

Todos miraron hacia la puerta opuesta a la que habían abierto, la que llevaba al vagón de atrás. Habían estado tan ocupados intentando acceder a la cabina del conductor, que no se les había pasado por la cabeza investigar en los demás coches.

—Puede que esté lleno de pellejos, o de restos humanos, como el de delante —opinó Gael.

—O puede que no —dijo el psiquiatra—. Tal vez haya más gente atrapada, como nosotros, que no saben que estamos aquí.

Sonaba lógico, o tan lógico como para intentar salir de dudas. Pere repitió el mismo proceso previo que con la puerta anterior (golpes en el metal, un código de aviso, tirar para ver si se abría) y tuvo la misma suerte que la primera vez. La puerta estaba cerrada a cal y canto, y nada ni nadie respondió del otro lado.

—Es inútil —sentenció. Y ante la mirada inquisitiva del resto, procedió a aclarar —: No pienso volver a hacer de Tarzán por fuera del tren, lo siento.

Fulgencio se acercó a la puerta. La tocó. Estaba fría.

—Cuidado —advirtió Pere, como si pudiera abrirse de improviso para descubrir el horror que aguardaba detrás. La paranoia estaba haciendo estragos en las mentes de todos, pensó el cura, menos en la del doctor. Por algún motivo, éste era capaz de controlar hasta el último ápice de sus emociones externas. Tal vez se estuviera cagando de miedo por dentro, como todos, pero su aspecto seguía siendo el de un hombre calmado y sofisticado, que esperaba con tranquilidad a que fueran sucediendo las cosas.

—Tranquilo. Si ha permanecido cerrada hasta ahora, no creo que vaya a moverse sólo porque alguien se lo pida —dijo con sorna.

Y en ese momento, la puerta se abrió, desplazándose sin el menor ruido sobre las guías.

Fue como diseccionar grano de plata a grano de plata una fotografía antigua. Los siete supervivientes, incluyendo al bebé, permanecieron estáticos y completamente mudos mirando a través de aquel acceso al otro coche.

Ninguno se atrevió a hacer el más mínimo movimiento, hasta que Fulgencio, que era quien estaba justo delante de la puerta, soltó el aire retenido en sus pulmones con un silbido, y antes de aspirar de nuevo, inclinó la cabeza hacia delante para ver mejor.

—T... ten cuidado... —advirtió Gael, y a Fulgencio le sonó como aquel pobre tartamudo que asistía a la logopedia de los miércoles en la iglesia, uno de los servicios que se daban en cooperación con el centro de salud del pueblo.

El cura no sólo tuvo cuidado. Se atrevió a más. Puso un pie dentro del vagón y metió bien la cabeza, para que sus ojos distinguieran mejor los detalles. La luz no era la misma; era más tenue, más relajante, casi de templo o catedral. Los fluorescentes del techo palpitaban con un resplandor suave, como si se hubiesen quedado a medio prender.

El coche estaba limpio. No había rastro de matanzas ni carnicerías de ningún tipo. Incluso el sonido de la máquina se le antojó más débil, amortiguado por la misma sensación de quietud, como si fuera algo sólido y esponjoso.

Fulgencio introdujo aire en sus pulmones, al tiempo que lo veía.

Era la decoración de las paredes. Lejos del aspecto funcional y áspero de un tren de metro común, aquél estaba profusamente decorado, como si fuera en realidad uno de los coches de lujo de los antiguos trenes hindúes, y en él viajara un alto comendador de la casta mayor, con su escribanía de roble, sus baúles charolados y su obediente séquito de lacayos. Había incluso candelabros bañados en oro, siete en total, acompañados por otras tantas estolas con forma de espada, que colgaban enrolladas de los mástiles.

Pero lo más asombroso de todo eran las estatuas que bloqueaban el paso hacia la salida opuesta. Parecían figuras de madera sin demasiado grado de detalle, como las que se usaban para atrezo en las obras de teatro. Alguien las había dejado allí, amontonadas sin ton ni son, como si el vagón fuera el almacén de una compañía ambulante.

Eran cuatro estatuas desgastadas, la primera parecida a un león con la piel llena de ojos; otra como un toro con tres cornamentas superpuestas y retorcidas como las ramas de un alerce; una tercera como un ave Roc de éstos de la mitología árabe, que tanto aterraron a Simbad el marino, con un diminuto elefante preso en las garras; y la última parecida a un hombre de cuatro rostros, cada uno dirigido hacia un punto cardinal y con siete ojos poblando cada frente. Ninguna de las efigies era

especialmente hermosa ni turbadora, sencillamente estaban allí, ansiando descubrir el siguiente proscenio que vestirían con su quimérica presencia.

El asombro, como un enorme tablón de madera, cayó sobre la mente del sacerdote y borró de ella cualquier pensamiento objetivo. Por unos momentos fue incapaz de articular palabra, al tiempo que un temblor incontrolable se apoderaba de sus manos. Si hubiera tenido anillos, por más apretados que estuvieran, el temblor los habría deslizado hasta la uña.

—¿Fulgencio? —se asomó Pere, el cuchillo desenvainado—. ¿Estás bien?

El cura no respondió. Un mal presagio estaba adueñándose de él, una comezón que empezó en su nuca y fue bajando lentamente hasta los testículos. Se acercó con cuidado al amontonamiento de estatuas, como si intuyera un nido de víboras en su interior. Parecían estar sepultando algo, una especie de...

No.

¡No!

No podía ser. ¡Era una condenada locura!

Fulgencio retrocedió y trató de cerrar la puerta del vagón. Ésta no se movió. Su respiración era como el trueno de los cascos de los caballos en un hipódromo. Los demás lo miraban, intranquilos.

Sintió un contacto en el hombro, que lo hizo saltar con una descarga eléctrica. Había sido la mano de Pere.

—¿Qué te ocurre, Fulgen? —preguntó el militar—. ¿Qué has visto?

El cura lo miró, como descubriéndolo a su lado, y musitó:

—No... nada... es sólo... —Continuó hablando en un grave murmullo, con las mandíbulas flojas y los ojos ofuscados—. Es que no esperaba ver esas estatuas, es todo.

—¿Pero qué es lo que le preocupa? ¿Qué tienen de raro esas figuras para que esté tan nervioso? —intervino Blanca, que volvía a jugar con el móvil.

¿Nervioso? Fulgencio se echó a reír. Estaba tan alterado que podía ver sus propios latidos como brillantes puntitos luminosos ante los ojos. Pero no, pensándolo bien no eran nervios. Pánico, tal vez, o quizás lasitud, o el sobrecogimiento extremo que sentía cuando

066

creía estar en presencia de un milagro.

Y aquello era, sin duda, algo que encajaba en la definición de milagro que venía anotada en la Biblia. Decía Samuel, relatando sin un prurito de rigor histórico la alianza entre David y Jonatán: «En exvoto de sangre pagarán los injustos aquellos pecados que sólo mediante la palabra de Él, sin explicación natural, puedan recaer

sobre los hijos de Adán».

Un galimatías típico de la forma de escribir de los evangelistas, pero que encerraba la primera definición de suceso increíble que Fulgencio había leído nunca. Ahora, mientras miraba a Pedro Serafín salir de la floristería con un ramo cargado de rosas blancas y media docena de gladiolos, irradiando sonrisas y buen humor a quien quisiera saludarle, pensó que el bueno de Samuel no iba muy desencaminado. Sólo Él, el Altísimo, podía dar una explicación mínimamente razonable a aquella estampa.

Pedro Serafín no saludaba a la gente, y punto. Estaba dominado por un comportamiento atávico; era el típico bruto que se sentiría a gusto viviendo en un árbol y arrastrando a su mujer por el moño mientras no estuviera cazando mamuts o degollando enemigos. Para él y para su difunto hermano, «civismo» era una marca extranjera de tabaco o la capital de la India. Así que un comportamiento tan amable, tan cordial, sólo podía ser síntoma de que algo extremadamente raro estaba ocurriendo en el seno de aquella disfuncional familia.

Lo siguiente que vieron los ojos de Fulgencio fue el rótulo:

DÍA DE TODOS LOS SANTOS. ¡NO TE QUEDES SIN TU RAMO!
¡DEMUÉSTRALES CUÁNTO LES QUIERES ANTES DE QUE LOS VUELVAS A VER!

En la puerta de la floristería. No le prestó demasiada atención. El díscolo joven estaba ayudando a su madre a hacer los ramilletes (había días en que ella no podía ni siquiera cerrar el puño, pues los nódulos de la artrosis le agrandaban de forma grotesca los nudillos) y colocándolos pulcramente en su mochila de reparto. Varios vecinos se le acercaron e incluso se atrevieron a iniciar conatos de charla.

El cura no pudo soportarlo más. Con andar distraído, se acercó a la floristería y fingió valorar unos centros de petunias para el altar. Caléndulas, ásteres y cимицифугas se peleaban por ocupar el puesto de honor en el centro del escaparate. La etiqueta mostraba un precio antiguo tachado con rotulador y uno nuevo en números grandes y vistosos.

Pedro Serafín alzó la vista y lo descubrió allí, mirándolo de reojo. Le dirigió una sonrisa extrañamente compleja.

—¡Buenos días, padre! —Sus dientes asomaron como gallos aprestándose a una pelea—. ¿Hace o no hace un maravilloso sol de verano?

—Eh... sí, supongo que sí...

—Tenemos una oferta por el Día de Todos los Santos (aquí lo abreviamos DTS, y perdone por el atrevimiento): un tercer ramo a mitad de precio por cada dos que superen los diez euros. ¡Aproveche para decorar la iglesia!

—Lo... lo pensaré.

«Esto es inverosímil. Aquí hay truco», se repitió Fulgencio. La última vez que había visto a aquel macarra tenía la mente y las emociones revueltas en un guiso de rabia, tristeza y resentimiento. Incluso lo había amenazado con algo más que pintadas heréticas en el muro de la sacristía antes de irse.

Para ser un buen sacerdote había que ser, además, un excelente juez del carácter humano. Fulgencio se preguntó si el *shock* por la muerte de su hermano, combinado con el de la pérdida del bólide, habría afectado hasta tal punto la mente de Pedro que lo había vuelto loco. O eso, o se había inyectado una porquería tan densa, nociva y potente, en cantidades industriales, que lo había catapultado a un imaginario mundo de Oz del que caería tarde o temprano, con secuelas imprevisibles para su salud.

—¿Está tu madre, Pedro?

El dedo anular del joven, el único que no estaba ocupado sosteniendo ramos, se estiró en dirección a la trastienda. De ella salió María con una sonrisa de modelo de pasta dentífrica y el cambio para unos ancianos. Había gente en el pueblo, sobre todo la gente muy mayor, que aún le pagaba en pesetas, moneda que la dueña aceptaba siempre que se la siguieran cambiando en el banco.

Pedro Serafín, que por primera vez en su vida parecía encajar en el nombre que su madre le había puesto a despecho del santoral, aceleró y se perdió con la motito entre las calles del pueblo. Fulgencio entró en la tienda.

—¡Padre, bienvenido! —prorrumpió la dueña, todo gozo y brazos extendidos. Llevaba el cabello en una melena revuelta, de mucho trabajo y poco tiempo para acicalarse, con un flequillo desordenado sobre la frente. Fulgencio la besó en la mejilla, pero mantuvo un cierto distanciamiento al estilo púlpito, desde el otro lado del mostrador.

—Buenos días. Quisiera llevarme un par de centros para el altar. Petunias.

—Llévese tres, mejor; tenemos una nueva oferta que consiste en...

—Sí, su hijo me lo contó. A mitad de precio. Vale, me llevaré el tercero.

María rebuscó en la trastienda y volvió con dos centros. El último lo sacó directamente del escaparate.

Los ancianos se marcharon con sus monederos llenos de pesetas, y Fulgencio se quedó solo en la tienda, con la dueña. Era el momento de lanzarse.

—Por cierto, hablando de su hijo... —carraspeó—. Pedro...

—Acaba de marcharse a repartir.

—Lo sé, me lo encontré ahí fuera. Pero quería preguntarle algo, María...

La mujer se inclinó sobre el mostrador, tapándose el escote con la mano.

—Usted también lo ha notado, ¿verdad? ¡Está cambiadísimo! —comentó, en una imitación más que aceptable de la seriedad.

—Cambiado no es la palabra que yo utilizaría. —La miró con intensidad a los ojos, como cuando le sacaba las más profundas confesiones en la iglesia—. Dime, María: ¿va todo bien en tu casa? ¿El resto de la familia está bien?

Ella reaccionó en parte a aquel reflejo aprendido, el de ponerse seria y trascendental y sentir ganas de desnudar su alma cada vez que un sacerdote le hablaba en ese tono. Era un condicionamiento férreo inculcado desde la infancia.

—Sí... todo va... Bueno —se sonrojó—, no todo. Podría ir mejor, pero no mucho mejor. Ya... ya no estoy apenada por que Bastián se marchara.

—¿Has dejado de sentir el dolor de una madre?

—¡No! Eso nunca —se apresuró a aclarar—. Pero es... es distinto. Sé que Bastián está... estuvo siempre de acuerdo con permanecer al lado de los suyos, y no abandonarnos nunca. Su amor es infinito ahora, porque ha visto cara a cara a Dios.

Fulgencio entornó los ojos.

—Me alegra que hayas reflexionado sobre este angustioso tema, y que hayas llegado a tales conclusiones, pero... ¿y Pedro? ¿También ha conseguido ver a Dios más de cerca?

María rió, con esa risa limpia y saludable que nace en la parte inferior de los pulmones y que sólo tienen las personas que son realmente felices. Lanzó una mirada de complicidad al Cristo de la pared y dijo:

—Ay, padre... ¿quién no sentiría al Altísimo más cerca, cuando es capaz de mandarle un mensaje tan claro de Su bondad?

Fulgencio no pudo seguir interrogando a María, porque las golondrinas de metal que hacían de campanillas tintinear y otros vecinos ocuparon la tienda. Todos querían llevarse tres ramos de cada cosa, ni uno menos. María los atendió gustosa, y envió a un niño que la ayudaba por las tardes a cambiar las monedas al banco (una sucursal del Banco Pastor, el único que había en la villa).

Fulgencio regresó con paso rápido a la sacristía. Sorprendió al monaguillo con la mano dentro del pantalón, frotándose ocioso sus partes mientras colocaba rectos los cien pabilos de la parrilla de velas. Le dio un coscorrón y le ordenó que fuera a casa de María, a llevarle más panfletos de propaganda del DOMUND para que los repartiera en sus ratos libres.

El joven, frotándose la nuca por el dolor (con la misma mano con la que había estado masajeándose los testículos, y que Fulgencio le ordenó lavarse), le dijo que ya le había dejado un buen taco el día anterior en la tienda, y que si le llevaba otro la pobre mujer tendría publicidad de la ONG como para abastecer a cinco colegios de San Ildefonso. Fulgencio insistió, y le dijo que se fijara bien cuando llegase a la casa... por si veía algo extraño. Cualquier cosa. Y que si veía algo no se quedase a disfrutar del espectáculo, sino que volviera corriendo, o volando a MACH 3 como el Espíritu Santo, a decírselo.

El aturullado joven agarró el taco de folletos y se marchó en su bicicleta a casa de la dueña de la floristería. La más genuina incomprensión batallaba en su rostro con la vergüenza por haber sido descubierto haciendo algo muy común en los adolescentes, en terreno sagrado. Por eso, y porque el cura aún no le había soltado la semana, obedeció sin rechistar. Desapareció pedaleando por la cuesta de San Patricio y se pasó al lado izquierdo de la carretera, donde los coches podían verlo llegar de frente.

Fulgencio paseó de un lado para otro, haciendo cosas, esperando a que volviera. Un reloj de péndulo, mientras tanto, lanzaba su tranquilo tic-tac en un rincón. Cuando terminó de hacer las tareas que le tocaban aquel día, siguió paseando y rematando otros asuntos pendientes. Cuando éstos también se acabaron, hizo los deberes de su

monaguillo. Y cuando éstos también se habían agotado, siguió paseando a secas. El San Luis de palo que tenía en una de las capillas abrió con estupefacción los ojos, de tanto verlo cruzar de derecha a izquierda, dejando un surco en el suelo.

El muchacho tardó dos horas largas en regresar. Ya eran cerca de las tres de la tarde. Fulgencio oyó el timbre de la bicicleta cuando cruzó la línea continua de la carretera y frenó ante la iglesia. Luego la puerta se abrió.

—¡Roberto! —así se llamaba el monaguillo—. ¡Por fin! ¿Le dejaste los panfletos en el buzón?

El joven tenía la mirada perdida, flotando en una especie de espacio intermedio entre la sorpresa y el miedo. Cuando Fulgencio le tocó el hombro, dio un saltito.

—¿Qué...?

—Los folletos. ¿Se los dejaste a María en su casa?

—Sssss... no. Sí. No lo sé —confesó. Su mirada era irremediabilmente atraída por una de las capillas, y se perdía en ella como un velero en una noche de tormenta. «Ido» no era el adjetivo correcto que se podía aplicar al joven. Más bien... perdido en una especie de sutil catatonía.

El párroco se situó entre él y aquella capilla, tapándola con su cuerpo. Entonces el joven lo miró a la cara.

—¿Qué viste en esa casa, Roberto? ¿Qué había allí?

El muchacho estalló en lágrimas. Sus sollozos eran tan agudos y explosivos que parecía que se fuera a asfixiar. Fulgencio lo llevó a la habitación que tenía las sillas más cómodas (donde habitualmente se impartían las catequesis) y lo sentó. Él mismo le sirvió un vaso de agua. El joven estaba conmocionado.

No logró sonsacarle mucha información. Sí, había estado en el hogar de Pedro Serafín y su beata madre, una casa terrera de las afueras. Y sí, al final sí le dejó el taco con los doscientos folletos del DOMUND en el porche. Pero había visto algo, una especie de sombra que lo miraba desde una de las ventanas, la que daba al comedor o a la cocina, y que le costó horrores describir. Para empezar, ni el mismo Roberto sabía con exactitud lo que había visto, por lo que describirlo era más un ejercicio de imaginación que de memoria. Fulgencio insistió en que recordara los detalles, y el chico habló de una figura negra, o más bien cubierta con una tela oscura como si fuera un mueble viejo que uno no quiere que se le estropee. La figura tenía forma vagamente humanoide y estaba de pie frente a la ventana, observando el exterior a través de dos agujeritos practicados en la tela, como cuando los niños se disfrazan de fantasmas para asustar a sus amiguitos. Tenía más pliegues por un lado que por otro, como si se hubiese pisado la sábana y estuviera a punto de caérsele.

Roberto se había escondido, apartando también de la vista su bicicleta, una Avalanche con rodado de veinte pulgadas (la semana de monaguillo daba para mucho, si se sabía administrar). Pero no se marchó. Permaneció cerca de la casa un par de horas, viendo cómo entraba y salía gente. Primero llegó Pedro Serafín; dejó la motito de reparto en la entrada y fue hasta el garaje. Abrió la puerta y Roberto pudo

ver aquellos restos, depositados allí dentro entre botes de pintura y herramientas variadas de la floristería. Eran los restos del bólido con el que se había matado su hermano. Este dato sorprendió a Fulgencio; María perjuró que la grúa se había llevado el amasijo de hierros al depósito de la Policía Municipal, y que ellos no lo habían reclamado. Cuando le preguntó al monaguillo cómo estaba tan seguro de que aquél era el derrelicto del bólido, y no de otro coche, Roberto le describió con espanto la mancha de sangre que había visto sobre el capó, justo encima del tercer faro. Era la huella sanguinolenta que Bastián había dejado cuando atravesó el parabrisas, rebotó en el capó y su cuerpo fue a partirse en dos contra el árbol, la cabeza abierta como un melón.

Pedro Serafín descolgó un hato de cuerda de un gancho, agarró tres o cuatro escobas y un serrucho, y lo metió todo en la casa. A partir de ahí el relato del monaguillo se volvió confuso. Roberto empezó a mezclar sucesos que habían ocurrido en distinto orden, como si su mente no fuese capaz de (o no quisiese) ordenarlos correctamente. Dijo que María volvió a la casa con bolsas de la ventita de doña Manuela, con abundante comida (más que suficiente para alimentar a dos personas, e incluso más, como si hubiese otros inquilinos en la casa) y que la chimenea empezó a funcionar. La luz de la cocina seguía encendida a pesar de que era de día y, como bien había señalado Pedro, lucía un sol radiante, sin apenas nubes que lo apantallaran. En algún momento, el cura no supo si antes o después de que Pedro abriese el garaje, Roberto había vuelto a aproximarse a la ventana, y miró en su interior. Había visto a la madre

(un temblequeo en las piernas del muchacho mientras lo contaba)

dándole de comer con una cuchara de mango largo a la figura cubierta por la sábana. La tenía sentada en una butaca, inerte, con los brazos colgándole por los lados como un títere sin cuerdas. Había remangado la tela de la sábana hasta justo por encima de su boca

(otro temblequeo)

y le introducía con cariño la espátula de plástico entre los labios, llena de comida, tirando hacia abajo del maxilar igual que una madre hace cuando alimenta a un bebé que empieza a degustar compotas. Cuando los ojos nerviosos de Roberto tropezaron con aquella boca

(el monaguillo retomó los jadeos, y su corazón se aceleró)

el miedo de aleación más pura se encendió en su interior, cosquilleante y tremendo como la sensación del primer orgasmo. Era una boca cortada por una profunda cicatriz, que parecía no haber sanado del todo ni haberse cerrado. Los dientes, embadurnados en una verdosa mezcla de potaje de acelgas, estaban rotos y astillados, afilados por un golpe contra algo que había hundido unos centímetros el maxilar, formando una concavidad no natural en la que la madre aprovechaba para dejar caer la comida. La piel estaba reseca y negruzca, y se le había desprendido en trozos, en paneles de abeja que dejaban al descubierto los músculos.

Roberto no lo soportó más y salió corriendo, levantó la bici por el manillar (llevándola en volandas unos metros, en lo que él seguía alejándose de la casa), se la encajó como pudo debajo del trasero, y enfiló a toda máquina por la carretera en sentido contrario al del tráfico. Tuvo la sensación de que alguien le estaba mirando, clavándole los ojos en la espalda con una intensidad casi física, y entonces recordó que no había visto al hermano mayor, Pedro Serafín, en la cocina. Le había perdido el rastro cuando entró en el garaje, pero podía haber salido de nuevo. Podía (oh, Dios mío) haber estado junto a él, a su espalda, todo el rato, mientras espía a la madre y a la cosa aquella de la boca destrozada. Podía haberle visto marcharse pedaleando y esquivando a don Severo, el marido de Manuela, cuando se encontró con su furgoneta tomando a demasiada velocidad un cambio de rasante.

El joven empezó a temblar y tiró el vaso de agua al suelo. Fulgencio lo calmó como pudo y le dio el sobre con su semana. Esto tenía un efecto curiosamente balsámico en el muchacho. Luego lo mandó a su casa, a dormir, y le aseguró que no tenía que preocuparse por nada.

Él mismo iría esa misma tarde a ver en persona a María, y le pediría explicaciones sobre lo que estaba pasando en aquella casa. Si la mujer estaba tan enferma como para haber robado el cuerpo de su difunto hijo del tanatorio (Pedro Serafín seguro que tenía medios más que sobrados para conseguirlo), es que necesitaba ayuda urgente. De los mejores profesionales.

Lo que Fulgencio estaba a punto de levantar, aunque en ese momento no lo sabía, era

065

la primera piedra de una muralla que se estaba edificando en su cabeza. Una protección contra el horror que venía de fuera, del mundo exterior, y que tenía mucho que ver con las creencias que hasta ese momento habían sido los pilares de su vida.

—¿Qué le ocurre? —Los ojos de Blanca capturaron los suyos. El breve contacto con la piel de la muchacha bastó para situarlo en el ahora.

El sacerdote elevó la vista. Pere y Gael se habían metido en el nuevo vagón, para examinarlo. Tuvo el inmediato y poderoso impulso de gritarles que salieran de ese lugar, que no sabían dónde se estaban metiendo, pero se contuvo. Sí, lo que había encontrado en el vagón ató muchos cabos en su cabeza, cabos que habían permanecido sueltos desde que vio al hijo de María, allá en el pueblo... pero bien podía ser una coincidencia. Bien podía ser que su mente, agotada tras tantas horas corriendo sin parar ni dormir, estuviese construyendo castillos en el aire.

Pero la puerta se había abierto cuando él, y sólo él, trató de abrirla.

Y las efigies, los candelabros y las espadas coincidían con los elementos que

recordaba haber leído en el libro.

Eran demasiadas coincidencias para ser accidental.

—Estoy bien —mintió, pero su sonrisa bastó para tranquilizar a Blanca. De reojo, vio cómo Gael y el militar inspeccionaban el vagón, buscando en cada rincón algo que les resultara útil.

El argentino se acercó a las efigies (alejándose a propósito del militar; aún le dolía la mandíbula). A él también le resultaban tremendamente familiares, ¿pero por qué? ¿Dónde había visto cosas parecidas antes, y por qué le resultaban tan turbadoras?

Tocó la piel del león. Alguien había tallado minuciosamente docenas de ojos abiertos en ella. No estaban pintados, sino cincelados con un cuidado exquisito; mostraban todas las pigmentaciones posibles en un iris humano, y otras que Gael no había visto nunca, como un verde tan diluido que parecía violeta, y un marrón tan difuso que recordaba al naranja.

Pero lo que más le turbó fue la efigie que representaba al ser humanoide, el hombre con cuatro rostros y siete ojos en cada frente. Lo habían tallado en la posición del loto, como un Buda alegórico, y tenía seis dedos en cada mano, de los cuales trababa dos bajo el pulgar. Cada panel de ojos formaba un rombo apoyado en un vértice sobre la nariz; las bocas estaban abiertas y mostraban los pliegues característicos de orejas en su interior, no paladares ni gargantas.

Gael se fijó en que, realmente, no podía afirmar que fuese un hombre. Había trazos en la madera, como guías para emplazar genitales, pero el escultor no se había tomado la molestia de representar ninguno. La figura era un ente andrógino que meditaba sobre algún misterio impreciso. Como el significado de aquel tren, por ejemplo.

—¿Quién viajaba aquí, una compañía de teatro? —se burló.

Pere tocó las velas de los candelabros. Frotó los dedos contra el sebo, pero algo no encajaba con lo que esperaba sentir.

—Qué extraño. Estas velas no están hechas de cera, ni de estearina. —Las olió—. No, desde luego que no es cera. Parecen amasadas con... —... pero no lo dijo. Apartó la mano del sebo como si pudiera morderle.

Gael metió la cabeza entre las efigies. Puede que allá abajo, entre tanta pata de animal y alas de bicho raro, hubieran dejado algo escondido. Se conformaría si tan sólo hubiera...

Un color distinto, más brillante que el de las efigies, tiró de su vista como un anzuelo.

—¡Aquí hay algo! —exclamó Gael, contento por su descubrimiento. Apartó las estatuas con determinación, inclinó el cuerpo hacia el interior del espacio que éstas ocupaban, y recogió un objeto lleno de polvo que estaba tirado en el suelo.

Era un libro.

—Oh, no —murmuró Fulgencio. «Oh no» era una descripción muy precisa de lo que estaba pasando. De hecho, si alguna vez en su vida había visto un «Oh no» realmente sobrecogedor, era ésta.

El libro era un tomo bastante grueso encuadernado en piel roja, con siete ojos cerrados dibujados por toda su superficie. Un grueso cerrojo lo custodiaba, por lo que resultaba imposible abrirlo, aunque no parecía estar hecho de metal, sino de cabello humano trenzado. Aun así, por más que lo intentó, Gael no pudo romperlo.

—Esto tiene que ser una coña —bufó, agarrando la solapa con ambas manos y tirando, pero ni una fibra de cabello se rompió. Luego trató de separar las páginas con los dedos, pero estaban tan pegadas unas a otras, tan comprimidas, que sólo pudo mover una mínima porción de las esquinas.

—Anda, dámelo —pidió el militar, y se lo quitó de las manos. Gael no protestó: si quería hacerse el listo, que lo intentara. Él disfrutaría de su fracaso o se haría el distraído si triunfaba.

Pere lo examinó. El tomo pesaba mucho, como si debajo de la solapa de piel hubiese placas de metal. Estaba encuadernado con las páginas cosidas directamente al cuero, cada una con su propia cicatriz, y olía a viejo, muy, muy viejo, pese a que las páginas no estaban amarillentas.

Sacó su enorme cuchillo y lo deslizó sobre los cabellos del cerrojo. Nada. Probó otra vez, más fuerte, con el mismo resultado. Su mirada se cruzó con la de Gael.

—Esto no puede ser pelo de verdad —concluyó. Miró el filo de la hoja, y distinguió unas finísimas estrías que antes no estaban—. Es lo que tú dices —admitió—. Es una coña. Alguien se está burlando de nosotros.

—Pues ya me dirás quién.

—¿Un libro? —preguntó Natalia—. ¿Qué libro?

Pere se lo mostró. La tapa roja le dio repelús.

—Será parte de la obra, también —opinó Gael.

—¿De qué obra?

—De la que representaban estos tíos.

—Y los camerinos estaban en el puto metro, ¿no?

—¡Dejad de pelearos! —estalló Natalia. Del bebé que tenía en los brazos manaba un hedor a pañal sucio que, al tenerlo cerca, competía con la peste a descomposición que llegaba desde el vagón matadero—. No, no, ¡no! El pequeñín necesita cambiarse.

—Rebusca por aquí —se burló Gael—. A lo mejor encuentras pañales junto a los candelabros.

Pere lo silenció arrojándole el libro. Gael lo atrapó al vuelo, con una mano y gran ligereza.

—Eso, dámelo a mí, que para eso lo encontré yo. El... ¿Por qué me miráis así?

Pere lo miraba, cierto, y también los demás. Se habían dado cuenta del detalle.

—¿Qué coño pasa? —preguntó el argentino, con una sonrisa boba en los labios.

Fulgencio tendió la mano hacia él.

—Pásame el libro un instante, por favor. Prometo devolvértelo en seguida.

Gael dudó. ¿Qué era aquello, otra maniobra más para ridiculizarlo? Pero no, no había jugadas sucias detrás de los ojos del viejo.

—Ya me explicarás que es eso del alzacuello. ¿Qué eres, un sacerdote? —Le arrojó el libro. Fulgencio fue a cogerlo en el aire, pero su peso resultó ser demasiado para sus rechonchas piernas. Como si le hubiesen lanzado un ladrillo, el sacerdote recibió con una mueca de dolor el tomo y cayó de espaldas.

—¡Padre Fulgencio! —exclamó Natalia, corriendo a socorrerlo. Pere lo ayudó a levantarse, apartando el libro con el pie.

Gael no daba crédito a sus ojos.

—Venga, dejad de vacilarme —rió—. ¿No le quedan fuerzas para sostener un simple librito?

Todos llegaron a la vez a la misma conclusión, pero fue Natalia la primera en decirlo en voz alta.

—Gael no tiene tanta fuerza.

—No... —Pere volvió a golpearse los incisivos, esta vez con la culata del cuchillo, en un gesto de pensar muy propio—. Creo que cada cual percibe ese libro de un modo distinto. Quiero decir... que según quién lo coja, pesa más o menos. —Se volvió hacia sus compañeros—. Ya sé que es una locura.

—Ahora nada lo es... —tembló Blanca, y se apartó del libro hasta que su espalda tocó el extremo opuesto del vagón, la puerta que daba al vagón matadero.

Al ver que nadie hacía nada por recogerlo, Gael lo volvió a levantar del suelo. Natalia le espetó:

—¡No lo toques! ¡Ese libro está maldito!

—¿Maldito? ¿Qué es, el puto Necronomicón, o qué?

—Mejor tíralo por la ventana —sugirió el doctor Zurek. Las mujeres estuvieron de acuerdo.

—Ni hablar —reculó Gael—. Lo he encontrado yo, y yo decidiré qué se hace con él.

—¿Ah, sí? —se encolerizó Pere—. ¿En contra del grupo?

—¡Qué grupo ni qué leches! —gritó el argentino, aferrando el tomo con ambas manos. Para él no pesaba más que un ejemplar de bolsillo de la guía de Madrid—. ¡Aquí cada cual se cuida solo! Yo sólo quiero abrirlo para ver qué hay en las páginas. Puede que nos sirva de ayuda.

—No vais a poder abrirlo, hagáis lo que hagáis.

Esta última intervención fue de Fulgencio. Jadeaba todavía, con el pecho resentido por el golpetazo del ladrillo (perdón, del libro encuadernado en piel), pero se levantó ayudándose por una barra.

—Aunque lo metáis debajo de las mismas ruedas de este tren, lo único que conseguiríais sería hacernos descarrilar —aseguró, con toda la entereza que pudo reunir—. Ese libro no es... lo que vosotros pensáis que es.

El silencio se prolongó hasta que el primero de ellos no pudo más y dijo:

—¡Ande, hágale un chequeo a ese hombre! —Gael se dirigió al doctor Zurek, que continuaba silencioso. Observaba el circo de pasiones que se desataba a su alrededor con interés de antropólogo, atento a los más mínimos detalles—. Desde luego, necesita tratamiento.

Fulgencio sacudió la cabeza. No, no necesitaba que un psiquiatra de tres al cuarto le dijera que estaba cuerdo para creérselo o dejar de creerlo. Él había visto frente a frente a la locura en otras ocasiones, como

063

en la casa de María y de Pedro Serafín, hacía una verdadera eternidad de tiempo. Y sabía muy bien cuál era su poder, a qué hedía su pudrimiento.

Después de enviar al monaguillo a casa y arreglar el pequeño desaguisado que había montado en la sala de catequesis, Fulgencio se mudó de ropa, cambió la sotana que usaría en el siguiente oficio por unos vaqueros y una chaqueta de cuero, y salió a la calle. No tenía coche y la casa de María estaba a media hora a pie, pero tampoco quería telefonar al único taxista del pueblo (Manuel Reina, un hombre viudo, verborrágico y viborezno, que parecía confundir a todas horas el lupanar del pueblo de al lado con la parada de taxis) para que lo recogiera.

Mientras menos testigos hubiese de lo que ocurría en aquella casa, mejor.

Cerró hasta el cuello la cremallera de la chaqueta y abandonó las manos en los bolsillos. Ya había anochecido, y un cierzo helado bajaba de las colinas, inclinándose a poniente, para hacer temblar cada brizna de hierba que encontraba en su camino. Sus piernas se abrieron y cerraron como un par de tijeras, marchando con ímpetu junto a edificios bajos, no más de dos plantas y azotea, y patios traseros con cuerdas de tender la ropa que vibraban con su carga de camisas y sábanas. Una carga que pronto alguien recogería para protegerla del sereno de la madrugada. Las farolas se encendieron, y Fulgencio vio pasar su sombra, rechoncha y veloz, por encima de los charcos de luz y los derrames de óleo de los coches en la calzada mojada. Ya habían empezado a caer algunas gotas.

El cielo estaba realmente feo cuando llegó a los dominios de Pedro Serafín y de su madre. Tal y como había relatado el monaguillo, las luces de la casa estaban todas encendidas, incluso la del porche y la del garaje, que se filtraba bajo la puerta corredera como un trazo de crayón grueso. Un perro ladró, lejos, provocándole a Fulgencio una breve sensación de alarma. Pero no, no debía preocuparse: María era

alérgica al pelo de perro. Ellos nunca habían tenido ningún chucho o dogo guardián, ni siquiera manteniéndolo fuera del hogar.

El cura se acercó a la casa, una vivienda unifamiliar, con paredes de yeso sucio y un tejado tendido con jabalcones. En el barro, junto al camino, aún había surcos largos y finos, provocados por las ruedas de la bici de Roberto al acelerar como un coche de carreras. El chiquillo había salido corriendo como si el mismísimo diablo le pisara los talones. Fulgencio sintió una punzada de remordimiento por haberle encargado tan arriesgada misión.

No pudo evitar agacharse un poquito mientras avanzaba, como si fuera un ladrón, cosa que le dio mucha vergüenza. Se consoló pensando en que los soldados de Cristo a veces tenían que adoptar prácticas militares, como su propio nombre indicaba, para cumplir con su sagrada misión.

La puerta del garaje seguía abierta, trabada a media altura. Los restos del bólido asomaban por debajo, con los neumáticos taladrados en irregulares sonrisas de caucho. En una esquina yacía apoyada una llave de casquillo, ajustable a dos sistemas métricos, junto a unos paletines y una perfiladora mecánica. Puede que la jardinería y la silvicultura le gustasen a alguien más en aquella familia, aparte de a la madre.

Al llegar junto a la ventana que daba a la cocina se detuvo unos momentos, pendiente de cualquier ruido que pudiera provenir del interior. El perro volvió a ladrar. Muy de fondo se escuchaba la música de un televisor sintonizado en un culebrón, de esos sudamericanos que venían en paquetes de quinientos capítulos. Pero el volumen estaba bajo, como si alguien hubiese conectado la tele para dormir (la doble faceta lenitiva de aquel vil aparato, como todo el mundo sabía), y no la estuviese mirando.

Se arriesgó a levantar la cabeza y echar un vistazo por la ventana. La cocina estaba vacía. En el suelo había manchas de comida, como si alguien hubiese derramado hacía varias noches un plato entero de potaje y no lo hubiese limpiado. La mayor parte de los estantes y cajones estaban abiertos, con el contenido revuelto, y por doquier había cuchillos, tenedores y cucharas llenos de manchas de suciedad.

Pero lo más perturbador era la presencia de una cuerda tirada en una esquina, en un ovillo, que había sido usada recientemente, pues también estaba manchada de comida. En distintas partes de su longitud había nudos, la mayoría viejos, junto a otros que parecían haberse hecho recientemente.

¿Quién querría usar una sogá tan larga en una cocina? ¿Para atar qué? Puede que para mantener bien sujetos los (secretos) animales que Pedro Serafín mantuviese dentro de la casa y de los que nunca le había hablado su alérgica madre. Una vez, Fulgencio había confesado a un joven que aseguraba tener dieciocho especies de tarántulas de distintos países metidas en su cuarto. Su madre las había descubierto y quería tirarlas una a una por el retrete (y lo habría hecho si se hubiera atrevido a tocarlas). El joven sintió deseos de colarle algunas esa noche bajo las sábanas, para que las inocentes arañas hiciesen el trabajo que estaba en su naturaleza hacer. Dos

horas y cinco minutos después de ese pensamiento, el muchacho estaba arrodillado en el confesionario soltándolo todo con una mezcla de sorpresa y remordimiento en la cara.

Si las cuerdas eran para sujetar animales, seguro que serían más grandes que una tarántula. Pero conociendo a Pedro, el sacerdote estaba seguro de que su grado de peligrosidad no sería menor que el de una viuda negra.

En el interior de la casa, cruzando por el pasillo, una sombra interceptó la luz que provenía del televisor. Fulgencio se agachó y aguardó unos minutos, atento a cualquier sonido. Unos pies enfundados en chanclas entraron en la cocina, y su propietario lanzó algo dentro del fregadero, haciendo un ruido como a explosión de platos que asustó al cura. Luego, las chanclas volvieron a alejarse. La nevera no se libró de su asalto.

Hasta el momento, aparte de una cocina en lamentable estado, no había visto nada que se saliera de lo común. Sí, era cierto que una mujer tan cuidadosa con sus enseres como María no iba a permitir que su propio santuario, su hogar bendecido por una estatuilla de San Antonio, decayese hasta ese extremo de abandono; pero si lo pensaba bien, una mujer sola que cuidase de dos monstruos como Pedro y Bastián podía tener perfectamente dos caras. De puertas afuera todo sería decoro y buenos modales, salmos entonados en la iglesia y reparto de folletos para contribuir con los deberes de todo cristiano. Pero en la intimidad, allí donde sólo Dios y la conciencia de uno son jueces y testigos, la batalla contra sus terribles hijos podía haber concluido hacía mucho.

Y para mal.

Fulgencio sentía revolverse una especie de gusano largo y seboso en sus tripas. Tenía la necesidad urgente, insoslayable, de abrir aquella puerta y entrar en la casa como un torbellino, con la fuerza de uno de los sangrientos ultimátums de Moisés ante el faraón. «Deja marchar a mi pueblo o desataré una plaga que liquidará a un montón de niños». Y lo hizo, el muy cabrón. Por las almas de todos aquellos desgraciados infantes, que no tenían la culpa de vivir en aquella sociedad con aquellas reglas, no sintió Yahvé la más mínima compasión. Fulgencio se inflamó con esa misma clase de furia divina e irracional, con esa determinación toraica y pentatéutica, e hizo girar el pomo de la puerta.

Estaba abierta.

El cura (con el temor combinado con el orgullo de saberse soldado de Cristo que debió de sentir el sacerdote de aquella película sobre la niña poseída, al entrar en la habitación donde aguardaba el Demonio) entró en la casa de María y avanzó a grandes pasos hasta el salón.

No estaba preparado para lo que encontró.

En la televisión estaban pasando el enésimo episodio de La Repudiada, una telenovela mejicana en la que los protagonistas ya tenían hijos y nietos, pero no habían perdido ni una pizca de su belleza de juventud, con todos aquellos musculitos

de gimnasio y los pechos de silicona de las actrices empapados de ríos de lágrimas. El Cristo de la pared tenía los ojos entornados bajo la corona de espinas, como si prefiriese cualquier otro programa, incluyendo la reposición de El Equipo A, antes que la tortura de un culebrón.

Delante del televisor estaba la familia al completo, paralizados en mitad de sus quehaceres, mirando al cura con cara de pasmo. Y cuando Fulgencio recordaba haber visto a la familia al completo, quería decir sin que faltase ni un solo miembro. Ni siquiera el que había muerto.

María, la madre, estaba cosiendo el desgarrón de una camisa. Era una de las pocas camisas de botones, más o menos elegante, que Fulgencio había visto lucir a Pedro Serafín en un acto oficial. En este caso, la firma ante notario de la hipoteca de la casa y la posterior bendición de aquel documento por el párroco (una costumbre del pueblo). Ella misma presentaba un aspecto desaliñado, con un moño mal recogido y un traje de sarga del que asomaban dos dedos de combinación.

Pedro estaba de pie, con dos cepillos de escoba en las manos, a medio gesto de abrir una bolsa de basura para tirarlos. Los cepillos eran de madera y con cerdas largas y gruesas, como en las escobas para patios, y aunque no habían sido concebidos como instrumentos de muerte, en manos de aquel chico a Fulgencio se le antojaron dos armas letales.

Y luego estaba el tercer miembro, sentado como los demás ante el televisor, mirando sin ver cómo evolucionaban las figuras de los actores por la pantalla.

Fulgencio tuvo que hacer un esfuerzo por retener el contenido de su estómago. El hedor a descomposición que reinaba en la estancia apenas era paliado por los seis incensarios que estaban repartidos aquí y allá, encima de los muebles. Bastián, si es que aquella cosa era Bastián, estaba sentado en el sillón más mullido, cubierto por una sábana manchada de potaje (como la que había descrito Roberto). Estaba inmóvil como una estatua, pero un sonido de respiración hueca brotaba de debajo de aquella tela. Si estaba muerto o no, o si necesitaba realmente hinchar los pulmones o era sólo un reflejo, la memoria remanente de sus procesos vitales, eso Fulgencio no lo sabía. Pero en un detalle inquietante sí que se fijó: el cuerpo estaba atado con las sogas a tres palos de escoba, que a modo de columna vertebral sostenían erguido su torso. Recordó con un escalofrío la descripción que le habían dado del accidente: Bastián se partió como un palillo literalmente en dos mitades, cuando su cuerpo salió despedido por el parabrisas y chocó contra el árbol.

Sin aquel refuerzo que hiciera las veces de columna, la mitad superior del chico estaría colgando por un lado del sillón, como una marioneta rota, un juguete al que un niño travieso hubiese usado de blanco para su nueva escopeta de balines.

—Por Cristo bendito... —fue lo único que alcanzó a decir.

—¿¡Qué cojones hace usted aquí!?! —Pedro Serafín se enderezó como un jugador de baloncesto al coger un rebote, y apuntó hacia él los dos cepillos de madera. Fulgencio tenía razón: usados como mazas, aquellos instrumentos podían

perfectamente abrirle la cabeza a un hombre.

El cura sólo tenía una posibilidad: darle toda la cuerda posible al impulso pentatéutico para ver hasta dónde llegaba. Si relajaba lo más mínimo su pose de ejecutor del designio divino, una especie de San Gabriel de barrio, Pedro notaría su flaqueza y la aprovecharía.

Elevó una mano lenta, admonitoria, inmisericorde, y extendió un dedo igualmente acusador hacia María. Ni el bueno de Moisés, cuando bajó del monte Sinaí con casi cien años y dos pesadas tablas de la Ley auestas, y descubrió a los desagradecidos hebreos montándose una orgía en loor de un dios pagano, pudo poner la misma cara de odio y de purga celestial que tenía Fulgencio en aquel instante.

—Oh, mujer, pecadora indigna de llamarse hija de Eva —entonó con voz grave, de trueno, de murallas de agua cayendo sobre las huestes egipcias y convirtiendo a sus carros en los primeros pecios hundidos de la historia—. Tú que has venido en innumerables ocasiones a la casa del Señor a suplicar el perdón y la gracia, la suerte para tu negocio y para tus hijos. ¡Tú! —Alargó tanto el dedo que las falanges estuvieron a punto de desencajarse unas de otras. María se puso en pie, aterrada, y dejó caer la labor—. ¡Tú, pecadora miserable, que sumerges el dedo en la pila bautismal y cobijas al mismo tiempo al diablo en tu casa! ¿Qué explicación tienes para esto? —preguntó a voz en grito, señalando el montón de tela que recordaba lejanamente a Bastián.

La mujer tembló. Tenía el aire de un soldado que necesitara con todas sus fuerzas que alguien le ordenara ponerse firmes. Puede que lo que hubiera hecho fuese un pecado mortal, pero seguía siendo una oveja del rebaño, descarriada pero aún temerosa del Pastor. Y aquellas palabras hicieron mella (y daño) en su corazón.

—¡Padre! —gimió. Un intenso rubor bañó sus mejillas, volviéndolas del color del ladrillo viejo—. ¡Usted no lo entiende!

—¡Claro que lo entiendo! —Le lanzó una mirada tan lobuna que María retrocedió un paso—. Ni siquiera puedo imaginar por medio de qué oscuro ritual pagano habéis conseguido devolver a Bastián de la tumba, pero si eso es lo que necesitabas para ser feliz, si no te bastó la piedad de nuestro Señor para consolarte, mereces cualquier castigo que se te imponga. Por duro y cruel que sea.

—¡No! —chilló—. ¡Ha sido Él, ha sido Dios mismo quien me lo ha devuelto! ¿Es que no lo comprende? ¡Ninguna magia perversa ha obrado en esta casa, sólo la fe pura! —María se arrodilló junto a la sábana. Metió una mano por debajo y sacó una de las manos de Bastián. Estaba manchada de negro, como si un tumor carbuncoso le hubiese levantado la piel y formado una costra de llagas debajo. El hedor, pese al incienso, era insoportable—. Yo recé y recé para que Dios me perdonara, para que no hiciera pagar a mis hijos por mis pecados, y Él, en Su infinita misericordia, ¡me escuchó!

—Dios no puede haber sido el artífice de... de esto. —Fulgencio pronunció la palabra con repugnancia. Era consciente de la presencia callada del hijo mayor, que

sostenía aún los cepillos, y lo miraba como preguntándose dónde podría esconder su cuerpo para que nadie lo encontrase.

Entonces se fijó en las esquinas de la habitación, y vio los restos de velas consumidas y de cirios coloreados, los mismos que se usaban en liturgia. Había estatuillas de santos por todas partes, rodeándoles como un cinturón de asteroides; todas veneradas, todas henchidas de ramos de flores y de ofrendas. Aquel salón parecía más bien el refugio de una fanática religiosa que de una hechicera pagana.

Fulgencio comprendió que María no era la artífice de aquello. Simplemente, era demasiado inocente como para pensar en rituales mágicos que recuperasen a su difunto hijito de la tumba. Pero entonces, ¿quién? ¿Pedro? No; si se reuniera toda la energía de la fe que había en su cuerpo, no daría ni para encender una bombilla. Aunque se hubiese convertido a otra religión que permitiese estas barbaridades, su podrido corazón y su limitado cerebro no se habrían puesto de acuerdo ni para llevar a cabo los sacrificios que exigía el embrujo.

No podía admitir, ni por un momento, que la hipótesis de aquella madre desesperada fuese cierta. Iba en contra de todo lo que le habían inculcado desde niño, de los principios de la Iglesia Católica y de todas las demás sectas del Cristianismo. Dios no devolvía a los muertos a la vida, y punto. Sólo Su hijo había realizado tal hazaña, y si las Escrituras estaban en lo cierto, Jesús había regresado de la muerte con el cuerpo impoluto, no podrido ni medio devorado por los gusanos. Ni siquiera Lázaro había tenido tiempo de ser pasto de alimañas antes de que el soplo divino pusiera en marcha de nuevo su corazón.

Tenía que haber, por fuerza, otra explicación. Científica, tal vez. Un virus o radiación o fenómenos cuánticos de éstos que ahora estaban tan de moda. Física herética. Y si no era algo racional, pues tenía que ser mística, pero en ningún caso relacionada con Dios.

—Esta abominación tiene que regresar al lugar de donde vino —sentenció, con el consiguiente pánico en los ojos de María y un bufido de odio en los labios de su hijo mayor.

—Se lo advierto, padre —murmuró Pedro, interponiéndose entre él y el cuerpo de Bastián, que ya había empezado (Horror) a abrir y cerrar los dedos

(«Dios mío, protégenos de esta pesadilla, de esta espantosa trampa») de la mano que sostenía su madre.

—No se entrometa.

—No me queda más remedio —se obstinó Fulgencio, que ya sacaba del bolsillo interior de la chaqueta el ejemplar de la Biblia que siempre llevaba encima. Si tan sólo pudiese recordar cómo empezaba el salmo del exorcismo, los versos de apertura, sería más fácil: *Inveat camptur... no. Inveat imptur... tampoco. Maldición.* Sólo había dos sacerdotes autorizados por el Santo Padre para realizar ese ritual en España, y él no era uno de ellos. ¿Fortea, se apellidaba el más joven?—. Es mi deber, como representante eclesiástico, conceder a este alma en pena su descanso, y asegurarme de

que los responsables de haber turbado su viaje al otro mundo encuentren pronto la redención que...

Crac.

Fue el sonido de su maxilar al encontrarse con uno de los cepillos de Pedro.

El cura se encontró con el suelo antes de que las piernas le enviasen el mensaje de que habían perdido el equilibrio. Su cabeza golpeó algo duro y empezó a sangrar. La boca, palpitando con el intenso dolor, se llenó en segundos de algo denso y dulce, mientras notaba cómo uno de los dientes se desprendía alegre y feliz de su anclaje y salía a conocer el mundo.

Fulgencio levantó una mano para asirse a algo, y lo que encontró fue el tacto áspero de la piel de María. La madre de Bastián lo ayudó a incorporarse y quedarse en cuclillas, mientras el hijo (vivo) se colocaba a su espalda. Al cura le daba vueltas el suelo, la habitación, el municipio entero; nunca había encajado un golpe tan brutal, y pensó por un momento que su cerebro estaría dando vueltas un rato dentro del cráneo, por efecto de la sacudida, y que podía pararse mirando hacia atrás.

—Qué lástima que usted no lo comprenda —dijo María con una vocecita piadosa, la misma que ponía los domingos cuando le tocaba leer los pasajes del Nuevo Testamento ante los feligreses—. Qué terrible tragedia. Yo lo tenía por un beato, padre Fulgencio, un hombre cuya santidad podía llegar a iluminarnos a todos y mostrarnos el camino a la salvación. —Apretó un poco más su mano con aquella garra de porcelana. Los dedos de Pedro, fuertes y grasientos, se le hundieron en la clavícula, manteniéndolo inmóvil—. Llegué a creer que, bajo su tutela, los jóvenes podrían huir del infierno de las drogas, la violencia callejera y los videojuegos. Pero veo que estaba equivocada.

»Ahora que Dios me ha devuelto a Bastián, demostrando de una manera imposible de negar, ¡imposible!, Su existencia... Su infinito amor... usted le da la espalda y trata de hacernos daño. Quiere destruir Su obra.

—María, por lo que más quieras, en nombre de... —suplicó el cura, pero Pedro le agarró la cabeza con ambas manos y apretó hasta hacerle daño. Fulgencio abrió la boca, pero ningún alarido brotó de la garganta. Parecía como si sus pulmones estuviesen inflados con dolor en lugar de con aire.

—Mírelo, padre. Y dígame si no es lo más hermoso que ha visto en su vida. ¡Es el legado del Señor, aleluya! ¡Retornado tal que Lázaro de entre las sombras del Purgatorio!

María, arrebatada de fervor religioso, levantó la sábana que cubría a su hijo. Esta vez, Fulgencio sí que pudo y supo y logró chillar; soltó un aullido como jamás antes había lanzado en su vida, y su mismo corazón estuvo a punto de sufrir una parada.

Bastián giró lentamente la cabeza podrida hacia él, para enfocarle con ojos que no eran ojos, sino estanques de pus en los que nadaban ejércitos de lombrices. Las huellas del accidente todavía estaban allí, en la frente abierta, en el cráneo fracturado, en las astillas de cristal que se habían introducido como estiletos en su cuello y en su

tabique nasal. La soga con la que Pedro había anudado su cuello a los palos de escoba le comprimía la laringe hasta más allá del punto de ruptura, mientras que la punta superior de esos mismos palos desaparecía dentro del cráneo, como si la cabeza hubiese llegado suelta y ellos mismos la hubiesen cosido y plantado en el soporte.

Aquella cosa, con rasgos que sin duda pertenecían al joven Bastián, continuaba moviéndose, abriendo y cerrando la boca en un ansia irrefrenable por alimentarse.

—Tiene hambre, mamá —señaló Pedro, y obligó al padre Fulgencio a inclinarse hacia su hermano. María le agarró con fuerza la mano para que no la retirase, y cogió una de sus agujas de tejer.

—Sí, cariño, el pequeño Bastián sabe que le toca merendar. Le daremos el manjar que más le gusta, y no pasará nada porque provendrá de un pecador, ¿verdad? Dios premia a los que cuidan de Su legado, y lo protegen de aquellos que obran engañados por el Maligno.

Aplicó la aguja sobre la palma de la mano de Fulgencio, hundiéndola hasta que la sacó por el otro lado. El cura gritó, más por el dolor que pidiendo ayuda, pues en su fuero interno ya se había dado cuenta de que nadie vendría a socorrerlo. Pedro estaba prácticamente apoyado en él, usando su peso y sus brazos para que el cura no se retorciera. Un chorro de sangre manó de la herida, salpicando viscoso en la alfombra.

—Vamos, padre, no se resista... —gruñó Pedro, empujándolo más hacia su hermano. Fulgencio sintió arcadas cuando notó los labios de Bastián, o lo que quedaba de ellos, rozando tumefactos la herida de su mano y sorbiendo la sangre, moviendo la lengua podrida para escarbar dentro del agujero y agrandarlo. Aquella cosa gimió, experimentando toda suerte de placeres antropófagos, de orgasmos caníbales. El dolor lacerante se incrementó. Cerró los dedos y los clavó en el rostro del cadáver. La piel se deshizo bajo sus uñas hasta que notó cómo se le enredaban pequeñas cuerdas en las yemas. Eran los restos del músculo, rígidos y destejidos como las hebras de un saco.

Fulgencio miró al Cristo de la pared y la primera de las Grandes Dudas se instaló en su cabeza. ¿Él lo estaba permitiendo? ¿Era realmente Bastián un emisario del Otro Lado, con un mensaje de desesperanza para la Humanidad?

Ciego de ira, el sacerdote gritó:

—¡No!

... Y relajó de improviso su espalda, su brazo, todo el cuerpo. Había estado ejerciendo una fuerza descomunal en contra de Pedro y de la madre, pero de repente cerró el puño y ejerció presión hacia ellos. Fue como si uno de los equipos que tiraban en dirección opuesta en el juego de la soga la soltase de repente, provocando que los contrincantes cayeran de espaldas.

Los tres se desplomaron sobre Bastián, el cual recibió un tremendo impacto y cayó de costado. Los palos de escoba se salieron de su sitio, las cuerdas que le sujetaban el torso se aflojaron, y el cuerpo se desmembró como un muñequito de Hasbro en manos de un niño travieso.

La mandíbula inferior de María se desencajó por la consternación ante semejante cuadro: su hijo esparcido por el suelo, el torso por un lado, los pies por otro y la cabeza rodando como en un juego de bolera bajo la mesa del comedor. Los gusanos se derramaban de sus ojos en charcos de pus y su boca aún se abría y cerraba, sorbiendo parte de aquel mismo pus, intentando hallar de nuevo la fuente de sangre.

El rugido de furia de Pedro resonó con ecos en su cabeza después de recibir el impacto. Algo duro chocó contra su cráneo, y Fulgencio perdió el sentido. Una piadosa oscuridad se abatió sobre él, separándolo del infierno en que se había convertido el mundo, y sumergiéndolo en un pozo de tinieblas aun más oscuro.

Cuando volvió

062

en sí, Pedro y su madre se habían ido. La casa estaba desierta. No había el menor rastro del cadáver de Bastián, pero los palos seguían tirados por el suelo y el televisor continuaba encendido. Un noticiario se regodeaba en la expresión incrédula de su presentadora mientras ésta leía un comunicado del Papa de Roma, en el que exhortaba a la población a mantener la calma con respecto a los insólitos sucesos que se estaban registrando en toda Europa. Imágenes de pésima calidad, tomadas por aficionados mediante teléfonos móviles, mostraban a gente encorvada que caminaba torvamente por los cementerios.

Fulgencio no volvió a ver nunca más a María ni a Pedro Serafín. Muchas veces, desde aquellos días, se había preguntado por qué lo habían dejado vivir. Tal vez Pedro pensara que lo había matado del golpe en la cabeza, lo cual era lo más probable. O tal vez, sabiendo que de todos modos se iba a volver a levantar, no quería acercarse demasiado al sacerdote a Dios, no fuera a delatarlos y a señalarlos con su dedo justiciero desde el púlpito de las almas. María era una mujer muy temerosa de esas cosas, y ahora que había visto regresar a su hermano, Pedro se habría vuelto como mínimo tan supersticioso como ella.

Las cosas no fueron demasiado bien para el sacerdote después de aquello. Su informe al obispado fue recibido con frialdad, con mal disimulado desprecio, y no fueron pocos los que pensaron que el padre Fulgencio había perdido la chaveta a cuenta de uno de los golpes que le propinó Pedro en el cráneo, y que su repentino descrédito de la profesión de sacerdote era producto de una lesión cerebral. Pero él sospechaba que Bastián era sólo el primero de muchos, y cuando los muertos comenzaron a volver... ya no importaba lo más mínimo la opinión del obispo. Ni la del alcalde ni la del presidente del Gobierno ni la del Santo Padre de Roma. La plaga de resurrecciones en masa se extendió por el mundo, y todos aquéllos que aún respiraban y tenían una religión a la que aferrarse rezaron a sus respectivos dioses

suplicando el perdón, como si sus míseros pecados hubieran tenido realmente algo que ver. Los cristianos rogaron porque los Arcángeles encontrasen las llaves perdidas del Purgatorio y alzasen de una vez el puente levadizo. Los musulmanes vieron en el fenómeno el esperado retorno de los mártires y les abrieron las puertas de sus casas, antes de ser devorados por las huestes de zombis hambrientos que nada sabían de sacrificios o inmoluciones. Los budistas se preguntaron en qué momento se salió de sus ejes la rueda de la vida por falta de engrase espiritual; los animistas se llevaron las manos a la cabeza; los escatólogos celebraron fiestas salvajes en honor del fin del mundo, disfrutando del miedo a su miedo; y los aficionados a las profecías descubrieron párrafos de Nostradamus en los que este asunto ya se veía venir, sólo que no los habían leído con atención antes.

061

Fulgencio aguantó todo lo que pudo en su pequeña iglesia, exprimiendo el eucologio como si todo tuviera arreglo y ofreciendo consuelo a sus feligreses hasta que la situación se volvió insostenible. Todos los templos del mundo fueron tomados al asalto por hordas de refugiados que allí se sentían a salvo. Muchísima gente se aferró desesperadamente a la idea de que los muertos vivientes no podrían entrar en las iglesias, catedrales o mezquitas, pues el poder de Dios los mantendría fuera, y cuando descubrieron la verdad ya era tarde para huir. Los pellejos rodearon aquellos edificios donde su comida se encerraba voluntariamente, en lugar de huir despavorida por los campos, y los convirtieron en succulentos supermercados. Justo antes de que esto sucediera también en su pueblo y en su iglesia, Fulgencio hizo las maletas y se marchó, con su fe tambaleándose al borde del abismo. Nunca supo lo que fue de Roberto, su travieso monaguillo.

A lo largo de los siguientes meses tuvo muchas pesadillas. En ellas (mientras dormía escondido en vagones de tren descarrilados o en los sótanos de granjas quemadas), su extenuado cerebro postulaba un mundo en el que el único regresado era Bastián, y cómo habría reaccionado el pueblo ante semejante noticia. Vio a María empeñándose en integrar a su hijo en una vida normal, con amiguitos y fiestas de cumpleaños y consejos sobre qué hacer cuando estuviese a solas con esa chica que le gustaba y Luzbel echase leña a sus testículos. Eran cuadros surrealistas, pero aterradores en el sentido de que, si la hubiesen dejado, seguro que María los habría puesto en práctica: Bastián pudriéndose en una esquina del aula mientras sus compañeros de clase apuntaban lo que era una derivada con mascarillas para disimular el hedor; una fiesta de fin de curso en la que las chicas bailaban con los chicos mientras al joven Bastián se le caían trozos de carne dentro del ponche; una gloriosa entrevista en la televisión en la que los reporteros de cien cadenas apuntaban

al joven Bastián con sus micrófonos, y le dejaban comunicar el mensaje que había traído del Otro Lado para toda la Humanidad. Un mensaje de paz, amor y consunción de la carne.

Eran sueños saturados de un humor negro involuntario, sitcoms de pesadilla en las que las risas enlatadas habían sido sustituidas por gritos de pánico enlatados, y en las que los actores, en lugar de hacer pausas después de cada chiste para que el público se riera, las hacían tras cada mordisco mientras devoraban a ese mismo público.

Pero... ¿y si ella, en el fondo, tenía razón? ¿Debió de haber apoyado a María en su visión? ¿Se había opuesto a los planes del Altísimo al hacerle daño a aquella familia, y por eso el mundo se sumergía en el caos...?

No. Y no. Y otra vez no.

Puede que al principio el caso de María le pareciese singular, pues era sin duda una mujer con problemas mentales y castigada por unos hijos que más que una bendición eran una penitencia por los errores de una vida pasada. Pero pronto descubrió que el mundo estaba lleno de Marías y de Pedro Serafines. En su larga marcha hacia Madrid, hacia la sede espiritual del país (donde Fulgencio esperaba encontrar refuerzos en aquella guerra contra el Maligno), se tropezó con restos de otras pesadillas, de historias de gente desesperada que había hecho las cosas más inverosímiles con sus muertos. Una vez vio un cadáver al que le habían asegurado con cinta de embalar una grabadora al pecho, para que registrara sus balbuceos en busca de la lengua celestial que hablaban los regresados, y que ya en épocas anteriores los filósofos habían tratado de encontrar en los sonidos de los bebés. En Toledo encontró una nueva clase de templo en el que los fieles caían de hinojos ante un crucificado que repartía pedazos de su cuerpo para que lo devoraran sus acólitos. En otra ocasión tropezó con un árbol, un frondoso fresno de corteza cenicienta muy ramoso, del cual colgaban docenas de cadáveres en una suerte de tiovivo de la muerte. Todos tenían dianas pintadas en el pecho, y habían sido objeto de un cruel juego de tiro al blanco mientras sus captores se emborrachaban.

¿Cómo podían haber preparado los líderes espirituales del mundo entero a los creyentes para semejante cataclismo? ¿Cómo preparar a siete mil millones de personas para el fin del mundo?

La respuesta era sencilla.

No pudieron. Ni siquiera tras dos mil años de plegarias.

060

—Hay que deshacerse de ese libro —sugirió Blanca, con la espalda aún pegada a la puerta del otro vagón. Gael sujetaba el objeto de su codicia como si fuera un tesoro

que hubiese encontrado en el lugar más inverosímil y que sólo le perteneciera a él. Pere lo miraba con un resplandor apetente en la mirada.

—Os repito que yo lo he encontrado y que me pertenece —replicó el argentino. «Y no se te ocurra quitármelo porque me verás enfadado de verdad», añadió su expresión.

—¿Qué estáis diciendo? ¿No os dais cuenta de que no es más que un sucio libro? —preguntó Natalia, exasperada. No podía creer que los adultos estuvieran peleando como niños que se acaban de encontrar un billete de cien euros en el suelo.

Los ojos de Gael centellearon peligrosamente.

—Eso es, no es más que un sucio libro. Pero es mío.

—Creo que su esposa tiene razón —opinó el doctor Zurek con su voz más sedante—. Este comportamiento responde a la tensión que hemos vivido en las últimas horas, pero tenemos que controlarlo.

—A mí no me venga ahora con la vaina esa del psicoanálisis —bufó Gael—. Váyase a examinar a los pellejudos, que seguro que serán más fascinantes que nosotros.

Pere se volvió hacia el cura.

—¿Por qué dijiste antes que era especial? ¿Qué tiene ese maldito libro para hacer que nos estemos peleando por él? —añadió con inquina, igual que el cómico que se da cuenta de que sus chistes ya no hacen la menor gracia a la audiencia.

Fulgencio se persignó. Era la primera vez que lo hacía desde que abandonó el pueblo. Su tono de voz había pasado de la temperatura de una chocolatina en una nevera al equivalente verbal del nitrógeno líquido.

—Yo... no... no estoy seguro.

Pere se arrodilló junto al sacerdote y lo miró fijamente a los ojos.

—Fulgencio, si sabes algo, dínoslo, por favor. Necesitamos conocer todos los datos disponibles si queremos trazar un plan de actuación.

Natalia le apoyó una mano en el hombro. Ése era un gesto de un calibre de familiaridad que su marido no habría permitido en circunstancias normales, pero desde que trató de dejarla fuera cuando arrancó el tren y encontró después aquella alhaja encuadernada en rojo, llena de bultos que eran ojos cerrados, su mujer se había descolgado de su mente como un mal pensamiento.

—Eso, padre, díganos lo que hacer —suplicó Natalia—. Por favor. Usted sabe algo, estoy segura.

Fulgencio retrocedió, alejándose de Gael, y luego volvió a acercarse de nuevo. Unos sentimientos encontrados, cada uno gobernado por su propia voz imperiosa, tiraban de él en distintas direcciones. Él no era una persona propensa a las fantasías, ni a imaginar escenarios locos donde los poderes ocultos bobinaban la madeja del destino. Pero sí que tenía una teoría. La Teoría. Como todo hombre de fe que además conociera a fondo las Escrituras. Se le había ocurrido al poco de llegar a Madrid, pero pensó: «Qué demonios, se trata de una fantasía como cualquier otra. Una fantasía sin

base alguna, además; sin pruebas que la respalden». Él, como todo buen cristiano inteligente, creía firmemente en la ciencia, y en que ésta complementaba a la religión. Era una fuerza en el mismo sentido pero de otro signo, no una que tiraba en sentido contrario a la fe. Por eso, cuando los inevitables porqués se acumularon tras su frente, Fulgencio llegó a la conclusión estándar: «Ha sido el gobierno, o una empresa que ha dejado escapar un virus, o una invasión extraterrestre que se propaga en forma de plaga, lo que ha provocado todo esto». Toda explicación parecía válida, siempre que atañera al campo de lo tangible, de la genética y la nanotecnología y todas esas cosas tan modernas. Pero había otra explicación. Una que Fulgencio había descubierto y se negaba con todas sus fuerzas a aceptar.

Al menos, hasta el momento en el que vio aquel libro.

—«Y vi a la derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos. Vi a un ángel poderoso que pregonaba a grandes voces: ¿Quién será digno de abrirlo y soltar sus sellos...?» —recitó Fulgencio, con el ritmo de una canción extempórea y muy ominosa.

Los demás lo miraban con ojos desorbitados. Casi ninguno había leído la Biblia (menos Natalia, que se la conocía bien), pero el tono y el contenido de sus palabras hablaban por sí mismos. No necesitaban explicación adicional, igual que el gesto de horror del sacerdote cuando sus dedos se acercaron a la solapa del libro y uno de los ojos grabados en el cuero se abrió.

Todos retrocedieron como si les hubieran aplicado un hierro candente. Incluso Gael, que dejó caer el tomo al suelo. Éste no rebotó ni se deslizó por la plancha, sino que se pegó a ella con un sonido como de campana y una fuerza de atracción magnética, de imán metafísico.

Pere apuntó al libro con el cuchillo. Natalia ahogó un grito y protegió al bebé con sus brazos. Zurek permaneció tranquilo. Blanca arañó con las uñas la puerta, deseando que el vagón midiese un kilómetro de largo para poner una distancia infinita entre aquel horror y ella, y Fulgencio permaneció inmóvil, su rostro una máscara de cera, mirando al ojo abierto en la solapa del libro.

Estaba vivo, y giraba lentamente en su órbita para mirar todo lo que tenía alrededor. No era un sofisticado mecanismo, ni un objeto de broma hecho con microelectrónica, sino una bola de esclerótica húmeda, palpitante, inyectada de vasos sanguíneos, cuyo iris se dilataba poco a poco para fagocitar e interpretar la escasa luz.

«Es La Teoría», se dijo Fulgencio; era cierta, por doloroso e inverosímil que resultase. «Ahí tienes la prueba, por mucho que te empeñes en negarlo, viejo estúpido. ¡La Teoría! ¡Tú, y sólo tú, tenías razón, no aquella legión de científicos y militares idiotas!»

—Por Dios misericordioso —susurró, y al ir a recoger el libro del suelo, sintió la vibración.

Todo el tren estaba moviéndose sobre las vías, a punto de salirse de ellas, como si en lugar de un tubo de metal fuese el esófago de una criatura viva y sulfurada. El

vagón sufrió una sacudida brutal y rozó el techo del túnel, levantando una nube de chispas. Las estatuas de seres fantásticos rodaron por el otro coche junto con los candelabros. Los seis adultos tuvieron que buscar de inmediato algo donde agarrarse, pero el libro no se movió ni un milímetro de su posición en el suelo, afianzado por clavos invisibles.

Con un potente chirrido, la puerta contra la que estaba apoyada Blanca se abrió, y la joven cayó hacia dentro del vagón matadero.

059

Eve Lambrosky estaba de turno de guardia en el observatorio. Tenía una bolsita de hierbas aromatizadas en la mano, a la que daba vueltas sin cesar, sin atreverse a abrirla. Sabía perfecta mente que era la última que les quedaba en el almacén. Sentía unas ganas espantosas de volcar el contenido en un bote con agua, ponerle la tapa, agitarlo como si fuera un martini y beberse hasta que no quedase ni la más mínima gota humedeciendo las paredes de plástico.

La etiqueta decía que era una variedad de té negro llamada innovis, con ciertas características del pekoe chino. Lo habían recolectado en Francia, en un campo cercano a un centro de seguimiento espacial de la ESA en el que ella había hecho prácticas tras graduarse. Recordó haber paseado por aquel mismo campo con unos amigos, antes de que su prima Linda se casara y se fuera a vivir a Isère, a regentar un restaurante. ¿Quién ponía un restaurante americano en Francia, se preguntó entonces? Bueno, si el horroroso e insano McDonalds lo hacía, su familia también tenía derecho.

Recordó lo extenso de aquel campo, la cantidad de té que podía recogerse allí, y sintió una profunda tristeza. Todo se había reducido a aquella simple bolsita. Si lo hubiera sabido antes, habría insistido en que le subieran una caja entera en el transbordador, aunque hubieran tenido que desestibarla con el maldito Canadarm.

«No, si hubieras sabido antes lo que te esperaba no habrías venido en este viaje», se lamentó. «Te habrías quedado abajo, para saber qué fue de los tuyos».

Notó un movimiento con el rabillo del ojo. La sombra de Piotr pasó por delante del panel antes de que el cuerpo del capitán cruzase la escotilla. Eve sólo tenía encendida una de las luces, ya que algo en su interior le sugería que ese momento estaba diseñado expresamente para ser un crepúsculo, no un mediodía ni un amanecer. Era un antojo, teniendo en cuenta que electricidad era lo único que les sobraba. Pero se sentía crepuscular aquel día.

Piotr ocupó el asiento contiguo de la consola.

—¿Algún cambio? —preguntó.

Eve se metió el sobre de té en uno de los bolsillos del traje. Era su talismán, su

pata de conejo particular, hecha trizas, molida y etiquetada pulcramente en los laboratorios de la agencia.

—Se sigue extendiendo con cierta regularidad por todo el planeta —informó. Las pantallas mostraban una mancha verde y otra en infrarrojo que ocupaba casi todo Egipto y se movía sin pausa en una lenta invasión del desierto—. Europa ya está prácticamente cubierta por ese manto vegetal tan agresivo. América del norte es casi por entero una selva, y sólo quedan ciertas zonas del desierto del Chad y del Sahara sin invadir.

—Invadir... Buena forma de expresarlo.

Piotr besó una cadenita que le colgaba del cuello. Eve comprendió que era su talismán, su bolsita de té negro.

—¿Pero qué es? ¿Qué puede crecer a tal velocidad y sin depender de cambios climáticos a gran escala?

—Es vegetación, no hay duda —suspiró la bióloga—. De un tipo y con una capacidad expansiva como no se había visto en la Tierra desde el periodo Pérmico.

—Y si dos más dos son cuatro...

—Aún no estoy segura de que tenga algo que ver con lo que le está sucediendo a la especie humana, lo siento.

—Vamos, Eve... —protestó. Ella se puso a la defensiva.

—¿Qué? ¿Acaso tenemos pruebas de que haya una relación causa-efecto con la desaparición de energía en las ciudades y la falta de contacto? Lo más lógico es pensar que cuando dos fenómenos inusuales se dan a la vez, y en un área masivamente extensa, tengan puntos de contacto en el origen —concedió—, pero hasta que no bajemos ahí y tomemos muestras, sólo será una conjetura.

—Tú misma has dicho que algo como esto no se veía desde hace millones de años. Y los cataclismos que pueden afectar a una especie entera, en este caso la humana, para que desaparezca de la noche a la mañana de la faz de la Tierra, sólo se dan cada varios cientos de miles. Si es un evento de extinción...

—Las probabilidades de que ambos sucesos coincidan en el mismo periodo geológico son extremadamente bajas, lo sé. Por eso no descarto que haya una relación, lo único que digo es que ésa es la explicación fácil. La trivial. Tenemos que sopesar todas las posibilidades.

El capitán se reclinó sobre el asiento, llevándose las manos a la nuca. La falta de agua también estaba redundando en una falta de higiene personal, y Eve pudo percatarse de ello al oler el hedor que desprendían sus axilas. Se preguntó si ella también olería igual de mal. Aunque lo tenía corto en comparación a como solía llevarlo en la Tierra, su cabello era sustancialmente más largo que el de sus compañeros, y no se lo lavaba desde hacía semanas. La falta de polvo y tierra en el ambiente de la estación hacía que las cosas se ensuciaran menos, pero había un punto en el que los meros desechos que generaban sus cuerpos (sudor, partículas de piel muerta, saliva y moco que se escapaba de sus fosas nasales) llegaban a demandar una

limpieza a fondo.

—Seguro que todo está relacionado, y que nosotros tenemos la culpa —se obstinó Piotr.

—¿Nosotros?

—Los humanos, como especie. Hemos sido más un cáncer invasivo que un simbiote durante los últimos miles de años. Seguro que la Tierra está más que harta de toda esa manipulación, y ha montado todo este tinglado para deshacerse de nuestra especie.

Eve sonrió de medio lado.

—Ese pensamiento no es muy científico.

—También podría ser producto de un experimento que salió mal —continuó Piotr, sumergido en su mundo interior de conspiraciones globales—. Seguro que algún tipo de bacteria o de agente nanométrico usado en Defensa se volvió loco, o algo así, y se escapó del laboratorio. Podría ser el argumento para una película de serie B, ¿no te parece? —Extendió las manos, como un productor de Hollywood viendo perfilarse una historia en el horizonte—. Fuga en el precinto de seguridad, agente viral reproduciéndose sin control... los científicos, aterrados, no saben cómo pararlo. El protagonista, aislado en su estación espacial particular, se despide por videoconferencia de su familia...

—¿El protagonista tiene una estación propia? Pues sí que le van bien las cosas. ¿Qué agencia le paga, para apuntarme mañana mismo?

—La naturaleza reacciona volviendo a un periodo geológico invasivo —continuó la faceta de productor de Piotr—, como en el Pérmico. Las selvas cubren todo el terreno disponible, desde Tierra del Fuego hasta Múrmansk. Los pocos humanos supervivientes involucionan hasta una sociedad tribal, de monos desnudos, salvo aquellos que siguen atrapados en su estación espacial, presos en una cárcel de tecnología improductiva...

—No está mal, tengo un amigo en San Francisco que podría contratarte.

—Bromas aparte... —suspiró— estoy seguro de que la culpa la tenemos los humanos.

—Y la paranoia vuelve a descontrolarse, capitán. Pasen y vean.

—¡En serio, Eve! ¿Quién si no podría haber jugado tanto con los dados del universo como para sacar unas tiradas tan extremas? ¿Dios?

—Dios no existe, camarada.

—Y tanto que no existe, joder... Él jamás habría permitido esto. —Piotr bajó de nuevo los brazos, cosa que Eve agradeció—. Todo lo que hacemos los hombres está podrido. Incluso esta estación es una cagada millonaria. La que pusimos en órbita nosotros, al final del programa Salyut, sí que valía la pena. Era una obra de arte de la ingeniería rusa.

—¿La Mir?

—Sí... Mir. Paz. Qué nombre tan bonito. No como ISS, que parece el silbido de

una cobra.

Eve tosió. Se le estaban cerrando los ojos. En ese momento se dio cuenta de que llevaba un montón de horas sin dormir.

—¿Sabías que ISS significa polla en húngaro? —comentó el capitán.

Tras unos segundos de silencio, ambos estallaron en carcajadas. Piotr hizo un gesto como si sus genitales fuesen disparados a la órbita por una lanzadera. Eve rió hasta que las lágrimas le brotaron de los ojos.

058

Durante el siguiente ciclo de sueño, la mente de Eve estuvo danzando, inquieta. Se vio a sí misma en el campo de té de Francia, paseando entre brotes de plantas extintas, de un periodo glacial distante. Era una vegetación de aspecto alienígena, claramente peligrosa para los humanos, pero nadie salvo ella parecía darse cuenta.

Su prima Linda también estaba por allí, con su marido, recogiendo hojas y frutos de aquellas plantas para el restaurante, que ahora se llamaba «Pleistocen-Hut». De fondo se veía a Piotr vestido como un cineasta de Hollywood, con una gorrita de ésas que se ponen los directores y que llevaba impreso el nombre de su anterior éxito en las taquillas, *Conspiración Selvática*. Estaba filmándolo todo con una cámara de cine.

Eve avanzó por aquel campo hacia su prima, intentando decirle que no recogiera esas plantas, que podrían ser muy venenosas. Pero mientras más se lo advertía, más se llenaba la cesta de Linda. Esta incluso se arriesgaba a probar algunos tallos, masticándolos y tragándoselos, de una manera tan negligente que no parecía racional. La piel de Linda se iba cubriendo lentamente de un sarpullido sarnoso, que adoptó la forma de la Riviera.

De fondo, Piotr gritó:

—¡Ahora, preparados para un fundido a rojo!

Y los cuerpos de Linda y de su marido se descompusieron, envenenados por aquellas plantas maléficas. La piel y los músculos se deshicieron como arcilla mezclada con barro, y de ellos pronto no quedó sino unos esqueletos que las plantas procedieron a fagocitar.

Desesperada, Eve se agachó para recuperar sus cráneos, con la intención de darles santa sepultura. Pero cogiese lo que cogiese, siempre tenía las manos llenas de pollas húngaras.

057

Blanca cayó de espaldas debido a la fuerza con la que se convulsionó el tren, y rodó un metro hacia atrás, al interior del vagón contiguo. Cuando consiguió ponerse en pie, la puerta que comunicaba ambos coches volvió a cerrarse por sí sola.

La adolescente sintió llegar el pánico, la sensación de que una fuerza misteriosa e incognoscible la había separado del resto de sus compañeros, aislándola en una especie de cacería desquiciada para que no pudiera aprovecharse de la fuerza del grupo. Golpeó con todas sus fuerzas el metal de la puerta, clavó las uñas en el raíl y tiró hasta partirse la espalda, pero ésta no se abrió.

¿Era así como se sentía la gacela cuando se abalanzaba la leona sobre ella? Si no era exactamente así, tenía que ser una comezón de estómago muy parecida, un arder la sangre en las venas al sentir la cercanía de la muerte.

Blanca se giró en redondo. Estaba en el vagón matadero, donde alguien había colgado de ganchos toda aquella carne y la pellejuda del traje de fiesta se había arrastrado hacia ellos. No había ni rastro de la mujer, lo cual era un alivio, pero eso planteaba más preguntas. ¿Adónde había ido? Si no estaba allí, ¿habría salido por la otra puerta, rumbo al vagón de cabeza? ¿Se la habría llevado el que manejaba los hilos de aquella locura para guardarla en un armario y sacarla en otro momento más dramático de la aventura?

Estaba perdiendo la cabeza. El terror ahogaba sus pensamientos, revolviéndolos en una mezcla inconexa y deslavazada. Se imaginó como la protagonista de aquella película tan terrorífica en la que los tíos con clavos en la cabeza venían del infierno y colgaban a la gente de ganchos y cadenas. Su ex novio había insistido en que la viera, pocos meses antes de cortar, y Blanca —una joven bastante influenciada para según qué cosas— no había dormido en una semana. Aquel sitio parecía un decorado para aquella película; seguro que si se descuidaba, una cadena rematada por un garfio bajaría del techo, se le acercaría por la espalda y la ensartaría como a un jamón de pata negra.

Blanca ordeñó fuerzas de ese simple pensamiento para recargar baterías y volver a chillar.

—¡Socorro! ¡Por lo que más queráis, sacadme de aquí, joder!

Unos golpes hicieron vibrar la puerta desde el otro lado.

—¡Blanca! —sonó la voz de Pere—. ¿Estás bien?

—¡No, no estoy nada bien! ¡Estoy atrapada!

—¡Aproxímate a la ventana!

La ventana, claro. Pere la había roto al entrar, y aún seguía siendo una vía de escape. Blanca se asomó por ella, procurando no rozar los dientes del cristal roto que el vaivén acercaba peligrosamente, y se encontró con el rostro de Pere, que había asomado la cabeza por la ventana del vagón gemelo.

—No te preocupes, cariño, te sacaremos de ésta —prometió, pero hasta a ella le sonó a promesa vacua.

—No me dejes aquí dentro, por piedad —lloró. Se tocaron las manos extendiendo

los brazos por fuera del tren, y Pere le mandó un beso volado.

—Voy a intentar abrir la puerta. Ayúdame desde ese lado.

Ella movió de arriba abajo la cabeza con brusquedad. Procurando no pisar los charcos de sangre (tentativa inútil, pues los pequeños lagos de los que colgaban afluentes carmesíes estaban por todo el suelo, tatuados con las huellas que Pere había dejado en su periplo anterior), se apoyó contra la puerta y empujó.

—¡Ahora! —le llegó el aviso desde el otro lado—. ¡Empuja!

Sus manos resbalaron generando fricción y calor por la chapa. Nada. Blanca apretó los dientes hasta que los notó moverse en las encías. Estaba segura de que sus compañeros estaban haciendo lo mismo desde el otro lado, sin el menor resultado. Fuera quien fuese el que había abierto la puerta para engullirla, se había asegurado de cerrarla a conciencia otra vez.

—¡No funciona! —lloró, resbalando impotente metal abajo. Alguien le dio consejos para que se tranquilizara y se concentrara en su respiración, en hacerla lenta y cadenciosa como la subida y bajada de las mareas en las playas de Tenerife. Pero ella no podía concentrarse en eso: el miedo que sentía era tan puro, tan absolutamente limpio, que iba más allá de lo mental. El mundo empezó a desvanecerse a latidos, en grandes círculos lentos, y el foco de su visión iba y venía a medida que las cosas se sumían en una bruma lechosa.

Si era la inconsciencia, no iba a darle la bienvenida. No quería dormirse. Ahora no. Lo último que deseaba era cerrar los ojos y dormir mientras la pellejuda del traje caro aparecía de nuevo y se la comía lentamente, empezando por los pies.

—¡Espera, vamos a intentar algo diferente! —gritó el militar. Blanca notó una arcada de risa: como si pudiera ir a alguna parte.

Se sentó. Estaba sobre uno de los charcos de sangre, pero ya no le importaba. Intentó hacer el truco de la respiración, eso de llenar de manera controlada los pulmones para que el corazón se acoplara a ese ritmo, a pesar del chute brutal de adrenalina. Aspira, expira. Aspira, expira. Aspira, cómo duele, expira, su puta madre en almíbar. Aquello no estaba funcionando. Los pulmones podían sugerir un ritmo, pero el corazón seguía interpretando la percusión del pánico como el batería del concierto más desfasado de un grupo thrash metal.

—Vale, de acuerdo, está bien —se ordenó a sí misma, para centrarse—. Soy Blanca. —Extendió y cruzó los dedos en una pose de artista marcial que había visto en un telefilme—. Soy valiente. Capaz. No soy de esas típicas niñas que no saben salir solas de una situación... —iba a decir «mortal», pero no quería pronunciar esa palabra—...

Miró al techo. Los torsos humanos se balanceaban colgados de los ganchos. Recordó la imagen del garfio asesino que reptaba como una anaconda y pegó la espalda a la pared, tan rápido que incluso le dolió el golpe.

—Estoy aquí, a menos de un metro de mis compañeros, a tan sólo unos palmos de distancia. —Habla en frases sencillas, enunciativas, como se les enseña a los

alumnos a contestar en un examen de tribunal, sin irse por las ramas ni abusar de las deixis—. Ellos lo saben. Quieren rescatarme. Están haciendo todo lo posible por llegar hasta mí. Y lo conseguirán. Pere es muy capaz de sacarme de este lío, ha tenido un entrenamiento severo. Lo han entrenado para salir de las situaciones más extremas, para... para...

De repente tuvo un ataque agresivo y doloroso de déjá vu; una sensación tan vívida que parecía que la hubiesen metido en una máquina del tiempo y la hubiesen transportado unos meses atrás, al comienzo de aquella pesadilla. Y era tan vívida porque se sintió tan absoluta y radicalmente sola como cuando cortó con su novio, el hombre que iba a buscarse un trabajo decente en cuanto terminara el instituto, y proponerle matrimonio y darle hijos y todas esas cosas. Antes de aquel nefasto día, el día del horror en el instituto, antes de las persecuciones, las violaciones de estudiantes y la violencia desmadrada, el nombre de su ex era sinónimo de pasión y de alegría. De revolcones incómodos y salvajes en asientos de atrás y helados riquísimos comprados con lo que sobró de ponerle gasolina al coche. Pero desde entonces, cada vez que alguien decía

056

«Óscar» cerca de su oído, ella daba un respingo.

—¡¡Óscar!! —llamó el profesor por tercera vez. Casi gritó el nombre, aunque sólo con el estampido del borrador sobre el pupitre el joven salió de su mundo de sueños, en el que se había perdido entre las dos últimas demostraciones de la ley de Avogadro garabateadas en la pizarra.

El aludido levantó la vista y miró al profesor con una mezcla de odio y respeto. El señor Villaurrutia era un pringado, uno de esos maestros sin suficiente presencia como para imponerse sobre una clase de veintitantos adolescentes que se creían los reyes del mundo, como Leo en Titanic, y que encima vestía esas horribles chaquetas color vino con parches en los codos de cuando Para Elisa era un hit. Pero al mismo tiempo, sabía que el as en la manga que escondía en los sucios recovecos de su chaqueta le garantizaba un respeto por parte de los alumnos. Química era un «hueso», la asignatura más difícil y odiada por todos, y sin esos créditos no había título de bachiller posible. Y sin título de bachiller, en una España enferma de titulitis y de crisis financiera, los jóvenes sabían que sus posibilidades de encontrar trabajo menguaban considerablemente, y que cualquier niño universitario con notas mediocres les pisaría todos los trabajos buenos, dejándoles sólo la morralla. Los contratos de esclavitud en los que había que asomarse a una zanja y arrimar el hombro junto a diez inmigrantes, trabajos sudorosos en los que ningún adolescente se imaginaba de mayor.

—... Así que bajo idénticas condiciones de temperatura y presión —insistió el profesor, consciente de que estaba hablándole a una pared con forma de alumno—, ¿qué ocurre con las moléculas de los volúmenes de gases?

«Se van de botellón a follarse a los moles de la sustancia de al lado», pensó Oscar, pero respondió con voz tímida, consciente de que podría estar diciendo una burrada:

—¿Se excitan...?

Eso arrancó risas del resto de la clase. El profesor le golpeó con el borrador de la pizarra en la cabeza y él mismo completó con un suspiro la frase.

—... Volúmenes iguales de gases contienen igual número de moléculas. Ahora bien, si avanzamos unos años hasta las aportaciones en teoría atómica de Stanislaw Cannizzaro...

... y bla bla bla reblá y recontrablá... Oscar se frotó la cabeza, allí donde el borrador había dejado su opinión, y miró al pupitre de Blanca. La joven le estaba observando, con la cabeza colgando sobre los apuntes y una espléndida sonrisa en la boca, disimulada por las celosías de la cabellera rubio platino. En el ecosistema de los institutos, ser humillado por un profesor al que todo el mundo odia no es un escarnio, como podría pensarse, sino una ayuda para ganar puntos de cara al resto de los compañeros. Era como vestirse durante unos minutos con el sayo de un mártir que nadie quería encarnar, pero que personificaba la rebeldía de todos. Algo así como «La Pasión de Oscar», que lo emparentaba con sus hermanos filisteos.

Blanca adoraba a aquel chico. No tenía muchas luces, y aunque había logrado llegar a duras penas hasta aquel curso en la frontera misma de la PAU, se veía venir con claridad que los exámenes finales exigían un recuento mayor de neuronas de las que él podría reunir. Pero era tan guapo... Era uno de esos chicos de barrio con pinta de ruñillas de poca monta, con coche propio y un tatuaje por cada novia desvirgada en el antebrazo. Eso era algo que Blanca sabía de sobras y le encantaba. Lo veía como una constelación de un zodiaco varonil en el que ella ocuparía algún día un sitio preferente, el de la Hardcorita Mayor, o algo así. Le molaban los chicos con experiencia en la vida, no los cerebritos de gafas a los que todavía les quedaban muchos años de dragones y mazmorras por delante hasta que se licenciaran y sus papás les dejasen coger un volante. Oscar no era el líder en notas de la clase, pero desde luego era el líder en popularidad, el chico duro y sobrado y con oscura historia familiar al que los demás querían parecerse, y eso la ponía increíblemente cachonda.

Y además, tenía coche propio.

El timbre los rescató de un choque frontal e incomprensible con la constante del tal Avogadro (que ojalá se hubiera dedicado al cultivo de la patata turca, el muy mamón, en lugar de amargarles la vida enunciando leyes estúpidas). Los chicos salieron en tromba por la puerta de la clase, que en opinión de todos debería haber sido una de esas anchas, de salida de incendios, con manillar en una sola de sus caras. Una vez en el pasillo, Blanca se acercó a medio camino de Oscar y dejó que él

recorriera el otro medio.

—Hola, rubia —dijo él, mostrándole los dientes en una sonrisa manchada de nicotina. Tenía en la mano su bolígrafo favorito, con la imagen de una bailarina en el fuste que se desnudaba cuando se ponía horizontal.

—Hola, guapo. ¿Te duele? —Le acarició el chichón, pero el chico se irguió y puso en orden su cresta de estegosaurio.

—No... bueno sí, un poco. Ese cabrón... algún día le ajustaré las cuentas, y lo grabaré para que todo el insti pueda verlo.

—Cuidado con lo que haces, que todavía tienes que aprobar —le reprochó ella.

Pasar la mano por aquel cabello engominado era como clavarse mil pequeñas espinas de pez sobre la línea de la vida que le producían un dolor muy placentero. Se imaginó al chico paseándole esa misma cresta blindada por los pechos y raspándole con la gomina los pezones, llenándolos de arañazos y de tiernas cicatrices, y el encaje de sus braguitas se humedeció.

—A la mierda los exámenes —dijo en tono desafiante, acompañándolo con unos gestos provocadores a lo hip-hop, pero enseguida bajó el volumen, no fuera a estar escuchando don Villaurrutia y confundiera su bravata con una auténtica declaración de intenciones—. Puedo aprobar cuando quiera. No hace falta que sea este año.

Blanca iba a replicar (echándole en cara su pasotismo, aunque en el fondo no le importaba que se buscara un trabajo garbancero con el que pagarle a ella sus antojos) cuando la masa de estudiantes se abrió como las aguas del Mar Rojo, partidas en dos no por el bastón de Moisés, sino por la quilla de sus tres amigas, Ana, Bea y Jessica, con el que formaba el cuarteto de «wuapas» de la clase.

El trío de la muerte, como las llamaba todo el mundo, pasó ante la mirada atónita de los cerebritos luciendo más escote que un destacamento de vigilantes de la playa, y con más kilos de maquillaje que un cadáver en una funeraria. Eran el no va más de la calculada chulocracia que gobernaba el instituto, estándares divinos de la frívola «alta costura» de barrio bajo: pantalones con cinturones falsos, botas de invierno polar simulado, cabello pegado al cráneo por las ocho válvulas que había debajo y el embeleso del neón arriba. Se detuvieron ante Blanca con una mirada impertinente, de ésas de «¿por qué no estás con nosotras cuando hacemos lo que realmente importa?».

Y ella, que estaba genéticamente programada para hablar el mismo idioma (y al diablo con las sandeces pseudo intelectuales sobre la ramplonería de la juventud del Gran Hermano), lo captó a la perfección.

—Perdona, Óscar, pero me tengo que ir —se excusó—. Cosas de chicas.

Al joven se le estiró la piel en un gesto lascivo.

—¿Puedo apuntarme yo también a esas «cosas de chicas»...?

—Ya te gustaría —dijo Ana, con una voz tranquila que contenía un elemento de hostilidad.

—Tonto. Nos vemos después, a la salida —zanjó Blanca, y se fue meneando el trasero al mismo ritmo de cubana loca que sus compañeras. Cuando doblaron una

esquina y se metieron en el baño de chicas, se miraron en silencio unas a otras, abandonaron a la vez la pose de rompedoras y se echaron a reír.

—¿Has visto cómo me miraba las tetas el idiota de Juanjo? —rió Ana, buscando con interés arqueológico una barra de labios en las profundidades de su bolso—. Seguro que se masturba con los ligeros de su madre, en cuanto termina los deberes de mates.

—Eso mismo —añadió Bea, una chica alta y morena de barriada que todas las mañanas luchaba por disimular con ejércitos de cosméticos el Peñón de Gibraltar que tenía por nariz, y todas las mañanas perdía la batalla—. Y seguro que después llena de leche una foto tuya que tiene escondida bajo los apuntes.

Ana le pegó en el hombro, asqueada.

—Guarra.

Jessica, más baja y pechugona que sus compañeras, se sacó las tetas frente al espejo, subiéndose la camisa y metiéndose las manos por debajo del enorme sujetador. Aún le dolían las cicatrices de la operación.

—¿Me he pasado con esto? —preguntó—. Le dije al capullo del cirujano que me las pusiera enormes, pero creo que se le fue la olla, al muy...

—Yo me cuidaría más bien de los dolores de espalda. A partir de ahora vas a caminar por la calle como si te colgaran dos campanas de los hombros —advirtió Blanca, y se subió a su vez la camisa. Dado lo minúsculo de sus pechos, ni siquiera usaba sujetador. Al comparar en el mismo espejo sus quillitas de tabla de surf con los volcanes en erupción de Jessica, frunció el ceño—. Esta vez pienso pedirle a mi padre la operación como regalo de Reyes. O por Navidad.

—Papá Noel viene este año cargado de bisturís... —canturreó Bea.

—Y si me dice que no, te juro que traigo una barriga a casa, para que se fastidien. A ver quién sale perdiendo.

—¿Una barriga de quién? —rió Ana—. ¿De ese imbécil de Oscar?

Blanca se ofendió.

—¡No es un imbécil!

—Blanca, guapísima, tú te mereces más que eso —le reprochó Jessica, guardando otra vez la munición antitanque dentro de las murallas—. El otro día oí cómo tu novio les decía a sus colegas que iba a ponerse a trabajar en el taller de su padre. Tiene menos futuro arreglando tubos de escape que un *reality* sobre monjas de clausura.

—Es verdad, cariño —opinó Bea, retocándose el peinado por un prurito de simetría—. Deberías buscarte algo mejor, un abogado o un médico o algo así. Tú eres lista; podrías meterte en la facultad aunque sea el primer año, lo justo para encontrar novio y engancharlo con una barriga. Y luego, a vivir.

—Dejadme en paz —se ofendió Blanca. Había reflexionado muchas veces sobre lo que decían sus amigas, sobre el futuro y el dinero y esas cosas, pero para la universidad todavía quedaban dos largos e interminables años, y ella no tenía ganas

de perder su valiosa juventud estudiando. Además, Oscar tenía coche, y que ella supiera, ninguno de los cerebritos que sacaban buenas notas sabía conducir.

—No te enfades —la abrazó Ana—. Eres la más mona, pero también la más tonta.

—¿Hacemos un flashing? —propuso de repente Jessica, haciendo aletear las pestañas.

—¿Estás loca? ¿Para que corra por todo el insti de móvil en móvil?

—Es para una página web de un amigo mío. Dice que por cada foto que le lleve me pagará cien euros.

Sus amigas se miraron.

—Hombre, si es por una buena causa...

Las tres se colocaron en pose de foto. Blanca sacó su móvil y les apuntó con la cámara, sonriendo ante lo locas que estaban sus amigas. Sabía muy bien qué clase de página web tenía el colega de Jessica, y qué clase de contenidos mostraba; se llamaba Girlfriend Mad Party, o algo así. Oscar la visitaba a menudo, y era bastante habitual encontrar rostros familiares de novias despechadas enseñándolo todo ante la cámara. Aunque algunas lo hacían por placer.

Al fin y al cabo, pensó, era normal que las del cuarteto de la muerte vivieran así de aceleradas: los chicos las miraban con envidia, soñando con meterse en su cama y creyendo que si ligaban con ellas el cielo se les abriría de par en par. Pero Blanca sabía que a los pobres desgraciados que tuviesen la mala suerte de ser elegidos les caería encima todo el peso de los problemas que Ana, Bea y Jessica arrastraban como el ancla del Titanic. Ellas no buscaban un noviete para echar un polvo entre visita y visita a la biblioteca. Buscaban a un joven trabajador que las sacara del entorno familiar agobiante que convertía sus lindas vidas en una parodia del Estado de Bienestar electrofashion. Las tres eran chicas de barriada, la más afortunada con sólo dos o tres hermanos y un padre abstemio, y su único plan de futuro era casarse con el primero que les ofreciera estabilidad (no felicidad ni amor, sino estabilidad económica) y se las llevara lejos del barrio.

Blanca conocía a muchas chicas así. El mundo era un lugar cruel e inhóspito, donde había que ponerse tetas a los quince años porque si no los pocos chicos buenos que quedaban se irían con alguna pelandusca. Y había que elegir bien, porque los divorcios costaban una millonada y las barrigas seguían pesando más allá de los nueve meses. Una antigua amiga, Laura, había sido la reina de la clase durante años; todos los jovencitos imberbes bebían los vientos por ella, y hasta los profesores le auguraban un futuro brillante. Ella soñaba con ser diseñadora de moda, hacer el paseíllo por la Cibeles y después el casting de una serie de éxito. Se acabó casando con un chaval que la dejó preñada en la segunda cita, y que le largó en el dedo una alianza comprada a precio de baratija en el rastro del domingo. Ella lo llamaba «el anillo único», porque fue ponérselo y volverse invisible. Ahora trabajaba en un servicio de televenta, intentando transmitir por el teléfono la misma gracia y belleza

que antes le brotaba por los poros, para estafar a los jubilados por un sueldo miserable a final de mes.

Sus amigas rieron mientras se colocaban en posición para el flashing: Ana y Jessica enseñando las tetas, y Bea levantándose la falda para lucir bien la raja del culo. Blanca apretó el botón de la cámara capturando aquel trocito de amargura, aquel destello de unas vidas impotentes a las que pronto abandonaría la belleza, y con ella toda posibilidad de comer perdices.

Al fin y al cabo, ellas no pintaban nada en el Gran Esquema. Otras generaciones de jovencitas se matricularían en el instituto, los maestros imprimirían nuevos exámenes, nuevos paquetes de fotocopias esperarían en la copistería, el mundo seguiría dando vueltas y vueltas, y

055

nada cambiaría. Nada.

Todo seguiría igual que siempre.

Los torsos humanos se balancearon colgados de sus cadenas.

054

Los ojos de Blanca iban de un lado a otro de sus cuencas como las bolas de un bombo de lotería. El tren seguía estremeciéndose como una culebra en el pico de un ave rapaz. La puerta transmitía con un eco sordo y violento los golpes que daban sus compañeros, pero seguía sin ceder un solo milímetro.

«Por favor, que la abran rápido, por favor, que la abran rápido, por favor, que la abran rápido...». La jaculatoria dio vueltas en su cabeza hasta que le dolieron los verbos, de tanto hacerlos rebotar dentro del cráneo. La luces parpadeaban cada pocos segundos, amenazando con apagarse si a ella no le daba pronto el infarto. Al lado contrario del vagón, la salida opuesta aguardaba como una promesa callada, un túnel de escape que ella no pensaba usar.

Quedaba un solo coche más hasta el de cabeza. De acuerdo, hasta ahí bien. ¿Pero y si estaba lleno de pellejos? ¿Y si la zorra aquélla con el traje de fiesta se había colado por esa puerta y estaba contándoles lo que había visto a sus amiguitos?

El acceso al vagón de cabeza podría estar abierto, y al otro lado estar aguardando el artífice de esa masacre.

Tal posibilidad se solidificó en certeza en su cabeza apenas unos momentos después de que se le ocurriera. No sabía cómo, pero sentía su presencia. Tirando de

los hilos, abriendo caminos en el submundo a medida que aquel metro de pesadilla se dirigía... ¿adónde?

¿Qué demonios había visto Fulgencio, el sacerdote que no se enorgullecía de su profesión, en aquel libro? ¿Qué había en él capaz de asustarlo tanto... aparte del hecho de que había abierto uno de sus ojos para mirarlos a ellos?

El libro que mira a su lector y es capaz de leer en él. Era un concepto tan absurdo que le dieron ganas de reír, a pesar del pánico que le comprimía las entrañas.

Sintió unas ganas irrefrenables de vaciar la vejiga. Con manos temblorosas se desabrochó el pantalón y lo deslizó hasta sus rodillas. De pie, apuntando lo más lejos que pudo, dejó salir el chorro caliente y lo vio mezclarse con los charcos de sangre. Le dolían las tripas como si se hubiera tragado un paquete de clavos, pero estaba tan asustada que dejar salir algo más que orina de su cuerpo era en ese momento una utopía.

Sólo tenía dos opciones: o regresaba junto a sus compañeros y ese objeto monstruoso, o avanzaba hasta el siguiente vagón, a ver qué nuevos horrores les tenía preparados aquel circo de la carne. Pensándolo bien, había una tercera opción: quedarse allí, quieta, hecha un ovillo y al borde de la catatonia, hasta que algo sucediese. Lo que fuera, pero que el universo decidiera por ella, en lugar de esperar a que los humanos tomaran decisiones.

«Los garfios. La santidad y la expiación a través del dolor. Acuérdate de la película», le susurró la voz interior.

Penosamente, Blanca se abrochó el pantalón. Cualquier cosa sería buena menos morir allí, como un cordero a las puertas de la matanza, triste valedor de su propio destino. Avanzó lentamente y esquivó los torsos, rasurados para que de ellos no quedase ni un solo pelo y preparados para ser ofrecidos en un banquete. ¿A quién? Puede que el ojo lo supiera, pero dudó de que pudiera decírselo, pues para ello necesitaría además una boca.

La longitud del coche acabó por agotarse, y Blanca se encontró a sí misma con las rodillas a punto de ceder y tirarla al suelo, ante la puerta del siguiente vagón. Extendió una mano. El tirador estaba frío.

—Jesús, ayúdame y prometo creer en ti a partir de ahora —murmuró—. Creeré en ti e iré a misa todos los días, y trabajaré a tiempo completo en Zara sólo para ponerte cirios y meter monedas en las huchitas del DOMUND. —Se besó ceremoniosamente un pulgar—. Smuack. Por ésta. Prometo que...

La puerta no estaba cerrada.

Blanca la recorrió con facilidad. Muy lejos se escuchó un potente trueno, aunque bien podía haber sido el propio tren cabriolando desbocado sobre las vías.

Detrás, en efecto, había otro coche, completamente vacío...

... salvo por el caballo.

La joven se frotó los ojos, por si la visión era una especie de pestaña de luz que se hubiera deslizado bajo los párpados. Pero no, el animal estaba allí. Era un caballo blanco, de constitución robusta y poca alzada, con pinceles de pelo sobre los cascos y una tupida y sedosa cola, como la de los caballitos de Sheena, los juguetes con los que ella jugaba de pequeña.

No estaba haciendo nada en especial. Sólo aguardaba allí, de pie, pisoteando con aire distraído con sus cascos el suelo de metal, un suelo salpicado de piezas de rompecabezas. Su piel era tan nívea que despedía un brillo intenso.

Blanca se llevó por acto reflejo la mano al pecho, a un dije de plata que ya no estaba allí. Era una joya que le había regalado su primer novio, cuando llegó el primer aniversario y la relación parecía incombustible. Lo vendió en cuanto conoció a Oscar, para ayudarle a pagar las llantas cromadas del coche. Luego se arrepintió, pero en ese momento sólo el presente parecía importante, un saco en el que se iban acumulando tantas experiencias increíbles que todo lo anterior era digno de ser olvidado.

Blanca se dio cuenta de que todavía estaba en el vagón anterior, el de los chorros de sangre, y avanzó un paso para entrar en el otro, no fuera a ser que la puerta decidiera cerrarse por sí sola.

El animal levantó la cabeza y la miró. Ella tragó saliva. ¿Qué ruidito se le hacía normalmente a un caballo para caerle simpático? A los perros era un silbidito, a los gatos una especie de siseo y un frotar de dedos...

El caballo siguió mirándola, sin pestañear, con aquellos ojos oscuros que eran puro iris, sin esclerótica. Dos inquietantes pozos negros en medio de la vastedad nevada de su piel. Un pensamiento atroz sacudió la mente de la joven en aquel momento: ¿acaso lo que veía era la constatación de que aquello no era más que un sueño? ¿Estaba realmente viajando en un metro de fantasía por los túneles de Madrid, o no era más que un juego de espejos de su mente?

Sí, ésa era la única explicación. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Ella en realidad no estaba allí; el metro no existía, ni el caballo tampoco. Puestos a pedir, hasta los pellejos eran una quimera producto de su imaginación. Seguro que la noche anterior se había cogido la cogorza de su vida, o había tenido un accidente con el coche de Oscar y ahora estaba sumergida en un extraño coma que la hacía alucinar y no darse cuenta de que estaba alucinando.

Ese argumento escapista le pareció lo más cuerdo a lo que podía agarrarse. ¿Cuál era la alternativa si no? ¿Tragarse la maldita incredulidad y admitir que existían libros con ojos y caballos de plata que alguien había enterrado bajo una metrópoli dominada por los muertos? No; estaba alucinando, eso seguro, y lo peor de todo era que no tenía unos zapatos rojos que entrechocar para volver a casa con el puto Totó. No

existía una solución trivial al laberinto de sueños, a no ser que fuera mediante la deducción. Si deducía que estaba loca, puede que hallara un camino por mero descarte que la condujera a la cordura.

«¿Ese pensamiento tan raro lo he tenido yo solita? ¡Uauh, me estoy volviendo más lista!», se enorgulleció. «Chúpate ésa, Jessica, para que luego digas que yo no podría ser universitaria ni aunque me acostara con el Rector».

Se inclinó con mucho cuidado (no sabía si los equinos reaccionaban mal ante los movimientos bruscos, como los jabalís, pero era mejor no correr riesgos) para recoger una de las piezas de rompecabezas del suelo. Todo el vagón estaba lleno de ellas. Por una cara eran oscuras, y por la otra, donde debería haber impreso un pequeño fragmento de una fotografía o paisaje, había trazos blancos sobre fondo gris. No parecía que la gestalt de aquel *puzzle* diera origen a un paisaje; más bien parecían símbolos cabalísticos rotos en porciones. Letras en una lengua olvidada.

Vale, su cerebro era más retorcido de lo que ella pensaba. Posiblemente le habría dejado una clave para que entendiera lo que estaba pasando, aun estando dentro del sueño, pero no podía escribirla en una pizarra a la vista de todos, no señor. Tenía que usar una caligrafía etrusca o babilónica y romperla en pedacitos por el suelo, bajo las patas de un poni albino. Una vez había visto una película sobre el psicoanálisis y los universos desquiciados del tal Freud, con eso del yo y el superyó y el miniyó y toda la gaita. Tampoco la había entendido.

Sólo se había sentido tan perdida como en aquel momento en una ocasión, justo antes de que el mundo se fuera al cuerno. Fue el día en que

052

el cuarteto de la muerte hizo flashing en distintas posiciones eróticas, en aquel baño para chicas de instituto. Para ellas era un juego, una oportunidad de ganar dinero fácil y (si había suerte) hasta para encontrar novio. Jessica se masajeó las tetas, tirando de los pezones con la intención de endurecerlos, mientras sus amigas se partían de la risa. Incluso hubo un momento en el que Ana y Bea se metieron sus pezones en la boca y tiraron con fuerza, alargándole las dos campanas que se había puesto por pechos hasta que la sombra del suelo recordó a las montañas gemelas del Kilimanjaro. Ana cogió el móvil y le hizo una foto a Blanca, para que ella también participara de los cien euros, mientras la joven se bajaba las bragas y se frotaba provocativamente un dedo por el borde del ano. Las tres rieron hasta que les dolió el estómago, mientras el mundo giraba loco a su alrededor y la realidad perdía toda importancia.

Entonces Blanca lo vio. Un reflejo de metal en el suelo, en la esquina de uno de los cubículos con retrete. Se colocó las bragas en su sitio, se lavó el dedo con un poco

de jabón y se agachó para ver qué tesoro había caído del bolso de alguien.

Era un teléfono móvil.

—¡Eh, chicas, basta! ¡Mirad esto!

Las otras se agacharon. Blanca cogió el aparato y lo examinó. Era un Motorola bastante antiguo, de color indefinido, sucio y genérico, con un diseño primitivo y para nada chic. Estaba encendido.

—¿De quién será, de una profesora? —aventuró Bea.

—No seas tonta, los profes tienen su propio cuarto de baño —dijo Jessica—. Ellos no se mezclan con la chusma del alumnado.

—Seguro que es de alguna chica de nuestro curso. Me suena haber visto a alguna con este mismo teléfono.

—¿Esa horterada de móvil? ¿Quién saca cosas así a la calle?

Blanca pulsó un botón. La pantalla se iluminó. No tenía tapiz de fondo, detrás de los iconos, con la acostumbrada cara del novio o de la mascota de turno. Eso sí que era raro.

—No tiene activado el bloqueo. —Se acercó a una de las luces de encima del espejo, para ver mejor. Sobre las teclas había unas marcas, como de uñas—. Voy a acceder a la agenda. Por los nombres sabremos de quién es.

La agenda estaba casi vacía. Eso sí que les extrañó. Ninguna chica llevaba menos de cincuenta números memorizados en su móvil, y había algunas que hasta tenían la clave de myspace para acceder en mitad de las clases. La única explicación que se le ocurrió a Blanca era que alguien había perdido o estropeado su iPhone de última generación y se había visto en la tesitura de recurrir a un modelo viejo, cambiándole la tarjeta. Pero eso tampoco explicaba la aridez de la agenda.

Sólo había dos números en ella. Uno bajo el membrete POLICÍA, y otro con un nombre conocido, TINDARO. Tindaro era uno de los profesores más populares del insti, que impartía clases de educación física a los de segundo de la E.S.O., y estaba tan bueno como un gimnasta profesional. Tenía un mentón cuadrado, de modelo de revista, y unos modales finos que contrastaban con los otros profes de gimnasia, que parecían vaqueros que fueran a entrar en el aula escupiendo jugo de tabaco. Muchas niñas bonitas habían acudido a su clase intentando ligárselo, pero Blanca sabía que era una cruzada perdida. Tindaro era homosexual hasta los pantis.

—Este móvil es de alguien que conoce a Tindaro —dijo Blanca. En ese momento la puerta del baño se abrió y entraron otras dos chicas, de un curso inferior. La cháchara que llevaban se esfumó cuando se toparon con el concilio del cuarteto de la muerte, y en silencio entraron cada una en un cubículo. Al ratito, Blanca pudo oír los chorros de pis cayendo desde cierta altura a los inodoros. Ninguna chica en su sano juicio se sentaría en aquellas tazas, por lo que todas disparaban a cierta distancia con menos puntería aun que los chicos.

—A lo mejor es de su novio —se rió Ana por lo bajo.

—¿Y qué hace tirado en el baño de las chicas?

—Bueno, él también es una chica, a su modo...

—Pero nunca entraría aquí. Los gays no entran en los lavabos de chicas. Dicen que se meten en los de los hombres y miran por encima del urinario el paquete del que tienen al lado, a ver si le ven el nabo.

Jessica le pegó.

—¡Ordinaria!

—Oye, métete en la galería de imágenes —sugirió Bea, traviesa. Las demás estuvieron de acuerdo, y adosaron las cabezas sobre la pantalla para ver bien. Nada definía mejor al propietario de uno de aquellos aparatos que las fotos que guardase en la memoria.

Blanca pulsó los botones de acceso al menú. El móvil no tenía fotos, pero antes de que sus amigas protestaran, abrió la carpeta de archivos multimedia.

—Bingo —murmuró Blanca. Dos archivos, nada menos, y con un peso de bastantes megas. Accedió al primero y pulsó la tecla de reproducción.

Unas imágenes desenfocadas, con muy poca luz y sin sonido ambiente, llenaron la pantalla.

Comenzó con un plano muy breve de la cabeza de un perro muerto, tirada en el suelo. La cámara se apartó de ella para mostrar un pasillo. Parecía un sótano, con habitaciones vacías con material de mantenimiento y esas cosas que se guardan bajo los edificios públicos. La cámara giró, mostró a una chica (desde luego, era un rostro que Blanca conocía, de haberse topado con ella en las escaleras de camino al aula; ya se iba aclarando la cosa), y siguió apuntando al pasillo. Su portador se movía a toda prisa por él, seguido por la joven. Ella tenía el pelo alborotado y una marca en la mejilla, como si alguien la hubiese cortado con un cuchillo.

El móvil apuntó al suelo. Hubo una confusión de imágenes que desembocaron en un nuevo rostro. Era el de su portador. Se trataba de un chico rapado al cero y con marcas de contusiones en la frente. Tenía coágulos meciéndose como estalactitas del labio, y un *piercing* a medio arrancar bajo la lengua. Dijo un par de frases con expresión desesperada que el móvil no registró, y apuntó hacia una de las habitaciones.

Aquí, las chicas soltaron un grito de terror.

Uno de los profesores apareció en pantalla. Era don Servando, el de geografía, el que dictaba a tal velocidad que había que ser mecanógrafa profesional para copiar todo lo que decía. Don Servando era un hombre por lo general bastante reservado, que tardaba en montar en cólera y también en desmontar de ella. En el vídeo aparecía medio desnudo, con la camisa y la corbata tan habituales en él cubriéndole el torso, pero sin pantalones ni calzoncillos. Sus partes habrían colgado diminutas entre los generosos muslos (Servando era una de esas personas con buzones de correo en lugar de piernas, que miraban a todo el mundo desde los abismos de su metro sesenta con una cara de cabreo constante) de no ser porque alguien se las estaba comiendo. Era un alumno, un chico de segundo de la E.S.O., que estaba arrodillado delante de él. En

el momento preciso en que lo enfocó el móvil, tenía los genitales del profesor en la mano y estaba arrancando la mitad del pene de un mordisco. El chorro de sangre, oscuro y denso, le manchó la cara como una fuente. Luego procedió a masticar el miembro, con tranquilidad, con parsimonia, mientras don Servando miraba con expresión plácida a la cámara, sin sentir el menor dolor.

—Santa María... —jadeó Blanca.

—... madre de Dios —completó Jessica.

Blanca tenía la misma expresión vacía y perpleja que sus amigas, con esos ojos que se aprecian en la cara de los boxeadores un segundo antes de besar la lona. Contempló aquellas imágenes con creciente miedo (porque sabía que eran de verdad, no escenas de una película gore que alguien se hubiera bajado por la *wifi*), y tuvo la nauseabunda sensación, en la boca del estómago, de que su propietario no había vivido para enseñárselas a nadie. El primer archivo llegó a su fin, con la mano ensangrentada disponiéndose a abrir una puerta, y la pantalla quedó en negro. Blanca miró a las demás; estaban horrorizadas, pero ninguna se marchó. Querían (no, querían no, necesitaban) ver el siguiente archivo. Blanca pulsó el botón.

Una cisterna las hizo gritar a las cuatro. Las chicas de segundo abandonaron los inodoros y se fueron, mirándolas con expresión divertida. Una de ellas había usado el mismo cubículo en el que yació abandonado el móvil, quién sabe por cuánto tiempo.

Blanca se concentró en las nuevas imágenes. El archivo no era continuación directa del anterior, pues se notaba que algo había pasado en medio.

Ahora era la chica la que llevaba el móvil y grababa. El adolescente rapado no aparecía por ninguna parte. La cara de la joven era un poema, con lágrimas fluyendo entre la suciedad y la sangre como géiseres de sufrimiento. Estaba subiendo a toda prisa por una escalera, y cuando llegó al último peldaño, ante otra puerta distinta a la anterior pero igualmente cerrada, se apuntó con el móvil a la cara y, llorando con verdadera angustia, como sólo se llora en los funerales o cuando a una la abandona y la trata como a un guiñapo el amor de su vida, dijo una frase. Una última frase. Blanca distinguió las palabras «mamá» y «lo siento, lo siento mucho». Luego el móvil enfocó al pasillo, en dirección contraria. Dos figuras se acercaban a la joven, renqueando con total falta de equilibrio y las manos extendidas hacia la cámara. Eran el profesor Servando, ya sin testículos ni pene, sino con una gran mancha negra entre los muslos de la que goteaba líquido, y el joven antropófago, que visto de frente mostraba un profundo tajo en la cabeza del que sobresalía la mitad de un escoplo. Alguien se lo había clavado en el cerebro hasta el mango.

Esa bien podría haber sido la imagen más fuerte de todas, pero la que realmente hizo gritar a las cuatro chicas y obligó a que Blanca soltara el móvil, dejándolo caer al suelo con estrépito, fue la que vino a continuación.

Pues cuando la chica que había recogido aquella espeluznante escena se volvió y empujó la puerta, el rellano que apareció al otro lado no era el de una película hecha en Hollywood, ni el de un edificio desconocido y lejano que no tuviera relación

alguna con ellas.

Era un rellano con puertas color natilla que Blanca y sus amigas veían a diario, porque lo cruzaban en medio de una marabunta de estudiantes para ir a sus clases, entre bromas y risas y cotilleos salpicados de malicia sobre quién había aprobado qué, o quién estaba saliendo con quién. Era el rellano del instituto, el mismo que se encontraba a un piso de distancia bajo sus pies. Incluso vieron el cartel pegado con chinchetas a un corcho que proclamaba:

DÍA INTERNACIONAL DE LA MUJER TRABAJADORA. ¡HAZTE UN HUECO EN EL MUNDO! ¡TÚ ERES UNA CHICA DE HOY!

Orlado con una miscelánea de fotos sobre mujeres de varios países. Luego el archivo de vídeo llegó a su final, y la pantalla del teléfono se oscureció.

Las chicas estuvieron escuchando sus propias respiraciones asmáticas, de aspirador viejo, durante un buen rato antes de reaccionar. Otros grupos de estudiantes entraron y salieron del baño, pero todas evitaron el cubículo del móvil, como si algo en él las repeliera.

Blanca fue la primera en salir del estupor. Asomó apenas la boca por encima del océano de embotamiento donde se ahogaba para decir:

—Te... tenemos que decírselo a alguien. A Tindaro. Esto tiene que ver con él.

Ana, Bea y Jessica la miraron, sumergidas muy profundamente en ese mismo océano y con pesos atados a los pies. Se les veía claramente en el rostro que

(mamá)

si fuera por ellas, declinarían toda responsabilidad con gusto. Compondrían una cara de indiferencia, saldrían del lavabo como quien no ha visto ni sabe nada

(lo siento, lo siento mucho)

y se marcharían a casa para que otro cargara con el muerto. Ya habría más estudiantes dispuestas a hurgar en los misterios de aquel móvil. Y Blanca lo entendía. Ninguna chica en su sano juicio querría saber nada sobre profesores caníbales ni alumnos con escoplos en el cerebro. Pero había que hacer algo.

—Hay que subirlo de inmediato a YouTube —propuso Jessica—. La gente tiene que saber esto.

—Voy a ver a Tindaro —decidió Blanca, recogiendo el aparato del suelo con dos dedos, con la misma repulsión que experimentaría si tuviese que recoger heces de perro—. Nos vemos después, en clase de geo.

—Y una mierda —dijeron las tres a coro. Se miraron y fue Bea la que tomó la voz cantante—: No te vamos a dejar sola. Podrían pensar que el móvil es tuyo y formarte un consejo escolar.

—¡O llamar a la policía! —añadió Jessica.

—... o llamar a la policía. Iremos juntas.

Blanca sonrió. Aquellos patéticos ejemplares de personas, jóvenes de futuro negrísimo que sólo pensaban en aumentar el diámetro de sus pechos, eran sus amigas. Y en el fondo, a su extraña y chismosa y retorcida manera, la querían. No iban a dejar

que un miembro del cuarteto de la muerte arrostrara las consecuencias de algo así él solo.

—Vamos, entonces —accedió, y encabezó la marcha con el móvil por delante como el espolón de una galera romana. Las cuatro chicas avanzaron a paso rápido, formando una cuña y abriéndose camino en línea recta a través de los grupos de estudiantes que esperaban en el cambio de clase, por fuera de las aulas, a que entrase el nuevo profesor. Caminaban con decisión, taconeando con un calzado que parecía más apropiado para una discoteca que para una clase de matemáticas, moviendo las caderas como si les fuera la vida en ello y sosteniendo el mentón más arriba que un soldado de la Legión. Aún no sabían qué le iban a decir exactamente a Tindaro (¿bastaría con un «¡tatachán!, profe, tengo una peli *snuff* donde se menciona su nombre?»), pero eso era lo de menos. Lo crucial era seguir el impulso inicial, el chute de adrenalina.

Las chicas llegaron con ese pavoneo salvaje a la sala de profesores, y Blanca irrumpió:

—¿Está el señor Tindaro?

Tuvieron suerte. Un hombre que no parecía mucho mayor que ellas, aunque tenía el doble de su edad, se levantó del largo sofá negro que flanqueaba la única mesa. Era un chico guapo, con el rostro surcado por una única ceja que parecía un trazo de carbón, mandíbulas cuadrículadas y libres de la sombra de una barba, y agujeros en los lóbulos que sin duda ocupaba con pendientes caros cuando se iba de marcha. Como todo buen culturista, Tindaro usaba camisetas una o dos tallas menores, incluso mientras daba clase, para lucir el contorno de sus bíceps.

—¿Qué ocurre, chicas? —preguntó, acabándose un capuchino.

—Eh... profe, yo... —vaciló la joven. Toda su fuerza parecía haberse extinguido junto con el pavoneo—. Tengo algo... que creo que es suyo.

Le mostró el móvil. La expresión de Tindaro no varió un ápice, como si no lo reconociera o no le importase que lo hubiesen encontrado.

—Lo encontramos hace un momento en el baño de las chicas —explicó Blanca—. Abrimos la agenda para ver a quién pertenecía, no por otra cosa, y...

—Lo sé.

Tindaro cogió el teléfono. Lo activó. Accedió a la agenda y miró los mensajes. Luego cambió de ventana de menú y entró en la galería de vídeos. Blanca tapó la pantalla con una mano.

—¡Aquí no! —Los demás adultos la miraron, molestos por su intromisión en el santasanción del profesorado. Ella se ruborizó y bajó la voz—. Mejor que lo vea en un lugar privado. Lo que guarda ahí es...

Tindaro se metió el móvil en el bolsillo. Acompañó a las chicas hasta la puerta y les recomendó, en un susurro:

—Mañana no vengáis a clase. Poned alguna excusa frente a vuestros padres y quedaos en casa. Si no ocurre nada raro en tres días, ni os enteráis de nada por los

noticiarios, pasad por mi despacho.

Y se marchó, clavándoles ese pedazo de expresión de estupor en la cara con tachones más gordos que los del trono de Luis XVI. Tatachán. Las cuatro amigas parpadearon a la vez, sincrónicamente, y sin mediar palabra se encaminaron hacia la salida del instituto.

En aquella fase tan temprana de la pesadilla aún no podían ni imaginar lo que iba a pasar, ni por qué un profesor llegaba al extremo de ordenarles que se fueran a casa y se perdieran el resto de las horas lectivas, pero Blanca estaba segura

051

de que pronto lo averiguaría. Sí señor. Averiguaría de dónde había salido aquel caballo níveo, y qué decían los trocitos del *puzzle* babilónico del suelo. Y entonces ella también tendría un secreto propio que contar, no sólo Fulgencio.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó al caballo, que seguía tan tranquilo como si estuviese en la más hermosa y verde pradera, en un parque natural inmenso—. ¿Tienes nombre, pequeñín? —Su interlocutor piafó. Bbbrrfff—. Tú sabes que los bichos como tú no pueden viajar en el metro, ¿verdad?

Fue en los ojos de aquel animal en los que vio reflejado el peligro. El caballo miró a algún punto a su espalda, y se oyó un ruido glutinoso, repugnante, de carne que frotaba otra carne y la desgarraba en el proceso, de manos que hundían los dedos en una musculatura atocinada y la apartaban para abrirse paso.

—Aaayyy... —gimió Blanca, haciéndose más pequeñita a medida que se le desinflaba el valor. Se dio la vuelta, muy a su pesar, y vio de dónde procedía aquel asqueroso sonido. Y, de paso, descubrió por qué no había visto a la pellejuda del traje de fiesta cuando cruzó el vagón.

Se había metido, o al menos la parte del cuerpo que le quedaba, dentro de uno de los torsos colgantes, como un canario en una jaula de huesos y grasa. La mano de la mujer muerta surgió de la herida que partía en dos al torso y la ensanchó. Paralizada de miedo, Blanca distinguió su cabeza allí dentro, en la oscuridad gelatinosa, doblada en un ángulo imposible y con la boca llena de fideos de músculo.

El pellejo la miró con hambre.

—¡Blanca!

El... horror...

—¡¡Blanca, reacciona!!

Sí, no había oído mal. Era la voz de Pere. El militar introdujo su cabeza por la ventana rota, teniendo en esta ocasión mucho cuidado con las aristas de cristal, y le hizo señas para que se acercara. Blanca no daba crédito a sus ojos: a pesar del nefasto resultado del primer intento, Pere se había descolgado de nuevo por fuera del tren

para llegar hasta ella. En ese momento supo que esa misma noche se abriría de piernas ante ese hombre, y que le dejaría hacerle todo lo que él quisiera. Todo. Sin tabúes ni censura. Pero primero tenía que sacarla de allí.

—¡Pere, socorro!

—¡Ven hacia mí!

La joven miró una última vez hacia atrás, al caballo onírico, como si le estuviera pidiendo permiso para marcharse. El vagón se estremeció y la alfombra de *puzzles* sufrió un seísmo que giró casi la mitad de las piezas. El animal relinchó, y Blanca creyó ver volutas de humo manando de sus belfos.

Todo sucedió en un único movimiento: Blanca se volvió a toda velocidad, catapultó sus piernas y su cuerpo en dirección a Pere, y la pellejuda alargó un brazo rematado por dedos infestados de gangrena. Sus uñas fracturadas se le clavaron en el brazo y rasgaron hasta encontrar sangre y músculo. De la garganta de la pellejuda brotó un grito que más que sonido era hedor, una peste densa a especias venenosas y carne podrida.

Blanca chilló. Pere maldijo en todos los idiomas que conocía y trató de encajar las piernas de forma que pudiese saltar dentro del vagón, pero éste seguía temblando como un paciente psiquiátrico invitado a la fiesta del electroshock. La chica, sin embargo, pudo llegar hasta él a pesar de la herida. Su brazo sangraba copiosamente, y aunque se lo tapaba con la otra mano, todavía podían verse trozos de las uñas (y de los dedos mismos) del pellejo incrustados en la herida.

—Por lo que más quieras, no te desmayes —suplicó el militar. Blanca lo miró con unas fuerzas más que extintas, pero aferró su mano y se encaramó al marco de la ventana. A estas alturas, tras tanta adrenalina y tantas horas sin dormir, la rabia y el dolor eran los únicos octanos que mantenían su cuerpo en movimiento.

El cabello de Blanca ondeó como una bandera en un vendaval cuando sacó la cabeza por fuera del coche. ¿A qué velocidad estaban yendo para generar ese viento? No lo sabía, pero sus ropas flameaban con furia y los pocos detalles que se distinguían en la pared del túnel pasaban raudos, fotografías veloces que apenas dejaban tiempo al ojo para registrarlas.

Se estaban precipitando a velocidad supersónica, o eso parecía, hacia el final de la línea, donde un muro impenetrable estaba esperándoles para darle su opinión al maquinista sobre el «zi-bebez-no-conduzca».

Pere la asió con una mano por debajo de la axila. Estaba sujeto con la otra al techo del vagón y por los brazos de Fulgencio, que también tenía medio cuerpo por fuera, a la ventana adyacente. Su cinturón volvía a ejercer de cuerda de seguridad, aunque esta vez tenía también el del sacerdote atado a una pierna.

—Vamos, vamos, pequeña, haz un maldito esfuerzo... —rogó el militar, deslizando a Blanca entre su propio cuerpo y el vagón para escudarla del aire. La complexión de la muchacha, que casi rayaba en la anorexia, facilitaba este proceso, pero a él lo dejó durante unos cruciales segundos muy separado de su asidero.

Fulgencio soltó el cinto de Pere con una de sus manos y agarró la de Blanca, tirando hacia sí. Durante unos segundos se impuso el caos, pues la joven perdió pie y quedó colgando literalmente de ellos, sus botas a pocos centímetros de la vía. Las ruedas del tren vacilaron, girando frenéticamente, a punto de salirse del raíl. Hubo varios estallidos consecutivos de chispas que bañaron la escena con una luz galvánica, irreal. Blanca sintió cómo su mano resbalaba de la de Fulgencio por el sudor, e hizo un último e inhumano esfuerzo. La herida que le había hecho el zombi ardía como el infierno, y su visión se apagaba, como si un fotógrafo estuviese cerrando poco a poco el obturador de su vida.

Pere hizo crujir los dientes con el esfuerzo y elevó a Blanca. Fulgencio la abrazó por debajo de las axilas y la introdujo, finalmente, en la relativa seguridad del vagón.

El militar perdió pie.

—¡No! —chilló Natalia, viendo cómo Pere desaparecía tragado por la tiniebla del túnel, al mismo tiempo que Fulgencio, con las manos manchadas de una sangre que no era suya, depositaba a Blanca sobre uno de los asientos.

El silencio que siguió fue analgésico. El tren dejó de convulsionarse, como si hubiese logrado su objetivo de eliminar a uno de los supervivientes. Siguió avanzando a la misma velocidad, pero sin lluvias de chispas ni cabriolas al borde del descarrilamiento.

Las personas que llevaba en su vientre de metal no sentían lo mismo.

Fulgencio, Natalia y Gael sí que estaban a punto de descarrilar. Nadie sabía lo que pasaba por el cerebro del doctor ni del bebé, los únicos que en aquel momento permanecían tranquilos, sin que la taquicardia les hinchase venas en la frente. Gael seguía abrazado a su libro, sosteniéndolo por las esquinas más alejadas del ojo abierto pero sin desprenderse de él.

Y el ojo los miraba, fijamente.

—Por Dios... Pere ha... se ha... —balbuceó Natalia.

—Está sangrando mucho —dijo el sacerdote, desviando la atención hacia Blanca.

—Tenga —intervino Zurek, y le pasó el botiquín que habían robado del hospital.

Fulgencio lo cogió sin esperanzas.

—No... no sé usarlo...

—Yo sí —dijo el doctor, y procedió a hacer un rápido inventario de las medicinas disponibles. Se sentó junto a Blanca y, con ayuda de Fulgencio, le quitó la camiseta. Los pechitos de la joven eran tan pequeños que se acunaban en las copas del sujetador, apoyándose en ellas más que inflándolas con su volumen.

—¡Pere ha muerto! —insistió Natalia. Los demás procuraron no mirarla a los ojos. Estaba claro que si podían posponer esa charla, el encaramiento con ese hecho terrible hasta que hubiesen solucionado la actual crisis, sería mucho mejor para sus castigadas psiques.

Zurek examinó la herida. Sacó del botiquín una gasa y la limpió, extrayendo con sus propios dedos (nadie le discutió que, en semejantes circunstancias, no los esterilizase primero) los restos de las uñas de la pellejuda. Algunos habían llegado muy profundo.

—Va a sufrir un *shock* —dijo, con voz tranquila—. Pero es normal. Si pierde el conocimiento nos ayudaría; el dolor que sentirá cuando la desinfecte será muy agudo. Un centímetro más y le habría seccionado el tendón.

Rebuscó en el botiquín hasta encontrar una jeringuilla y dos frascos de cristal. La etiqueta de uno rezaba «Planoral», y la del otro, aunque estaba medio borrada, permitió al doctor que completase el nombre del fármaco en su cabeza.

—Propofol. Es un sedante muy potente, pero servirá, aunque a la larga podría generar anafilaxia.

Fulgencio lo miró como si estuviese hablando en chino.

—¿Se curará?

—Sí —simplificó el doctor.

Gael se acercó.

—¿Puedo ayudar?

Natalia se encogió como si la hubiese electrocutado con un taser.

—Aparta esa cosa de mí —dijo en un susurró que sonó a piedras rechinando sobre lava de volcán. Su marido se alejó un paso, asombrado por el cambio tan gigantesco que se había operado en su mujer.

—Se lo voy a inyectar —decidió el doctor—, aunque podría causarle ciertos trastornos.

—¿Qué clase de trastornos? —preguntó Fulgencio. La parte de atrás de su cerebro seguía gritándole a la delantera: «¡Pere ha muerto, idiotas! ¿Es que nadie piensa decir nada?»; a lo que su homónima objetaba: «Ya lo sé, pero ahora mismo hay asuntos más urgentes. Ya habrá tiempo de llorar a Pere después».

—Alucinaciones y estados de delirio, pero muy pasajeros. No tendrá secuelas una vez que su organismo haya metabolizado la dosis.

—Hágalo.

La aguja pasó inadvertida para Blanca cuando penetró en su brazo, buscando como un perro nervioso una vena, pues el dolor había sobrepasado un nivel en el que sus nervios parecían estancarse, dejar de enviar señales para sumirse en un nimbo brumoso. Era como llevar horas acostada en una cama de espinas y no sentir las punzadas a menos que una se moviera y las agujas encontrasen otro nervio que quemar.

Con la jeringuilla colgando del brazo y la química mágica del doctor hinchándole las venas, Blanca pasó

049

los siguientes cuatro días encerrada en su casa, con la excusa de una gastroenteritis. Tuvo que poner en práctica varios de sus trucos más refinados (como meterse el mango de un tenedor por la boca hasta tocar la campanilla, para vomitar el contenido de su estómago) con tal de hacer creíble la enfermedad, y acercarse de noche a escondidas hasta la nevera para reponer lo que las apariencias no dejaban entrar en su cuerpo durante el día. Pero por duro que fuese aquel proceso, prefería mil veces estar allí que volver al instituto. Tindaro se lo había advertido, y cuando un profesor aconsejaba no ir a clase a los alumnos, su palabra iba a misa.

Sus amigas inventaron excusas parecidas, pero, por desgracia, no todas tenían unos padres tan comprensivos como Blanca. Ana trató de simular una gripe, con

cierto éxito (más que nada porque subió de madrugada a la azotea de su edificio, en medio de una tormenta, y se quedó en bikini y tiritando de frío hasta que cogió una gripe de verdad); Bea alegó que unos estudiantes estaban acosándola y grabándolo por el móvil, y que no quería volver hasta que pasaran unos días y pudiese entrar a hablar con el director (como prueba, mostró a su alarmada madre una foto que supuestamente le habían enviado por MMS, en la que se la veía a ella inclinada sobre el pasamanos de una escalera, mientras un estudiante la sujetaba por los brazos y otro le magreaba las tetas; lo que no le dijo a su madre fue que esa foto se la había hecho ella misma durante una sesión de flashing); y Jessica... bueno, Jessica era otra historia. Hizo lo de siempre: gritar y gritar y chillar y patear hasta que su padre recurrió a la violencia, y cuando telefoneó a Blanca al día siguiente, prefirió hacerlo con la pantalla de videollamada en oscuro.

Blanca se preguntó muchas veces, durante aquellos largos días de reclusión en su cuarto, qué era lo que sabía realmente el profesor de educación física. Si estaba al corriente de lo que pasaba en los sótanos del instituto, ¿cómo es que no lo denunciaba? ¿Por qué no cerraban el centro hasta que la policía hiciera su trabajo, persiguiendo psicópatas? ¿O acaso era algo más retorcido?

Blanca se asustó al pensar que quizás Tindaro estuviese en el ajo. No era una idea tan descabellada. Había visto suficiente anime como para saber lo que eran las sectas de sangre y los cultos a dioses paganos cuyas liturgias acababan en orgías de inmolaciones y sexo. Algunas de sus series favoritas, como Urotsukidoji o Rebel Swimmers Force, mostraban a sus protagonistas enfrentadas a seres demoníacos que llegaban de dimensiones paralelas para violentar jovencitas y comerse crudos a sus novios. En esas pelis era muy frecuente la escena en la que la protagonista, inadvertida del peligro, era llamada al despacho de un profesor, que escondía en realidad en su cuerpo a un ente sobrenatural. Cuando la incauta joven se encontraba aislada de sus amigos, con la puerta del despacho cerrada con llave, al profesor se le partía en dos el abdomen (o la cabeza, o los brazos, o lo que se terciara) para dejar escapar docenas de tentáculos que... en fin. Sólo eran dibujos animados.

¿Verdad?

Pero no. Tindaro no podía ser culpable. Era demasiado guapo. Y tenía una voz potente, no el analgésico engolado típico de los maestros, que se derramaba en las aulas como el algodón lleno de polvo de tiza de los borradores. En el anime, los villanos siempre tenían un rasgo diabólico que los distinguía como tales. Y nunca, o casi nunca, eran gays.

Intentó llamar a su novio Óscar en numerosas ocasiones, pero su móvil siempre estaba apagado o fuera de cobertura. Tampoco en su casa respondía nadie. Esperó en vano cada noche por ver aparecer en la calle su coche ebrio de tunning, pero él nunca la llamó ni vino a verla.

Al cuarto día de aislamiento, Blanca decidió que no podía soportarlo más. Bajó a la cocina (sus padres vivían en un dúplex, con tantos metros cuadrados como un piso

normal pero con una escalera en medio) y ante los atónitos ojos de su madre engulló un bocadillo de jamón y chorizo, media tortilla de patatas y tres polvorones de los sobrantes de la Navidad.

—Ya estoy bien, me voy a clase —fue su explicación. Agarró la mochila, metió en ella lo imprescindible y cogió el autobús. Media hora más tarde estaba entrando en el instituto, cruzando por el mismo rellano color natilla que había visto en aquel MP4 del terror.

Algo había cambiado en aquel siniestro lugar.

Los normalmente abarrotados pasillos no estaban llenos entre horas. Un silencio sepulcral ahogaba hasta tal punto las escaleras que los tacones de aguja de Blanca resonaban como cañonazos. Del patio de canchas de baloncesto no llegaban los silbatos y órdenes de las clases de gimnasia, y la cafetería (verdadero templo jedi del recogimiento estudiantil) permanecía con las puertas cerradas.

Blanca se asomó a varias aulas, a través de los ventanucos que tenían las puertas. El mar de cabezas gachas y sumisas de los alumnos la asustó más que nada. Era como ver a una congregación de budistas en el séptimo estado cataléptico de rezos. Todos tenían la cabeza inclinada más o menos en el mismo ángulo, y escribían en folios deslizándose las manos perezosamente, arrastrando los bolígrafos sin levantar las puntas del papel. La letanía del profesor se escuchaba de fondo como una música de organillo, gastada e insistente, pero no era el clásico sermón sobre la tabla de Mendeléiev o la epistemología kantiana. Era un discurso caótico en una lengua extraterrestre, con ruidos goteantes en lugar de sílabas y gruñidos animales sustituyendo la puntuación.

Horripilada, Blanca corrió por el pasillo. La gran pesadilla de todo estudiante (llegar y ver un día el instituto convertido en feudo de monstruos) se había hecho realidad.

Un olor a quemado tomó al asalto sus fosas nasales. Se detuvo ante otra aula y miró por el ventanuco.

No debió de haberlo hecho. Se dio cuenta en el momento en que sus ojos vieron los pupitres en llamas, como si los hubieran recubierto con gasolina, con los alumnos todavía sentados frente a ellos y tratando de rellenar las preguntas de un examen. Sus brazos también ardían, bañados en fuego, pero ellos no sentían dolor: seguían con las cabezas inclinadas en posición sumisa, rellenando cuadraditos con equis en hojas que burbujeaban y se oscurecían y se enroscaban por los bordes dejando franjas de ceniza. El profesor paseaba lentamente entre los pupitres, con medio torso ardiendo y horribles llagas por toda la piel.

Era don Fernando, el profe de lengua. Los alumnos lo llamaban «el Patinete» porque cojeaba ligeramente de la pierna derecha, y cuando caminaba parecía que estuviera impulsando una tabla. Cuando alzó la vista y miró a Blanca a través del cristal, sonrió y le hizo una señal, invitándola a entrar y a unirse al examen. «Vamos, tú también puedes aprobar, sólo necesitas confianza».

—Ya está, el putito infierno ha acabado por desatarse —masculló, intentando contener el temblor de sus manos, y salió corriendo rumbo a la salida del edificio.

No pudo llegar.

El instituto estaba rodeado de Ellos. Una campana lejana retumbó en las vigas y los ventanales, marcando el cambio de hora. Algunas puertas se abrieron como espectros rechinantes. Blanca se asomó por el hueco de la escalera y miró hacia abajo y después hacia arriba. Se encontraba en un segundo piso; desde la planta cero subía por la escalera una procesión de muertos, una especie de Santa Compañía de alumnos destinados a septiembre. Por encima parecía estar desierto, pero ella sabía que ni aun llegando a la escalera de incendios o a la azotea estaría a salvo: la primera iba a dar al patio, cerca del aparcamiento pero a este lado de la línea de pellejos, mientras que la segunda no colindaba con ningún otro bloque. El instituto era un edificio abrazado por un jardín con bancos de piedra blanca, cúbicos, donde los enamorados y los amigos solían dejar sus mensajes de lealtad eterna para ser borrados con la llegada del nuevo curso merced a una mano de pintura. Por más que lo intentase, no lograría llegar al edificio más cercano de un salto. Tendría que ser una heroína de anime para conseguirlo, y Blanca no tenía los ojos tan grandes.

Entonces se le ocurrió una idea. Por la escalera del fondo, la de mantenimiento, podría bajar hasta la sala de profesores. Había una salida directa al aparcamiento desde allí. Todos los alumnos la conocían, ya que veían salir con envidia a los maestros con las llaves de sus coches desde las ventanas. Y una vez en el aparcamiento...

No lo pensó dos veces. Se descalzó, dejando los zapatos de tacón junto al pasamanos de la escalera (puede que sirvieran de cebo para llamar la atención de los pellejos, aunque eran tan bonitos que le dolió en el alma perderlos), y corrió como nunca antes en su vida hacia la escalera de mantenimiento. Bajar fue fácil; sólo dos pisos de puro terror, de ruidos detrás de las puertas y un hedor a putrefacción que superaba con mucho su trauma de la niñez (cuando se quedó encerrada en el garaje durante veinticuatro horas con la única compañía de un gato muerto), y llegó a la sala de profesores.

Al darse cuenta de que no estaba vacía, chilló.

Una mano le taponó la boca. Su tacto era cálido, no frío, y pertenecía a alguien cuya ceja única y grandes músculos eran bien conocidos en el centro.

—¡Mmmprofesor Nnninndaro! —gritó a través de su mordaza de dedos.

—¡Chissst! ¡Cállate, niña, ¿es que quieres que nos descubran?!

Tindaro la apretujó contra una pared y cerró la puerta, echando un rápido vistazo para ver si la habían seguido.

—¿Por qué está aquí? —preguntó Blanca en un susurro furioso, en cuanto pudo hablar—. ¿Por qué no ha usado la ruta de escape del aparcamiento?

Él la miró de arriba abajo, como quien valora a un maniquí, y cogió una bolsa de deporte.

—¿La ruta de... qué? Has visto demasiadas telenovelas, guapa.

—Eso no contesta a mi pregunta.

—Todavía no puedo marcharme —respondió en voz baja pero enérgica—. Tengo un trabajo pendiente.

—Qué machote —se burló ella—. «Tengo un trabajo», como si fuera el maldito Castigador.

—Creía que las *fashion victims* no leían esa clase de cómics.

—He salido con muchos chicos. —Blanca cruzó los brazos—. ¿Cómo sabía lo que iba a pasar? ¿Por qué nos advirtió que no viniéramos al instituto, a mis amigas y a mí, pero no se lo dijo a la asociación de padres, o a la prensa, o al maldito ejército? ¡El instituto es un matadero!

Tindaro la observó con condescendencia, como si no fuese un vulgar profesor harto de horas de gimnasio, sino un ser increíblemente antiguo y sabio que odiase abundar en los sobreentendidos.

—Al fin se han abierto las puertas. Llevo esperando esto muchos años, aguardando en la sombra a que se diera la conjunción adecuada de eventos. Y por fin está aquí, la Gran Alineación. Las profecías escritas hace milenios tenían razón. Sólo nosotros podremos hacer algo para evitar el desastre total.

—¿Nosotros?

Tindaro le puso una mano en el hombro. El corazón se le aceleró, acusador.

—Tú y yo, Blanca. Y tus amigas también. Somos los verdaderos responsables de esta tragedia. Ahora hemos de unirnos para derrotar al Maligno, no podemos fallarles a los que confían en nuestra pericia.

—Yo... yo sólo quiero irme a casa...

—No, Blanca, no quieres. Mírate. Mírate a ti misma, y dime qué ves.

Cuando bajó la vista, sufrió una conmoción. Ya no vestía su traje rompecorazonas número veintiséis, con más espacios abiertos y ventanas al interior que tela cubriendo su piel, sino un mono ajustado, amarillo yema, de protagonista de película oriental. Y colgando del brazo no llevaba un bolso, sino una funda de espada de la que sobresalía un mango largo, dividido en rombos negros y blancos.

Había visto muchas espadas como aquélla para no reconocerlas al instante, aunque nunca hubiera empuñado ninguna. Su tacto se le antojó cálido, tierno, casi sexual.

—¿Qué... qué está pasando aquí?

Su cerebro se reveló. Tenía que ser un sueño. El componente de extravagancia era demasiado elevado, incluso para lo que estaba ocurriendo fuera.

—Eres una campeona —afirmó Tindaro—. La que este instituto necesita para vencer la maldición. Ahora, Blanca, presta atención.

Blanca prestó atención. Le prestó toda la que tenía y sin intereses. Y cuando el profesor terminó de hablar, supo lo que debía hacer. Y también que no lucharía sola.

Las puertas de la sala se abrieron y sus tres amigas, Ana, Bea y Jessica, entraron

pavoneándose de sus nuevos uniformes, como si hubiera una cámara oculta grabándolo todo. Ana vestía un bikini de combate que apenas le protegía las caderas y poco más. Una faldita corta azul, un *piercing* en el ombligo con forma de dragón y un bastón rematado por dos cuchillas de acero completaban su atuendo. Bea tampoco había sacrificado ni un ápice de su sex-appeal por ganar blindaje: su armadura recordaba una bandada de pájaros lanzándose al vuelo, partiendo de sus caderas y acabando engullidos por la voraz nada de su escote. Dos nunchakus giraban en elegantes cabriolas mientras coqueteaban con sus codos y sus manos. Jessica parecía una mezcla entre un caballero medieval europeo y un samurai, con una armadura completa coronada por una diadema y una lanza que combinara los registros de ambas culturas.

—¡El cuarteto de la muerte del instituto Reikibuom, listo para la lucha! —gritaron a la vez, adoptando una pose marcial.

Blanca miró hacia abajo, a la espada que tenía en la mano.

—¿Esto es real? —le preguntó—. ¿Está pasando de verdad?

La espada no le respondió. Permaneció allí, entre sus manos, con aire prepotente. Cuando alzó la vista, Tindaro había desaparecido y la puerta que daba al pasillo estaba abierta. Legiones sin fin de muertos vivientes corrían hacia ellas por un túnel angosto, con Oscar a la cabeza, ansiosos por deslizar sus pútridas extremidades por los crepitantes filos de aquellas armas sin parangón.

Las cuatro chicas, transformadas en algo más que humano y menos que onírico, más que probable y menos que imposible, se plantaron en frente de las inacabables hordas de pellejos, aferraron sus armas y las aprestaron a la lucha. Blanca gritó algo en japonés y las otras contestaron con una consigna. En el centro de su cerebro estallaron grandes fuegos artificiales. Los filos brillaron a la luz de los focos antes de volar hacia los enemigos. El

(¿sueño?)

mundo se convirtió en una catarsis de hormonas desatadas, dentelladas putrefactas, cráneos que se partían, jovencitas volando en cámara lenta sobre las cabezas de los zombis y volteretas que acababan en amputaciones sin fricción ni sonido. Explosiones de sangre que vistieron con encajes de bolillo las paredes, miembros que rodaron por el suelo, delirium trémens en su vertiente más gore, vísceras colgando de las lámparas, katas sangrientas festoneadas de cuchillos, maniobras acrobáticas entre océanos de garras extendidas y

048

nubes y rayos de una luz que parecía líquida, vertiéndose sobre ella cuando...

—¡Blanca!

... la masa de pellejos, el ente colectivo, el enemigo sin mente ni nombre propio, se abatió sobre sus amigas y las devoró entre monzones carmesíes invocados por su catana...

—¡Blanca, despierta!

Paf, paf. Dos bofetones en su cara. Sus ojos se entreabrieron un momento para distinguir una silueta afilada. No, no era una catana. Parecía más bien... algún tipo de jeringuilla.

—Puede que me haya pasado con la dosis —dijo Zurek—. El propofol es muy fuerte.

—¿Puede? —Natalia arrugó la frente. Blanca tenía los ojos abiertos, pero estaba como borracha, con las pupilas bailando al son de una rumba y saliéndose por el borde de los párpados.

—¿Do... dónde estoy? —preguntó a duras penas. El brazo ya no le dolía, pero tampoco sentía el contacto de la mano de Fulgencio sobre él. Un vendaje de aspecto profesional cubría la herida.

—Estás en el tren, cariño. —Natalia le acarició la cara—. Con nosotros.

—El ca... caballo...

—No es caballo lo que te hemos inyectado, tonta —sonrió el doctor—. Es sólo un derivado de la morfina que...

—¡No, coño! —se desesperó Blanca—. ¡El caballo! ¡Uno de verdad! ¡Estaba allí! —Trató de ponerse en pie, pero el mundo comenzó a dar vueltas.

—Mejor será que no te incorpores. Estarás como borracha durante un buen rato.

—¡Yo no estoy borracha!

Boum. Fue el sonido que hizo su cuerpo al caer al suelo. Fulgencio y Zurek corrieron a socorrerla.

—¿Lo ves? Todos los borrachos dicen lo mismo.

La sentaron otra vez en la silla. Blanca miró al infinito, reuniendo datos en su cabeza sobre lo que había pasado, y se sobresaltó.

—¿¡Dónde está Pere!?

Los demás apartaron durante unos momentos la vista. Ninguno respondió.

Los ojos de Blanca se llenaron de agua.

—No... no me dirás que...

Fulgencio le sujetó una mano entre las suyas, con una estudiadísima pose católica que había perfeccionado en sus años como pastor. Aquélla fue la confirmación definitiva de que Pere había muerto.

Blanca lloró amargamente en su hombro durante un rato. Su boca estaba tan abierta y sus gemidos eran tan espaciados que en más de una ocasión se quedó sin aliento, y le sobrevino un acceso de tos seguida de mocos. Fulgencio la consoló lo mejor que pudo, pero no apartó la vista en ningún momento del libro que sostenía Gael.

El monstruoso ojo de la solapa estaba fijo en él.

—Si sabe algo sobre lo que está pasando o lo sospecha, Fulgencio, creo que va siendo hora de que nos lo cuente —sugirió el doctor. Los demás lo miraron, expectantes.

El sacerdote asintió.

—No es más que una teoría, pero...

Gael se encolerizó.

—¡Da igual! ¡Queremos saberla!

Señaló al libro con un dedo tembloroso.

—Ese ojo... es en realidad un Sello. El primero de siete —reveló, y en el mundo exterior se escuchó un trueno lejano, un estampido que desgarró la noche como un zarpazo.

047

La ISS perdió durante breves segundos el suministro eléctrico. Una ola de oscuridad recorrió los módulos, apagando secuencialmente las luces y dejando en silencio hasta los sistemas fundamentales, los de mantenimiento de vida. Durante unos momentos que parecieron eternos, sus tripulantes miraron hacia su «arriba» particular, en la dirección en la que tiraba de ellos la fuerza centrípeta, y contemplaron las lámparas muertas como si fueran heraldos del desastre.

Cinco segundos después, más o menos cuando sus corazones estaban ya en el umbral del infarto, la electricidad regresó, y con ella la luz y el (escaso) calor.

046

—¿Qué coño ha pasado? —preguntó Piotr, saliendo del anillo de gravedad de los módulos en rotación y accediendo al eje central, donde la ingravidez era dueña y señora del complejo.

Claudio llegaba flotando en sentido contrario, a través del difícil conducto del QUEST, agarrado a un Herbie (pequeños drones flotantes desarrollados por la ESA para servir de herramientas para todo, y con capacidad de propulsión autónoma).

—¡Acabo de hacer un diagnóstico de sistemas! —dijo el italiano. Estaba sudando, pese a los diez grados sobre cero que imperaban en la estación—. Todo parece normal. Los generadores se han reiniciado por sí solos.

—¿Pero qué ha sido? ¿Un asteroide? ¿Un fallo en la pila?

Claudio sacudió la cabeza. El Herbie se le escapó de las manos y permaneció flotando a un lado, aguardando instrucciones. Sus algoritmos de inteligencia le

permitían entender órdenes complejas, como «busca a la tripulante Eve y dile que venga» o «examina el cableado de la sección doce por si hay algún fallo, y si lo hay, repáralo».

—No... no lo sé. No parece existir ninguna causa razonable para ese fallo. La energía desapareció y luego volvió, eso es todo.

El capitán lo miró con preocupación.

—Eso es todo —repitió.

—Eso es todo.

—Pues esa respuesta no me vale. Si algo no tiene explicación, significa que podría volver a ocurrir en cualquier momento. Yo...

—Capitán, acuda a control de inmediato —irrumpió la voz de Eve, surgiendo del Herbie. Era una forma de economizar energía, más que usando el sistema de megafonía interna—. Algo se acerca a nosotros, en trayectoria tangente.

—¿Algo? ¿Cómo que «algo», Eve?

Las lucecitas del dron titilaron.

—Mejor que lo vea usted mismo, señor.

—Genial. —Piotr se dirigió a Claudio y le puso una mano tranquilizadora en el hombro—. Por favor, regresa al generador y haz otro chequeo. Yo iré en cuanto vea qué ocurre. Tenemos que aclarar este misterio o la próxima vez que se apaguen las luces podrían no volver a encenderse otra vez. No podemos correr ese riesgo.

Claudio asintió y se agarró al dron.

—Llévame al generador —ordenó, y el pequeño aparatito activó sus hélices, remolcando al italiano estación adentro. El capitán se apoyó en los garros y se lanzó de cabeza en dirección contraria, rumbo a la sección de mando.

Estaba deseando saber qué era eso que se acercaba, y que tanto preocupaba a Eve. Y rogó porque, para variar, tuviera una explicación lógica.

045

Muy, muy lejos de Fulgencio y de Natalia y de los demás, y muy atrás, en las profundidades del túnel, un bulto con forma de ser humano había caído sobre las vías, rebotando innumerables veces, hasta quedar encajado entre dos traviesas. Permaneció inmóvil bastante tiempo, jadeando, haciendo acopio de fuerzas... pero al final levantó una mano invisible en la oscuridad que lo bañaba y se arrastró hasta el arcén.

El sonido del tren que se alejaba acabó por desleírse también en la negrura.

—La idea me vino a la mente inspirada por Dios —comenzó el padre Fulgencio—. O eso creí en un principio. Es una explicación absurda, disparatada, pero la encontré muy cabal después de toparme con las marabuntas de pellejos que vagaban por los campos.

»Durante los primeros meses de la infección, cuando los muertos se levantaban por todo el mundo y los gobiernos no daban abasto para controlar el desastre en que se estaba convirtiendo nuestra civilización, vi a un montón de científicos y de militares yendo de un lado para otro, disparando contra todo lo que se moviera y metiendo los restos en probetas. Vi laboratorios móviles que eran como tanques enormes, y pueblos enteros acordonados por tipos vestidos de caqui. Tenían unas ametralladoras gigantescas, montadas sobre sus vehículos verdes, que vomitaban lenguas de fuego de un metro de largo cuando disparaban. Y bien que las vi disparar, sí señor. Cuando los militares todavía creían que el asunto de los pellejos era cosa de un virus que se extendía sin control, pensaron que podrían aislarlo, contenerlo como a una pandemia, pero no fue así. Hubo días trágicos en los que pude ver, desde las montañas, cómo los aterrorizados habitantes de esos pueblos trataban de escapar del cerco en sus cuatro por cuatro y sus coches familiares, y eran bombardeados sin piedad por aquellas ametralladoras. Los carros de combate entraron arrasando en las calles, aplastando con sus orugas los coches aparcados y los camiones de reparto de leche. Apuntaron a los ciudadanos que huían y los redujeron a pulpa con sus balas. Luego vinieron los aviones, dejando caer bombas terribles, que convirtieron los campos fértiles en lagos de lava y el aire mismo en fuego. Nada quedó de aquellos pueblos, pero su sacrificio fue inútil. Inútil. Yo ya lo veía venir, ¿pero cómo convencer a los tipos de las batas blancas y a los de los uniformes de que aquello no tenía nada que ver con la ciencia ni con el terrorismo?

»Por aquel entonces, yo ya tenía una teoría sobre lo que en realidad estaba pasando, pero no me atreví a comentarla con nadie (ni siquiera con otros miembros de la Iglesia que encontré en mi peregrinaje) hasta que no estuviese totalmente seguro. No era cuestión de añadir más leña a la paranoia en un mundo que de por sí se estaba convirtiendo en un huracán incontrolable de saqueos, fanatismo y muerte.

»Recuerdo que, cruzando por la calle mayor de uno de aquellos pueblos abandonados, pasé por delante de un cine. Estaban echando una película antigua, de ésas en blanco y negro, de un tal Bergman. Nunca he sido muy aficionado al cine, siempre me disgustó el saber que todo lo que veía en la pantalla eran mentiras, trucos que empleaban los técnicos para engañar al público... pero el título de aquella película me impactó. El séptimo sello, se llamaba. Creo que fue aquel cartel, con un

actor vestido con una capucha negra y otro metido en una especie de cárcel, lo que me abrió los ojos. Y lo vi claro.

»Lo que estaba sucediendo en el mundo no tenía nada que ver con ningún virus, ni con ataques terroristas ni invasores extraterrestres, como un feligrés medio chalado me llegó a sugerir. No, era algo mucho más antiguo, la constatación de que las Escrituras no mentían cuando proclamaban que llegaría una fecha crucial para la Humanidad, en la que los muertos, literalmente, se levantarían de sus tumbas para buscar a Dios. Pues bien, ese día ha llegado. El problema es que los ana listas siempre pensaron que aquellos textos, escritos originalmente en griego y no en arameo, como mucha gente cree, se componían de metáforas, de sueños que los apóstoles tuvieron sobre el más allá y que transcribieron en sus papiros. Pero estábamos equivocados. El dominio del pensamiento racional en el siglo veinte no nos dejaba admitir en voz alta la opción más probable. No eran alegorías, ni metáforas, sino profecías textuales de lo que iba a acontecer cuando llegase el Día del Juicio Final...

Blanca, Natalia, Gael, Zurek, e incluso el bebé sin nombre, permanecieron en silencio, mirando a Fulgencio, mientras éste prolongaba su pausa dramática. Era un recurso que a veces empleaba en los sermones para que sus palabras impactasen más profundamente en los oídos de los feligreses, pero en esta ocasión no lo estaba usando conscientemente. Había expuesto su idea lo mejor y más claramente que había podido, y era hora de que los demás la evaluaran. No tenían ni siquiera por qué creerle; al fin y al cabo, la primera prueba que él mismo obtenía de su hipótesis era aquel libro misterioso, y no estaría seguro al cien por cien hasta que pudiera acceder a sus páginas y leer su contenido.

Gael, que había permanecido todo el tiempo de pie, tuvo que tomar asiento.

—¿Nos está diciendo... —balbuceó— que lo que está pasando ahí fuera... por todo el planeta... es la llegada del Apocalipsis? ¿El de verdad, el de Juan el Viejo, el último libro de la Biblia?

Fulgencio se rascó la barba. Él mismo parecía un evangelista, reunido con sus escribas en petit comité para dictarles una nueva versión de ciertos pasajes.

—¿Por qué no? —encogió los hombros—. Al fin y al cabo, ese libro se escribió para preparar a los cristianos para la última intervención de Dios en los asuntos humanos. Y vaya intervención, si me permiten decirlo. En aquella época, cuando vivieron los evangelistas, era muy normal que los textos sagrados incluyesen grandes intervenciones divinas en los asuntos de los hombres. Recuerden a los griegos, sin ir más lejos. Hoy en día, ninguna de las religiones de nueva hornada se arriesga a profetizar milagros cercanos en el tiempo y demasiado universales, para no caer en el ridículo ante el análisis científico.

—Eso es verdad —admitió Zurek—. Es lo que siempre pasa. Cada vez que una religión anuncia que se está produciendo un milagro en alguna parte, en seguida van los científicos para analizarlo y destruirlo a gusto. Ninguna religión puede con eso.

—¿Será porque los milagros no existen? —aventuró Gael.

—Puede ser. Incluso cuando la Santa Iglesia tuvo que revelar por fin a la opinión pública cuál era la tercera profecía de Fátima, mantenida en secreto durante tantos años, optaron por decir que era un acontecimiento que ya había ocurrido, el intento de asesinato de Juan Pablo, y que por lo tanto era irrefutable. Si llegan a afirmar que era algo que estaba por acontecer, que no había sucedido aún, no habrían podido encajar el ridículo ante la prensa y la comunidad científica si tal profecía no se llega a cumplir. Se cubrieron bien las espaldas.

—Bueno, yo sí creo que los milagros existen —objetó Fulgencio, reconduciendo la charla a su terreno—. No hay más que mirar ahí fuera para comprobarlo. Los muertos se están levantando, los cuatro jinetes campan a sus anchas por el mundo repartiendo plagas y desastres... Y ahora, ese libro.

Todos miraron al tomo, que Gael por fin se había atrevido a abandonar en un rincón, apoyado de pie contra una de las esquinas del coche.

El ojo brillante los miró a ellos.

—Pero esto... esto plantea un grave problema a nivel filosófico —caviló Zurek, el menos religioso de todos—. ¿Se dan cuenta? La religión cristiana no es la única en albergar profecías escatológicas que hablan del fin del mundo. Hay muchísimas religiones por ahí que las tienen, desde las que siguen vigentes hoy en día hasta las que se extinguieron en algún momento de la Historia.

—¿Y qué? Puede que esta hecatombe sea la suma de todas esas profecías, de mil religiones distintas —dijo Natalia, tímidamente. Ella conocía bien las Escrituras, pues las había leído muchas veces en su etapa de profesora de catequesis, pero no se consideraba una erudita ni una teóloga como para ponerse a sacar conclusiones.

—Podría ser, sí... pero si el padre Fulgencio está descubriendo símbolos que son exclusivos del acervo mitológico cristiano, que no están en el musulmán, por ejemplo —señaló al libro—, eso valida al cristianismo por encima de las otras religiones. Todas creen que llegará un juicio final, vale, o algo muy parecido, pero si ese juicio final se manifiesta a través de la simbología descrita por un dogma concreto... ello implica que los demás estaban equivocados. Eso es lo malo de las religiones, que al intentar explicarlo todo, desde el origen de las cosas y del universo hasta su final, son excluyentes unas de otras.

—Es decir, que o bien el mundo es plano y navega sobre el caparazón de una tortuga, o bien fue creado por Dios en siete días —comprendió Gael—, pero no ambas cosas a la vez.

—Exacto. O también podría ser... —El doctor se quedó durante un segundo con la vista prendida del infinito. Su mente psicoanalítica volvió a instalarse en la torre de control de sus razonamientos—... que estemos viendo estos símbolos, este libro con siete sellos y ese caballo albo que describió Blanca, porque nuestra mente lo interpreta así. Puede que estemos llegando a la última Intervención Divina, como postula Fulgencio, pero que sea diferente según quien la observe...

—¿Quiere decir que los tíos esos del Dial de Oraciones están viendo ovnis enormes por todas partes, en este mismo instante? —se asombró el argentino. Él y Natalia cruzaron una mirada.

—No sé quién es esa gente ni cuáles son sus creencias —continuó el doctor—, pero supongo que si forman parte de una secta de éstas que conciben el fin del mundo a través de contactos masivos del tercer tipo, sí, supongo que estarán avistando platillos volantes por los cielos del mundo.

—Qué alucine...

Fulgencio gruñó.

—Eso no es más que una teoría.

—Igual que la suya, padre —sonrió Zurek.

—Sí, pero dígame una cosa... —Fulgencio se levantó de la silla, fue hasta el otro extremo del vagón y recogió el libro del suelo. Los demás se estremecieron—. ¿Podría tocar con mis manos una teoría si no fuese cierta? —Recorrió con los dedos la tapa roja, que parecía palpar con vida propia, irradiando calor y una especie de zumbido que resonaba en el alma, no en los tímpanos—. ¿Estaría viendo esta... cosa... este objeto sagrado, y notando su peso en mis manos, si mi interpretación no fuese la correcta?

Zurek no respondió a eso. Realmente, hasta que no averiguaran si otros creyentes en otras mitologías no habían encontrado objetos de poder similares, no podía seguir argumentando, ni a favor ni en contra.

—Un filósofo dijo una vez... —recordó Zurek—, que el ser humano no es más que un gusano en la tripa de Dios. Por eso sólo puede asimilar dos perspectivas de Él: si mira hacia arriba, a la boca, verá luz y sentirá el aire fresco y dirá «eso es el Bien»; mientras que si mira hacia abajo, a los intestinos y a la mierda y la oscuridad, dirá «eso, sin duda alguna, es el Mal». Pero esto no implica que, si en realidad hay un Dios ahí fuera, llámelo Alá, materia oscura o como usted prefiera, no posea más perspectivas aparte de las dos que nosotros podemos ver.

—Me parece que el mundo se está alejando del tracto digestivo y está cayéndose por el desagüe lleno de mierda de ese dios —se lamentó Gael—. Y los malditos esfínteres están cerrados.

El comentario provocó la risa del propio Gael, pero también le valió una mirada ceñuda y feroz del padre Fulgencio.

—Si todo eso que usted dice sobre el Apocalipsis es verdad, ¿qué cree que es en realidad ese libro, padre? —preguntó Blanca, medio borracha aún por los efectos de la droga—. ¿Qué significa?

Fulgencio se quedó inmóvil, paralizado, como un niño jugando a las estatuas. El

libro había comenzado a vibrar en su regazo, y mientras el segundo de los siete ojos se abría, él recitó las palabras:

—«Vi a la derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos. Y cuando el Cordero abrió el primero de los sellos, miré y vi un caballo blanco...».

—¿Lo veis, veis como no estoy loca? —exclamó Blanca, furiosa—. ¡Os dije que había un maldito caballo!

Todos menos el sacerdote se alejaron con miedo del libro. El segundo ojo era distinto del primero, tanto en el color como en la apertura y la forma del iris. Éste tenía un rasgo animal, de ofidio, y era ahusado en los extremos y rematado por dos puntas negras, en lugar de circular como el de los humanos. Su color fluctuaba entre verdinegro y ocre, y despedía un fulgor que dañaba si se lo miraba de frente y que ninguno de ellos pudo describir, pues no había arco iris en la naturaleza capaz de albergarlo.

Las solapas del libro se separaron un milímetro, relajando su titánica presión sobre las hojas, y Fulgencio creyó escuchar una voz que le hablaba desde muy lejos, en una lengua desconocida.

En ese momento, sucedieron varias cosas.

042

El tren frenó, con tal fuerza que la luz que generaron sus ruedas al herir las vías iluminó como un foco de gran potencia las paredes del túnel. Esas paredes desaparecieron al momento, pues fueron sustituidas por el espacio abierto de una estación término, sin carteles ni puestos de golosinas ni de venta de cupones de la ONCE. Sólo un muelle para trenes, un puerto en el que desestibar al final de la larga carrera. Las ruedas, al rojo vivo, despidieron humo y un resplandor rojizo, infernal.

Los ocupantes del metro, que no se esperaban aquella sacudida, se agarraron a lo que pudieron para evitar salir despedidos. Algunos, como Blanca y Gael, tuvieron la suerte de ser lo suficientemente rápidos o de tener un asidero tan cerca como para conseguirlo, pero los demás salieron volando de sus asientos. Natalia cayó de bruces al suelo y el bebé se le escapó de las manos, lanzado a gran velocidad contra la puerta de conexión con el otro coche. Natalia lo vio alejarse casi en cámara lenta, sabiendo que no podría cogerlo. A sus ojos les dio tiempo de humedecerse pensando en el inmenso daño que estaba a punto de recibir el chiquillo...

... hasta que un cuerpo cayó de costado frente a él, amortiguando el impacto y salvando al bebé de la muerte. Era la barriga de Fulgencio, blanda y fofa, un colchón en el que se hundió su cabecita sin sufrimiento. El sacerdote sonrió, acunando al bebé en sus brazos. Había tenido que soltar el libro para tirarse al suelo, pero el tomo,

imposiblemente, había caído de pie y permanecía erguido sobre el canto de las páginas como un monolito rojo.

El doctor Zurek, que se había dado un buen golpe al salir despedido por el frenazo, se restregó la sangre de la cara (le manaba de un corte bastante profundo en la sien), y utilizó un pañuelo que guardaba en el bolsillo de atrás del pantalón para secarla. No era desechable, sino de tela, a la antigua usanza, con las siglas «LA.V.» cosidas en hilo dorado.

Pero eso no fue todo.

La puerta de acceso al vagón matadero se abrió. Y a su través, los supervivientes pudieron ver cómo un caballo blanco (sí, sí, albo, igual que el que la adolescente había descrito en su delirio, pensó Fulgencio) piafaba elevando ambas patas del suelo, relinchaba con un sonido de trompetas celestes, y se lanzaba trotando hacia ellos, a toda velocidad. A su paso, los torsos humanos estallaron en bolas de fuego, los pedazos de *puzzle* del suelo se congelaron hasta parecer restos de una nevada tardía en alta montaña, y la pellejuda del traje de fiesta asistió como una espectadora a su propio desmembramiento, a medida que los cascos del animal la partían en pedazos.

Los humanos gritaron de miedo y se protegieron la cabeza con las manos, pues el encabritado animal estaba a punto de pasarles por encima a ellos también, pero en el último segundo el caballo efectuó un giro en su loca carrera y salió por la puerta principal del vagón, perdiéndose en el andén. El sonido de sus cascos aún retumbó en las paredes mucho tiempo después de que a su figura albina se la hubiese tragado la oscuridad.

La cabeza de Gael se levantó la primera, el cuello largo y delgado como el de un tití de la selva amazónica. Miró en derredor y no movió un músculo más hasta constatar que había vuelto la calma.

—Se ha ido —anunció.

Otras cabezas comenzaron a asomarse por encima de las murallas de brazos. Natalia corrió hasta el bebé y lo recogió de brazos de Fulgencio, besándolo y dando gracias a la Virgen por protegerlo. Zurek miró con frustración su pañuelo, antes amarillo y ahora carmesí, sin saber cómo doblarlo para que no le manchase los pantalones. Blanca fue la única que se asomó por la puerta.

—Es una estación... —Miró hacia el vagón de cabeza y delante de él vio un muro. Se había parado justo al final de la línea—. Estamos en el final del trayecto, sea donde sea.

masajeó una pierna. Luego la otra. Después un brazo y por último la pelvis. Andaba encorvada, como si su cuerpo hubiese olvidado la combinación de músculos y articulaciones que había que mover para erguirse, y debido al dolor no se atreviera a hacer experimentos.

Las contusiones le dolían, pero después de mucho masajearse los miembros y de tocarse en los costados y en la nuca, había llegado a la conclusión de que no tenía nada roto. Alguna costilla, tal vez, pero nada que le impidiera seguir moviéndose. Eso era un verdadero milagro, pensó, y no ese rollo del libro con ojos, cuando alguien se cae de un tren en marcha y da más botes que el Correcaminos antes de incrustarse entre dos malditas traviesas.

Pere siguió andando, con una mano siempre pegada a la pared. Sus ojos se habían habituado a la oscuridad, lo cual no estaba muy seguro de lo que significaba. No parecía haber luz, ni la más mínima fosforescencia en aquel túnel helado e interminable, por lo que debía de estar mirando la negrura y dándole forma en su cabeza. Su cerebro jugaba con una plastilina de tinieblas (tan negras que sólo podían percibirse al tacto) y cada cierto tiempo sacaba un «¡voilà, escalón al frente!», seguido por un «¡voilà, nicho oculto en el muro!». Pero mientras sintiera la pared y pudiese seguir colocando un pie delante del otro, todo iría bien. Tarde o temprano llegaría a alguna parte.

O eso esperaba.

040

Los seis ocupantes del tren abandonaron su singular medio de transporte y se desperdigaron por la estación término. La primera apreciación que Zurek había hecho de ella era correcta: no parecía haber sido construida por el hombre. Parecía más bien lo que en psiquiatría llamaban un espejismo bicameral, es decir, una alucinación que apenas posee rasgos en común con el mundo real, pero que se apoya en la predisposición del que la imagina para ocultar sus incoherencias. Zurek había bautizado a ese fenómeno «mirar de soslayo», y no era en absoluto exclusivo de sus pacientes. Todas las personas, incluso las más cuerdas, miraban de soslayo a menudo. En sueños, por ejemplo. Él solía decir que el universo onírico que se creaba en la mente de los soñadores era un decorado sin detallar, una tramoya sostenida por cuerdas sensibles a las experiencias diarias. La escena de una película contemplada siempre en un difuso plano general. Pero si uno la miraba de cerca, fijándose en los detalles, entonces obligaba al cerebro a crearlos sobre la marcha para no verse atrapado entre la espada y la pared. Zurek solía aconsejar a sus pacientes que no distinguían entre el estado de sueño y el de vigilia: «Cuando no sepáis si estáis dormidos o despiertos, mirad de cerca. Acercad la cabeza a las cosas que haya a

vuestro alrededor y miradlas con detenimiento. Si los detalles están difuminados o son confusos, entonces es que tenéis los ojos cerrados».

Aquella estación le recordaba ese efecto de espejismo bicameral. Parecía un andén normal, con espacios para las máquinas expendedoras y para los kioscos, para los carteles publicitarios e incluso para los bohemios que se sentaban a pedir limosna con una guitarra. Pero sólo eran espacios. Ninguno de aquellos elementos estaba presente, aunque el decorado aguardaba por ellos.

—¡Ahí, una salida! —exclamó Natalia, señalando al nacimiento de una escalera protegida por controladoras de billetes.

El doctor probó la resistencia de la barrera. En efecto, estaba bloqueada. Saltó por encima y ayudó a los demás a pasar. Gael esperó al último lugar, dudando como si olvidara algo importante. Y cuando recordó lo que era, los demás ya estaban desapareciendo escaleras arriba, sin esperarle.

—¡El libro!

Natalia se volvió para mirarlo.

—¡Nos dejamos el libro! ¡Es lo más importante que hemos encontrado hasta ahora, y nos lo hemos olvidado en el tren!

—No es lo más importante, maldito egoísta —dijo ella con una calma que se le antojó espeluznante. Abrazando al bebé, subió a toda prisa las escaleras.

Frustrado, Gael permaneció allí un minuto más, inmóvil, debatiéndose entre la necesidad de ver la luz del sol y salir de aquellos malditos túneles, y la urgencia por volver atrás y rescatar el libro de aquel vagón vacío. Desde un primer momento lo había atraído más que a ninguno de los otros, no sabía por qué, y la idea de dejarlo abandonado allí, para que cayera en manos de cualquiera («¿qué cualquiera?», se rió la vocecilla de su mente; «¿los pellejos lectores de la Real Academia de Pellejos?») se le antojaba insoportable.

Mientras Gael se debatía en ese profundo dilema, los demás salieron a la superficie. Zurek fue el primero en notar el sol, parapetado tras dos ejércitos de nubes que libraban una batalla inalcanzable en las alturas. Sus lanzas de luz se filtraban por los agujeros en el escudo de nubes y caían sobre una tierra silenciosa, gris, desprovista de sonidos y de movimiento.

Zurek oteó en derredor desde la salida del metro. Estaba en una calle sin rasgos distintivos, flanqueada por edificios bajos, de no más de dos plantas, pero que habían caído, todos y cada uno de ellos, presa de una vegetación agresiva, usurpadora, jurásica, antinatural. En efecto, cada bloque de viviendas que se divisaba desde allí estaba cubierto por un manto de enredaderas que lo hacía parecer una de aquellas viejísimas pirámides mayas, reclamadas por la naturaleza una vez que sus constructores hubieron desaparecido de la historia.

La calle escalaba una pequeña colina antes de desmembrarse en un cruce de tres vías, y detrás de esa elevación no se veía nada, sólo llegaba un rumor cadencioso, relajante, de ir y venir de olas.

—Por el tratado de Ferris —masculló Zurek—. ¿Qué le ha pasado a Madrid?

039

—No creo que estemos en Madrid, ni cerca de ella... —dijo Fulgencio, acercándose a uno de aquellos mausoleos de vegetación, a aquellas montañas de enredaderas.

—Tenga cuidado, no se aleje —advirtió el doctor—. Esos bloques podrían estar infestados de cadáveres.

—Los pellejos buscan la luz del sol, no la oscuridad —dijo el sacerdote, introduciendo una mano en el manto verde. Docenas de insectos tamborilearon con sus patitas sobre la hojarasca y la red de lianas, asustados por la intromisión de un ente ajeno a su microcosmos.

—Claro que buscan la luz —se estremeció Blanca, comprendiéndolo por primera vez—. Miran al cielo porque... porque...

—Se han levantado de sus tumbas, y no encuentran a Dios —completó Natalia, derramando una lágrima. Era un asunto demasiado cruel, demasiado fiel a sus creencias y miedos infantiles como para darlo por cierto. Pero allí estaba. Por mística y anticientífica que fuese, la explicación de Fulgencio cobraba fuerza: la Biblia aseguraba que los muertos se levantarían de sus lechos en el último Día. Y, literalmente, lo hicieron, en el mismo grado de putrefacción en que estuviesen en ese momento. Que ella recordara, el Apocalipsis no abundaba en detalles sobre este hecho clave en el dogma cristiano, la resurrección de los muertos. En ningún pasaje decía que los resucitados volverían con un cuerpo nuevo y lozano, henchido de vida y de juventud. Sólo vaticinaba que se levantarían de los cementerios para adorar al Señor.

Eso era lo que hacían los ejércitos de pellejos por todo el planeta, pensó con una profunda contracción de su corazón; vagaban de un lado para otro mirando al cielo, buscando a su Creador. Y por lo que parecía, aún no lo habían encontrado.

Natalia se dejó caer en la calzada de aquella carretera abandonada, entre pecios oxidados de coches de lujo y autobuses escolares siniestrados. La locura por huir de los enclaves habitados había provocado casi más muertos que la represión militar. Un camión de obra se había salido de la carretera tras embestir a un turismo y había impactado contra uno de aquellos autobuses. Los cadáveres triturados de sus ocupantes (demasiado molidos como para remedar la vida, aunque los trozos más grandes hacían lo posible por arrastrarse) yacían cruzados sobre los asientos de vinilo como una hemorragia al sol, detalles de matanzas ensamblados como las ilustraciones de un vademécum de cirugía plástica. La carga de un camión cisterna, incontables litros de gasolina que habrían valido una fortuna en otro tiempo, formaban su propio Guadalquivir sobre el asfalto, calentándose al sol y dejando en el aire una nube de

toxinas que hacían escocer los ojos.

Allí sentada, entre dinosaurios de acero con costillas retorcidas que aún protegían sus estómagos, ventanillas rotas, espolones cromados y granizadas de vidrio que se escarchaban sobre las caras de los muertos, Natalia dejó salir las lágrimas, toda la angustia contenida en su interior. Sus hombros se arquearon, preparándose para acoger el contacto de unos brazos cálidos, alentadores, ¡incluso los de su mezquino y traidor marido!, pero Gael aún no había asomado la cabeza fuera de la estación término. Tuvo que ser el estirado doctor quien la rozara con sus dedos, un contacto mínimo y distante pero infinitamente más agradecido que el del viento frío.

—¡Eh, venid, venid corriendo! —gritó Blanca, que se había alejado hasta coronar la elevación del terreno. Su silueta delgada estaba de pie sobre el cruce de carreteras, y señalaba frenéticamente a lo que había al otro lado—. ¡Tenéis que ver esto, rápido!

Fulgencio abandonó su examen de las plantas, recogió a Natalia y la ayudó a caminar. Zurek se adelantó, subiendo en segundo lugar la colina después de Blanca. Se quedó allí, inmóvil, mirando al otro lado, con una genuina e insólita expresión de perplejidad en el rostro, la primera que le veían componer desde que lo habían conocido. Fulgencio dedujo que, fuera lo que fuese lo que había descubierto Blanca, era tan impactante como para resquebrajar la máscara estoica del doctor.

El sacerdote escaló los últimos metros jadeando. Con toda la tensión de las últimas horas, se sentía como aquel corredor de fondo que acabó la maratón y cruzó la línea de meta sólo para morir de un infarto al otro lado. Pero al ver lo que ocultaba aquel horizonte lejano y limpio, libre del humo de los incendios y de los mausoleos en que se habían convertido las ciudades, su corazón hizo lo posible por latir con más fuerza, al límite de sus posibilidades. Y su mente estuvo a punto de cruzar también esa frontera sin retorno.

038

Pere aún no había perdido la confianza. Le quedaba un poquito, pero ese poquito se iba evaporando a cada paso que daba como un pedacito de nieve al sol.

El túnel parecía no tener fin. Si realmente seguía estando en la red de Metro de la capital, debería de haber encontrado ya una parada. Las estaciones y paradas de cualquiera de las líneas, la roja, la azul, la marrón, todas, no estaban muy separadas unas de otras. Por eso los trenes circulaban a relativamente poca velocidad (no con la aceleración de bólido de carreras que se veía en las películas), porque tenían que ir deteniéndose cada poco tiempo. La única parada muy alejada de las demás era la que estaba situada en Barajas, pero le resultaba hartamente improbable que ése fuera el destino del tren matadero.

Pero él llevaba horas caminando, sintiendo cómo las costillas rotas le punzaban

las entrañas, y aún no había ni una chispa de luz.

Su pie tocó algo, un objeto que rodó por el suelo por efecto del puntapié. Pere se detuvo en seco. Palpó el suelo con la mano derecha (la izquierda la tenía siempre en contacto con la pared del túnel, no fuera a alejarse demasiado y tropezar con las vías) hasta que localizó un asa de cuero. Raspaba al tacto, como si estuviese dividida en pequeñas celdillas para generar fricción. Siguió el asa hasta su final, y lo que encontró fue un objeto metálico, frío, con aristas suavizadas y botones en un lateral. Era del tamaño de un puño, y por uno de los extremos le brotaba una especie de tubo acabado en un cristal redondo.

Una cámara fotográfica.

Pere la recogió del suelo y se incorporó. Una costilla le acuchilló por dentro, enviándole una corriente de dolor por el árbol de conexiones nerviosas hasta la cabeza. Pere se tambaleó, maldiciendo en arameo, pero aun así estaba contento de su descubrimiento. ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Era acaso el recuerdo de algún pellejo que vagaba por los túneles, de cuando estaba vivo y era algo más que un esperpento caníbal? Era más que probable que la batería estuviese agonizando, si no agotada por completo, pero aquellos cacharros tenían un modo de visión nocturna, y si aún le quedaba la más mínima chispa de vida, como dijo Víctor Frankenstein, podría conseguir que abriera un ojo para que fuera testimonio lapidario de su esperanza.

De repente se tensó. Algo se había movido en el túnel. Lo notó gracias a una débil corriente de aire que le golpeó la mejilla. Afiló los ojos, esforzando su capacidad de bucear en la oscuridad por encima del límite, y distinguió un contorno, un poco de cinética, un violento desgarre de siluetas en negro sobre negro.

No estaba solo.

Los dedos de Pere buscaron a tientas el botón de encendido de la cámara, mientras ponía terreno entre sus alucinaciones y él. Una vez, en una revista de temas militares llamada Calibre de la que era suscriptor, había leído un artículo sobre la preparación de algunos comandos en el arte de la oscuridad. Se pasaban días enteros con una venda en los ojos, sin quitársela ni de día ni de noche, para aguzar el resto de sus sentidos como los ciegos. Pere deseó haber hecho aquel cursillo, para que las yemas de sus dedos fueran tan sensibles como para leer Braille.

Al fin distinguió un botón, pequeño y muy poco sobresaliente, situado en el costado superior derecho del aparato con respecto a la posición del objetivo. Lo pulsó. El aparato tardó un segundo en responder (segundo que Pere alargó indeciblemente, rogando a todos los dioses de los panteones presentes y pasados para que se acordaran de él), pero estiró hacia fuera el objetivo y la pantalla dio un lastimero aviso de BATERÍA CASI AGOTADA.

El militar dio gracias por lo bajo y buscó el modo de visión nocturna. Probablemente sólo tendría una oportunidad de usarlo antes de que la máquina expirara, por lo que colocó la pantalla ante sus narices, enfocó a lo que él pensaba

que sería el centro del túnel, y pulsó el botón.

Como había predicho, la cámara sólo aguantó un instante en esa modalidad antes de apagarse. Pero el cuadro que le dejó, enmarcado en las aristas de plástico verde de la pantalla, bastó para acelerar su pulso y hacer que contrajera (involuntariamente) los músculos del abdomen.

El túnel estaba infestado de pellejos. Varios cadáveres no eran más que manchas purulentas sobre las vías, allá por donde había pasado a velocidad de vértigo el tren y los había aplastado, pero aún quedaban otros diez, por lo menos, que caminaban por los laterales bien pegados a la pared. Un pellejo estaba casi encima de él, el cuello ladeado como si le pesara el vacío que se había apoderado de su cerebro y las manos extendidas, anhelantes de un nuevo contacto con la carne viva. Tenía la piel lesionada bajo el esternón, donde una llaga tendía un puente entre las dos tetillas, un arco iris jaspeado y lleno de protuberancias como un mapa topográfico de la dorsal de Walvis. El ser había logrado acercarse a él con el sigilo fantasmal propio de los de su especie, y cuando la cámara lo encuadró lo hizo en plano medio, tan cerca del objetivo que hasta estaba desenfocado.

Pere dio un salto hacia atrás, dejando caer la cámara. El aparato disimuló su último quejido con un sonido de fractura y de lentes estropeadas. Luego el pie del zombi pisó donde habían quedado sus restos y los esparció un poco más.

037

El militar tomó aliento. Si no hacía algo ya, de inmediato, los pellejos cerrarían filas en torno a él y sería el fin. Podía retroceder, dejarles que se agruparan y buscar una salida en sentido contrario, pero era lo último que deseaba hacer. Instintivamente, se llevó la mano al cinturón, en busca de su cuchillo de supervivencia, su «sable Rambo», como lo había llamado una vez Blanca. No lo encontró. Lo habría perdido cuando se cayó del tren.

Estaba desarmado.

Dio otro paso atrás. El pellejo estaba casi sobre él, podía sentirlo. La pestilencia se adhería a su piel como un papel cazamoscas. El ruido de pasos que hacían los demás, casi al límite de la audición humana, le sugirió que estaban empezando a seguir a su líder en penosa procesión, rogando porque les tocara un pedacito de carne.

Pere gritó y saltó a la vía, el único espacio libre de pellejos. Si había una forma de atravesar la muralla de manos y bocas hambrientas, era ésa. El latigazo de dolor que le enviaron las costillas fue indescriptible. No pudo aguantar los retortijones de su estómago; abrió la boca y vomitó lo poco que había comido en los últimos días sobre una de las manchas purulentas que había visto antes. Los friskies medio digeridos (los sacos de comida para perros eran la mejor opción en un mundo sin neveras, pues

aguantaban hasta un mes sin pudrirse) se mezclaron con la pulpa en que las ruedas del tren habían batido los órganos internos de aquel pellejo.

Intentó ponerse en pie, pero el dolor era una barrera impermeable, física, infranqueable, que no dejaba circular las señales nerviosas. La mente de Pere sabía lo que debía hacer, «¡sigue moviéndote!», pero los músculos le respondían «ni de coñas, tío». «¡Máندانos unos cuantos ejércitos de navecitas de ésas de Érase una vez la vida con sedantes y glóbulos rojos empapados en morfina y tal vez te hagamos caso!», le enviaron por correo sináptico postal las dos piernas. Los dedos de Pere se incrustaron en la gravilla que separaba las traviesas de la vía. Unos profundos mordiscos de pánico se combinaron con el dolor, dos unidades de medida distintas pero no incompatibles, allá abajo, por la zona de sus intestinos, como si unos catéteres delgados le atravesaran las arterias del vientre y le revolvieran las heces.

Oyó un golpe sordo, dual, de pies golpeando esa misma gravilla. Uno de los pellejos había saltado a la vía, como él, despreciando el peligro de que otro tren apareciese de repente y se los llevara a los dos por delante.

Pere no sabía cuántos trenes *post-apocalípticos* circulaban en ese momento por el mundo, pero no quería arriesgarse a ver otro, y mucho menos encontrárselo de frente. Dio otra orden imperiosa a sus rodillas. Éstas se le descojonaron en la cara.

El pellejo extendió sus garras hacia él.

036

Fulgencio siguió con la vista el dedo de Blanca, y más allá de su punta vio el mar.

El mar.

No un río serpenteando entre colinas bajas dedicadas al pomar, como hacía el Manzanares, sino un horizonte vasto e interminable de agua, reñido con las nubes allá donde la vista perdía definición bregando con la calima.

El mar.

Estaban en la costa (en una costa, aún no sabía cuál), no en las cercanías de Madrid, mirando hacia un paisaje de tarde verdeoro, de silencio y paz horizontal, frente al caos perpendicular y sucio de los edificios de la capital. Aquel tren los había hecho cruzar media península en un tiempo imposiblemente corto, hasta desembocar en ese lugar. Pero esto no era lo único perturbador de aquel inmenso cuadro: un monstruoso embotellamiento bloqueaba por completo una autopista que avanzaba paralela al litoral, taponando sus salidas y pasos elevados, y dejando para el recuerdo muchas esculturas siniestras de coches aplastados como la que habían visto en el aparcamiento del psiquiátrico. Era un cementerio de vehículos en línea recta, un pozo de brea lleno de paquidermos metálicos que brotaban como oxidadas eflorescencias de hongos, un adarve de asfalto y cromo que protegía la ciudad del asedio de la

naturaleza, allá donde rompían las olas y guerreaban las mareas.

Y por ese río de metal y caucho vagaban cientos de pellejos, caminando entre los coches o por encima de ellos, moviéndose (como hacían siempre) en una misma dirección. Hombres y mujeres, niños y ancianos, blancos, negros y orientales en diversos estados de descomposición. Todos, absolutamente todos, cambiaron el sentido de su marcha a la vez, como una bandada de palomas que hubiera recibido una orden en clave del colombófilo. Pero no abandonaron la autopista; se limitaron a caminar en sentido contrario, sin dejar de mirar a las nubes. De repente, una manada de perros surgió de la nada y se abalanzó con rabia famélica sobre algunos de aquellos pellejos. Los canes destrozaron varios a dentelladas, catando la carne en un vano intento por encontrar alguno que no fuera venenoso. Un perro aulló al viento, con un espantoso dolor en la tripa, y los demás se marcharon por donde habían venido, entre espumarajos de rabia y ladridos de frustración. El silencio reinante era tan extremo que se podían oír los jadeos de cada perro individual.

Un pellejo medio devorado continuó tranquilamente su camino, sin darse cuenta de que arrastraba una pierna tras de sí, colgando de un único tendón que se estiraba como el chicle de un niño. En vida, aquel hombre habría sido un ejecutivo de alguna importante empresa, pues todavía llevaba un traje caro y un maletín al que se aferraba como si fuera su único punto de contacto con lo que había sido y dejó de ser.

—Que alguien me diga que estoy soñando... —suplicó Natalia. Pero nadie se lo dijo, pues si eso era cierto, entonces todos eran compañeros de sueños, cómplices en la misma quimera.

—¿Qué ocurría en la historia cuando se abría el segundo sello, padre? —preguntó Blanca, aunque en el fondo no quería saberlo.

Fulgencio cerró los ojos, tratando de recordar. Había pasado mucho tiempo desde la última lectura profunda que había hecho de las Escrituras, y recordarlas al pie de la letra era tan difícil como viajar con la memoria a un día concreto de su juventud, décadas atrás, y desglosarlo hora a hora, minuto a minuto, para averiguar qué hizo entonces.

—No estoy muy seguro, pero creo que apareció otro caballo. Uno bermejo. «Y al que cabalgaba sobre él —improvisó— le fue concedido desterrar la paz de la Tierra y que se degollasen unos a otros. Y le fue dada una gran espada...».

Blanca se arrodilló y juntó las manos. Empezó a entonar un padrenuestro. Era la única oración que recordaba de su paso por la escuela de monjas, la que mejor le habían importado tras años y años de rezos y repeticiones al comienzo de cada clase. Las demás «preces formulaicas», como las había llamado su profesor de religión, las había sustituido por letras de canciones de Take That.

Los pellejos volvieron a cambiar de dirección. Algunos levantaron las manos hacia el horizonte, arañándolo en sus cerebros, modelando en sus caras todas las expresiones de dolor concebibles para la fisiología humana, al tiempo que se escuchaba un relinchar lejano de caballos.

Fulgencio y Natalia se sostuvieron la mirada unos momentos, como esperando a que el otro dijera algo. Luego divisaron los barcos.

035

—¡Barcos! ¡Allí! —señaló Natalia.

El doctor Zurek entendía bastante de alucinaciones, incluso de aquellos fenómenos ficticios que la prensa usaba bajo el nombre de «psicosis colectiva» o «espejismo de masas», y que en realidad no tenían una base científica probada. Pero si había algo maravilloso en el lenguaje moderno, era su capacidad para crear nuevos conceptos, nuevas definiciones, a medida que los usuarios las iban necesitando.

En momentos como aquél, hasta un psiquiatra de renombre se preguntaba si esas manifestaciones del delirio, ese juego mental de espejos deformantes y trucos de feria, aunque careciera de base, podía llegar a manifestarse incluso en mentes fuertes como la suya.

La respuesta, obviamente, era sí.

¿Cómo explicar, si no, de un modo más o menos lógico lo que sus ojos le estaban mostrando? Pues era cierto que él también veía los barcos a medio construir sobre la blanca arena de una playa. Eran tres, grandes balandras capaces de llevar más de cien personas cada una, y con capacidad para uno o dos mástiles, como se deducía de los andamios elevados sobre la arena y que tensaban una malla de estays como dedos de un prestidigitador. Pero no había nadie junto a aquellos barcos. Las playas parecían desiertas, y el viento esparcía a su gusto la arena por encima de lo que, de lejos, semejaban montones de vergas y balumas de seda blanca.

—En efecto —asintió, eligiendo con cuidado las palabras, como si una frase equívoca pudiese variar de alguna forma lo que veía—. Son balandras. Pero el costillaje todavía está a la vista. Están a medio montar.

—¿Usted sabe de barcos? —preguntó Blanca.

—Tengo un yate —dijo Zurek, como si fuese lo más natural del mundo—. Pero está anclado en el puerto deportivo de Torre del Cap, en Cullera.

—Eso nos queda lejos, ¿no?

—Ni idea —dijo Zurek, y era cierto. Si no sabían qué costa era aquélla, lo mismo podían estar a setecientos kilómetros que a cien metros de su yate. La quietud y serenidad de esas aguas, junto a su color, menos añil que el del Atlántico, sugerían que estaban mirando el Mediterráneo. En el cielo había gaviotas.

—Me ha parecido ver algo que se movía —dijo Fulgencio, apantallando el sol con la mano.

—Será algún pellejo.

—Puede... pero fíjese en eso —señaló a la carretera—. Ninguno atraviesa la

calzada en dirección a la playa. Es como si les diera miedo el mar.

—Qué tontería... —dijo Blanca a sovoz, sin darse cuenta de que el sacerdote sí la había escuchado.

—Propongo que vayamos hasta allí —dijo Natalia, con los ojos rasgados por el sueño. Hasta el bebé comenzaba a pesar como un hipopótamo en sus brazos—. Si queda alguien vivo aparte de nosotros, sería bueno que nos reuniéramos.

—Por mí de acuerdo —dijo Zurek—, pero primero deberíamos buscar un lugar para descansar un poco. ¿Hace cuánto que no duermen?

—Pues... unas... —Natalia se asombró al sopesar dígitos. Era un verdadero milagro que hubiesen llegado hasta allí sin comer nada ni descansar, a puro bombeo de adrenalina.

—Vamos —dijo el doctor, y encabezó la marcha hacia uno de los bloques de apartamentos que flanqueaban la playa. Como muchas otras ciudades españolas enfocadas al turismo de entre las que habían prosperado en los años sesenta, durante el boom, aquel afloramiento de edificios viejos estaba concebido para albergar residentes sólo la mitad del año. Plagados de balcones de reja o paneles translúcidos, piscinas protegidas por muros, y jardines (ahora invadidos por el verdor jurásico) y terrazas casi a ras de suelo, apenas quedaba espacio en su base para locales comerciales, salvo unos cuantos supermercados dispersos y tiendas de *souvenirs*, con puertas condenadas con clavos y tablones, cuyos delfines hinchables estaban ya medio desinflados. Las enredaderas llegaban a la altura de un noveno piso.

Natalia miró una última vez atrás, a la boca del metro, pero no vio a su marido. En aquel momento, tenía una expresión en el rostro absolutamente impropia de ella. Trataba al bebé con una profunda suspicacia y un acusado sentido de la propiedad, pero al mismo tiempo echaba de menos dejarse llevar por las decisiones de otro. En la relación que había mantenido con Gael, su marido era el que tomaba casi todas las decisiones, y desde luego todas las importantes.

Podía sustituir esa sensación de estar siendo gobernada por alguien más inteligente o más voluntarioso con el padre Fulgencio. Ahora que sabía que era un sacerdote, algo en su interior la animaba a confiar en él, en todo lo que dijera. ¿Pero significaba eso que había dejado de querer a Gael?

Era duro decir adiós a alguien, pero un poco menos si ese alguien la había traicionado hasta más allá de lo que el amor conyugal, por muy estricto que fuese, podía perdonar.

—Adiós —murmuró, y siguió al padre Fulgencio hasta el primer bloque de apartamentos.

No parecía haber actividad de pellejos en la zona. Zurek llegó hasta el muro que separaba la piscina del paseo marítimo, y por primera vez vio un cartel indicador, con un nombre en letras negras y grandes:

PASSEIG MARÍTIM NEPTÚ

Y más abajo, en caracteres un poquito más pequeños:

PLAYA DE GANDIA

Informaba el mismo cartel.

Blanca no iba muy desencaminada cuando lo preguntó. Sí que estaban relativamente cerca de su yate.

034

Zurek saltó el muro, procesando esos nuevos datos a un nivel introspectivo. El mismo nivel donde debía guardar sus emociones, o muy cerca de él, pues apenas dejó traslucir la sorpresa. Estaban en la costa valenciana, en una playa que él había visitado con su barco en más de una ocasión. Y respecto a por qué precisamente allí...

... necesitaba un mapa para confirmarlo. Fulgencio les había contado su Teoría. Bueno, él ahora podría aportar un Corolario.

Los demás también habían visto la señal, y estaban bastante más excitados que Zurek. El tren los había hecho recorrer bajo tierra más de trescientos kilómetros en menos de diez horas, a lo largo de un único túnel. Y teniendo en cuenta que no habían cerrado los ojos, no era factible que los hubieran drogado y hubiesen pasado varios días sin darse cuenta de lo que pasaba. No, era un suceso paranormal, o sobrenatural, o como quisieran llamarlo. No tenía maldito sentido.

—¿Gandia? —dijo Blanca, alucinada—. Joder, mis padres veraneaban aquí. Pero siempre cogían un puto avión para venir.

—¡Habla bien, por favor! —estalló Fulgencio. Llevaba queriendo soltarle el sermón desde hacía horas, pero había logrado contenerse. Ahora, por desgracia, estaba demasiado cansado como para soportar a los adolescentes y su lenguaje soez—. ¿Tanto te cuesta no decir palabrotas?

Blanca lo miró, aturdida por aquel inesperado ataque. Su complejo de independencia tomó el relevo sobre la marcha.

—Yo hablo como me sale de los ovarios, viejo carcamal de los...

—Vamos, vamos, no se detengan —presionó Zurek. Cogió al bebé mientras Natalia saltaba el muro y luego se lo devolvió. Los antebrazos de la mujer estaban rojos por el esfuerzo, pero no quiso dejar que él lo llevase mucho rato—. Será mejor que entremos en el edificio antes de que nos vean.

Rodearon la piscina. Había algo hundido en el fondo, pero ninguno quiso fijar la vista para ver qué era. Al pasar junto a una de las tumbonas, Zurek recogió un periódico doblado. Tenía varias semanas de antigüedad. La primera página la acaparaba una sola imagen, en color y con un escueto pie de foto, en la que se veía una calle sevillana con la Giralda al fondo, un tranvía volcado de costado y un grupo de pellejos andando con su clásica mirada vacía hacia el fotógrafo. En primer plano,

y mejor enfocada, aparecía una monja con el hábito manchado de sangre y el cadáver de un niño medio devorado colgando de su mano izquierda. En la derecha seguía sosteniendo un crucifijo. La torre de la Giralda estaba ardiendo y de ella sobresalía la cola de un helicóptero, de ésos que solían alquilar las agencias de noticias para cubrir grandes catástrofes desde el aire.

El titular rezaba:

LA PANDEMIA GLOBAL TAMBIÉN AFECTA A NUESTRO PAÍS ¡SACAD A VUESTROS MUERTOS!

«Sacad a vuestros muertos». Era el clásico grito del recogedor de cadáveres del siglo XIII, mientras recorría con paso cansado las calles de las ciudades afectadas por la peste tocando una campanilla. «Sacad a vuestros muertos, no los escondáis dentro de vuestros hogares, que el obispo les dará santa sepultura». Zurek había leído un libro en una ocasión sobre la epidemia de peste europea, y sabía que una de las causas de que la enfermedad durara tanto y matase a tanta gente, era que los familiares de los enfermos a menudo los escondían en sus propias casas para que el recogedor o los alguaciles no se los lle varan a la fosa común. Según la creencia popular, por mucho que el obispo bendijera aquellas fosas, si los muertos no eran enterrados en tumbas individuales y siguiendo el ritual católico, sus almas no descansarían en paz.

Cuando el recogedor pasaba por delante de una casona con las puertas y las contraventanas cerradas, tocaba su campanilla. Si nadie respondía, se acercaba a la puerta a olfatear la madera. Si ésta olía de manera normal, a humedad, seguía de largo. Pero si a través de los tablones se filtraba una peste capaz de tumbar a un caballo, avisaba al alguacil para que desalojara por la fuerza el inmueble. Normalmente encontraban a varias familias en su interior, montando guardia frente a dormitorios en los que se apilaban hasta una decena de cadáveres, negros por efecto de la peste, con masas densas de moscas rebullendo alrededor. Los soldados procedían a vaciar o quemar directamente la casa, pero claro, para entonces los vivos que honraban a sus difuntos también estaban contagiados.

Zurek se preguntó si el regreso de los muertos no se habría producido ya en varias ocasiones, a lo largo de la historia, y por lo tanto no era un suceso aislado y excepcional como afirmaba Fulgencio. ¿Podrían haberse levantado los inquilinos de las fosas comunes de Europa y América para extender las plagas? ¿Se habría asentado tanto el cristianismo por la Europa aún humeante de las cenizas del Imperio Romano... gracias a que los testigos de aquellas plagas de pellejos vieron en ellas una prueba de que, efectivamente, existía la Resurrección? ¿Fue Jesús el primer zombi, o el primer vampiro, y por eso regresó al tercer día para contaminar a los miembros que quedaban de su secta?

«Ésta es mi sangre, comed mi cuerpo...».

Puede que lo dijera en sentido literal.

Zurek sonrió ante lo disparatado de aquellas ideas. Y lo cabales que sonaban al mismo tiempo desde cierto punto de vista. Le vino a la memoria una discusión que

tuvo hacía meses con otro médico, cuando

033

se reunió con el grupo de cirugía neurovascular para discutir la intervención en un enfermo. Aquel grupo era llamado de manera informal «los galácticos», y no es que fueran forofos del Real Madrid. La dirección del hospital lo bautizó así porque aglutinaba a todo su equipo de grandes estrellas, los médicos y cirujanos más caros que tenían en nómina. Zurek, por supuesto, estaba entre ellos.

La reunión empezó con comentarios sobre el calor que había hecho en los últimos días. Entre tazas de café y algún que otro refresco, los médicos disertaron como verdaderos expertos aburridos sobre lo despejado que estaba el cielo, y el bochorno casi veraniego que los aplastaba en pleno mes de febrero. No era normal salir a la calle en Madrid en camiseta cuando debería haber diez o doce grados en plena Puerta del Sol, en las semanas en que este epíteto era más que nunca un eufemismo. Alguien mencionó que había sintonizado el canal del tiempo la noche anterior, y que la sonriente meteoróloga de labios carnosos había asegurado que se trataba del invierno más cálido en el último porrón de años. Por supuesto, era una exageración, pues en un mundo contaminado por tres mil millones de coches y con un clima más esquizofrénico que algunos de sus pacientes, las estaciones hacía mucho que no se respetaban a sí mismas, y era normal que se robasen unas a otras pequeños trocitos de calor o frío, de lluvia o estiaje, para amenizar un poco la monotonía.

Todos eran conscientes de aquello, pero el tiempo era un tema de conversación demasiado bueno para echarlo a perder reconociéndolo. La persona con la que Zurek solía mantener discusiones como ésa (siempre de manera informal, claro, aunque muy de vez en cuando sus voces subían un poquito de tono) era una doctora apellidada Grillo. Era una médico como las de antes, las que creían que la Naturaleza era el mejor aliado del enfermo, y que no había que sustituir la curación natural por la intervención directa, sino potenciarla de manera holística. Era el tipo de mujer que recortaría los códigos de barras de los tratamientos neurológicos, recitaría las advertencias de costumbre y mandaría a casa al paciente deseándole buena suerte y el amparo divino.

Zurek no estaba de acuerdo con esa forma de afrontar las enfermedades, la mayoría incurables (aunque sí paliables), que padecía el cerebro humano. Él abogaba por la intervención directa, por quebrar el hueso y bucear en la masa encefálica con la cortante y occaniana sinfonía del bisturí y la endovascularización.

—Ayer me trajeron a una nueva paciente —decía Grillo, hundiendo su afilada nariz en los efluvios de la taza de café—. Me tiene desconcertada, es la verdad.

—¿Qué cuadro presenta? —preguntó Zurek, tieso en su silla y sin haber probado

todavía un sorbo de su bebida. Por la planta circulaban distintas teorías sobre por qué la dejaba reposar siempre una cantidad indeterminada de minutos. Algunos sostenían que Zurek esperaba a que estuviese a la temperatura correcta, ni un grado menos; otros creían que estaba dejando que el café se retorciera de miedo, sabiendo que iba a ser tragado por aquellos labios fríos e indolentes de psiquiatra.

—Pues la verdad... —La doctora torció el gesto—. Por primera vez en mi vida, no sabría decirlo.

Eso consiguió levantar una pizca una de las cejas de Zurek.

—¿En qué estado llegó?

—Es una indocumentada. La trajeron en ambulancia. Al parecer, la policía la encontró vagando por el arcén de una carretera, vestida con harapos y con una grave desnutrición. —Miró al fondo del vaso, a la negrura mezclada con burbujas—. Parecía haberse escapado de un campo de concentración tipo Guantánamo.

—Me gustaría examinarla... si no tienes inconveniente.

Grillo le lanzó una mirada desangelada. En otras circunstancias se habría negado rotundamente, alegando que la mujer misteriosa era su paciente (porque, a nivel de expediente, los enfermos eran una propiedad, como los coches o las batas), pero la verdad es que estaba desconcertada. Y era malo que un profesional experto lo estuviera. En su círculo, era preferible estar lisiado o enfermo de cáncer a estar desconcertado.

—Como quieras. No me vendrá mal una segunda opinión.

—Más bien será una primera, ¿no? —precisó Zurek. Se levantó y vació la taza de dos pulcros sorbos, que duraron exactamente el mismo tiempo. Luego se pellizcó la pernera de los pantalones y dejó la raya como la tenía antes, recta y afilada como una navaja de afeitar.

—Voy a bajar a la planta —informó, y salió por la puerta.

Sus compañeros permanecieron en silencio. Grillo estaba colorada como una cereza.

—Es un autista emocional —farfulló—. Un maldito autista emocional.

—No es eso —rió otro de los médicos—. Es sólo que es un cabrón, y no se molesta en disimularlo.

Zurek ya estaba en el ascensor. Una dulce música de ambiente rellenaba los espacios que no ocupaba su cuerpo. Cuando las puertas se abrieron se encontró en otro lugar muy distinto, aunque perteneciente al mismo edificio. Las paredes ya no mostraban un suave y relajante color crema, como en el ala donde estaban los despachos y la sala de visitas, sino un impersonal tono blanco, con azulejos sanitarios hasta una altura de un metro. La habitación cinco tenía la puerta abierta; era donde se realizaban ciertas evaluaciones con técnicas no físicas, como los tests de proyección y el MMPI y otras herramientas psicológicas. A Zurek no le gustaban esas técnicas porque no usaban electricidad.

Se asomó a la habitación. Un becario le estaba pasando un test de Rorschach,

manchas simétricas de pintura sobre fondo blanco, a uno de los pacientes, el insignificante (pero peligroso en según qué circunstancias) José Marinero. Al verle, el becario le saludó y José se puso pálido de miedo. Eso era bueno, pensó el doctor; que los pacientes supieran cuál era su sitio.

—¿Todo bien? —preguntó. El becario le mostró otra mancha de tinta a José.

—Perfectamente, doctor. El paciente se está portando muy bien esta mañana.

—Estupendo. ¿Qué ves ahí, José?

El viejo se estremeció.

—Veo... una libélula —dijo con voz tímida—. Con alas anchas y dos colas.

—Eso es lo que diría un paciente normal, sin una personalidad psicótica extrovertida. Pero tú ves otra cosa, ¿verdad, José?

Esperó unos segundos en silencio, como el profesor cruel que sabe que el alumno no se ha preparado la lección y aun así quiere humillarle en público. El paciente se hizo diminuto en su silla.

—Yo... yo veo... un coche abierto por la mitad —declaró, con el tono de las personas que empiezan a comerse los finales de las palabras cuando están emocionalmente alteradas—. La herida del techo sangra, y los órganos son sus ocupantes, vestidos con trajes que parecen pulmones e intestinos y páncreas y... y cosas así... Y están unidos por hilos de semen petrificado —añadió, porque lo consideró útil—. Semen seco que apesta a higos podridos.

—Eso está mejor. Más imaginativo, creativo y original... pero no es verdad. —Zurek se aproximó al paciente, que reculó a punto de caerse de la silla. El becario, que había apuntado con entusiasmo la última descripción de José, la tachó con tristeza del cuaderno—. Es lo que supones que nosotros queremos oír, lo que un demente como tú debería decir para que los demás estén contentos. —Sus ojos llamearon—. Dime la verdad. ¿Qué-ves-en-esa-mancha-negra?

—¡El coño de mi hermana! ¡Por el amor de Dios, veo el coño de mi hermana! —confesó a gritos, con lágrimas rodándole por la mejilla.

Zurek asintió, satisfecho, y se dirigió al becario:

—Eso sí que puedes apuntarlo. Cuando acabes, introduce los resultados en la base de datos.

—Sí, doctor.

Zurek dejó al angustiado José llorando en aquella habitación, llevándose las manos a las rodillas como queriendo adoptar una posición fetal, y siguió avanzando hasta la número doce. Allí era donde confinaban a los recién llegados hasta que se decidía qué hacer con ellos, en cuál de las plantas del hospital los ingresarían. Pero antes, como era su costumbre, visitó otras estancias y comprobó la salud de otros enfermos. Se detuvo un momento en el centelleante lavabo para hacer sus pulcras necesidades; cuando separó las posaderas de la taza, un cepillo automático hizo un giro de trescientos sesenta grados rezumando productos de limpieza. Aquello era en lo que los jefes habían invertido gran parte del presupuesto anual: reservados

higienizados y duendecillos de amoníaco en el orinal. Casi daba apuro mearse en ellos. A continuación pasó por la celda de David, un antiguo dramaturgo que se empeñaba en escribir su nombre acabado en Z mayúscula, y que sufría de una extraña psicosis: estaba convencido de que, cuando alguien le examinaba el interior del oído con una telelupa, era capaz de ver el escenario que ocupaba su cabeza. Y éste no era otro que una sitcom (una de esas teleseries cómicas con risas enlatadas) protagonizada por escarabajos. El diagnóstico de DaviZ mejoraba poco a poco, conforme los medicamentos hacían efecto, pero a medida que los escarabajos iban muriendo, su coeficiente intelectual decrecía en la misma medida. Zurek lo visitó y se interesó por su gráfica, y siguió de largo sin sentir la más mínima empatía por él. En su opinión profesional, todos teníamos insectos en la cabeza, sólo que había personas que no podían soportar su alboroto.

La habitación doce no estaba vacía.

En su interior, en el centro simétrico, había una silla, con unas correas en los apoyabrazos que recordaban a los instrumentos de tortura de la Inquisición. Y en ella descansaba una mujer. Tenía unos cuarenta y cinco años, era delgada (más bien demacrada, pensó) y exhibía algunas manchas en la piel, huellas de antiguas heridas que no habían cicatrizado del todo. Su larga melena negra le caía como un trapo sucio sobre los ojos, y de la boca le brotaba un hilillo de baba.

Zurek la observó con clínica indiferencia mientras ella emitía unos gorjeos, parecidos a los de un pájaro, y decía unas frases incoherentes. Una enfermera la estaba limpiando un poco con un paño húmedo, pero la mujer no parecía ser consciente ni siquiera de que ella estaba allí, tocándola.

—Soy el doctor Damián Zurek. ¿Sabe dónde se encuentra? —preguntó con su voz más imperiosa, la que usaba para asustar o sacar del letargo a los enfermos más reticentes. La enfermera dio un respingo, como si aquella frase llevara una lengüeta de fuego, pero la mujer morena ni se movió. Continuaba mirando al infinito, y de vez en cuando, en periodos de tiempo muy separados, sus labios formaban una palabra. Zurek pidió a la enfermera que se retirase y cogió otra silla. Se sentó frente a la mujer. Le entusiasmaban los retos, y aquella nueva paciente, aunque parecía estar en *shock*, en realidad no mostraba los signos completos de una regresión nerviosa. Estaba allí, con ellos, consciente de lo que ocurría en su entorno, pero de alguna manera lo relegaba a un segundo plano, como si la realidad fuera una historia que un narrador estuviese contando para ella, pero en la que no participase de ninguna forma.

La doctora Grillo entró en la habitación.

—¿Qué te parece? —preguntó de mala gana.

Zurek estaba rígido, tan inmóvil como la silla que lo sostenía, mirando a la mujer. Durante un rato pareció que no iba a contestar, pero de pronto sus labios se movieron, como si fueran un periférico a control remoto de su cuerpo:

—Nos está dando una pista de lo que le ha pasado —dijo.

—¿Qué pista?

Zurek esperó un par de minutos más, en la misma pose, y cuando la mujer volvió a murmurar aquella palabra, señaló sus labios.

—Ésa.

Era un nombre. Aquella sesión estaba siendo grabada con una cámara de vídeo. Zurek se levantó, desconectó la cámara y se la llevó al cuarto de control. Allí, un aburrido técnico, proveniente del campo de la imagen y el sonido, no de la medicina, la pasó a cámara lenta mientras hacía *zoom* hacia la boca de la mujer misteriosa.

No les resultó complicado leer la palabra en aquellos labios, con la ayuda digital. Decía:

—B... a... s... t... i... á... n...

Y eso

032

fue todo lo que lograron sacarle el primer día. Aquél iba a ser el último caso de la carrera del doctor Zurek, aunque en aquel momento no lo sabía. El cara a cara entre la cordura humana y la supresión de la muerte como concepto, aunque no del dolor ni de la pena. Los experimentos que realizó con la mujer (luego supo que se llamaba María, y que había perdido a sus dos hijos recientemente... aunque uno de ellos había conseguido volver) le abrieron los ojos a nuevas y asombrosas interpretaciones de la psicología. Skinner y otros padres del conductismo habrían dado lo que fuese por tener no sólo a la madre, sino también a su hijo regresado, metidos durante un mes en la misma habitación. Un experimento radical, sin grupo de control al que poder asirse, del que habrían surgido miles de libros y manuales de estudio.

Pero la civilización se derrumbó antes que eso. Y con ella, el sistema sanitario subvencionado por el Gobierno. El planeta entero se había convertido en un entorno experimental plagado de casos interesantes, pero no había suficientes psicólogos para documentarlos.

Qué gran pérdida para la ciencia.

031

El objeto que se acercaba a la estación espacial no era tan grande como ella, pero poco le faltaba. Eve lo había detectado en el radar de largo alcance, pero no había dado crédito a sus ojos hasta que lo tuvo a distancia visual a través de la portilla, y pudo verlo sin mediación de cámaras.

El estupor que reflejó su cara fue más o menos el mismo que se desparramó por la

de Piotr cuando miró la pantalla.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó el capitán. La norteamericana tecleó unas órdenes en la computadora.

—No se lo va a creer, capi, pero está viendo una reliquia de la Guerra Fría. El Global Observer Device, abreviado G.O.D.

Eve amplificó la imagen. Lo que llenó la pantalla fue una paradoja, una bestialidad producto de otra época, de una manera de entender el espacio más paranoica y salvaje. Se trataba de un satélite no tripulado, pero de un tamaño completamente desproporcionado para un ingenio de su categoría. Su diseño parecía extraído del diagrama de un reactor nuclear mezclado con una estatua vanguardista de Lammeccros, pero llena de púas, antenas de diseño arcaico y sistemas de vigilancia activa.

Cuando Piotr solicitó más datos, se dio cuenta del porqué de tanta locura en el diseño.

—Era un lanzamisiles —comprendió, apretando los labios—. De esos que Reagan jamás financió.

—Según la base de datos de la NASA —Eve siguió tecleando velozmente—, el GOD dejó de estar en servicio para el ejército a finales de los ochenta. Luego lo vendieron a un consorcio de empresas privadas, entre las que se encontraban Boeing y algunos inversores japoneses. Se desmontó el armamento nuclear y toda la óptica de espionaje y el satélite pasó a ser de propiedad civil.

—¿Y para qué lo han usado desde entonces?

—Para averiguar eso tengo que acceder a... ¡ups!

Eve separó las manos del teclado como si le hubiese soltado una descarga. La pantalla acababa de quedarse colgada en una nube de basura digital sin sentido.

—¿Estás bien? —preguntó Piotr.

Eve asintió.

—Sí, es que he perdido la conexión con el último servidor que quedaba. —Se cruzó de brazos—. Vale, chicos, es oficial. Ya no existe Internet. Ni ninguna otra red inalámbrica que yo conozca.

Piotr seguía mirando con desconfianza el objeto sideral que se acercaba en un rumbo que lo traería demasiado cerca de la estación para su gusto. Él pertenecía a una generación criada en la cooperación internacional y con una concepción pacífica del espacio, pero recordaba los tiempos en que su padre aún miraba las luces del cielo preguntándose si allí estaba el enemigo y cuándo descargaría su furia nuclear sobre los barrios y las granjas y las ciudades. Ahora, Piotr entendió un poquito ese sentimiento, ese miedo a la tecnología provocado por ingenios como aquél, monstruos huérfanos de la demencia humana que jamás debieron de haberse fabricado.

—Utiliza nuestros propios ojos —dijo el capitán—. A ver qué podemos averiguar de esa cosa.

Eve orientó hacia el satélite la óptica y los sensores de radiación de la ISS. Unas curvas muy extrañas llenaron la pantalla.

—¿Qué estamos viendo?

—Ese trasto... está activo. —Eve frunció el ceño—. Aún tiene mucha energía. Detecto un flujo de radiación manando desde su eje de rotación, en dirección al planeta.

—¿Un flujo? ¿Qué clase de flujo?

—No tengo ni idea. Es un tipo de radiación que no había captado nunca con estos instrumentos. La computadora tampoco sabe lo que es.

Piotr ocupó la silla contigua a la de Eve y se abrochó los cinturones de seguridad. Aquello cada vez le gustaba menos.

—Acabas de decir que tiene mucha energía. ¿De cuánto estamos hablando?

—Debe de tener un reactor nuclear funcionando dentro, porque esto va más allá de lo que puede proveer un sistema de paneles solares. Probablemente ya lo tendría instalado en los tiempos en que era un satélite militar.

—O sea, que tiene una fuente de energía prácticamente infinita...

Eve lo miró.

—¿En qué estás pensando?

Piotr abrió una ventana en la pantalla para enfocar a Claudio, que aún seguía enfrascado en su infructuosa revisión del sistema eléctrico.

Se rascó la frente.

—En que tal vez deberíamos dejar que se nos acercara todo lo que quisiera, esa maldita antigualla cósmica...

030

El sonido del cierre al descorrerse precedió a la apertura de la tapa de alcantarilla. En realidad no era una alcantarilla, sino una salida de emergencia del túnel que cruzaba por debajo de aquel campo, pero vista desde arriba nadie podría distinguirlas.

La tapa se elevó verticalmente, como la esclusa de un submarino, y una mano ensangrentada, seguida por un brazo y un torso igualmente ensangrentados, salieron a la luz del sol. Y el propietario de todos aquellos miembros suspiró de alivio y de alegría al sentir la caricia del astro rey. Con pesadez, movió el resto del cuerpo fuera de aquel pozo y se sentó unos momentos a descansar sobre la hierba. Miró alrededor. Estaba en las afueras de una ciudad no muy grande, cuyo perfil oscuro se adivinaba en la lejanía, en un campo con hierba y flores y pequeños sotos de olivos. Un oasis de paz entre flores, hojas, ramas y un millar de pequeños claros donde el sol atisbaba...

... y lo que parecía la verja que cercaba un recinto militar, con carteles en tres idiomas de NO TRASPASAR y cámaras inmóviles cada cien metros.

Pere sonrió por segunda vez desde que viera el sol. Un recinto militar significaba muchas armas y vehículos y material útil que, si no estaba custodiado por sus dueños originales, podría utilizar. Y si lo estaba, aun mejor: un poco de ayuda especializada no vendría mal.

Se puso en pie. La sangre que lo bañaba no era líquida, sino una especie de polvillo coagulado. Era lo que pasaba cuando le reventabas los miembros a los pellejos: sobre ti llovía lo que tenían en las venas, algo más parecido a la pasta de encalar paredes que a savia caliente y líquida. Pere se había abierto paso con uñas y dientes entre los pellejos del submundo, como un Eloi frenético repartiendo justicia poética entre hordas de Morlocks, gritando consignas de guerra que había oído en sus series favoritas. Al final, había encontrado lo que tanto ansiaba: una escalera de acceso a la superficie. Trepó por ella mientras el vendaje que se había hecho con la camisa para mantener quietas las costillas se aflojaba, y ahora estaba allí. Contento de estar vivo, fuera donde fuese ese «allí».

Se apretó el vendaje y echó a andar. Se le ocurrió mirar una última vez por la esclusa hacia abajo, hacia el túnel, por si acaso algún pellejo lo estaba siguiendo, pero lo que vio no fue nada de eso. Allí no había pellejos, y por no haber, ni siquiera había un túnel de metro. Aquella esclusa daba a un pozo de control de residuos, donde convergían varias cañerías procedentes del cuartel.

Pere creía que a esas alturas estaba inmunizado contra la sorpresa y el desconcierto, pero no era así. Acababa de trepar por aquella escalera, y ahora resultaba que no conducía a ninguna vía subterránea de trenes.

«Claro», le dijo su parte racional, «¿acaso pensabas que alguien iba a estar tan loco como para construir una línea desde Sol a Valencia por debajo de la tierra, sin que nadie lo supiera? Si estás alucinando o te has vuelto esquizofrénico, esto sin duda forma parte de la enfermedad, chico».

Lo más sensato era encajar el descubrimiento sin racionalizarlo. El mundo se había vuelto un lugar mágico, de magia negra y extraña, nociva para los hombres. Y a estas alturas no podía permitirse el lujo de volverse loco. Tenía que seguir adelante, costase lo que costase. Ya habría tiempo para pensar en la magia cuando cayera la noche y no hubiese espacio más que para los sueños.

Bordeó el cuartel, pegado a la valla de seguridad. Tarde o temprano hallaría una forma de entrar. Lo primero que le llamó la atención fue que estaba desierto, o al menos no había centinelas en las garitas ni tipos vestidos de caqui paseando entre los edificios. Dentro del recinto había varios hangares y un par de pistas de despegue para helicópteros. En una de ellas descansaba una versión HAP del eurocóptero Tigre, con las aspas aseguradas con anclajes y dos palas axiales con cohetes ya cargados. Era una estupenda máquina de guerra, con la que de seguro podría exterminar a cientos y cientos de pellejos sin derramar una gota de sudor. «Sólo con hacer un click», como rezaba la publicidad. Sólo había un problema: Pere no sabía pilotar helicópteros. Ése era uno de los cursillos urgentes que tendría que seguir si

lograba encontrar a alguien que se lo impartiera. Una vez vio una película del Travolta, mala hasta el insulto, donde un grupo de trogloditas aprendían a pilotar aviones Harrier metiéndose en un simulador de vuelo. Al salir de la sala, estuvo riéndose tanto de las burradas de aquel guión tan descerebrado que acabó con agujetas en el abdomen. Si pilotar aviones fuera tan fácil, ahora mismo se descargaría un manual en PDF de algún servidor que funcionase y se lo empaparía en cuatro noches.

Detrás de los hangares había garajes para vehículos de tierra, la mayoría vacíos o con grupos electrógenos móviles de mástil largo esperando a los camiones que se los colgarían como amuletos de la suerte. Aparte, unas motos y una furgoneta que no parecía de la Base. Nada útil por aquí, nada útil por allá... aunque claro, aquel cañón que sobresalía por debajo de una lona de camuflaje, con una anchura de ciento veinte milímetros y dos ametralladoras coaxiales siete-sesenta, podría pertenecer a algo más grande que un camión de transporte de tropas. Eso bastó para ponerlo cachondo. Si sus ojillos ansiosos no lo engañaban, se trataba de un Leopardo A5, una de las últimas adquisiciones del ejército. Y si sus dueños se lo habían dejado allí, tan resguardadito de la lluvia y sin vigilancia activa...

En fin, robar un simple tanquecito abandonado no podía considerarse hurto, ¿no?

029

Habían pasado ya más de dos horas, y el andén continuaba desierto.

Tic, tac. Gael respiró hondo (aquel polvo seco, como de museo, que llenaba el aire), se ajustó su chaleco a prueba de balas emocional y se preguntó, sinceramente y sin asomo de malicia, dónde estaría su mujer. Si seguiría con vida o se la habría comido algún pellejo vagabundo. La echaba de menos, joder. La soledad era algo muy grande, demasiado para la escala humana. Incluso para hombres fuertes y cínicos como él.

Había decidido permanecer en el tren, con su querido libro rojo bien acunado en los brazos, esperando realmente que Fulgencio y los demás entrarían en razón y volverían. Pero no sucedió. ¿Sería esto una prueba? ¿Estarían esperándole ellos en el exterior, concediéndole un tiempo para que reflexionase? No, era hartamente improbable. Tal vez hubiesen caído en una emboscada de pellejos. Tal vez ellos fuesen ya pellejos.

El libro vibró. Gael lo miró fijamente durante unos largos instantes, con los ojos llameantes como quemadores de gas. «Sellos», había llamado Fulgencio a aquellos ojos que nunca parpadeaban. Cada uno el guardián de un secreto universal, y de una noticia terrible para el planeta Tierra.

Entonces se le ocurrió. Tenía que conseguir una Biblia. En una edición de

bolsillo, de ésas tan mal encuadernadas que vendían en los kioscos o en algunos supermercados. Si la teoría de Fulgencio era cierta, en esas páginas obtendría un manual fidedigno de lo que iba a ocurrir, y podría estar preparado. A ver, página cien... con ustedes, señoras y señores, ¡una plaga de insectos!, y después, ¡la Luna se volverá roja! Luego invertiremos todo el presupuesto que nos queda en efectos especiales y les ofreceremos una genuina guerra nuclear —no hagan estas cosas en casa—. No sabía si el bueno de Juan el Viejo, entre tanto vaticinio a dos mil años vista, habría aprendido lo que significaba el concepto «guerra atómica», o si la habría entendido de haberla presenciado. A lo mejor sus visiones le mostraron hongos nucleares sobre las grandes ciudades y él, que no era más que un anacoreta ignorante, las describió mediante metáforas de ciudades de fuego y árboles de llamas y todas esas movidas que llenaban los Evangelios. A lo mejor la Luna no se teñía de sangre, literalmente, sino que desde la Tierra se vería así por la capa de ceniza de un invierno nuclear.

¿Era éste el momento en que el sentido común de Gael se impondría y le soltaría un discurso sobre la conveniencia de unirse a los suyos, de buscar ayuda allá donde hubiera otros supervivientes? ¿El amor de los semejantes?

No. Hubo una voz, en efecto, pero fue la de su profesor de tercer curso, que volvió a la carga para seguir aplastándolo, humillándolo y riéndose de su fracaso en la vida:

¡Eh, Gaelcito, hola, macho! ¿Cómo va eso? Hacía tiempo que no charlábamos, ¿verdad? ¿Qué despropósitos hemos cometido hoy, qué nuevas estupideces de las que avergonzarnos? ¡No me digas que la has vuelto a cagar otra vez! ¡Claro, es tu destino! Por más que intentes hacer las cosas bien, sabes que tus proyectos son pura diarrea mental, porque todos te salen hechos una mierda. ¡Ja, ja! ¡No eres capaz ni de sobrevivir al Holocausto final de la humanidad, pedazo de inútil! Ella tiene la culpa, Gael, ella y sólo ella. La zorra católica y apostólica de tu mujer. Ella y sus congéneres, los correligionarios de esa fe absurda y trasnochada, han conseguido desatar este desastre sobre su mundo con tanto lloro y tanto rezo y tanta jodida *mea culpa*. El cristianismo es una religión de débiles, Gaelcito, de masoquistas que adoran a un tipo torturado y lleno de sangre. No, ellos no podían rezarle a una flor o al sol o a cosas bonitas, como hacían nuestros antepasados. Tienen que arrodillarse ante un instrumento de tortura (hacerse la señal de la cruz en el pecho es como hacerse la señal de la pistola, ¿te das cuenta? En el fondo se trazan el contorno de un arma sobre el pecho y la frente, y luego la besan). ¡Adoran a un instrumento de tortura!

—Cállate de una vez... —Gael se clavó los dedos en las sienes. El libro se estaba resbalando lentamente de sus brazos.

—Ha sido Natalia, la zorra de tu mujer, con sus rezos y sus plegarias. —Por la señal de la santa pistola...—. ¿Qué dirán los musulmanes de esto, eh? ¿Y los budistas? ¿Y los vástagos sectarios del Kagnapak de Tucumán? Toma ya, puñetazo de dogmatismo en sus heréticas narices. Mi religión es la verdadera, no la vuestra; que

mi profecía escatológica sea la que se ha cumplido y no la de los otros lo prueba. Tu mujer piensa que en el Vaticano deben de estar de luto y cagándose de miedo por la condenación de la humanidad, pero no es verdad. Lo cierto es que tienen montada una fiesta de mil pares de cojones. Seguro que el Papa agarró una borrachera de cuidado hace dos días y aún están intentando bajarlo del Baldaquino.

—¡Cállate, cállate, cállate! —Se retorció de desesperación sobre el asiento. La voz hacía algo más que aplastar su dignidad; también le taladraba el cráneo con la fuerza de un martillo pilón.

Tienes que dejarla, ¡olvídate de ella! Está condenada al infierno que, en el fondo, siempre veneró, con su devoción a las imágenes de tipos mutilados y las señales de la santa pistola en el pecho. Natalia ya está condenada, y a ti te queda poco para precipitarte en el abismo. Huye, Gaelcito, corre hasta que los pies te lleguen al culo, porque yo estaré allí para recordarte lo inútil que eres, te lo diré una y otra vez, una y otra vez, una y otra...

—¡Basta! —El libro rodó finalmente de sus brazos hasta el suelo. Gael, con los ojos inyectados en sangre y una expresión que iba más allá de la locura, lo vio rebotar y soltar algo parecido a un gemido, como si hubiese sido un gatito o un perrito tullido lo que hubiese impactado contra el suelo del vagón. Un tercer ojo se había abierto en la tapa.

Allí estaba, por fin; era eso, entonces.

Voces

Voces

Voces

Voces

Leguas de viaje subacuático por los océanos de la irrealidad, de la experiencia compartida con el Cordero Genocida, mientras que

Leguas

Leguas

Leguas

Leguas

Leguas

Voces de santos y de gente muerta se convertían en luz y traspasaban sus párpados, atisbos de profetas insensatos con bulbos raquídeos y quiasmas ópticos amputados, que le susurraban tremendas profecías y no le dijeron si alguna de ellas era mentira.

vital y amargamente importante. Su profesor le estaba metiendo prisa para que hiciera algo, algo radical y extremo para intentar arreglar aquel desbarajuste, ¿pero qué? Si él tenía razón y eran los cristianos los que les habían ganado la carrera del rezo a los musulmanes y por eso se acababa el mundo (tic tac tic tac tic tac), ¿no deberían ser ellos quienes lo arreglasen?

Su mente estableció una aberrante asociación de ideas, que eran casi como referencias recíprocas. Faltaba un altavoz en el techo del que de repente saldría un negro enorme armado con un saxo y amenazándolo con tocar todo el repertorio de Fletcher Henderson en versiones de Richard Clayderman. Soltó una carcajada seca. Una vez se había colocado con éter, junto con dos amigos de Ingenio San Pablo, y había comprobado que el dicho era cierto: no había nada más incoherente, depravado y pasado de rosca que un hombre colocado con éter. En este momento se sentía igual.

En la lejanía restalló con fuerza un trueno, tan violento que desgarró en mil jirones humeantes la noche.

027

La violencia de la detonación los despertó. Estaban durmiendo en uno de los apartamentos de aquel edificio vacío; Natalia, Blanca y el bebé en una habitación, y Fulgencio y Zurek en el salón, sobre un sofá cama. Habían pasado varias horas desde que abandonaron la estación de metro, y ya era noche profunda. En el edificio quedaban muchos más apartamentos abandonados para escoger, además de aquél, pero por seguridad habían decidido quedarse a pasar la noche todos en el mismo.

—¿Qué ha sido eso? —se asustó Blanca. Natalia se asomó a la ventana, que daba al mar, y se encontró con los hombres asomados al balcón, a su derecha.

Fulgencio señaló a la lejanía.

—Allí, mirad.

En el mar, a varias millas náuticas de la costa, flotaba un objeto que ardía como una tea gigante. El resplandor de las llamas iluminaba las nubes bajas y despedía una columna de humo que el viento estaba mezclando con la lluvia, convirtiéndolo en una confusa alucinación. Otro relámpago se extendió por el cielo como un árbol de fuego eléctrico.

—¿Qué es? —preguntó Natalia, elevando la voz. El viento parecía un coro de almas en un frenesí discordante.

—Parece un petrolero —dijo el sacerdote. El doctor Zurek, que se había asomado junto a él, afiló los ojos y hasta que no estuvo seguro, no lo dijo:

—No es un barco. Tiene cuatro patas.

Un estremecimiento recorrió la piel de Natalia, que por un momento pensó en leviatanes y otras criaturas de la mitología hebrea saliendo del océano. Pero luego

comprendió a qué se refería.

—¿Quiere decir... que es como una plataforma de ésas de buscar petróleo?

Zurek asintió.

—Eso mismo parece. Una plataforma petrolífera. Deben de haber estallado sus tanques de almacenaje.

Los tres permanecieron un rato asomados, contemplando el espectáculo, hasta que Natalia miró hacia abajo, a la calle, y se tapó la boca con la mano para no gritar.

El edificio estaba completamente rodeado por pellejos. Formaban una muchedumbre silenciosa que no hacía nada, sólo estaba allí, de pie, mirando hacia el balcón que ellos ocupaban.

—Mejor vayamos dentro —sugirió el doctor. Corrieron las cortinas y apagaron las luces (linternas que habían encontrado en una tienda) para no llamar más de lo necesario su atención. Pero los pellejos siguieron allí, inmóviles, mirando a la fachada del edificio.

—Al menos no están tratando de entrar —se consoló Natalia.

—Me duele otra vez —dijo Blanca, medio dormida todavía. Se sentó en el sofá y Zurek le miró el vendaje de la herida. Ésta había vuelto a abrirse.

—Esto ocurre porque no he podido cosértela como Dios manda —refunfuñó—. Pero no te preocupes; aunque no tengamos a mano hilo ni aguja, quedan otras opciones. —Comenzó a abrir los cajones del apartamento. Aparte de unos cubiertos de metal y un cenicero astillado, no encontró nada más. Zurek abrió la puerta del apartamento y salió al pasillo.

—¿Adónde va? —se inquietó Blanca.

—Enseguida vuelvo. Voy a ver qué encuentro por ahí.

Y se marchó, cerrando otra vez la puerta.

Fulgencio se quedó en el apartamento con las dos mujeres. No había mucho más que decir, así que se aplicó en limpiar la herida de Blanca. Aún corría un poco de agua por las cañerías, aunque estaba un poco gris.

—¿Recuerda algo más sobre las Escrituras, padre? —preguntó Natalia—. No sé, algún detalle que explique de dónde sale toda esta vegetación, por ejemplo. ¿Es el jardín del Edén, que está volviendo a extenderse por el mundo?

Fulgencio ahogó una risita. Nunca se le había ocurrido esa explicación. Sí, por supuesto que era posible (una vez abierta la caja de Pandora de la mitología, e implantadas sus reglas en el mundo físico, nada era del todo ilógico ni improbable), pero él no lo creía.

—No debemos descartar ninguna hipótesis, querida mía, pero... no sé. No lo creo. Habría que buscar una explicación en textos que no aparecen en el canon de la Biblia.

—¿Qué textos, padre?

Fulgencio frotó con delicadeza una servilleta (la habían sustraído del comedor del hotel, junto con la comida que no se había estropeado) contra la herida de Blanca. La

joven gimió.

—Hubo algunos libros... —recordó Fulgencio— libros que no fueron admitidos en el concilio de Trento... que contenían ciertas profecías escatológicas anteriores a Juan. La Septuaginta, por ejemplo, una de las arcaicas traducciones del Antiguo Testamento usadas en la judería de Egipto, contenía un último capítulo en el que se vaticinaba el fin de la humanidad y el reino de las bestias y de los árboles, y de todo lo natural que no incluyera a los hijos de Adán.

—Pero... —Natalia estaba confusa, como todos los creyentes a los que Fulgencio había hablado alguna vez de los libros perdidos del Cristianismo. La mayoría se sentían incómodos al pensar en toda la información adicional que no se les había revelado, y sobre todo, al preguntarse qué criterios se habían seguido para decidir qué era verdad y qué no, cuando de lo que se hablaba era de hechos indemostrables. Hechos del espíritu.

—Tengo muy vagos recuerdos sobre esto —se frotó la nuca—. Son temas en los que se profundiza muy poco en la carrera de teología, así que... —Tomó aliento—. En su momento leí ensayos sobre los libros perdidos, y todos coincidían en que, una vez Dios se llevara a los verdaderos creyentes al Cielo y matase al resto mediante plagas y guerras (según el Nuevo Testamento, Dios nunca tuvo intención de perdonar a los que no creyeran en él, sino de exterminarlos a todos), el mundo sería un vergel destinado a albergar sólo a animales y plantas. Una especie de gigantesco parque natural consagrado a la divinidad. —Miró a las enredaderas, que trepaban hasta el balcón y ya comenzaban a introducir sus zarcillos dentro de los apartamentos—. Podría ser que ese tiempo de pureza recién descubierta estuviera llegando al fin. Aunque para ello haya que reducir a cenizas todo lo que había antes.

—Y el tren que nos ha traído hasta aquí...

—Podría ser el caballo hebraico. O una especie de versión moderna del mismo.

—¿El qué? —Blanca arrugó su naricilla respingona, aunque no dejó claro si era por las palabrejas que estaba usando el sacerdote o por el doloroso lavado de su herida.

—Según la Septuaginta —recordó Fulgencio—, un caballo gigantesco, con capacidad para transportar a siete hombres y mujeres sobre el lomo, llevaría a los supervivientes por encima y por debajo de la tierra hasta su destino final, junto con los restos de muchos pecadores reducidos a carne y sangre. Siete, uno por cada tribu cristiana de Oriente. En esa última parada del viaje les estaría esperando...

Hizo una pausa. Blanca y Natalia lo miraron, angustiadas.

—¿Qué les estaría esperando? —preguntaron a la vez.

—Con franqueza, no me acuerdo —sonrió—. Recuerden que leí esos textos hace muchos años.

Las mujeres bufaron.

—¿Y por qué... —Natalia movió las manos, nerviosa— no usamos el libro rojo? ¡Ahí podrían estar todas las respuestas! ¡Podríamos usarlo para comunicarnos

directamente con las Alturas y suplicar clemencia! Usted mejor que nadie, ya que es un soldado de Cristo...

Fulgencio endureció sus facciones.

—Créeme, Natalia —dijo con una voz muy seria y tranquila—. Ese libro, si es lo que creo que es, sólo contiene muerte, sufrimiento y desgracia. No está hecho para que lo lean e interpreten los hombres, sino para exterminarlos. Estaremos mucho mejor cuanto más nos alejemos de él, puedes poner la mano en el fuego con respecto a eso.

026

Gael se dio cuenta de que, con la apertura del nuevo Sello, el libro se había abierto unos milímetros. Con un profundo rendibú hacia aquel objeto, encajó sus dedos entre las tapas y tiró hacia fuera con todas sus fuerzas. Llegó a ver la escritura que colmaba una de las hojas. Estaba grabada en símbolos crípticos, alienígenas, pero que de alguna manera encontraron hueco en su cerebro. Él había visto esa escritura antes, o tal vez era un destello de la memoria genética de su especie, pero lo cierto era que, aunque críptica, la simbología le era tremendamente familiar.

Gael se pasó la lengua por los labios reseco y ejerció más presión para separar las tapas, para así mirar (por primera vez en miles de años) los secretos prohibidos que éstas custodiaban.

El doctor Zurek bajó a la recepción usando las escaleras. Aún corría un taimado flujo de electricidad por el edificio, lo cual significaba que tenía que haber un generador funcionando en alguna parte, pero la corriente fluctuaba y parecía a punto de extinguirse. Por eso era mejor evitar los ascensores. Una vez en el vestíbulo, miró hacia fuera, a través de las cristaleras, y vio un muro de pellejos alineados contra las puertas. Había de todo: fontaneros en uniforme de trabajo, militares, guardias de tráfico, fruteros, niños con la indumentaria para la clase de gimnasia, unos estudiantes neo *hippies* con camisetas de doscientos euros... Pero ninguno hacía el menor intento por entrar. Zurek se preguntó si la barrera de vegetación que había sepultado casi en su totalidad el edificio tenía algo que ver.

Encontró lo que buscaba en un armario de intendencia. Dentro de una caja de herramientas había un bote de pegamento líquido que aún estaba cerrado. Cogió el bote y se lo metió en bolsillo. Luego regresó al hall. Sobre un biombo de madera había carteles pegados con las actuaciones previstas para la última noche de vida del hotel: «Rumberto y su rumba caliente», «el *show* de magia del increíble Mésmero», «the Vampus reVVival» y el sinuoso baile de las «hijas del Áspid». Tras el mostrador, además de dos ordenadores polvorientos y los restos de una chocolatina medio fosilizada, había un marco colgando de la pared. Un marco que sostenía un enorme mapa de Europa y el Mediterráneo. Zurek cogió un instrumento largo y recto (un bastón que encontró en el suelo, bajo el mostrador, y que estaba rematado por un garfio para bajar las cancelas) y lo aplicó al mapa. Situó una punta en Madrid, el lugar donde había comenzado su viaje, y tendió el resto de su longitud hacia Gandia, donde ahora se encontraban.

Si prolongaba esa misma línea recta, el bastón acababa en Tierra Santa. Más concretamente, en una región periférica de la antigua Judea, el desierto de Néguev.

Zurek frunció levisísimamente el ceño. Un pensamiento confuso se repetía en su mente como el aleteo de una polilla. El tren los había traído hasta la costa, en línea recta hacia la tierra donde se habían originado todos aquellos mitos absurdos. Y como habían encontrado barcos a medio construir, supuso que no eran los primeros en llegar. Alguien había sido convocado en aquella playa con anterioridad, y había empezado a construir navíos para transportar a los supervivientes del holocausto al lugar donde todo empezó.

Fuera, la lluvia comenzó a tabletear contra las cristaleras. Los pellejos se mecieron suavemente bajo ella, observando al doctor con un hambre infinita pero sin atreverse a dar un paso. Zurek dejó el bastón en el suelo, comprobó que el bote de pegamento aún estaba en su bolsillo, y subió las escaleras hacia el apartamento

silbando una versión ligera de la banda sonora de una película.

Éxodo, creía recordar que se

024

llamaba.

—¿Cómo dice? —preguntó la doctora Grillo.

Zurek no se molestó en enseñarle el informe, pero lo sostuvo delante de ella mientras releía la primera página.

—Que la paciente de la habitación doce se llamaba María Urtiaga Sosa —repitió—, y vivía hasta hace poco en un pueblo de las afueras. Regentaba una floristería. Y tenía dos hijos, candidatos desde los doce años a los reformatorios del Estado, uno de los cuales murió en un accidente de coche el año pasado. Según la policía, estaba conduciendo bajo los efectos de múltiples drogas.

—Ese chico no se llamaría...

Zurek asintió.

—Bastián. El nombre que ella se empeña en pronunciar una y otra vez.

La doctora miró a la paciente a través del ventanuco de la puerta. Llevaba horas sentada en una silla verde, sin cambiar de posición, vestida con la bata del hospital y con un plato intocado de comida a su derecha. Tenía la mirada vacía, perdida en algún punto entre la nitidez de sus pensamientos y el desenfoque general del mundo exterior.

—¿Quién va a pagar su tratamiento? —preguntó Grillo—. Que yo sepa, esto es una clínica privada. Los casos altruistas los dejamos para el Hospital Universitario, que para eso son funcionarios.

—Yo lo haré —dijo Zurek.

Grillo se volvió hacia él, asombrada.

—¿Tú? ¿A qué viene esto?

—Es un caso fascinante. Ha dado positivo en todos los tests de disociación de Hemberg, lo cual invalida las pruebas. El Hemberg se descarta cuando todos sus indicadores dan positivo, incluso los que se anulan mutuamente.

—Quieres hacerte famoso estudiando un nuevo tipo de psicosis, ¿eh? —comprendió ella, o más bien creyó comprender.

—No. No creo que esa mujer esté loca, en realidad.

Esperó una explicación a semejante comentario, pero los labios de Zurek parecían haberse pegado el uno al otro con silicona. Grillo se quitó sus gafas redondas, limpió los cristales y se las volvió a colocar, ocultando dos pequeñas marcas rojas en el puente de la nariz.

—Está bien, haz lo que quieras. —Echó hacia atrás la cabeza y miró al techo a

través de las lentes bifocales. Era su forma particular de mirarse la punta de la nariz y decir «Ommm»—. De todos modos no lo ibas a compartir conmigo.

La doctora se marchó taconeando con desprecio. ¿Hacerse famoso, era lo que realmente tenía importancia para ella? ¿Era lo que Grillo creía, de manera un tanto paranoica, que perseguían los demás en secreto? Para ser buen médico puede que hiciera falta un poquito de paranoia, pero no para hacerse famoso. Para eso bastaba con escribir un libro sobre psiquiatría radical que ofendiese a todo el que lo leyera, y que abarcase no menos de cuatrocientas mil palabras, para que la experiencia fuera realmente agotadora e inolvidable. Un tratado que ofendiera tanto a los pacientes como a sus familiares y que no dejase títere con cabeza; el libro de cabecera de un mal médico y de un buen experto en marketing.

Fama. Prestigio. Zurek pensaba que esos sueños morían al poco de haber abandonado la facultad, cuando uno se integraba en el mundo laboral y se daba cuenta de que ser un genio costaba mucho dinero en investigación y recopilación de datos. Y que tener una teoría psicológica propia era algo casi imposible por cómo estaba organizada la propia ciencia médica. Además, cincuenta años (que era la media de edad allí dentro) eran demasiados para andarse con fantasías acerca del futuro. A esa edad ya no se buscaban nuevos horizontes, sino que uno seguía corriendo para escapar del alud de su propio pasado.

¿O es que la había ofendido con alguno de sus comentarios?

Zurek se consideraba a sí mismo una eminencia en el campo de la psiquiatría y la psicología. No era falta de modestia, sino un hecho ratificado por docenas de premios y publicaciones en revistas a nivel internacional. Sin embargo, admitía que su dominio de la mente humana era puramente académico. Su casi total falta de empatía con las situaciones «normales» y la interacción social que llenaba la vida de las personas era su principal defecto, lo que le impedía ser el analista perfecto de la mente. Se suponía que un psicólogo era el empata perfecto, el hombre que podía colocarse en el lugar emocional de cada paciente para ver el mundo desde su punto de vista, y así entender mejor su situación, pero en la práctica le resultaba imposible. Podía diagnosticar al instante casi cualquier patología y saber qué fármaco o qué tratamiento de psicoterapia había que aplicarle, pero no se reía cuando uno de sus compañeros aseguraba que no es que él estuviese calvo, sino que la presión de su poderoso cerebro empujaba los folículos hacia fuera y los hacía salir disparados. La calvicie como efecto colateral de la inteligencia superior. No entendía el chiste. ¿Era eso lo que decían todos los calvos?

A veces, el mundo de la gente cuerda le parecía más estrambótico que el de los enfermos. A lo mejor Grillo también lo entendía así, de ahí su paranoia y su búsqueda de complots en todas partes.

Zurek sacó de su bolsillo una leontina dorada, pulsó el cierre y la esfera del reloj se abrió. Tenía la inveterada costumbre de llevarlo encima a todas partes. A pesar de toda la tecnología digital disponible, él era el único médico del hospital que no usaba

teléfono móvil ni PDA.

El reloj le confirmó que ya era hora de que María se tomase su siguiente medicación. El llanto de la mujer, al verlo entrar en la celda, fue poco espectacular, silencioso y exhausto. Al menos reaccionaba ante su presencia, no como al principio. Al doctor le había costado toda una noche lograr eso. A Zurek le dio la impresión de que las lágrimas de María tenían mucho que ver con la saponificación de los difuntos, y con la creación espontánea de momias por parte de la Naturaleza.

—B... a... s... t... i... á... n... —repitió la mujer.

—No, Bastián no —dijo Zurek, sentándose en otra silla—. Bastián se fue.

—No... se ha... ido...

Eso era nuevo. Durante toda la noche, María había conducido por una carretera de sueños junto al fantasma de su hijo pequeño. Ahora parecía haber llegado a un cruce de caminos.

El doctor guardó las distancias con respecto a ella, dejando tres metros de aire entre ambas sillas, pero preguntó, interesado:

—¿Dónde cree usted que está su hijo?

María desvió la vista hacia un lateral de aquella carretera nocturna que sólo veía ella (y a la que estaba empezando a asomarse, poquito a poco, Zurek, autostopista ilícito en una fantasmagoría que no era la suya). A un bosque concebido como una puesta en escena fantástica, más que como el recuerdo de uno real. Miró, con toda probabilidad, hacia un árbol grueso y dañado por los accidentes de miles de coches deportivos y teñido por la sangre de sus jovencísimos conductores.

—Está... aquí... —dijo María, y se tocó el vientre.

—¿Aún no ha nacido?

Ella pareció encontrar ese comentario bastante jocoso.

—Ha... regresado... a mí... —Sonrió—. Bastián... ha vuelto... a su... casa.

—Ha vuelto

023

a su casa —repitió Zurek para sí mismo, mientras subía las escaleras de regreso al apartamento. En aquel entonces no lo había entendido, pero los datos que fueron surgiendo después resultaron muy aclaratorios.

María había sido su paciente cero particular, la que le había abierto los ojos a lo que estaba pasando. Antes de que los muertos empezaran a andar por las calles de la ciudad, devorando cada ápice de carne viva que caía en sus manos, Zurek interpretó sus palabras como una metáfora del amor materno. Bastián había muerto en aquella carretera, pero había vuelto a su corazón en forma de espíritu redimido, como la promesa de un reencuentro futuro, en la otra vida, que se iba preparando desde que el

humo de los funerales se apagó. Pero María no se refería a eso. Zurek no lo entendió hasta que fue demasiado tarde y el caos ya se había desatado. Ella acabó por contarle su terrible historia: cómo su hijo había sido el primer regresado, cómo lo había acogido de nuevo en su casa (a pesar de su aspecto lamentable, como si hubiese recorrido los nueve círculos del Infierno y se trajera las cicatrices y las cenizas para atestiguarlo; unas cicatrices que eran al viento como heridas de sable) y lo había intentado integrar en la sociedad, pese a la oposición frontal de un sacerdote conservador y obtuso. Nunca le dijo su nombre, pues el recuerdo mismo de aquel rostro, de lo que aquel hombre había hecho después, era demasiado para ella. El cura del pueblo había descubierto el secreto de Bastián y no había cejado en su empeño hasta matar de nuevo a su querido hijo. El relato a partir de ese momento se volvía confuso, pues María y su otro hijo, Pedro, se marcharon del pueblo llevándose consigo el cadáver del joven Bastián. Sobrevivieron como les fue posible en la clandestinidad hasta que ya no tuvieron necesidad de seguir huyendo, y entonces realizaron el Ritual. A Zurek le costó Dios y ayuda sacarle esta información a María, pero al final logró reunir todas las piezas del *puzzle*. Ella y su hijo mayor habían decidido volver a los orígenes de su fe. Se sentían como unos privilegiados, una familia tocada directamente por el Creador que había tenido que soportar su calvario particular, pero que gracias a eso eran más santos. El Ritual consistía en sentarse a comer un plato muy especial, carne de mi carne, como habían escrito los evangelistas en sus crónicas del Rey Mendigo, Jesús. ¡Con su propio hijo hecho pedazos, entre destellos de locura y luces de niebla de psicosis!, ¡entre bosques oscuros y carreteras a las que los bólidos añadían los efectos sonoros de neumáticos, como una suave pero hiriente brisa!

Zurek hizo su último experimento con María la mañana anterior a que el hospital fuera evacuado: la llevó al sótano, al complejo laberinto de túneles de tuberías y calderas que sólo los encargados de mantenimiento conocían, y la encadenó allí como el Minotauro particular de aquel dédalo. Luego sacó de su celda a otro paciente sin curación posible, un sociópata psicosexual llamado José Marinero, y lo bajó hasta allí, a donde María esperaba para mostrarle en qué consistía el Ritual que Pedro y ella habían practicado con Bastián.

Y se lo demostró. Bien que lo hizo.

Los restos de Bastián aún estaban clavados en el interior del organismo de María, volviéndola loca de dolor, pues no sólo se habían comido la carne pútrida de su hijo sino que también habían masticado sus huesos. Pequeñas astillas del fémur habían desgarrado la pared de su esófago y el píloro, así como buena parte del intestino grueso. De ahí los dolores y las hemorragias que María presentó al ingresar en la clínica, y que ella confundía con los procesos de un parto que había sucedido a la inversa, con su hijito tratando de abrirse paso de regreso al vientre materno, donde era bienvenido.

«Ha vuelto a su casa», aseguró María mientras se acariciaba el ombligo.

María devoró a José Marinero igual que había hecho con su hijo, aplicándole el mismo sacramento perturbado, y luego falleció por la gravedad de sus lesiones internas (¿antes o después de comerse a José, o mientras lo estaba haciendo? No podía saberlo, y para entonces ese dato ya no importaba). Zurek habría querido operarla él mismo, pero no hasta que no hubiese confirmado su teoría. No hasta que ella le hubiese mostrado la puerta que conducía al interior de su mente, a la carretera de sombras por la que ahora él mismo transitaba.

Había dejado morir a aquella mujer por el bien de la ciencia, y no se arrepentía.

Escaló los últimos peldaños rumbo al apartamento sin darse cuenta de que una figura oscura le espiaba desde el otro extremo del pasillo. Una figura que llevaba algo voluminoso en las manos y lo acariciaba como si fuera su pasaporte privado al otro mundo, al Paraíso que según los profetas acabaría por extenderse sobre la tierra, pero que aún estaba a mitad de camino.

022

La ISS y el GOD se encontraban cada vez más cerca, como dos participantes en una cita a ciegas que en el fondo desconfiaban profundamente el uno del otro, y hasta se odiasen.

Los tres tripulantes de la estación se encontraban en el puesto de observación, en el ZARIÁ. Ya no llevaban los monos azules y naranjas del trabajo de a bordo; la temperatura había descendido tanto en las últimas horas que se habían tenido que enfundar los trajes de vacío para no morir congelados. Piotr, Eve y Claudio estaban de pie, inclinados sobre la pantalla, viendo cómo la mole antediluviana de la época Reagan se hacía más y más grande, y más y más llena de detalles amenazadores. Por un instante, al capitán le pasó por la cabeza que aquella cosa podría tener sistemas de armas aún activos, pero era muy improbable. Si había sido vendido a un consorcio civil, el GOD tenía por fuerza que estar desarmado.

Lo que todavía seguía carcomiéndole las neuronas era qué clase de radiación era ésa que emitía hacia la superficie, y por qué sus instrumentos no habían logrado catalogarla.

—Podríamos usar el brazo Canadarm para hacerla frenar, y acoplarla a nuestra órbita —sugirió Piotr.

—¿A un objeto tan masivo? —El italiano arrugó el entrecejo—. Lo partiría.

—Puede que no sea necesario frenarlo desde el exterior —intervino Eve—. Podríamos hacerlo desde aquí, desde esta consola.

—¿Cómo?

—Si puedo acceder por radio a su programa, podría ordenarle que active sus cohetes de maniobra. Sólo necesito saber si las claves militares que se le

suministraron no han sido invalidadas.

—Inténtalo —accedió Piotr. Ya no veía aquel pecio espacial como una amenaza, sino como una fuente inagotable de energía, si lograban acoplar su reactor a los colectores de energía de la ISS. A tiempos difíciles, medidas desesperadas.

Eve tecleó la secuencia de números en su consola. La antena de la estación buscó activamente la del pecio, enviando pequeños pin rápidos de llamada, hasta que el monstruo contestó. Un flujo de números cayó desde la banda binaria y se mezcló con basura digital, hasta que el logotipo de Boeing apareció en el monitor.

—¡Bingo! —lo celebró la astronauta—. Estamos dentro. Ahora vamos a pedir permiso para bucear en su disco duro.

—¿Qué es eso? —preguntó el capitán cuando los planos del satélite aparecieron en pantalla. Se refería al complejo aparato que había sido añadido después de que fueran retirados los misiles nucleares, y que ocupaba casi todo el interior del GOD. Era una musculatura de tecnología punta colocada sobre un esqueleto de la Guerra Fría.

Eve negó lentamente con la cabeza.

—No lo sé... Es lo que genera esa misteriosa radiación. El satélite está trabajando a... —Se le cambió la cara—. Dios mío... un megaelectrón.

Sus compañeros cruzaron una mirada de turbación.

—¿Lo has calculado bien? Es imposible que esa cosa genere tanta potencia.

—Míralo tú mismo. —Eve le mostró las lecturas—. No sólo la está generando, sino que además la lleva bombardeando al planeta desde quién sabe cuándo.

—Una vez, cuando estábamos preparándonos para esta misión, escuché... —dijo Claudio, haciendo memoria— que un consorcio de empresas japonesas estaba haciendo grandes progresos en materia de enviar energía a la Tierra en forma de microondas. Puede que tengamos delante su emisor.

—Pero un satélite así sería geoestacionario —discrepó el capitán—. Tendría unos paneles solares enormes y estaría anclado siempre sobre la antena receptora de tierra, para que el haz no se interrumpiera por la curvatura del planeta.

—Éste es un satélite errante —confirmó Eve—. No estacionario. No debería nunca jamás haberse cruzado con nosotros. Eso significa que está perdido, a la deriva.

—Si eso es cierto —Piotr afiló los ojos—, significa que ha barrido la superficie del planeta con esa extraña radiación durante meses. —Los demás lo miraron—. ¿Estáis pensando lo mismo que yo?

—¿Que si el trasto éste es el responsable de lo que está ocurriendo allá abajo? —Claudio se rascó un grano, pensativo—. Quién sabe. Pero si lo es, tal vez deberíamos dejarlo pasar y alejarnos de él... ¿no?

Los otros no respondieron. Hacía demasiado frío como para considerar alternativas.

—Lo tengo —dijo Eve—. Disparando retrocohetes en tres, dos...

El gargantuesco satélite tembló, extendió unos apéndices acabados en toberas y, en el absoluto y aterrador silencio del espacio, volvió a la vida. El gas brotó con fuerza de sus entrañas y la mole perdió velocidad hasta acoplarse como una hermana extraviada a la masa gris y blanca de la ISS.

En ese momento se escuchó un gemido galvánico en los cables, como si la potencia eléctrica entonase su canto del cisne, y la estación volvió a quedarse a oscuras.

021

—Se ha despertado otra vez —dijo Natalia, en cuanto escuchó el llanto del bebé—. El pobrecito tiene mucha hambre.

—Toma, dale esto —dijo Blanca, ofreciéndole un bote de leche desnatada que había robado del comedor—. Es leche de vaca, pero a falta de otra cosa...

Natalia miró el bote con desconfianza, como si fuese veneno.

—Su delicado estómago no la aguantaría —decretó, aunque aceptó el bote de manos de Blanca. Una parte de ella sabía que no tenían más opciones, salvo la de dejar morir de hambre al pequeño. Y eso NO iba a pasar.

—Mañana por la mañana intentaré hacer una salida —dijo Fulgencio, arrebujándose en una manta. Hacía frío, y la tormenta arrastraba cortinas de lluvia desde el mar—. A lo mejor el doctor me ayuda a burlar a los pellejos. Buscaré una farmacia y traeré leche de continuación.

Unos nudillos golpearon en la puerta. Las tres personas que estaban en el apartamento sintieron que se les detenía el corazón del susto, pero Fulgencio enseguida los calmó.

—¿Quiénes? —preguntó.

—Zurek —dijo una voz tranquila.

Blanca abrió la puerta y dejó pasar al doctor. Éste sacó el bote de pegamento de su bolsillo y lo abrió con una sola mano.

—Siéntate, Blanca, y remángate. Vamos a terminar de curar esa herida.

La joven lo miró con desconfianza, pero obedeció. Cuando el médico le agarró los bordes de la herida con los dedos y empezó a aplicarles el pegamento, Blanca cerró las manos transidas de dolor en torno a la pata de la mesa y exclamó:

—¡Ay! ¡Joder! ¿Qué coño hace?

—Te estoy cosiendo el desgarro —explicó Zurek, sin detenerse—. Este pegamento es un colágeno, la misma sustancia proteica que compone los tejidos conectivos de los mamíferos. Es orgánico. No te hará daño, y te aguantará la herida hasta que encontremos hilo y aguja esterilizados.

Blanca apartó la vista para no verse el brazo. Notaba el ungüento pegajoso

morderle la herida y abrazarla en un limbo húmedo después. Ya era suficientemente asqueroso, como sentir caracoles babándola por fuera y por dentro de la piel, pero si la miraba directamente vomitaría lo último que le quedaba en el estómago. Al cabo de un rato, las últimas pinceladas de Zurek completaron el encaje de sangre seca que le caía del hombro como una mantilla roja.

—Ya está —dijo el doctor, satisfecho—. Espera a que se te seque y luego lávatela. El agua no disolverá el pegamento, pero te limpiará los bordes.

Blanca se escabulló hacia el lavabo. Ya había cerrado la puerta cuando Natalia entró en el comedor y, señalándose los pechos, dijo con asombro:

—¡Mirad, mirad esto!

Tenía las dos manos formando cuencos bajo los pechos, y en éstos, a la altura del pezón, dos manchas húmedas que ennegrecían la camisa. Fulgencio sonrió.

—Bienvenida al mundo de las mamás, Natalia —dijo.

—Generación espontánea de leche —añadió Zurek, con su habitual distanciamiento—. Tu cuerpo está reaccionando como mejor sabe al llanto del bebé. Felicidades.

—¿Es cierto? —Natalia tenía los ojos casi tan húmedos como los pechos. No podía creérselo—. ¿Puedo... puedo alimentarle con esto?

—He conocido casos de abuelas que han vuelto a dar leche después de cuarenta años, cuando sus nietas les endosaron los bebés que no sabían cuidar —asintió Fulgencio—. Tú ahora eres su mejor alimento.

Blanca llegó corriendo del lavabo y abrazó a Natalia. Las dos, junto con el sacerdote y el doctor, volvieron al dormitorio y se limitaron a hacer lo que la naturaleza llevaba haciendo desde hacía millones de años. Confiar. Confiar en que siempre había una solución para todo. Fue el primer momento de felicidad absoluta y de tranquilidad que experimentaban desde que abandonaron sus casas y su antigua vida, y eso les recargó las baterías del corazón mejor que ningún banquete, que ninguna bebida tonificante o ningún nuevo descubrimiento sobre lo que estaba pasando en el planeta.

Los cinco, empezando por el bebé, se sintieron inmensamente felices. Y punto. Y no había nada en el mundo que pudiera quebrar ese sentimiento.

Ni siquiera cuando la puerta del apartamento se abrió y la figura oscura que había espionado a Zurek en las escaleras se deslizó dentro, escondiéndose en el interior de un armario empotrado.

Pasaron las horas. El amanecer estaba próximo, y ya contaminaba con una pátina difusa de ocres y dorados el sereno añil del horizonte, aunque Blanca no sabía si lo

que estaba viendo era el heraldo de colores del sol o el resplandor de la estación petrolífera, que seguía ardiendo y flotando a la deriva como el esqueleto calcinado del Krakatoa.

Se levantó. El brazo apenas la había dejado dormir. Por poco que se moviera, allí estaban los alfilerazos de dolor, correteando por debajo del pegamento como si buscasen una fisura para salir a la superficie. ¿Delfines de gangrena? Por Dios, no, no quería pensar en esas cosas. Pere (el bendito Pere, ¿dónde estaría ahora? ¿Se habría levantado de entre los muertos convertido en otro pellejo?) le había asegurado que las heridas de los zombis no tenían nada que ver con lo que se contaba en las películas. Que no era nada vírico ni bacteriológico ni ninguna estupidez de ésas. Así pues, aunque la pellejuda aquélla la hubiese desgarrado hasta el músculo, eso no significaba que se fuera a levantar convertida en una de Ellos a la mañana siguiente.

¿Verdad?

«Ay, Pere, cuánto te echo de menos».

Sentía la vejiga hinchada. Salió sin hacer ruido del dormitorio y entró en el baño. Los ronquidos de Fulgencio eran como pequeños movimientos tectónicos. Blanca no imaginaba cómo Zurek, que yacía agazapado como un avestruz en el sofá, podía conciliar el sueño con semejante desprendimiento de tierras a su izquierda. A lo mejor era una especie de robot, como sugería su comportamiento, y podía desconectar el cerebro y ponerlo en modo *stand by*, como los DVD. «Me desconecto con su permiso, señor», decían los frikis esos que veían pelis de ciencia ficción cutres en su instituto. Ella nunca se había codeado con la chusma esa de las Ratas Kert, una asociación de pirados que frecuentaba la clase de matemáticas, pero sabía el tipo de humor que se gastaban. Y lo salidos que estaban.

Entró en el lavabo, cerró la puerta y se bajó los pantalones. La taza estaba muy fría, así que lo hizo de pie. Una vez había estado en un hotel donde ofrecían un servicio alucinante: las tazas de los inodoros de las habitaciones tenían una especie de resistencia eléctrica que las calentaba, de modo que resultaba un placer casi orgásmico el sentarte sobre ellas y hacer tus cosas, con toda comodidad y confort, mientras el calorcito te masajeaba las partes íntimas. Por desgracia, era un invento del siglo veintiuno que aún no había llegado a su ciudad, y aun menos al instituto, que estaría anclado en el medievo hasta que los sapos bailasen la conga.

Acabó y se secó con un trozo de papel higiénico. Se rascó el pelo de la entrepierna con una mano, rask, rask, mientras con la otra agarraba la cortina de la ducha. Su vello púbico estaba rizado y sucio, pegajoso por una pátina de flujo que le había manchado de amarillo toda la braga. Claro, hacía dos días que no se la cambiaba. ¿Tendría ladillas allá abajo, de tanto túnel de metro y tanta maldita falta de higiene? Ladillas zombis, eso era lo último que le faltaba. Si en aquella ducha no había esponja, iría a la cocina y se traería un estropajo para frotarse hasta dejar enrojecida la ingle. Y luego se haría «un Kojak» con una de las cuchillas de afeitar que Fulgencio había robado del hospital. Cualquier cosa con tal de no tener a esos

repelentes bichitos pululando por el secreto de Victoria.

Descorrió con un ademán enérgico la cortina de la ducha.

Fue otra mano, no la suya propia, la que le tapó la boca para que no gritara. Blanca abrió desmesuradamente los ojos, reconociendo a Gael y al libro rojo (que tenía bastantes más ojos abiertos que la última vez) que aún cargaba debajo del brazo.

—Ni un solo ruido, putita quinceañera, si sabes lo que te conviene —amenazó el argentino. La aplastó contra la pared, de modo que la joven no podía moverse para alcanzar el pomo de la puerta, y le dio un potente beso en los labios que dejó conectadas ambas bocas por un puente de baba.

Blanca tenía los ojos desencajados de miedo. Los apéndices del libro se volvieron a la vez hacia ella como un nervioso enjambre de escleróticas. Gael tenía las pupilas dilatadas y el iris de un color sutilmente distinto, más rojizo. De hecho, era del color exacto de varios de aquellos globos oculares que la contemplaban desde la solapa. Blanca se estremeció; Gael siempre le había parecido un tipo peligroso, de éstos que pegaban a las mujeres y encontraban un perverso placer en escuchar sus súplicas, pero el hombre que tenía delante estaba alimentado por una energía distinta, más propia de la locura que de la perversión. ¿Le estaría haciendo aquello el libro infernal... o era un efecto colateral de su exposición a él? ¿Acaso su mente de Homo Sapiens (Homo Erectus, diría ella, aunque con otro tipo de erección) se estaba degradando por la radiación de aquel artefacto con más misterio ancestral que el Arca de la Alianza?

—¡Mmmfff! —exigió ella a través de su mano.

—Creíais que os habíais librado de mí, ¿verdad? —murmuró Gael—. Os importaba una mierda lo que me pasase en ese tren, si me comían vivo o se me caía el puto techo en la cabeza. Tenéis tanto miedo de este libro sagrado que sois capaces de largaros y dejar morir a su guardián.

—¿Guarrrrrrfffmmmmiánn?

—Sí, yo soy el guardián de los secretos. El portador del libro eterno. Yo lo encontré, y he sido elegido para leer las páginas y descifrar el código y llevar el mensaje a todos los que sean dignos de sobrevivir al holocausto.

—¡Sommmmmffffforrrroo!

—¡He dicho que te calles, zorra apestosa! —susurró a gritos, aplastándole aun más la cabeza contra la loza sanitaria de las paredes—. ¡O te juro que te voy a dar la lección de tu vida, antes incluso que a la hereje de mi mujer!

Blanca había estado intentando colocar su pierna dentro de las de Gael, frotando con todas sus fuerzas su muslo contra el suyo y deslizándola centímetro a centímetro. Lo consiguió cuando el argentino depositó todo su peso sobre ella para taponar más la boca, y a continuación disparó la pierna hacia arriba. La rodilla impactó justo donde quería, y Gael retrocedió con fuego en los testículos.

La joven se escabulló de su abrazo y proyectó su cuerpo hacia la puerta, pero cometió dos errores: el primero, no gritar a pleno pulmón en ese preciso instante,

suplicando ayuda, pues consideraba que su enemigo estaba fuera de combate. Y éste fue el segundo y más trágico, pues Gael, aunque doblado sobre sí mismo con un dolor espantoso, no estaba del todo imposibilitado. Lanzó una pierna hacia delante y le puso la zancadilla, con tan mala suerte que Blanca perdió el equilibrio, cayó de bruces, y su cabeza dio un tremendo martillazo contra el borde del inodoro.

Todo acabó en cuestión de segundos. Gael se levantó, encajando las manos en las paredes, y permaneció un minuto en completo silencio. Escuchando, atento al menor ruido. Nada se movió en el apartamento. Claro, todos estaban demasiado agotados como para despertarse con facilidad, a pesar de que el martillazo del cráneo de Blanca tenía que haberse oído, por fuerza, al otro lado de la puerta. La joven tenía los ojos abiertos, suspendidos del infinito. Hacía un minuto, cuando los había visto muy de cerca, se percató de que Blanca usaba lentillas, diminutos cristales que amplificaban sus ojos hasta convertirlos en acuosas ruedas de terror. Su Nokia enfundado en el protector rosa asomaba por una esquina de su pantalón. Ahora los dos habían dejado de funcionar. El teléfono por falta de alimento, y ella porque él

(Sí, Gaelcito, has sido tú, tú, tú)

la había

(matado, venga, atrévete a decirlo con todas las letras, valiente)

detenido antes de que diese la alarma.

Gael estuvo mirando al cadáver de Blanca como si a él también le hubiesen girado la clavija del conector. Los minutos pasaron, lentos y agónicos, mientras su cerebro volvía a reiniciarse y decidía qué hacer. Blanca estaba muerta, más tiesa que un jamón de pata negra, e igual de apetitosa. Era como una muñeca capaz de mantener indefinidamente las posturas en las que la dejara su titiritero, por aberrantes o incómodas que fuesen. A ella ya no le importaba lo más mínimo el dolor. La muerte era simplemente un pensamiento abstracto que llenar en una dirección arbitraria de su consciencia, la apostasía encauzada hacia la Revelación de la curia de pellejos.

¿Por qué pensaba esas cosas tan raras?

Colocó a la muchacha boca arriba y le subió la camisa hasta el cuello. Sus manos temblaban como las de un chiquillo expuesto por primera vez a los misterios del sexo, el último tabú. Blanca no llevaba sujetador, aunque debido a lo minúsculo de su armamento tampoco lo necesitaba. Aquellas quillitas de tabla de surf, tan chiquitas y adorables, como de niña de colegio, resultaban tan vírgenes a la vista y al tacto, tan exquisitamente sugestivas, que le excitaron más que las ubres de las otras mujeres que había conocido con anterioridad. Como las de Natalia. Se las imaginó a las dos haciendo un concurso de tetas, una al lado de la otra frente al espejo del salón (este pensamiento lo has tenido ya, idiota) y masajeándose una a la otra los pezones. Una madre madurita follándose a su hija adolescente, un ritual que ambas practicarían a diario nada más volver del trabajo y del instituto. Gael se inclinó sobre Blanca y le lamió las quillas, notándolas frías, frías y secas, indiferentes por completo a sus caricias. Le quitó los pantalones y metió la nariz en su entrepierna. El vello púbico le

hizo cosquillas en la frente. Seguro que si introducía un poco el dedo en su ano no tendría que escarbar mucho hasta encontrar rastros de materia fecal. Oh, cómo había deseado llegar a aquel punto desde que había visto por primera vez a Blanca. ¿Sería un pecado demasiado imperdonable que le metiera su enorme y erecto miembro a aquel cadáver, disfrutando de los últimos ápices de calor de su cuerpo antes de que se evaporasen?

Se echó hacia atrás, repelido por el magnetismo inverso de su propio pensamiento. ¿Qué barbaridades estaba pensando? ¡Había estado a punto de violar a una chica muerta, por el amor de Dios! ¡Eso era necrofilia! ¿Desde cuándo era tan depravado? Una cosa era practicar sexo extremo de forma consentida con su esposa, encadenándola y azotándola y haciéndole todas esas guarradas que a ella le gustaban tanto, pero aquello...

... Aquello era demasiado cruel, hasta para un sádico como él. Acababa de cometer un asesinato. Y su miembro seguía tan duro como la bandera nacional del priapismo, borracho de un extravagante apetito venéreo.

El sonido. Era culpa del sonido, que le taladraba las sienes y cocinaba macarrones con sus neuronas y su materia encefálica, batiéndolas y trinchándolas y calentándolas al horno. El cántico sobrenatural que provenía de aquel libro maldito, y que sonaba a hordas de espíritus cantando loas a los muros de una ciudad celestial. Era más de lo que un cerebro humano podía tolerar sin haber muerto primero.

Tenía que solucionar aquello mientras aún tuviera consciencia de sí mismo, mientras conservara una noción clara de qué estaba bien y qué no. La clave estaba en el niño que habían encontrado en el hospital, un bebé parido por una muerta viviente. Era un absurdo contrario a las leyes de la naturaleza, un crimen contra Dios y Su obra de siete interminables días. Ese bebé híbrido entre el mundo terrenal y el infierno de Dante tenía que morir, y entonces las aguas volverían a su cauce. Seguro.

Con infinito cuidado, abrió la puerta del baño. Los ronquidos le confirmaron que la gente aún seguía durmiendo. Bien.

Era hora de comenzar a escribir el nuevo gran testimonio, el Evangelio según San Gael. Iba a ser glorioso. Y al igual que la historia de Herodes, también comenzaría y acabaría con la muerte de un niño.

019

Natalia tuvo un sueño magnífico esa noche (mientras su marido decidía que el contacto con la reliquia sagrada lo había vuelto loco y Blanca pagaba las consecuencias); magnífico aunque también bastante extraño. Toda una órdiga de surrealismo. Que ella recordara, no había soñado nada igual en su vida, aunque en ningún momento se sintió en peligro, con esa sensación de descontrol y arbitrariedad

que define a las pesadillas. Fue un sueño pacífico y reconfortante, aunque la impactó por lo imaginativo de su paisaje.

Natalia formaba parte del complejo y poblado mecanismo de un reloj de agua (clepsidra, supo que se llamaba, aunque fue un dato que olvidó al despertar). Ella encarnaba a un engranaje con un vestido de metales y fusibles, que pasaba cuantos de energía de mano a mano a otros engranajes, a otras personas colgadas de la tramoya que había detrás. Había una buena cantidad de gente asida a la máquina mediante cuerdas, de ahí lo de poblado. Y todas exhibían grandes sonrisas de felicidad en el rostro.

Por lo que pudo descubrir, en lugar de medir el tiempo, aquel reloj tenía una finalidad muy distinta: producía bebés. Era como un enorme carillón construido por un gigante que a cada crescendo de su eufónica canción pariera un niño, que caía a una cubeta con forma de cuna que había en la base del mecanismo. Dentro de la cubeta había ya cien o doscientos niños, y una máquina distinta (o un apéndice remoto de la clepsidra) los iba cogiendo con suavidad y depositándolos en cestas de mimbre. Luego, unas cigüeñas de papel, autómatas origámicos, los transportaban por el aire hasta lejanos edificios con forma de hospitales. Cada cigüeña llevaba además un complejo instrumento, una especie de aparato ginecológico inventado por un científico loco, que servía para dormir a las madres y sustituir los globos de aire de sus barrigas por los bebés ya creados, para que se dieran el gustazo de traerlos al mundo ellas mismas.

Sobre una especie de púlpito había un hombre desnudo, junto a un cordero de nueve ojos armado con dos enormes espadas, que reflexionaba sobre su propia demencia en voz muy alta:

¡Daño en la cabeza!

El loco está sentado en la hierba, juega con sus sucios juguetes.

Sobre el balcón hay una rosa. Es gris y roja y me está mirando. Pienso que podría comérmela. Ahora todo es gris y azul y submarino.

No hay mucha gente a mi alrededor. Todo lo que toco, todo lo que veo, todo lo que siento, está formado por una sustancia extraña, básica. Veo una espada en el suelo, junto a los juguetes. ¿Es ella también un juguete? No puedo saberlo. La espada está afilada y su acero está hecho en la Luna. El mango es de color claro. La tomo entre mis manos con la suavidad de un amante. La beso. Ella me devuelve el beso. No sé por qué, pero la sangre mana de repente de mis labios.

Daño en la cabeza. Te quiero, pero no sé cómo expresarlo. No sé cómo decírtelo para que me entiendas y me perdones por ello. Escribo palabras en un idioma muerto. Escribo versos sobre un corazón que no existe.

El lunático está sobre la hierba, jugando con sus juguetes, y se ríe y se lo pasa de miedo, pero no tiene amigos que se rían con él. Es muy triste. El loco juega en mi salón. Rompe mis jarrones, rasga mis cuadros, orina en mi alfombra. El loco juega con mi salón. Mi salón es jugado por el loco.

Hay una guerra en el jardín. Sobre una colina los generales se divierten. Carne de horca, miles de infantes corren hacia su condenación. La muerte es un toro con dos cuernos hechos de madera. Sobre la colina hay un cartel que así reza: «por aquí al salón de los héroes». Los hombres mueren en el fango manchado de sangre, con espadas y mosquetes cargados de victoria. Los hombres mueren y nadie gana el juego. Los generales dejan de reír. Ya no queda público que quiera escucharlos.

Me gusta el número siete. El siete es un número muy bonito. Hay gente que lo adora porque cree que tiene propiedades mágicas. Son unos tontos; la magia no existe. Dios no existe. Nada existe. Ni siquiera este papel que se escurre entre mis dedos, ni tampoco lo que hay escrito en él. Lo que estás leyendo nunca se redactó.

Te quiero, pero no sé cómo decirlo. Escribo palabras en una lengua muerta. En un paisaje olvidado. El loco juega conmigo. Yo soy jugado por el loco. ¿Cómo de muerta estás? ¿Ya te has muerto? ¿Qué hay en ese lugar en el que estás ahora? No, no has muerto, pero tampoco estás aquí.

Natalia se dio cuenta de que el corazón de la clepsidra era un libro lleno de ojos. Un libro que le estaba diciendo algo importante en forma de sueño, de revelación abstracta. Y despertó, sólo para descubrir que le habían robado al bebé.

018

—¿Dónde está? ¿¡Dónde está mi pequeño!?! —gritó, despertando a Zurek y a Fulgencio. Este último se sobresaltó tanto que casi resbaló por un costado del sofá y estuvo a punto de dar con sus huesos en la alfombra. Había un potente olor a quemado en el aire, una nube negra de humo y ceniza que lamía el cristal de la ventana como si el hotel mismo hubiese estallado en llamas. El sacerdote tosió.

—¿Qué... pasa, qué está pasando? ¿Hay fuego?

Natalia registró la cocina y el salón a toda prisa, el corazón a punto de saltársele del pecho.

—¡El bebé, no está! ¿Alguien lo cogió anoche? ¿Dónde está Blanca?

—¿El bebé...? —preguntó Fulgencio, todavía un poco aturdido. Vio la humareda y se asomó corriendo a la ventana.

—¿Es el hotel? —preguntó Zurek, bostezando.

Antes de que el sacerdote pudiera contestar, Natalia abrió la puerta del baño. Y vio a Blanca tirada en el suelo, medio desnuda, con los ojos abiertos y una expresión de reposada perplejidad en la cara, como si su mente, aún detenida en el tiempo, se siguiese cuestionando cómo demonios había llegado a esa situación. En el borde del inodoro había una mancha roja que casaba a la perfección con la de su frente.

Natalia chilló por el horror de ver a la joven muerta, y enterró su cara entre sus manos. Fulgencio abandonó la ventana y corrió a abrazarla.

—¡Por Dios! ¿Qué ha pasado aquí?

Miró al suelo y vio unas huellas impresas en la sangre. Unos zapatos del cuarenta y cinco. Sólo había una persona que estuviese viva en ese momento y que Natalia conociese que calzara ese número.

—Gael...

—¿Gael? —repitió el sacerdote—. ¿Ha estado aquí? ¿Él ha... ha hecho eso?

Del lavabo surgió un aroma tenue y polvoriento, como un temblor de violetas. Era como una firma, un impulso de aire caliente que barría las estancias a la altura del tobillo. De la misma forma olía el libro rojo.

Natalia respiraba a golpes, a cuchilladas, entre jadeos violentos que exhalaban el aire por su boca para poder inhalarlo de nuevo por la nariz, el mismo fenómeno que los fumadores expertos llamaban «doble bombeo». Sólo que ella no exhalaba humo, sino pena. Y dolor. Y un irrefrenable e irracional sentimiento de furia.

—La mató, y me robó a mi bebé —dijo más para sí misma que para Fulgencio. Y luego repitió, como si de esa manera lo hiciese más real—: Ha secuestrado al niño.

El silencio del horror y la perplejidad subió de volumen hasta que lo llenó todo, amortiguando con su caricia esponjosa los demás sonidos. Mientras Natalia y Fulgencio contemplaban atónitos el cuerpo que yacía en el suelo del lavabo, el doctor Zurek se aproximó a las ventanas. El viento jugaba con los zarcillos de humo y ceniza, raspándolos y enredándolos unos en otros en una especie de alfombra persa sin nudos. El calor era una entidad invisible pero también presente, en tanto que hacía vibrar con un sincopado suave la masa de aire y acariciaba el cristal de la ventana con unos dedos sin uñas. Cuando llegó una ráfaga fuerte apartó por unos instantes el tul de oscuridad y dejó ver a Zurek el origen de todo aquel humo.

No era el hotel lo que ardía.

La plataforma petrolífera, en su lento deambular al son de la marea, había acabado por encallar en el extremo de un largo espigón artificial, hecho de grandes bloques cúbicos de hormigón del tamaño de un ser humano. Estaba inclinada unos veinte grados hacia un costado, aunque sus enormes patas seguían elevándola más de veinte metros por encima de la línea de playa. Largas lenguas de fuego lamían los edificios de la parte superior y, entre esponjosas cortinas de humo, bailaba una grúa sin asidero que prolongaba su mástil más de diez metros sobre el espigón.

Zurek miró hacia abajo, a la calle, y vio al ejército de pellejos moverse con su andar tranquilo hacia el espigón. Parecían haber perdido todo interés en el hotel. Y entre ellos, aunque alejado de la masa principal de gente, corría (destacándose por su velocidad entre tanta chusma lisiada) un hombre vivo con un bebé entre sus brazos.

La ISS se había vuelto a quedar a oscuras, y cuando pasaron más de cinco segundos y los generadores de emergencia no se activaron, sus tripulantes supieron que esta vez era para siempre.

—Tenemos que abandonar el barco —gimió Claudio.

—No digas tonterías —dijo el capitán, ciñéndose el casco del traje EVA—. Todas las provisiones están en el módulo LIBERTY. Si nos vamos sin ser en un transbordador, moriremos de hambre en órbita.

—No vendrán a recogernos.

—Por eso debemos acoplar la fuente de potencia del GOD. Eve, por favor —se giró hacia la mujer, que apartaba con el brazo una capa de escarcha que se había condensado sobre el monitor, y que diez minutos antes no estaba—, ponte el casco y deja el cierre abierto. No dependas todavía del suministro interno, pero protégete del impacto directo del aire en la cara. Dentro de poco estará a veinte bajo cero.

—¿Qué hacemos, jefe?

Piotr se asomó a la ventanilla. Sólo se veía media Tierra. La otra mitad estaba oculta por la mole del GOD.

—Supongo que el Canadarm tampoco funciona ahora —gruñó—. Claudio...

—Voy a revisar el generador otra vez, a ver si encuentro algo —asintió el italiano, y se enganchó a un Herbie. Fuera lo que fuese lo que le pasaba a la energía, sólo afectaba al suministro general, pero no a los drones.

—¿Qué vas a hacer tú? —preguntó Eve.

El capitán se ciñó del todo el casco y puso rumbo al anillo de trasbordo. Allí se encontraba la esclusa que les servía para salir al exterior, a los paseos espaciales.

—Si no podemos usar el brazo para asegurar el satélite —transmitió por radio—, habrá que hacerlo *in situ*.

—¿Cómo? —se asustó la americana—. ¿Vas a salir?

—Tú ya no puedes controlar el satélite desde ahí. El riesgo de que colisione con la estación es altísimo, a menos que lo aseguremos desde dentro. Me introduciré en su panza, buscaré una consola y haré que el GOD se acople a nosotros. —«Siempre que el teclado de su ordenador no esté en japonés», pensó.

Eve no dijo nada. Sabía que el plan de Piotr, por suicida que pareciese, era su única posibilidad de no colisionar, así que se ajustó su propio casco y siguió los pasos del ruso hasta el módulo anexo. Allí, en el anillo de salida, se abrazaron con cuidado a través del armatoste que suponía no sólo el traje de vacío, sino la voluminosa mochila-cohete que Piotr ya se había acoplado al traje.

—Ten cuidado —dijo Eve—. Te abriré desde aquí cuando vuelvas.

—Voy a llevarme un par de drones —informó el capitán—. Por si acaso.

—Oye...

Él sonrió.

—Lo sé. Tendré cuidado.

—No es eso.

Piotr le pasó una mano tierna por el cristal del casco y se alejó de ella. Dos Herbies flotaron con él al interior del anillo y aguardaron instrucciones. Piotr comprobó la mochila-cohete y se dio la vuelta sobre su eje, hasta quedar encarado con la esclusa de salida. Eve cerró manualmente la puerta detrás de él y echó los cierres. Ahora estaba solo.

El ruso sacó una llave de tuerca y abrió lentamente la esclusa exterior. Un chorro de luz muy potente se filtró por debajo de la plancha de metal a medida que se iba elevando, hasta que ya no hubo nada entre él y el espacio.

Piotr contuvo el aliento.

Dio un paso y estuvo fuera. Un simple paso, y ya no estaba tocando nada familiar, nada a lo que agarrarse si algo fallaba. Nada que sirviera de anclaje a su cordura, a su noción de ser vivo circunscrito a una membrana llena de mucosas englobada a su vez en un traje espacial. A la sensación de ser una mota de polvo en mitad de una inmensidad inabarcable para sus sentidos. «No mires abajo», le habían aconsejado cuando dio su primer paseo, pero «abajo» era un eufemismo. Un juego mental de malabares y, también, una decisión arbitraria del insecto en el traje espacial. Aquel inmenso planeta azul no estaba abajo, ni arriba, con respecto a él. Era el objeto más lejano y colosal que sus ojos podían percibir, y junto a él, una brizna de hierba en comparación a toda la selva del Amazonas, estaba el satélite.

Piotr apuntó el brazo de la mochila-cohete hacia él y apretó el botón. Sintió un empujón en la espalda y empezó a desplazarse sin fricción alguna hacia la base del ingenio. Era una sensación muy rara, como saberse cayendo sin control pero en horizontal, no en vertical.

—Estoy aproximándome —radió—. Me faltan unos veinte metros, no, quince, para tocar el casco. Está cubierto por una especie de polvillo gris.

—Detrito meteorítico —respondió Eve—. En todo el tiempo que lleva en órbita, ese trasto ha debido de imantarse y atraer toda partícula metálica, bien de asteroides o bien de basura espacial, que pasaba por su lado.

—Acabo de tocarlo —informó Piotr, apoyando una mano en la chapa metálica del satélite. Sus dedos dejaron un rastro de pequeñas carreteras en la pátina gris que lo cubría como un maquillaje celestial—. Los Herbies siguen flotando a mi alrededor, así que por ahora todo va bien. Veo una abertura.

Pasaron unos segundos. Eve seguía controlando sus evoluciones desde la ventanilla de observación, y contuvo el aliento cuando su capitán desapareció en el interior del ingenio por su abertura inferior, una especie de boca de pulpo que se abría en el extremo de su perfil de calentador de agua gigante.

—No os vais a creer esto... —murmuró el ruso. La respuesta de la estación le llegó entrecortada, con interferencias:

—¿N... va... qué...?

Pulsó ligerísimamente el botón de la mochila y ganó un par de metros por segundo de velocidad hacia las entrañas del aparato. No, no se lo iban a creer. Y si

Piotr mismo no fuera la persona que estuviera allí, viendo lo que ocultaba aquella reliquia, él tampoco le habría dado mucho crédito.

016

Pere estaba contento con su nuevo amigo. Y no, no se refería al tanque Leopardo que había robado del cuartel del ejército. Se refería al único militar vivo que había hallado en la base, después de colarse ante las mismísimas cámaras de seguridad con todo su rostro y por la puerta principal.

Aquellos hechos habían sucedido horas atrás, cuando la luna todavía estaba alta en el cielo, pero para su percepción el tiempo había transcurrido con la velocidad de un coche de carreras, y lo recordaba todo a base de viñetas de cómic, grandes y espaciadas, cada una con mucha información para el ojo, mucho dibujo y apenas unas líneas aclaratorias de texto.

La primera viñeta mostraba a Pere bordeando con cuidado el cuartel, buscando cualquier signo de vida. Que no quedaran vigilantes no significaba que no hubiese peligro. Puede que aquellos barracones estuviesen abarrotados de pellejos con uniforme caqui y fusiles ametralladores, hombres y mujeres que no tuvieron tiempo de volver con sus familias antes de sufrir el ataque de los zombis o de patéticos grupos terroristas que ya no le importaban un carajo a nadie y que veían el caos como una forma de hacer su agosto.

Pere entró por la puerta principal, saludó a las cámaras con aire divertido por si todavía quedaba alguien mirando, y fue directo a los hangares. Donde estaban aparcados los vehículos. La segunda viñeta mostraba a Pere entrando por el que contenía al Leopardo, aún cubierto por la tela de camuflaje, y haciendo un descubrimiento sorprendente: había alguien vivo apoyado contra las orugas del tanque. Sabía que no estaba muerto porque los pellejos no se cagaban en todo a voz en grito y maldecían a Mahoma y al barbero que le diseñó la barba mientras trataban de sacarse una vara de hierro que les había atravesado el costado.

Pere socorrió a aquel joven (un chico de peinado reglamentario y mentón lleno de ángulos, como cortado a buril, y que no podía levantar más de diecinueve años del suelo). Se llamaba Antonio, y era un valenciano del pueblo de Gata de Gorgos, enlazado con el cuartel por la comarcal quince. Ésa fue la confirmación para Pere de que ya no estaba en la comunidad de Madrid, aunque tampoco le asombró demasiado. Su mente racional ya hacía tiempo que había preferido colocarse en modo de espera y recarga; después de asomarse hacia el túnel por el que él mismo había abandonado el metro y ver sólo una habitación cerrada, su sentido de la incredulidad se había ido a tomarse unos carajillos de absentia con coca-cola con el de la coherencia. ¿Que estaban en Valencia, en la costa del Mediterráneo? Bien, pues a gusto con eso. Lo

único que le importaba era registrar los arsenales y coger las armas más gordas y que más caña dieran, para darles su merecido a esos malditos despojos humanos que andaban sueltos por ahí. Viva Ridliescot, coño.

Antonio había resultado herido durante la defensa del cuartel. Como Pere sospechaba, las fuerzas armadas habían salido para proteger a la población, llevándose la mayoría de los helicópteros y los carros de combate, dejando atrás los cuarteles con el personal mínimo para su defensa y mantenimiento. Ese personal había resultado insuficiente, empero, cuando los pellejos rasparon sus narices contra la verja de metal y traspasaron por pura fuerza de su número el perímetro electrificado. Hubo un cortocircuito y la corriente se esfumó. Después de eso hubo una lucha, los fusiles escupieron fuego y las granadas interpretaron su capela particular para percusión y metralla. Pero todo resultó inútil. Eso había ocurrido menos de tres horas antes. Antonio se había escondido debajo del tanque (él era mecánico, y en el momento del ataque estaba poniéndolo a punto) y había resultado ileso. La mala suerte quiso que se hiriera de la manera más estúpida concebible, tropezando con una cubeta cuando las hostilidades habían terminado y clavándose él mismo la vara que usaba para recoger la lona de camuflaje.

Desde entonces llevaba sentado con la espalda apoyada en el tanque y preguntándose dos cosas: la primera, si habría quedado alguno de sus compañeros con vida para ayudarle, y la segunda, por qué demonios la pata de conejo que le había regalado su madre había decidido expirar su garantía aquella misma tarde.

Pere le ayudó, extrayéndole el metal y vendándole la herida, todo ello sin olvidar ni por un segundo sus propios dolores internos. Y luego, cuando ambos hubieron reposado sin hacer absolutamente nada durante una hora, cuando se les empezaba a dormir absolutamente todo de cerebro para abajo, se sentaron dentro del Leopardo y arrancaron el motor.

En aquel momento se les planteó una duda, una cuestión realmente decisiva: ¿ir en dirección al campo o a la ciudad más cercana? Tenían un vehículo que ningún pellejo podría violentar, un castillo móvil lleno de fuel y armamento. Si ponían rumbo al campo, podrían buscar un pueblecito pequeño, muy alejado de las grandes ciudades, donde tal vez hubiese sobrevivido alguien. Y en el caso de que no, habría menos cantidad de enemigos a freír con el lanzallamas. Pero por otro lado, en las ciudades había más recursos, y gasolina, y puestos de la Guardia Civil y del ejército de donde poder requisar más munición y aparatos sofisticados, como radares o antenas de conexión vía satélite. Puede que en otros países no hubiese plaga de pellejos (aunque si la teoría de Fulgencio sobre el Apocalipsis era cierta, Pere dudaba de que así fuera), o encontraran grupos militares aislados, como las tripulaciones de los portaaviones o los submarinos, que pudiesen venir a recogerlos.

Una decisión compleja.

Al final optaron por acercarse a la ciudad más próxima. En el panorama actual, según le reveló Antonio (que medio deliraba por la pérdida de sangre en el asiento del

artillero, mientras Pere conducía; tenía que encontrar un hospital o un centro de salud cuanto antes, se dijo, o acabaría perdiendo al chico), la ciudad en cuestión era un antiguo paraíso turístico llamado Gandia. Pere apretó el acelerador, atravesó la verja de la base y cogió la carretera principal. Había algunos vehículos abandonados cruzados en mitad de la calzada, pero salieron volando ante sus embestidas de rinoceronte como si estuvieran hechos de cartón. No pudo evitar que una sonrisa maligna aflorase a sus labios a medida que movía palancas y el aparato respondía como un bebé a sus deseos. El Leopardo era un tanque de alta tecnología, que podía correr lo mismo que un Ferrari y hacer derrapes a ciento cuarenta sin que se le fuera lo más mínimo el centro de gravedad. Era como conducir el coche de Fernando Alonso pero llevando un blindaje de quince centímetros y un pedazo de cañón del Averno asomando por la proa. A ver qué gallito se atrevía a adelantarle.

Una vez, alguien le dijo que los hombres que se sentaban en aquellos trastos y sentían cómo aumentaba su masculinidad y sus ganas de romperlo todo eran como niños simplones con un cheque en blanco de Papá Noel. En el fondo era cierto. ¡Pero cómo se sentía él de simplón en aquel momento, rediós!

El tanque pasó a ciento veinte por hora junto a un cartel que rezaba:

GANDIA, EL MAR Y NOSOTROS ¡BIENVENIDO!

Al que casi tumbó con la presión del aire de su estela. Una luz difusa que venía de arriba lo iluminó de rojo. El más extraño crepúsculo que Pere hubiera visto en su vida dio paso a una tormenta espectacular, de ésas que lo obligan a uno a salir en bata y zapatillas a la terraza en plena noche, con la lluvia y los resfriados clavándose con ahínco a su alrededor, para sentirse vivo rodeado de relámpagos y de más carga eléctrica que un concierto de Jean-Michel Jarre. Graves truenos barrían los campos en todas direcciones. Gandia era una silueta de papel rizado, negra como el luto, que alzaba sus colmillos como una vieja leona frente a la tensa línea del mar. Y la carretera se afilaba en dirección a ella como el estilete de un cirujano, dispuesta a hacerle una autopsia a sus secretos. Pere no era muy amigo de buscar simbologías cabalísticas en el paisaje o en los fenómenos meteorológicos (eso de que «Zeus apuñala el cielo con sus relámpagos» era muy poético, pero había quedado muy atrás), mas la visión de aquella violenta tormenta le causaba espanto. Era un miedo atávico, irracional, que no tenía nada que ver ni con la lluvia ni con el viento, sino con la memoria ancestral de sus antepasados. Una nube amenazadora se elevaba sobre las demás como el gnomon de un colosal reloj levógiro, proyectando una sombra de luz de luna sobre el colchón de electricidad estática de los nimbos. Si Zeus estuviese por los alrededores, vigilando con su ojo medio tuerto de viejo cabrón, sería allí donde habría plantado el trono.

—¿Dónde serviste? —le preguntó Antonio, más para desviar la atención del tremendo dolor de su herida que por verdadero interés.

—¿A qué te refieres? —Blom, otro obstáculo en la carretera que volaba por los aires. Un Ford Fiesta.

—¿En qué unidad? ¿En infantería o en algún otro cuerpo?

Pere sonrió. Ésa era una pregunta muy común entre la gente que acababa de conocerle. Y más todavía entre los que visitaban su casa y veían todos aquellos pósters de héroes del cine de acción de los ochenta colgados de las paredes (sobre todo su favorito, Chuck Norris en una olvidada peli de ciencia ficción llamada Código de silencio), y las pilas de revistas Mercenario 5 en los rincones, esperando ser encuadradas.

—Nunca he sido militar —confesó—. Ni siquiera hice la mili en mi juventud, cuando todavía existía el servicio obligatorio. Pedí excedencia por objeción de conciencia.

Antonio lo miró, desconcertado. El puesto del artillero estaba situado unos centímetros por encima del asiento del conductor, y podía verle la nuca cubierta de sudor. Hacía calor dentro del tanque.

—¿Qué estás diciendo, que fuiste objetor?

Pere torció el gesto. Le fastidiaba recordar esa parte de su vida.

—En una fábrica de pañales para adultos. Yo los doblaba y los metía en unas bolsitas muy pulcras, en algún punto entre el principio de la cadena y el «oiga, póngase esto cuando se tome el laxante». —Hizo girar la muñeca sobre el volante—. Acabé con tendinitis, macho, te lo aseguro. Menudo trabajo de mierda.

—¿Pero entonces... cómo sabes tanto de...?

—Me gustan las armas, eso es todo. Llevo desde los catorce años suscrito a revistas especializadas y yendo a campos de tiro, a practicar. Empecé con los calibres veinte y fui subiendo poco a poco. El cuchillo de supervivencia me lo compré en una tienda de deportes.

La cara de Antonio era un poema. Pere rió ante lo perpleja que esa información siempre dejaba a la gente.

—En realidad, antes de que todo empezara, yo era dueño de una tienda especializada, en Madrid. Con eso me ganaba la vida.

—¿Especializada en qué?

—Cómics, rol, figuritas... esas cosas. Una tienda de género, Gilgamesh. Se gana mucho dinero a costa del frikismo, te lo aseguro.

—Vendías cómics...

—Sí. Americano, europeo, japonés, checoslovaco, lo que demandara el cliente. Y juegos de cartas coleccionables. No veas cómo se les saca la pasta a los jovencitos con eso.

Hubo un largo silencio. Luego Antonio barruntó:

—Me suena eso de Gilgamesh. ¿Salía en una película?

—Es un héroe despótico de la mitología sumeria, un tipo que buscaba el árbol de la eterna juventud. Huelga decir que no lo encontró, u hoy en día seguiría gobernando en Irak y habría tenido mucho que decir en la Guerra del Golfo. —Blom. Una Mitsubishi.

—Ah... —fue la valoración de Antonio.

Pere se recostó en el asiento. Ya era de noche, y los potentes faros del vehículo proyectaban dos lagos de oro sobre la calzada que corrían a la misma velocidad que ellos, siempre por delante. Curiosamente, recordó, una figurita articulada de Gilgamesh era lo último que había vendido en la tienda antes del desastre. En aquellos tiempos tan lejanos (subjetivamente) se había hastiado de la vida tan cómoda que llevaba, con todo eso de atender a los muchachos que entraban en la tienda, colarles el merchandising del último manga de moda, importar novelas en inglés de una franquicia u otra... Aburrido, aburrido y aburrido. Estaba harto de pasarse horas detrás del mostrador discutiendo temas tan profundos como el nivel de superguerrero de Son Goku o por qué habían dejado de publicarse los suplementos para el juego de rol de Caponata. Necesitaba emociones más fuertes, y para su desgracia las

015

obtuvo, de la forma más inesperada y cruel que pudiera haber imaginado.

Todo comenzó con una chica, una otaku de ésas que frecuentaban la sección de anime de la tienda. A Pere le encantaban las nuevas generaciones de féminas frikis (algo desconocido cuando él era joven), que estaban tan enganchadas al mundo de la fantasía japonesa como sus homónimos masculinos, si no más. Las veía llegar con las botas de colores, las camisetas estampadas con dibujos de ojos grandes y las pulseras de fantasía, y jugaba a intentar reconocer a qué personaje de manga estaban imitando, tanto en la moda como en la forma de hablar y de moverse. Ese mesmerismo tenía un nombre, pero ahora no recordaba cuál era. Uno dejaba de ser como uno mismo durante un tiempo para parecerse a su personaje favorito, y los demás lo trataban en consecuencia. Qué juego más delicioso. Como un Walden Pond pero sin misántropos a lo Thoreau.

La chica en cuestión se llamaba Raquel. Su *nick* en la página web de la tienda era Sayaka/1994. Era una quinceañera preciosa —con una cresta violeta que inmediatamente la retrotraía a la era punk—, que se había comprado unas lentillas del mismo color que su pelo, y siempre entraba en la tienda con una sonrisa radiante y unos ojos extraterrestres. Raquel era muy espabilada para su edad; podía conversar de manera fluida sobre temas de actualidad, además de las andanzas de sus personajes de cómic (había muchos otros a los que no se los podía sacar de ciertos círculos redundantes y monotemáticos o se ofuscaban), y tenía los clásicos problemas en el instituto con un grupo de niñas fashion horteras que se hacían llamar «el cuarteto de la muerte», o algo así. A Pere le caía muy bien Raquel. No estaba interesado en ella más allá de su condición de amiga, pero la quería casi como a una hija, y en más de una ocasión le había pedido que le avisara si alguien la molestaba, para él hacerse

cargo del asunto. No es que fuera a mandar a unas chiquillas de instituto al hospital con su porra de autodefensa (recién comprada en Armasport), por supuesto, pero una charla con ellas vestido con su uniforme antidisturbios las acojonaría lo suficiente como para que dejaran a Raquel vivir su vida como ella quisiera.

Pere estaba etiquetando una nueva remesa de libros para la sección de novela cuando Raquel entró en la tienda, con lágrimas brotando de sus ojos marcianos.

—¿Qué te ocurre, cariño? —preguntó, saltando atléticamente por encima del mostrador y abrazándola. Un par de grupitos de chicos que revoloteaban por la tienda mirando precios se volvieron hacia ellos—. ¿Te han vuelto a molestar esas niñas del insti?

Raquel se enjuagó las lágrimas con un kleenex.

—Ha muerto —sollozó, entre hipo y jadeos—. La han matado, Pere.

—¿Quién? —se preocupó él—. ¿Quién ha muerto?

La joven se sentó en la silla que Pere tenía junto a la mesa de los dioramas. Pere cogió un taburete y se colocó frente a ella.

Raquel tardó un poco en contestar.

—Susana. —Más hipo—. Susana Mateo. La mataron anoche, ¡anoche mismo, en el instituto!

Pere dejó caer el mentón unos centímetros. Conocía a Susana, era otra de las otakus habituales de la página de la tienda. Se hacía llamar Sailor Júpiter. cursaba tercero de la ESO en horario nocturno, porque durante el día ayudaba a su madre en la tienda de golosinas.

La sujetó por los hombros, mirándola muy seriamente. Varios de los libros que estaban por etiquetar cayeron al suelo, entre ellos una edición en tapa dura de Las islas del infierno, de uno de sus autores favoritos, A. Thorkent.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Has hablado con la policía?

Por toda respuesta, Raquel sacó su móvil del bolso. Activó la función de vídeo y le enseñó unas imágenes que tenían el sello inconfundible de YouTube en una esquina. Mostraban un sótano oscuro, unos pasillos y a unas personas que corrían por ellos. En un momento dado, la cámara enfocó a una habitación donde había un hombre, de pie, con un muchacho en cuclillas. Pere torció el gesto, pensando que sería alguno de esos vídeos pederastas que tanto se prodigaban por la Red, pero se asustó al ver que lo que el joven le estaba haciendo al adulto no era una felación, sino un acto de canibalismo. Le estaba arrancando sus partes a mordiscos.

La cámara se apartó de esa escena y apuntó a la cara de su portadora; era Susana, no había duda. Dijo llorando algo así como «lo siento, mamá», y el vídeo concluyó.

Pere miró a Raquel, horrorizado. Ella volvió a guardar el móvil.

—Encontraron su cadáver doblado de cualquier manera en un trastero —siguió explicando la joven—. ¿Qué clase de monstruo pudo hacer esto, Pere? ¿Y qué chiflado tuvo valor para subir el vídeo a Internet? ¿Es que nos hemos vuelto todos locos?

La abrazó para que se descargase sobre su hombro. La joven se vino abajo y dejó salir un torrente de lágrimas, mientras él le daba suaves palmaditas en la espalda. No sabía qué decir que no resultara una memez, un eslogan del típico barman que en realidad no sabía de qué pata cojeaba su cliente. Odiaba la moda que imperaba en la Red de que todo dios subiera sus vídeos estúpidos para compartirlos con mil millones de estúpidos más. Esa fiebre del *broadcasting*, del *hypercasting*, del compartir las experiencias más absurdas con desconocidos porque si no en el mundo real parece que no existes, lo sacaba de quicio. Y en una época donde había trescientos mil millones de cámaras a disposición de la especie humana, cada vez era más necesario grabarlo todo, subirlo todo, descargarlo todo, verlo todo, deglutirlo todo y no pensar en nada.

Un ruido mecánico y martilleante llegó desde fuera de la tienda. Era un motor muy potente, acompañado por orugas pesadas y un desfile rítmico de botas. El suelo vibró con esa música tectónica, y las figuritas de plomo bailaron en los estantes. Pere dejó un momento sola a Raquel, apoyada gimoteando en el diorama (una escena de marines espaciales acercándose con reverencia a un monolito negro mientras uno de ellos arrojaba un rifle de plasma al aire), y salió a la calle. No tuvo que asomar mucho la cabeza para darse cuenta de lo que pasaba: un vehículo blindado dobló la esquina, subiéndose a la acera, y pasó justo por delante de la tienda. Lo siguieron varios camiones de suministros y un *jeep*. Detrás venían los soldados, formados en un rectángulo perfecto, moviéndose a paso ligero por mitad de la Castellana. La gente los veía pasar con miedo, pues no era normal que el ejército tomara las calles de esa manera, interrumpiendo el tráfico y armando un escándalo terrible. Al menos, no lo era desde los tiempos de Franco. Pere cerró la puerta de cristal de la tienda y se asomó a la acera, a ver si se veía algo más.

Una mano lo tocó en el hombro.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Raquel. Era raro ver lágrimas en torno a sus pupilas violetas.

—No tengo ni idea. Pero será mejor que...

Se escuchó una explosión lejana. La gente señaló al cielo y se oyeron voces de alarma. Más de uno gritó «¡ataque terrorista!», mientras que otros sencillamente echaban a correr. El perfecto paralelogramo que formaban los soldados se descompuso en un enjambre de botas altas y fusiles cargados. El blindado frenó en seco y su portezuela trasera se cerró. Los camiones buscaron cobertura junto a los edificios, y pusieron en serio peligro a los peatones cuando subieron de golpe sus grandes moles a las aceras.

Pere elevó la vista y sintió cómo se le encogía el corazón. Pasando por encima de la Castellana, desde el edificio de la Biblioteca Nacional y moviéndose hacia el Palacio de las Cortes, cruzó una gran sombra negra acompañada por un fuerte rugido. La sombra era tan ancha como la avenida y rematada por dos amplias alas que surgían de sus costados, como una inmensa ave prehistórica que sobrevolase la

ciudad en busca de presas.

Pere se echó al suelo, cubriéndose por acto reflejo la cabeza, cuando el enorme Airbus 310 pasó por encima de los edificios a menos de veinte metros de sus azoteas, e inclinado tanto hacia estribor que el ala derecha cortaba el cielo como un cuchillo y apuntaba hacia el suelo con el borde de ataque. Los militares corrieron igual de asustados que los civiles, metiéndose algunos incluso debajo de los coches aparcados. Apenas dos segundos más tarde, el ala del Airbus tocó el suelo y se deshizo en fragmentos mientras seccionaba un tajo de cien metros de largo en la avenida, partiendo en dos el asfalto, los túneles que había debajo, árboles, diez turismos, cuatro autobuses, dos vallas publicitarias y un edificio de cinco pisos. El resto del avión se incrustó en la masa ciega, sin ventanas, de un gran centro comercial, explotando con una nube de humo y de fuego que reventó los cristales de media ciudad.

Pere no vio estrellarse al avión, porque le tapaban la vista varios edificios, pero sí que vio llegar la onda expansiva de la colisión. Era como un viento muy veloz y silencioso que azotara con su plumero las fachadas y levantase una nubecilla de partículas plateadas que refractaban la luz.

Con la siguiente bocanada de aire inhaló también miedo. Los cristales de su negocio no se habían roto porque, al no tener cancela de hierro (eso volvía más inaccesible el escaparate para el cliente potencial) los había instalado de seguridad. Pero incluso así se habían astillado, y grandes venas de fractura los recorrían a lo largo como relámpagos estáticos en un cielo de cristal.

Pere entró y cerró la puerta de la tienda. Por fuera la gente seguía huyendo despavorida, aunque no sin un rumbo fijo como antes, sino con un objetivo muy básico y comprensible en la mente: alejarse lo máximo posible del lugar donde había caído el aparato. Sirenas de ambulancias y coches de bomberos y el claxon de un millar de utilitarios contrapunteaban el griterío dotándolo de cierta sonoridad sinfónica.

Pere se ocultó tras una de las mesas centrales de exposición y permaneció allí, abrazado a Raquel, esperando a que las cosas se calmasen. Uno de los chicos que había estado mirando artículos al fondo de la tienda se acercó, gateando, y le preguntó:

—¿Van a venir a rescatarnos?

—No creo que aquí estemos en peligro. Pero cuando se disipe un poco el humo, deberíais iros a casa. Vuestros padres estarán preocupados.

—Bueno —sonrió el adolescente, mientras palpaba los juegos de mesa que se amontonaban sobre el expositor—. Al menos tenemos provisiones para resistir mucho tiempo.

Pere lo miró, y soltó una

sincera y profunda carcajada. Tan fuerte y espontánea que sobresaltó a Antonio.

—¿De qué te ríes? —preguntó el militar.

—De nada. Me estaba acordando de una anécdota. —Se frotó los ojos—. Cosas de mis clientes.

—Cuidado ahí delante.

Pere se puso serio. Miró a través de la escueta saetera que tenía por parabrisas y vio la barrera de vehículos. Ya no eran coches abandonados aquí y allá que se podía esquivar o embestir sin problemas, sino un verdadero amasijo de metal de un kilómetro de largo que colapsaba la carretera de entrada a la ciudad.

—Esto vamos a tener que rodearlo —dijo Pere, y giró el volante. El tanque se salió del asfalto y atravesó los jardines de los chalets de la periferia, derribando sus muros. Redujo la marcha a veinte por hora, pues las piscinas eran en ese momento trampas mortales, y no quería verse con medio tanque hundido junto a un castillo de goma inflable.

A pesar de todo el estrépito que había en el exterior (a nadie le pasaba un blindado de veinte toneladas por el jardín sin que se enterase, a menos que fuese sordo), ninguna luz eléctrica o de velas se encendió en los chalets. Ninguna puerta se abrió ni nadie salió a protestar o a pedir auxilio.

—Esto está muerto —murmuró Antonio.

—Preferiría que no usases esa palabra.

—¡Ahí veo a alguien!

—¿Dónde? —Pere pisó el freno. Antonio acercó el *zoom* de la pantalla que tenía para ver y apuntar al mundo exterior y enfocó a una ventana. En efecto, en el segundo piso de una de las casas había personas. Eran tres, un hombre, una mujer y un niño, que desde una ventana les hacían señas lentas, apáticas, como si llevaran días así y no les hubiesen dejado descansar. Había algo en sus siluetas que incomodó hasta el extremo a Pere.

—¡Vamos, tenemos que sacarlos de ahí!

—Espera —lo detuvo cuando se disponía a abrir la compuerta—. Antes pasa a infrarrojos.

—¿Infra... por qué? ¡Son supervivientes!

—Hazme caso, por favor. Quiero ver bien esto.

Antonio pulsó un botón, de mala gana, y la imagen se tiñó de azules, púrpuras y negros. La familia seguía estando en el punto central del enfoque, pero de ellos no se irradiaba ni un miserable blanco (el color que indica la alta temperatura en los infrarrojos). Ni una pizca de calor salía de aquellos cuerpos, fríos como el hielo.

—Dios mío... —se angustió Antonio.

—Lo suponía. Vámonos de aquí.

Volvió a pisar el acelerador, pero su compañero no permaneció quieto. Presionó ligeramente con un dedo el joystick del artillero y la torreta entera se movió, girando sobre su eje. El ruido de amortiguadores engrasados y de cojinetes llenó la carlinga. Mientras Pere avanzaba con el tanque, el cañón se incrustó en la casa y cortó los tabiques como un cuchillo, haciendo polvo las columnas y el artesonado. El techo se derrumbó sobre la familia de pellejos, que ya no siguió saludando nunca más.

Antonio volvió a apuntar hacia el frente, y siguió un incómodo silencio.

Pronto se acabaron los chalets, y con ellos los jardines que poder atravesar para sortear el atasco. A partir de ese momento, sólo edificios de apartamentos de entre cinco y diez pisos jalonaban la avenida. Antonio elevó la silla del artillero y sacó medio torso por fuera del blindado, apoyándose en la ametralladora coaxial. Se sentía más seguro con ese gatillo cerca del dedo.

—¿Qué ves? —preguntó el conductor.

—La calle está abarrotada. ¿Es que esta gente no tuvo oportunidad de huir, por el amor de...? Un... un momento. Espera... —Elevó los prismáticos.

—¿Qué ocurre?

—Por la derecha, ¡rápido! Hay un pasillo que llega hasta la avenida marítima.

Pere torció de inmediato el volante, y giró el vehículo sin hacerlo avanzar ni un solo metro mediante el juego de orugas. La senda más o menos despejada que había visto Antonio apareció ante él, con sólo un par de coches pequeños asomando sus morros y un par de farolas que no les costaría derribar. Más allá estaba la negrura absoluta del mar, iluminada cada vez con más frecuencia por los potentes relámpagos.

El mar. Aún no podía creerlo.

—¿Sabes si es cierta la leyenda urbana esa de que los tanques atraen los rayos debido al metal que llevan?

Antonio rió.

—La he oído, es famosa en Artillería. Pero tranquilo, es sólo una leyenda.

—¿Estás seguro? ¿Al cien por cien?

Antonio permaneció unos segundos callado, mirando a las nubes, y luego se metió dentro y cerró la compuerta.

—Por si acaso —concluyó. Luego se llevó la mano a la herida del costado. Estaba volviendo a sangrar—. Oh, oh. Esto tiene mala pinta, tío.

Pere le examinó el vendaje. En efecto, era uno de esos «oh, oh» con los que no deseaba toparse en una noche de tormenta.

—Tranquilo, en la calle principal siempre hay algún centro de salud o alguna farmacia. La encontraremos.

En cuanto alcanzaron la avenida, Pere vio algo que lo dejó clavado al asiento: cientos, miles de pellejos atestándola, y algo enorme y sostenido por cuatro titánicas patas que ardía encallado en el malecón.

—Agárrate, porque vamos a hacer pulpa de pellejo. —Afiló los ojos y metió la

primera marcha. El tanque avanzó hasta los pellejos, que se volvieron lentamente y alzaron sus manos hacia él, como queriendo abrazarlo, besar su metal y el cañón y cada uno de sus intersticios.

Lamentablemente para ellos, las orugas llegaron primero.

013

Los rayos caían como artillería pesada en el cielo. El antiguo paseo turístico, en tiempos repleto de vida, de gente joven que disfrutaba bajando a los sótanos mal iluminados del Estado de Derecho y de jubilados que se amparaban en tal Estado para que los jóvenes no les pasaran por encima..., en tiempos festoneado por tiendas alumbradas con mercaderías navideñas que rutilaban como el oro y de baratijas de Tous vendidas a precio de joyas... ese mismo paseo, como digo, parecía una Pompeya moderna sobre la que empezaba a llover escoria incandescente. Una nube roja ocultaba el cielo, y aunque ya había amanecido, el fulgor de los incendios era más poderoso que el del tímido astro rey. Parte del petróleo almacenado en la plataforma no había ardido en los tanques, sino que al estar éstos agujereados, fluía sin control hacia el mar en largas cascadas y formaba un piélago de llamas que ardía, milagrosamente, sobre las mismísimas olas.

Fulgencio, Natalia y Zurek bajaron a toda prisa por las escaleras del hotel y salieron a la calle. Era una situación absurda: los pellejos pululaban por todas partes. Las explosiones de la plataforma petrolífera sacudían el cielo y el mar, lanzando pedazos enormes de tuberías y torres de prospección al agua. Los tres supervivientes se plantaron en medio de la calle, como si nada de eso les importara, y buscaron con la vista a una única persona. Gael. El ladrón de niños. El tipo que daba miedo con su mirada de perverso sexual y por la forma como abrazaba el libro rojo, tan protector que parecía que en cualquier momento iba a sisear «mi tessssoroooo» como el bicho aquel de la novela de Tolkien.

Fulgencio vio cómo se les acercaban unos cuantos pellejos y regresó a toda prisa a la recepción del hotel. Sus ojos se pasearon nerviosos por el mostrador y sus cercanías, buscando cualquier cosa que pudiese servir como arma, hasta que localizó el mismo palo alargado y acabado en un gancho que Zurek había usado para refutar su teoría sobre el mapa.

Lo cogió, sintiéndose como un antiguo soldado romano (los de los tiempos posteriores a Constantino, claro, los que ya eran cristianos), lanza en ristre, dispuesto a atravesar el corazón de los infieles. Volvió a salir a la calle. Zurek y Natalia seguían inmóviles, oteando con desesperación en la distancia en busca de Gael, y un par de pellejos se les acercaban por la derecha, hambrientos de carne humana. El sacerdote gritó:

—¡Dios, te devuelvo otro, cierra las puertas! ¡Cierra las puertas!

... Y cargó como un caballero medieval con sobrepeso y sin armadura contra los pellejos. Uno se encaró con él, un hombre obeso con la garganta degollada como una segunda boca roja. El padre Fulgencio descargó el arma sobre su abultada panza, abriéndola en canal con el garfio. A pesar de que estaba protegido por succulentas capas de grasa (ahora en descomposición y llenas de poros como plástico quemado), el estómago sufrió un corte que lo partió en dos mitades y dejó caer una masa dura como una piedra, un bolo alimenticio que se partió en trocitos al golpear el suelo. El pellejo no sintió ningún tipo de dolor, y agarró al sacerdote por los brazos para intentar atraerlo hacia su boca, acostándolo sobre su propia barriga rajada. Lo habría conseguido de no ser porque Zurek acudió en ayuda de su compañero, sujetó la cabeza del gordo desde atrás y tiró con todas sus fuerzas. Fulgencio alzó de nuevo el garfio y lo clavó en los ojos del pellejo, introduciendo el metal curvo por el ojo derecho y sacándolo por el izquierdo, y tirando a continuación hacia fuera. Los globos oculares, así como el puente de la nariz y media cara, salieron disparados como pedacitos de argamasa del zombi, que siguió pataleando en el suelo con el rostro convertido en un cuenco rojo.

Mientras tanto, ajena por completo a la masacre que se estaba produciendo a sus espaldas, Natalia seguía oteando. Su cuerpo era un nudo de puro nervio. Tenía el cuello tan estirado que en cualquier momento se le desencajarían las vértebras. Al principio le resultó imposible distinguir otra cosa que no fueran muertos andantes y humo, e incluso pudo ver un enorme camión cisterna, de ésos que abastecían a las gasolineras, bloqueando lateralmente la carretera. Un cartel amarillo y verde proclama REPSOL en un costado, junto al llamativo dibujo de un transbordador espacial. Su conductor había frenado en seco, semanas o meses atrás, empotrándose sobre varios turismos y dejando el gigantesco contenedor cilíndrico del combustible justo en medio de la vía. Natalia consideró prudente no avanzar en esa dirección, con todas las ascuas que llovían del cielo. Al final su esfuerzo valió la pena, pues por fin pudo localizar a Gael. O al menos a una sombra que ella creía que era su marido, por el bulto que llevaba en los brazos.

Echó a correr hacia él gritando su nombre. Otros pellejos volvieron sus cabezas (uno la tenía colgando sólo de los tendones del cuello, y la meneaba como un badajo a medida que caminaba), y extendieron sus manos hacia ella, las uñas buscando sangre. Gael avanzaba entre las hogueras, pasando de un charco de luz al siguiente mientras su sombra corría altísima, a mayor velocidad que él, por las fachadas del hotel, una tienda de telefonía móvil y un concesionario de la Opel. Tenía los ojos enrojecidos fijos en lo que tenía delante, el final de la playa de arena y el comienzo del espigón. Este partía el litoral en dos partes, dos playas distintas. En una había sombrillas y tumbonas, y en la otra estaban los barcos a medio construir. El libro, que sostenía con extremo cuidado en su regazo (mientras sujetaba de cualquier manera al bebé con la otra mano) tenía todos sus ojos abiertos girados hacia esos barcos. Cuatro

ojos ya, y los cuatro miraban fijamente esa otra playa a la que rodeaba un mar de fuego. Tenía que dirigirse hacia allí, aunque los pellejos formaban una muralla infranqueable. La única forma de librarse de ellos era trepar por el propio espigón y sortearlo de bloque en bloque.

En un momento determinado creyó oír su propio nombre, aunque al principio le pareció una alucinación. Pero cuando se volvió, pudo ver cómo su mujer sorteaba corriendo a los grupos de pellejos y se lanzaba sobre él como una arpía furiosa.

Natalia se plantó a pocos metros de su marido, jadeando. El resplandor del fuego puso oro en su pelo y ascuas en sus pupilas. Tanto ella como su marido estaban subidos a los bloques de hormigón, entre los pellejos y los barcos bíblicos. Detrás de Gael vio la silueta de la plataforma, toda ella ángulos negros contra el resplandor de las llamas.

012

Pere hizo avanzar el tanque hasta que las orugas patinaron sobre los cuerpos triturados de los pellejos. Veinte toneladas no eran moco de pavo, y menos cuando se deslizaban sobre lo más parecido que había en la Tierra a una prensa móvil. El camino por donde había pasado el blindado podía distinguirse a la perfección entre la masa de pellejos, pues era como un pasillo de carne apisonada, un tajo hecho en el trigal por la guadaña de un segador gigante.

—Joder, esto parece los putos carnavales de Tenerife, pero sin música —rezongó.

Pere llegó hasta el malecón y vio algo que se movía entre los zombis con gestos muy impropios de ellos. No, no un algo, sino un alguien. Una persona que, subida a un árbol, le hacía señas de socorro de manera desesperada.

—O me estoy volviendo loco, o juro que conozco a ese hombre —se asombró Pere. Situó el tanque paralelo a la acera y avanzó, triturando docenas de pellejos, hasta que llegó hasta el árbol en cuestión—. ¡Abre la compuerta!

—¿Estás loco?

—¡Ábrela, tío, ahí fuera hay un amigo mío!

Antonio lo miró, buscando rastros de locura en él, pero el antiguo dueño de una tienda de cómics sonrió de oreja a oreja y se encaramó sobre él, abriendo la esclusa. Un cuerpo cayó dentro, apoyándose en Antonio, que gritó de dolor, y cayendo luego junto a Pere. La compuerta volvió a cerrarse.

—¡Padre Fulgencio!

—Lo... lo siento, hijo —balbuceó el sacerdote, dirigiéndose a Antonio, que tenía los dientes fuertemente apretados por el dolor. Al entrar, había apoyado sin querer un pie sobre su herida—. ¡Este hombre necesita un médico!

—Bingo, premio a la perspicacia —sonrió Pere, sentándose otra vez al volante—.

¿Qué demonios hace aquí, Fulgencio? ¿Cómo ha llegado a este manicomio?

—¡Pere! —exclamó el sacerdote, cuya mente iba procesando las sorpresas una a una—. ¡Estás vivo! Cuando caíste del vagón, pensamos que...

—Yo también lo pensaba, pero encontré una salida y este juguetito aparcado en un cuartel. ¿Le gusta?

—Cla... claro que me gusta, es... ¡Los otros!

—¿Otros? ¿Los demás también están aquí?

—¡Creo que sí, que están cerca! ¡Acabo de ver a Natalia subiéndose al espigón, detrás de Gael y el niño, y el doctor desapareció entre la muchedumbre!

Antonio los miraba alternativamente, trasladando la vista de uno al otro sin entender nada, hasta que explotó.

—¿Me queréis decir qué coño pasa aquí? ¿Quién cojones es este tío?

Pere rió.

—Es un superviviente, Antonio, uno de verdad, no como los fantasmas aquellos del chalet. Y hay más cerca.

—El doctor debe de haber vuelto al hotel. Si no lo ha hecho —dijo Fulgencio—, a estas alturas ya estará muerto.

—¿Dices que o bien han vuelto al hotel o se han subido a ese espigón? —preguntó Pere con malicia. Acababa de ver algo por la saetera que le había dado una idea muy... explosiva.

—Supongo que sí... —confirmó el sacerdote.

—Muy bien. Antonio, busca el blanco a las once en punto. Desviación ocho grados, distancia doscientos metros.

El artillero obedeció: giró la torreta en la dirección indicada y acercó el *zoom* de la cámara hasta que vio el objeto. Era un camión de combustible de REPSOL que estaba cruzado en medio de la avenida, con los centenares de pellejos hormigueando a su alrededor, en la dirección justa de la onda expansiva.

Entendió lo que Pere quería hacer. Cargó una ojiva y fijó el blanco, dejando que el ordenador calculara la trayectoria y factores externos como la presión del viento o los posibles obstáculos que hubiera en medio. A continuación, apoyó su dedo en el gatillo rojo del joystick.

—Listo. Cuando quieras empezamos la fiesta.

—¿Fiesta? —Al sacerdote se le encogieron las pupilas de temor—. ¿De qué fiesta están hablando?

Pere le pasó unos cascos para que se protegiera los oídos, y él se puso otros.

—Póngase esto y disfrute, padre. Esto va a ser mejor que el sensovision.

Fulgencio apenas se los había colocado cuando Antonio presionó el gatillo. El tanque entero se convulsionó, por más que los amortiguadores hicieron lo que pudieron para disipar la inercia. A pesar de los cascos de aislamiento, Fulgencio sintió en la piel —más que oírla— la detonación, y del cañón surgió un resplandor y un montón de humo. La bala impactó justo en el centro del tanque de combustible del

camión cisterna, atravesándolo y volando por los aires un puesto de vigilantes costeros que había detrás. Pero el calor de la bala, generado por la cabeza giratoria y comprimido en la estela de aire que la seguía justo detrás, bastó para incendiar la gasolina. En varias ocasiones, Pere había visto en películas de Hollywood cómo los protagonistas hacían volar cosas pesadas por los aires y se desataban espectaculares explosiones, con mucha llama y brillos y fuegos artificiales, pero todas se quedaban cortas ante la realidad. Cuando diez mil litros de combustible ardían en menos de tres décimas de segundo, el resultado no era un fogonazo brutal y fotogénico, sino un maldito infierno desatado, un paroxismo de fuego y de muerte rabiosa al que escoltaba una pared de aire comprimido, la onda expansiva, con la fuerza de un muro de hormigón lanzado a ochocientos kilómetros por hora. Esa onda barrió la avenida marítima, convirtió en andrajos a los zombis y destrozó la fachada del hotel que tenía justo enfrente. Dos coches volaron por los aires, yendo el primero a caer al mar y el segundo a aterrizar en un sexto piso.

—¡TOMA YAAAA! —alucinó Pere, quitándose los cascos con un ademán enérgico—. ¡Asimilad eso, hijos de la gran puta!

—¡Uauh! —se asombró Antonio. Era la primera vez que rompía algo tan grande, y estaba contento como un niño.

La cara de Fulgencio no tenía parangón. Tenía una máscara de cera en el rostro, que recordaba a la Mona Lisa después de que el pintor le hubiese ofrecido un vaso de vinagre con gusanos.

—Y ahora, vamos a buscar a los demás —dijo Pere, y aceleró a fondo.

011

Natalia no vio llegar el tanque. Escuchó el ruido del motor, sí, y una voz que llegaba desde muy lejos (la de Fulgencio, tal vez) pidiéndole que no fuera sola detrás de Gael. Pero ella sólo tenía cabeza para una cosa: rescatar al bebé de las garras del psicópata en que se había convertido su marido.

Desde que sus pies pisaron las colosales rocas del espigón, los pellejos dejaron de perseguirla. Natalia miró a su espalda y los vio detenerse al borde mismo de la playa, balanceándose como tentetiesos, en el punto mismo donde acababa oficialmente la costa y empezaba el reino del mar. ¿Estaban programados de algún modo para pararse allí? ¿Acaso los locos algoritmos que regían sus putrefactos cerebros les estaban diciendo «basta, hasta aquí puedes caminar, más allá comienza un reino que no te pertenece»?

Gael también lo notó, porque dejó de correr por las piedras en dirección a la estación petrolífera y se giró en redondo, encarándose con su esposa.

Ella le devolvió la mirada sin acobardarse.

—¡Dame a mi hijo! —exigió.

—¿Ya lo llamas así? ¿Tu hijo? —rió como un poseso. Como Moisés cargando las Tablas de la Ley, tenía un objeto apoyado en cada brazo: el niño en uno, el libro en el otro—. ¿Con qué derecho te crees digna de reclamarlo para ti sola?

—Quién sabe si volverá a nacer un solo niño más en este mundo maldito. No podemos correr el riesgo. Ese niño necesita una madre, y yo lo necesito a él.

—Este niño tiene la culpa de todo, ¿es que no lo entiendes? Tu limitado cerebro no es capaz ni siquiera de darse cuenta de la verdad ni aunque la tenga delante.

—Tú antes no eras así, Gael. Por favor, recuerda quién eras...

Dio un paso hacia él. Su marido no retrocedió, pero extendió unos centímetros el brazo con el que sostenía al crío hacia un lado. Al borde del espigón.

Natalia contuvo un escalofrío. Comprendió que estaba en clara desventaja con respecto a él. Si su marido tiraba al niño al agua, su cuerpecito no caería a un líquido frío y sereno (que también podría ser letal para él), sino al mar de fuego provocado por todo el combustible que vomitaba la estación. El camino que había elegido Gael era en sí mismo un callejón sin salida, pues si no lo mataban las llamas lo acabaría asfixiando el humo, pero tal vez eso era lo que quería, se temió: convertirse en una especie de mártir desquiciado de la Nueva Era de los Pellejos.

—Ninguno éramos así antes —dijo Gael. Unos anhelos que Natalia no terminaba de comprender le alisaban y atirantaban el rostro—. Ni tú, ni yo, ni ninguno de esos desgraciados que murieron sin saber por qué ni cómo. ¿Tú crees que se merecían semejante suerte? ¿Qué clase de juego cruel de profecías pueden conducir a la especie humana a este pozo de inmundicia? ¿Qué clase de dios las respaldaría con sus actos?

—Uno muy diferente a aquél en el que tú y yo creemos...

—¡Pues se trata del jodido dios verdadero, el que ha organizado toda esta mierda! —Le mostró el Libro—. ¡El que lanzó una maldita tormenta de meteoritos sobre Sodoma y la arrasó hasta los cimientos, sin cortarse un pelo! ¡Aquí viene recogida Su palabra! Yo lo he leído, todo lo que me ha dejado hacerlo, y he aprendido muchas cosas. Y este niño... —Lo miró como el verdugo que ya ha sido perdonado por el reo, y que por desgracia tiene que continuar con su trabajo—. Este vástago de una mujer muerta, surgido de un vientre corrupto... él es la personificación del pecado de la humanidad. Tiene que ser purgado.

—Estás loco... —Natalia no lo dijo con la intención de insultarle, sino como la constatación de un hecho. Él sonrió con tristeza.

—¿Eso crees? Claro. Es lógico que pienses así. —Dio otro paso atrás, hacia la estación en llamas. Las olas de calor y ceniza que arrastraba el viento hicieron flamear sus ropas. El niño lloraba, medio abrasado ya por el calor reinante—. A todos los profetas se los malentendió en su época, cuando trataron de transmitir el mensaje que les había sido confiado.

—Tú no eres un profeta, Gael.

—¡Yo soy el guardián del Libro! Y el Libro dice que nacerá un niño de un vientre marchito, y ese niño será llevado a Tierra Santa. Y entonces el mundo llegará a su fin, tal y como hoy lo conocemos. Éste, Natalia, es el niño de la profecía. Voy a impedir que se cumpla su destino, pase lo que pase, o ya no quedará nadie sobre la faz de la Tierra para ver lo que vendrá después.

—Por favor, déjame que me lo lleve. —Se arrodilló sobre una de las grandes piedras. Sabía que a Gael le gustaban las mujeres sumisas. Si pudiera ganar un poco de tiempo...—. Te lo imploro. Ese niño no tiene la culpa de nada. Si vive o muere, no es potestad de ningún hombre decidirlo, sino de Dios. Sólo de Dios.

—Sé que es difícil de aceptar, pero todos los grandes sacrificios lo son. Si el niño vive, los muertos seguirán vagando por el mundo. Si muere... —Bajó la vista, perdiéndose en algún razonamiento interior que sólo tenía lógica para él—. Si muere quizá tengamos otra oportunidad. Quizá no muera nadie más, o los muertos dejen de levantarse de sus tumbas. Es mi misión, Natalia.

—¿Y si cambio mi vida por la suya? —se ofreció ella, avanzando de golpe los cuatro metros que los separaban. Gael no se lo esperaba, pero no hizo nada por detenerla. A su espalda se alzaba una barrera de combustible en llamas. A ambos lados, un océano de fuego moldeado por la marea—. Si lo que tu dios busca es un sacrificio, dile que me arranque la lengua o que me lapide o me convierta en sal, o cualquier cosa de esas que Él suele hacer. Lo aceptaré gustosa.

Gael la miró, atónito, buscando el truco, la chispa de picardía que revelaría el engaño. Pero no lo encontró. Nunca antes le había parecido que su mujer hablara tan en serio de algo.

—¿De verdad lo harías? —preguntó—. ¿Darías tu vida por este niño que ni siquiera es tuyo?

Arrugó el gesto cuando el estruendo de los rayos le dio la réplica. Natalia acercó una mano y acarició al niño, que había dejado de llorar. Una repentina tranquilidad se reflejó en su mirada al sentir en la piel, completamente enrojecida, el contacto de los dedos de Natalia. Una caricia de puro amor, de pura bondad, que era como sentir la caricia de una noche profunda de estío.

—Sí —dijo Natalia. Y en ese preciso momento, hubo una gigantesca explosión.

010

—¿Me recibes, Eve?

La estática de la radio lo empantanaba todo. El capitán Piotr flotaba como una tenia con inteligencia propia, un parásito orgánico en un mundo de metal, y no podía creer lo que le mostraban sus ojos.

Aquel satélite estaba lleno de cadáveres. Al principio pensó que eran sólo trajes

EVA que alguien había dejado allí abandonados, por alguna razón misteriosa que sólo los ejecutivos de las grandes empresas entendían, y que estaba fuera de la lógica de una misión tripulada normal. Pero cuando se acercó al primer traje y miró dentro del casco, Piotr se acordó de cuando era niño y las historias que su abuelo le contaba de fantasmas aún tenían cierta verosimilitud, y aún eran capaces de darle miedo.

Piotr vio el rostro momificado del inquilino de aquel traje y se acordó de aquellos cuentos macabros de su infancia. Y volvió a tener miedo, por primera vez en cuarenta años.

Todos los trajes contenían cadáveres petrificados. Se notaba que no habían muerto en circunstancias agradables, y ni tan siquiera instantáneas: todos mostraban rictus de horrible sufrimiento, y se habían quedado paralizados en poses aberrantes, de dedos engarfiados y piernas encogidas, cuellos retorcidos hasta el límite de la ruptura y cuencas vacías, sin ojos, pero con los restos de pequeñas descompresiones explosivas manchando las escafandras. Era lo más horrible que Piotr hubiera visto jamás, y se desplegaba ante él como un cuadro tenebrista, el testimonio silencioso y brutal de un experimento (lo que fuera que estuviesen haciendo aquellas personas cuando les sobrevino la tragedia) que salió terriblemente mal.

—Eve, no sé si me oyes, pero voy a tratar de poner en marcha los retrocohetes del satélite y lo voy a mandar al infierno, lejos de la ISS —susurró al micrófono—. Me importa un carajo si nos quedamos sin su energía o no. Esto me da muy mala espina. ¿Me captas, Eve?

Estática.

El astronauta se acercó al núcleo alrededor del cual orbitaban los restos humanos. Era un generador de impulsos de alta potencia, conectado por gruesos cables a los gigantescos acumuladores que ocupaban las cunas reservadas en otro tiempo a los misiles. Justo al lado del generador (aunque era el último lugar a donde Piotr quería acercarse en aquellos momentos) se hallaba la consola de mando. Y para su tranquilidad, los caracteres no estaban en japonés.

Apartó un cuerpo que flotaba justo ante la consola. No llevaba una bandera en el hombro, sino un parche con una marca comercial: McDonalds.

—Lo que me faltaba por ver —rezongó Piotr—. Si es que ya sabía yo que vuestras recetas no iban a acabar trayendo nada bueno para el mundo...

Hizo una señal a uno de los drones para que se acoplara con su interfaz óptico a la consola. El aparato en forma de disco zumbó a su alrededor (aunque él, claro, no podía oírlo), y enlazó por láser con el sistema operativo del satélite. Piotr tecleó lentamente unas órdenes en la consola y usó al dron como intérprete.

Miró hacia abajo, a sus pies, y vio que el pozo se prolongaba hasta abrirse en un enorme cañón emisor de partículas, que seguía apuntando al planeta y emitiendo su letal carga.

—¿Fue eso lo que os mató? —preguntó en su idioma natal—. ¿Presionasteis el botón creyendo que os haríais ricos y os salió el tiro por la culata? Pobres

imbéciles...

El cadáver no se atrevió a rebatirlo.

—Conectando los impulsores, ahora —informó por si había alguna posibilidad, por mínima que fuese, de que su tripulación estuviese escuchando.

Hubo un chasquido de energía, unos relámpagos encadenados que sacudieron las entrañas del monstruo (y que hicieron que Piotr se santiguase), y el pecio espacial comenzó a moverse.

009

El doctor Zurek se había distanciado de sus compañeros cuando oyó un motor potente que se acercaba por la avenida, arrancando ecos de los grises bloques de pisos. Dos chorros de humo eran proyectados hacia arriba por la bestia, y por un momento, sólo por un breve y angustioso instante, su mente racional quedó relegada a un segundo plano y la parte derecha del cerebro (la que albergaba el subconsciente y el potencial para la locura) tomó el control. Oyó aquel rugido y vio las dos fumarolas de humo negruzco y pensó en el Dragón, el que había vencido un feroz guerrero de la antigüedad llamado San Jorge. Pero el instante pasó, y la otra mitad de su cabeza puso enseguida las cartas sobre la mesa: un camión, probablemente, o algún vehículo pesado de la construcción que alguien había logrado arrancar. Por desgracia, estaba a bastante distancia, al otro lado del paseo de palmeras, y en torno a él cerraban filas los pellejos.

Zurek corrió en dirección al hotel. Salir había sido una locura. Allí fuera sólo había lluvia y relámpagos y bocas caníbales. De algún modo logró llegar a la verja y, tan torpe como un jabalí embutido en un traje caro, la sorteó antes de que los pellejos le clavaran los incisivos en los tobillos. Rodó sobre la hierba. Detectó movimiento a su alrededor, casi se podía decir que lo presintió, antes de que sus ojos enfocaran el nuevo horror que había salido de la piscina del hotel. Eran tres pellejos fundidos en una sola masa de carne y huesos, que se arrastraba como si fuese un único ser de aspecto lejanamente insectoide. No es que sus cuerpos se hubiesen fundido literalmente debido a un intenso calor, sino que el brazo de uno atravesaba el abdomen de otro y surgía por la espalda, la cabeza del tercero estaba atrapada dentro de las costillas del primero, y así. Otra vez la parte izquierda del cerebro de Zurek se puso a postular teorías sobre cómo podría haberse creado aquel engendro, mientras la derecha le gritaba:

«¡Corre, maldición, déjate de hipótesis y corre por tu vida!».

Sí, seguramente aquellos tres desgraciados se habían enzarzado en una pelea justo antes del morir, y una vez muertos, se habían devorado el uno al otro hasta quedar reducidos a una sola ansiedad, a un solo impulso carnívoro. El engendro, que ni por

asomo había saciado su hambre, se arrastró hasta el lugar donde yacía Zurek y lo agarró de una pierna.

El doctor se retorció como una culebra presa de una corriente eléctrica, y comenzó a dar puntapiés con la esperanza de que alguno lograra hacerlo retroceder, pero aquella cosa sacó manos de donde era imposible que las hubiera, y una cabeza que no debería de haber surgido de aquel torso le mordió en el muslo.

Zurek permaneció fiel a su estoicismo incluso cuando vio cómo le arrancaban un cuarto de kilo de carne de sus michelines. Alargó desesperadamente las manos hacia atrás, intentando buscar un asidero para los dedos, pero lo que encontró fue un antebrazo amputado. Estaba tirado encima de una bandeja con vasos y jarras de cerámica. Al lado había un caballete caído sobre un macizo de gardenias. Captó la ironía del mensaje: alguien se había entretenido pintando una naturaleza muerta, mientras su pareja o sus hijos se bañaban en la piscina, sin llegar a sospechar que semejante elemento macabro quedaría añadido alguna vez al cuadro. En el fondo no alteraba el contenido, pues sólo había cosas muertas en la composición.

Zurek agarró el antebrazo y se lo arrojó al engendro, con tan mala fortuna que una de sus cabezas se alargó para atraparlo y se llevó también tres dedos de Zurek. Pero gracias a eso pudo liberarse. El mismo jabalí torpe que había saltado el muro se convirtió en gacela, y corrió como el viento al interior del edificio mientras la criatura daba cuenta de su premio.

El doctor no se detuvo hasta que se encontró bien dentro del complejo, en el primer semisótano, y después de haber cerrado lo menos cuatro o cinco puertas a sus espaldas. El oxígeno accedió a regresar a sus pulmones con la condición de que le dejara hacerle daño, constriñendo los alvéolos con dedos helados. Zurek tosió y sintió un fuerte dolor en el brazo izquierdo. «¡Un ataque!», pensó, pero no: eran los dedos desaparecidos, que exigían su atención una vez eliminado el peligro principal.

—Aaaaahhh, aaah, aaaahhhh —canturreó de puro dolor mientras buscaba algo con lo que vendarse no sólo la mano, sino también el cráter rojo que lucía en la barriga.

Entonces se dio cuenta de dónde estaba.

Era una habitación de techo bajo y sin ventanas, sumida en la más completa oscuridad salvo por la débil claridad que entraba por la puerta. Esa claridad, rojiza, generada por el fuego que dominaba el mundo en el exterior, perfilaba en débiles trazos de carboncillo unos bancos alargados, una cajita donde depositar ofrendas y una pila de agua bendita. Una imagen de la Virgen María consumía su soledad mirando desde lo alto de un altar de plástico, sobre unos escalones decorados con flores.

Era una capilla, muy pequeña pero que en tiempos debió suplir la necesidad de religión que unos pocos tenían en las tardes en las que no estaban durmiendo la mona. Puede que se hubiesen celebrado bodas ultrarrápidas, como en Las Vegas, donde el sacerdote podía salir vestido de Elvis si eso era lo que demandaba el cliente.

Zurek no sabía hasta dónde había llegado la decadencia en las zonas turísticas españolas (que él recordara, la última vez que salió a divertirse por la noche fue cuando nació), pero no le extrañaría que de repente surgiese un monaguillo armado con un tupé de detrás del altar.

Zurek se aproximó a la estatua de la Virgen y se sentó en los escalones, lo suficientemente cerca como para susurrarle:

—En tiempos te llamaron Ashtarté, ¿eh?, o Shiva. Ahora María. Las diosas nunca cambiáis, sois como la energía, transformación pura, cambio y adaptación. —Escupió un esputo de sangre—. Tienes que tener un cabreo... Estaban a punto de dejar de creer en ti, ¿verdad? De hacer la adaptación definitiva del dogma a un mundo de mitos tecnológicos. De llamarte Internet o Televisión, pero nunca más adorarte bajo ese aspecto de ser humano que te gusta adoptar para sentirte importante. —Otro seísmo de tos sacudió su estómago, clavándole espinas donde jamás pensó que un hombre pudiese rendirse al dolor. Cuando logró hablar de nuevo, masculló—: Si tú, mala pécora asiria, has organizado esto...

Pensó en lo que iba a decir. Si sólo pudiese pedir un deseo antes de morir, satisfacer una curiosidad, ¿sería el saber por qué los antiguos dioses habían negado el descanso a los humanos?

No. Para ser sinceros, ésa no era la pregunta que le acuciaba en las entrañas, sino otra mucho más práctica.

—¿Por... por qué nosotros? —preguntó con genuina sinceridad—. ¿Por qué de entre todos los que pudieron haberse salvado elegiste a tan mala gente? Sé que ninguno somos perfectos, ni siquiera el cura. Estamos tan podridos por dentro como los pellejos esos de la calle...

Sí, eso era lo que realmente le preocupaba. Si la selección de supervivientes había sido al azar, entonces no había discusión. Podía haberle tocado a cualquiera. Pero si había una lógica mística oculta tras aquellos hechos (siete supervivientes, siete cartas del Apocalipsis anunciando la catástrofe, un caballo subterráneo, un libro de profecías), Zurek se preguntaba por qué él, y precisamente él, era uno de los escogidos. Qué demonios pintaba un psiquiatra en las postrimerías del holocausto.

Y en ese preciso momento, hubo una gigantesca explosión.

008

El hongo de fuego se expandió desde la avenida hasta consumir los árboles del paseo y lamer la fachada del hotel. Natalia escuchó un sonido aplastante, como si le hubieran pegado dos altavoces graduados al máximo a los tímpanos, y un chorro de aire la empujó hacia delante, hacia Gael, con una fuerza tal que los tres volaron un par de metros. El bebé cayó entre ambos, medio aplastado por sus cuerpos, pero no se

golpeó contra las piedras.

Ella no perdió el tiempo. No se preguntó qué era lo que había explotado ni por qué. Agarró al niño y se lo llevó bien apretado contra su regazo, lejos de su marido, que también se levantaba a duras penas.

—¡No dejaré que arruines la salvación del mundo, zorra! —gritó el argentino. Pero antes de que pudiera dar un paso en dirección a Natalia, ésta se volvió.

Estaba sonriendo.

—¿Por qué te ríes? —preguntó, colérico. El universo entero se estaba yendo por el retrete y aquella estúpida mujer de pueblo se reía.

Natalia se irguió, recta y solemne, con el niño a buen recaudo entre los brazos, y señaló con la cabeza a la pared de llamas que se levantaba detrás de Gael.

—Es tu momento de probar esa fe que acabas de encontrar en tu corazón, esposo mío —dijo con inquina—. Decide qué es más importante, si el niño o tu querido libro.

Gael miró a las llamas, horrorizado, y vio el Libro entre ellas, apoyado en una de las titánicas patas de la estación, rodeado por un capullo de fuego.

—¡¡Nooooo!! —chilló, y se lanzó al fuego para rescatar el legado de Dios.

Natalia no supo qué pasó a continuación. Dio la espalda al hombre al que le había entregado la vida durante los últimos años, dejando que se consumiese si quería en el fuego de su locura, y desandó el camino hasta la playa. Comparada con un Gael desquiciado y fuera de sí, una horda de pellejos tampoco suponía un gran problema. Puede que lograse sortearlos si corría tan rápido como para...

Se detuvo.

Había algo enorme plantado delante del espigón, encarado hacia ella, y no era un grupo de zombis.

Era un tanque del ejército.

Natalia parpadeó como para espantar la visión, pensando que por fin su cerebro había decidido rendirse, pero el tanque siguió allí. Y cuando su esclusa superior se abrió y una persona sacó la cabeza, ella no pudo contener las lágrimas de alegría.

—¡Pere!

—Si es que yo siempre lo he dicho: mi nombre debe significar «aquél que pone las cosas en su sitio» —sonrió el aludido.

Natalia no podía creerlo. Del centenar de pellejos que abarrotaba la calle hacía sólo unos minutos, ahora quedaban apenas una docena. Los demás habían sido barridos por la explosión o aplastados por las ruedas de aquel vehículo monstruoso. Otros muchos pellejos asomaban su cabeza en la lejanía, caminando tranquilamente por la autopista o sacando los brazos por las ventanas de los edificios, pero no suponían un peligro inmediato. De alguna forma, Pere se las había arreglado para esterilizar la zona.

—¿Y los demás? —preguntó entre sollozos—. ¿El padre Fulgencio, Zurek...?

—Aquí abajo tengo a un artillero que necesita cuidados médicos y a un cura que

ya me ha preguntado dos veces cómo funciona la coaxial de alto calibre. Creo que está empezando a sentir nostalgia de la época de las Cruzadas. Al buen doctor no lo hemos podido localizar, ni a Blanca.

—Blanca está muerta —dijo Natalia, y dejó que Pere la ayudase a subir al tanque mientras le contaba lo ocurrido en el hotel. Antes de desaparecer en las entrañas del blindado, sin embargo, oteó una última vez hacia el espigón.

No había rastro de Gael, sólo humo y fuego. Natalia experimentó entonces una visión de su propia vida como ganada a pulso, injustamente pueril aun en las contadas ocasiones en las que había parecido brillar, pero que había valido la pena sólo por el hecho de haber desembocado en aquel preciso instante.

«Si lo que querías era el martirio», le escupió mentalmente a su ex marido, «ya lo has encontrado. Disfrútalo».

007

El pecio espacial se alejó con la lentitud ilusoria de las cosas muy grandes de su compañera en la danza orbital, la ISS. Los impulsores expulsaron el poco gas que quedaba en los tanques, dotándolo de una velocidad de apenas un par de metros por segundo, pero suficiente como para separar ambas naves para siempre.

Piotr sonrió, satisfecho, y se separó de la consola.

—Estoy regresando al nido —radió—. Espero que esta vez sí me escuches, o al menos me veas llegar.

Había elegido un rumbo al azar para el pecio, una trayectoria de caída que lo conduciría sin remedio a un encontronazo con la atmósfera terrestre, y que lo desintegraría en una verdadera lluvia de fuegos artificiales. Piotr activó la mochila y salió por el foso del emisor de partículas seguido por su cohorte de drones, mientras el cañón dejaba de apuntar a la Tierra y enviaba su haz a las profundidades del espacio.

—No sé si habrás tenido algo que ver con lo de allá abajo —dijo el ruso a modo de despedida—, pero en mi país tenemos un dicho: por si acaso, que te jodan.

Le hizo un corte de manga al pecio y se encaró con la estación, a la cual estaba volviendo a gran velocidad.

Cuando supo que estaba lo suficientemente cerca como para que la radiación no supusiera un problema, activó la radio:

—Eve, ¿me recibes? Me estoy aproximando por la esclusa tres. Abre el nido y deja que el pajarito entre en casa, por favor.

Más silencio de radio. Pasó un segundo.

Dos.

Tres.

Y continuó el silencio.

—¿Eve? ¿Claudio? —llamó—. ¿Hay alguien ahí?

Apagó el propulsor. Aquello ya no le estaba gustando lo más mínimo.

006

La detonación del camión cisterna no sólo barrió el paseo marítimo, sino que sacudió como la mano de un gigante rabioso la estructura del hotel. Las paredes de la capilla temblaron y la mayor parte de los adornos y figuras de santos se hicieron añicos. La de la Virgen pivotó sobre su eje, pareció que iba a mantener el equilibrio, pero al final también se fue al suelo, al mismo tiempo que una viga se desprendía del techo y se incrustaba en el altar.

Zurek se cubrió la cabeza con los brazos para protegerse de los cascotes. Intentó deslizarse debajo del altar (el dolor fue cegador, paralizante; el mundo volvió a detenerse en un frío destello), pero la lentitud con la que se movía por efecto de las heridas le salvó la vida: sólo había logrado empezar a meterse bajo aquella mesa de dos patas cuando la viga se clavó en ella como un puñal de acero.

Hubo un derrumbe, pero salvo por algunos pedazos de madera del artesanado y unas contusiones, el doctor salió ileso. Todas las salidas de la capilla, por desgracia, habían quedado sepultadas. La oscuridad era total, y en lugar de aire parecía que estuviese respirando polvo. Zurek tosió, palpó el suelo que había quedado libre de escombros para hacerse una idea de cuánto espacio disponía, e imprimió más empeño a los empujones con los que estaba tratando de abrirse paso entre los obstáculos.

—Está bien —barruntó—, lamento haberte llamado mala pécora asiria...

Halló por casualidad la cabeza de la Virgen y la sostuvo ante su nariz, sobre la palma de la mano, en un remedo de la pasión de Hamlet. La pasión de un lord danés extraviado en una pesadilla judaica.

—¿Y ahora qué, diosa? ¿Me salvaste sólo para traerme a este agujero y dejarme morir a solas? No suena muy inteligente. Demasiados recursos gastados para desembocar en un callejón sin salida.

La cabeza de la Virgen no contestó, pero Zurek descubrió de pronto que podía verla. Una tenue luminiscencia brotaba de algún punto al otro extremo de la sala, entre la montaña de escombros, y se iba haciendo más potente a medida que pasaban los segundos. Era una luz plateada, celestial, que brotaba de una lámpara primitiva que algo (no alguien, sino algo) sostenía en la mano.

005

Era un cordero que caminaba erguido sobre las dos patas traseras.

Zurek lo miró con calma mientras el extraño animal se acercaba a él. Tenía varios ojos en la frente, dos pequeños cuernos lechales y una ubre sonrosada que colgaba como un pellejo de vino. En la pezuña en la que no sostenía la lámpara traía una espada tosca, hecha de ortigas trenzadas y sin guarda en la empuñadura.

El animal se detuvo a tres pasos del doctor. Se sostuvieron largo rato la mirada. Luego Zurek (empezando a comprender al fin su papel en aquel drama) tragó saliva y dijo:

—Muy bien, ya lo comprendo. Ya sé por qué me habéis traído aquí. —Se sentó con la espalda más recta, ignorando el dolor. Quería adoptar la pose de catedrática superioridad y de sano distanciamiento que era habitual en sus consultas. En aquel momento, lo único que echaba realmente de menos era su pipa—. Muy bien, muy bien... supongo que todos tus problemas tendrán su origen en el episodio de tu madre con la paloma, ¿no? Son recuerdos difíciles de asimilar y que podrían dar origen a un complejo de inferioridad o incluso a un fuerte desplazamiento de la culpa.

»A ver —lo miró con frialdad clínica—; si de verdad quieres que te ayude, cuéntame más cosas sobre tu infancia.

El cordero se sentó frente a él y le contó cosas de su infancia.

004

Piotr entró en el anillo de anclaje del transbordador y usó la llave hidráulica para abrir la esclusa. Había tratado de contactar con sus dos compañeros, sin éxito, y ya se estaba temiendo lo peor. ¿Habría habido un fallo interno mientras él estaba fuera? ¿Un incendio, o alguna contingencia que hubiera obligado a Eve y a Claudio a refugiarse en uno de los módulos sin sistema de comunicaciones?

Todo era posible. Pero por si acaso, decidió andar con pies de plomo.

003

Penetró en el módulo QUEST a través del anillo, pero no se quitó el casco. Prefirió seguir dependiendo del suministro interno un rato más (en el contador digital que veía

en una esquina del cristal de la escafandra comprobó que aún le quedaba reserva de aire para una hora) por si acaso se trataba de una fuga de gases peligrosos. O de algo, cualquier cosa que ahora mismo no pudiera imaginar, que hubiera en el ambiente.

Los pasillos estaban aun más fríos que cuando se fue. Cristales de hielo y pátinas de escarcha cubrían las aristas de los garros, y bañaban los monitores y las tuberías que no estaban ocultas tras las mamparas. Piotr avanzó con mucho cuidado de un módulo al siguiente, esperando encontrar en cualquier momento la sección quemada, o el agujero de la explosión, o la huella que hubiese dejado lo que sea que hubiera salido mal.

En lugar de eso, lo que vio fue la espalda de Claudio.

Piotr estaba atónito. Fuera del traje la presión parecía normal. Y su compañero estaba allí, inclinado, haciendo algo que su propio cuerpo no le dejaba ver bien. Y sin escafandra. ¿Entonces por qué, en nombre de todos los fiordos helados de Vlostok, no había respondido a sus llamadas?

—¿Claudio? —preguntó, rozándole con un dedo enguantado.

Su antiguo subordinado se giró y Piotr volvió a descubrir el horror de los cuentos de su abuelo. El italiano, como si una demencia febril se hubiese apoderado de él, estaba devorando los restos de Eve. El cuerpo de la científica tenía un agujero en el cuello, del que manaba sangre en pequeños corpúsculos redondos e ingravidos que formaban un puente de estrellas entre su cabeza y los dientes de Claudio, que estaban masticando lo que quedaba de su músculo omohiideo.

Piotr retrocedió, y su casco golpeó contra una tubería. Él apenas se dio cuenta. Estaba demasiado ocupado sintiendo arcadas por el espectáculo caníbal que se estaba desarrollando ante sus mismas narices.

—¡Claudio! —gritó—. ¿Qué... qué estás haciendo, por Cristo bendito?

El pellejo se puso en pie, tal vez con demasiado ímpetu, y flotó hasta que su cabeza se estrelló contra el techo. Su expresión no varió un ápice.

Los ojos de Piotr iban sin cesar de su boca, que chorreaba sangre y trocitos de músculo, hasta el cuerpo de Eve, que aún seguía mirando estúpidamente el techo, como si no entendiese la crueldad del chiste. Y comprendió entonces dónde había visto antes aquella mirada vacía, aquella gelidez en el alma que se escapaba a través de las pupilas llenas de venas estalladas de Claudio: en los cadáveres del pecio. Fuera lo que fuese lo que la radiación había hecho con ellos, también se lo había hecho a él.

—No, por favor... —Retrocedió, pero el italiano no dejó de moverse hacia él en un remedo de vida. En ese momento, Piotr comprendió muchas cosas. Y supo lo que el GOD había hecho a los que habían creído ciegamente en él.

El mediodía llegó tranquilo, sin prisa, brotando de un cielo ebrio de ceniza igual que los antiguos remedios para la tos de las abuelas, que iban aclarando poco a poco el vino hasta dejarlo transparente.

Algunos de los primeros rayos que lograron atravesar el humo cayeron sobre la playa, acariciando el metal de un tanque aparcado en la arena y el costillar de un barco al que le faltaba poco para poder surcar los mares, sólo acoplar una quilla que ninguno de los supervivientes sabía cómo levantar.

—Debe de pesar una tonelada —dijo Pere, frotándose el mentón. Él y los demás formaban un círculo alrededor de aquella pieza de madera del tamaño de un hombre, intentando buscar alternativas. Los pies de Antonio surgían de una tienda de campaña, a la par que sus ronquidos. Ninguno había querido despertarle para que aprovechara las horas de reposo.

—¿Y si usamos una grúa? —aventuró Fulgencio—. Seguro que encontramos alguna que funcione por ahí.

—Sería un riesgo. Ellos no nos dejarán pasar a menos que nos los llevemos por delante. —Pere señaló al límite de la playa, donde acababa la arena y empezaban las líneas de aparcamientos en batería. Cientos, tal vez miles de pellejos habían ido llegando en un goteo constante durante las últimas horas. Había muchos más ahora que cuando ellos habían llegado por primera vez al hotel, pero seguían sin poner un pie en la playa. Aquél era terreno sagrado, o eso afirmaba Fulgencio, y por lo tanto anatema para los pellejos.

—El problema no sería ir —continuó Pere—, sino volver. Ir es fácil: nos metemos en el tanque y hacemos tarta de zombi hasta que encontremos la grúa. Pero al volver alguien tendría que ir detrás, conduciéndola, y sería vulnerable a sus ataques. Fulgencio se rascó la barba.

—¿Y si construimos una polea y usamos el tanque como remolque?

—No es mala idea, pero seguimos en las mismas: hacen falta herramientas. De todas formas tendremos que acabar saliendo de la playa, un día u otro. No tenemos muchas provisiones.

Fulgencio contempló los enormes barcos. Fuera quien fuese el que los había empezado a construir, pensaba trasportar en sus bodegas grandes cantidades de gente. O de otra cosa.

—¿Gandia tiene zoológico? —preguntó de repente.

Pere hizo un mohín.

—Ni idea. ¿Por qué?

Fulgencio sacudió la cabeza.

—Por nada. Una tontería que se me acababa de ocurrir.

Natalia se sentó en la arena. Acomodó al bebé a su lado, que ya se mantenía erguido por sí solo, y le mostró unas conchas. Mientras con una mano jugaba con él, con la otra evitaba que se las llevara a la boca.

Estaba distinta aquella mañana. Se había peinado de otra manera, y en el intervalo

que tardaron los pellejos en ocupar de nuevo la avenida, mientras los demás requisaban comida y medicamentos de los locales cercanos, ella había robado algo de ropa de una *boutique*. Se había agenciado un traje rojo de dos piezas y una falda plisada que le llegaba hasta las pantorrillas, una chaqueta atrevida de medio torso y un gran collar de perlas que no casaba con nada de lo anterior, pero que jamás se habría atrevido a ponerse antes. Era su forma de exteriorizar la idea de que la Natalia que logró ver ese nuevo amanecer no era la misma que se despidió del mundo la noche anterior.

—Si puedo opinar... todavía no tengo claro por qué deberíamos salir a navegar —comentó, cansada—. ¿Está seguro de que es la mejor opción, padre?

Fulgencio asintió, sentándose en cuclillas junto a ambos.

—Creo que sí, querida mía. Si meditamos bien sobre la cadena de acontecimientos que nos ha traído hasta este lugar... el corazón me dice que hay un motivo muy sólido detrás de todo lo que ha ocurrido. Hemos visto demasiados prodigios, demasiados fenómenos imposibles para considerarlo una casualidad. —Trazó unos surcos en la arena con los dedos—. Gael te dijo que el niño era la clave, ¿verdad?

Natalia contempló el aberrante esqueleto de la estación petrolífera, encallado en el espigón. Todavía no se había extinguido del todo el fuego, y si había que hacer caso a Pere, podría tardar semanas en hacerlo.

—Gael me dijo muchas cosas, y la mayoría eran mentira.

—Pero leyó el libro.

—Eso es lo que dijo, pero quién sabe si será verdad o si se lo inventó. Además, ¿cómo iba mi marido a saber leer en etrusco?

—Griego antiguo.

—Lo que sea.

Fulgencio acarició la cabecita del niño.

—Yo estoy dispuesto a creer en esa teoría, sencillamente porque es lo único que tenemos. Creo que hay que llevar a este niño a Tierra Santa. No sé por qué, ni qué encontraremos allí... pero cuando era joven me enseñaron que en algún lugar de ese desierto tan lejano y tan inhóspito fue donde todo empezó. Y puede que sea el lugar donde todo tiene que terminar.

Natalia lo miró, indecisa.

—¿Está dispuesto a buscar un final para este niño? Él lo que necesita es un principio, padre.

—Contempla la ciudad, Natalia. —El sacerdote abarcó la avenida con un ademán—. Lo que quedó atrás no es más que muerte y podredumbre. Ahí sí que no hay lugar para la esperanza. Si lo que quieres es buscar un nuevo comienzo, tienes que acabar necesariamente con esta historia.

Natalia buscó los ojos de Pere. Éste sonrió.

—Mi plan es encontrar una islita no demasiado grande donde estar a salvo de los

pellejos y cultivar mi propio huerto —dijo—. Pensaba coger un velero y poner rumbo a la costa de Croacia, pero... cualquiera de las del Mar Egeo servirá. Si queréis os acompaño hasta allí.

Ella asintió.

—Sí, quiero. —Abrazó al niño—. Queremos. Pero a ser posible, si el viaje va a ser tan largo, preferiría no ir en un barco de madera. Dicen que cuando al Mediterráneo le salen las malas pulgas, te sacude con unas tormentas de vértigo. ¿No podríamos robar una avioneta?

Pere se cambió de lado la visera de su gorra de hinchable futbolero.

—Ninguno sabemos pilotar avionetas... pero aquí cerca hay un puerto deportivo. Me fío más de la fibra de vidrio que del nogal con brea, la verdad.

De la tienda donde estaba tumbado Antonio brotó un sonido musical, un silbido acompasado. El militar estaba optando por la pesca de altura, rescatando una suerte de rumba animada de las nieblas de su memoria. Era un buen contrapunto para los farallones púrpura y los curiosos despliegues cromáticos de las olas, visibles sólo a esa hora del día, cuando la espuma lidiaba con los restos aún calientes del petróleo.

Pere hizo bocina con las manos llenas de salitre y le gritó, imitando la voz hueca de un comentarista de radio:

—¡Eh, el del fondo sur! ¿Madera o fibra?

La tonadilla latina que cantaba Antonio fue sustituida por una versión más o menos libre de Vacaciones en el mar. Los demás rieron.

—Eso lo sella todo, creo.

—¡Mirad! ¿Qué es eso? —exclamó Fulgencio, señalando a lo alto.

Cuando los supervivientes levantaron las cabezas, vieron cómo un grupo de estrellas fugaces saltaba de oasis de cielo a oasis de cielo, dejando un rastro de luz contra el azul claro que imperaba tras las nubes. Y se preguntaron qué clase de nuevo prodigio sería ése, y si, al igual que los augurios que los antiguos navegantes buscaban sin denuedo en el vuelo de los pájaros o en el humo de las bacantes, sería una señal de buena o de mala suerte para el difícil viaje que les esperaba.

001

El astronauta Piotr Botvinnik estaba sentado en el módulo de mando, su antiguo sanctasanctórum, mirando la Tierra. El satélite GOD ya se había hecho pedazos en su alocada reentrada sin control en la atmósfera, y ahora les tocaba a ellos.

Ellos. Era un plural nostálgico más que realista. Claudio yacía al otro lado de la puerta, en el suelo, con un dron incrustado en la frente que le había clavado el propio Piotr, su antiguo capitán. Pero todavía seguía moviéndose, intentando arrastrarse hacia él. Y por las cámaras del circuito interior había visto que Eve también había

vuelto a la vida (era un decir), y vagaba por los pasillos remedando algunos de los trabajos que habían sido su competencia.

Era aterrador. Pero no más que lo que le estaba pasando a él. Piotr se quitó el traje EVA y se miró un sarpullido de la piel. No era algo natural. También estaba presente en Claudio y la joven doctora. Si era por culpa de la radiación del pecio, o de algo en mal estado de la última cena, había tardado más de lo habitual en afectarle a él. Pero también lo tenía.

Y pasase lo que pasase, no quería convertirse en una cosa como en la que se había convertido su amiga.

Estaba a punto de pulsar el botón que llevaría a la ISS a una reentrada mortal, a una cauterización de todos los virus o los males que llevara dentro, pero antes quería completar una última tarea. Tenía en la mano un disco holográfico de datos con su último trabajo, Cosas de las que nunca hablaremos al Planeta Madre, al que había añadido una extensa agenda con los descubrimientos de sus compañeros. Allí estaban los experimentos, incluso los que aún estaban a medias, de Claudio con sus polímeros nuevos y sus gases de diseño. Y las observaciones de Eve sobre el manto de verdor que estaba sumiendo al planeta en un nuevo Mesozoico. Todo aquello que habían pensado, escrito, opinado o rebatido, todas sus conjeturas y sus observaciones científicas, atrapadas en un pedacito de cristal del tamaño de un ratón.

Lo metió en la ojiva de un Hermes. Éste era un sistema de pequeños cohetes sin demasiada potencia que a veces se usaban para enviar cosas al planeta. Eran demasiado pequeños como para que dentro cupiera un ser humano, pero aguantaban bien la reentrada y poseían un paracaídas que los llevaría sanos y salvos hasta la superficie.

Sin embargo, no era intención de Piotr apuntar al planeta para ese último disparo.

Cargó la ojiva en el lanzador y pulsó el botón. Vio salir el proyectil a través de la ventanilla y perderse en la negrura del espacio. Dentro de unos veinte segundos se le agotaría el combustible, y luego seguiría con su propia inercia, por toda la eternidad. Si había suerte, dentro de un centenar de años llegaría a Marte. Si no se tropezaba con el planeta rojo, puede que lo atrapara dentro de mil años la gravedad de Júpiter, y que acabase cayendo en alguna de sus lunas.

Sea como fuere, era su último mensaje. Su adiós definitivo y en nombre de toda la humanidad a la que ya no sabía si seguía representando. Esto fuimos nosotros, diría el mensaje; nuestra ciencia. Nuestro conocimiento, y nuestros sueños truncados. Si hay suerte y este pequeño cohete llega lo suficientemente lejos, puede que no todo se hubiera perdido.

El capitán se acomodó en su silla, encendió un puro (le había costado sudor y lágrimas traerlo de contrabando, pero ahora valía la pena todo el esfuerzo) y vio encenderse y brillar el ascua durante largos minutos, en los que pensó en Eve, y en Claudio, y en el bosque tipo Pangea al que aún no le había puesto nombre.

Y decidió que no podía irse sin bautizarlo.

Lo llamó bosque Myr.

000

Gracias a la estación espacial, aquel verdor agresivo, aquella naturaleza que se veía por fin libre de ese cáncer llamado Hombre, celebró el inicio de su nueva era de virginidad con un buen paquete de fuegos artificiales.

Naturaleza Viva.